fce

Pierre Chaunu

Historia y población

Un futuro sin porvenir



Traducción de

Óscar Barahona y Uxoa Doyhamboure

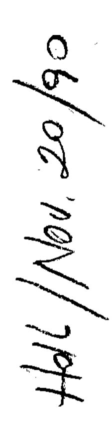
PIERRE CHAUNU

con la colaboración de

JEAN LEGRAND

HISTORIA Y POBLACIÓN

Un futuro sin porvenir





FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés, 1979
Primera edición en español, 1982

Título original:
Un futur sans avenir. Histoire et population

ISBN 968-16-1032-6

Impreso en México

Este libro fue redactado por Pierre Chaunu. La mayoría de los cálculos y de las evaluaciones acerca del presente y un próximo pasado son de Jean Legrand. Es sobre todo el fruto de una amistad y de una confrontación, en todo momento, entre dos experiencias, dos culturas, la del historiador y la del ingeniero, dos memorias y una pasión común por la continuación de la vida. Las gráficas fueron dibujadas en el Centro de Investigaciones de Historia Cuantitativa de la Universidad de Caen.

P.C.

INTRODUCCIÓN

Lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se hará. Nada nuevo hay bajo el sol. Cap. 1, vers. 9. Hace ya casi tres mil años que Qohéleth (llamado el Eclesiastés) escribió estas desilusionadas palabras. Como aparece al principio de uno de los libros de la Biblia (el *best seller* universal de la edición, en el que aproximadamente doscientos mil millones de destinos individuales de hombres, bajo la mirada de la muerte desplegada en el espacio y en el tiempo de la especie humana, por lo menos quince mil millones de seres humanos han reconocido un inestimable mensaje proveniente del más allá), esta frase debe poseer el récord absoluto de la cita. ¿Qué hay de nuevo bajo el sol? En 1978. . . ¿quién se atreve todavía a seguir el juicio de ese hijo de David, de ese antiguo rey de Jerusalén? ¿Qué hay de nuevo bajo esa gran máquina de hidrógeno bastante bien regulada, a la cual le quedan todavía en opinión de los expertos (lo que sigue probará que siempre hay que consultar a los expertos y desconfiar de lo que dicen), unas cuantas decenas de miles de millones de años de energía estable que dispensarmos? Ustedes conocen la respuesta: evidentemente, todo.

Eso es lo que siempre han enseñado los *New's Magazines,* de los cuales los hombres políticos y los teólogos posconciliares extraen a veces su inspiración. Hasta la ruptura del crecimiento de los años 1973-1974, los semanarios en papel glaseado os lo han dicho una y otra vez: todo es nuevo, todo era nuevo ayer, en un mundo en que el volumen de los conocimientos se duplicaba supuestamente cada siete, incluso cada cinco años.

Pues bien, aparentemente este juicio de moda no logró hacer tambalear las convicciones de los expertos demógrafos, de los expertos en cuerpos, pues éstos en particular son gente de sentido común. . . de los expertos *ex cathedra* que dicen el presente y anuncian el futuro con la autoridad de un papa entre los dos últimos concilios y el ardiente afán de no disgustar. "No es prudente decir todas las verdades." No, éso es seguro, los expertos consultados en cuerpos compartían ayer la opinión de Qohéleth. La catástrofe que es visible al pie de la pirámide de las edades de los pueblos más ricos del universo, como la nariz en medio de un rostro, y que ya nada detendrá, esa

catástrofe, nunca acaecida en esa escala desde tiempos inmemoriales y que el hombre tenía en el extremo de su cálculo, que salía de la terminal de la computadora, no se produciría puesto que nadie recuerda algo comparable bajo el sol. Algo se produjo, hace quince años, cuyos efectos podían haber sido atenuados considerablemente, una ruptura perfectamente previsible —puesto que algunos la habían previsto— que los expertos veían llegar pero que no tuvieron el valor de anunciar en público, con la autoridad de la ciencia que se respeta, con la convicción que impone la atención, algo verdaderamente nuevo bajo el sol.

El colapso demográfico que afecta a la cuarta parte más rica del mundo, el derrumbamiento, sin precedente alguno en la historia, de la fecundidad del mundo industrial (más de mil millones de hombres, el 22% de la población, más de la cuarta parte de los adultos, el 85% de los medios, el 98% de los laboratorios, el 98 o 99% del potencial de innovación tecnológica), cerca de la mitad en quince años, la cuarta parte de la humanidad con el coeficiente neto de reproducción de 0.85, constituye el único fenómeno en el planeta Tierra, que a distancia, desde el punto de vista de Sirio o de la antiquísima memoria de la historia, vale la pena señalarse. El silencio de una parte de los demógrafos, los escasos esfuerzos que desplegaron para señalar un fenómeno de su incumbencia cuando el filo de la vida humana aún no estaba carcomido, es algo inquietante.

Ese silencio ha dejado de sorprenderme. Lo observo desde hace demasiado tiempo en numerosos campos. En el mundo de la comunicación en el que nos hemos adentrado, donde tantos sobremultiplicadores han entrado en servicio hace veinte años, se han levantado pantallas cuyos mecanismos y razones no comprendemos muy bien.[1] La pesadez de los aparatos, el peso de los sistemas, la huida ante las responsabilidades, el temor a equivocarse; en una palabra, el miedo de tener miedo hace que se renuncie a hablar claramente. "¿Para qué sirven los profesores? Para fabricar profesores", se solía decir cuando la pirámide de las edades brindaba algunas salidas en la enseñanza. ¿Para qué sirven los expertos? Para hablar a los expertos. En

[1] Pierre Chaunu, *Le Sursis* ["La prórroga"], R. Laffont, París, 1978, 344 pp. Traté de explicar su formación en un capítulo que titulo "Los estratos y los nudos".

la introducción[2] al v Coloquio Nacional de Demografía, Alfred Sauvy, nuestro más grande demógrafo, quien siempre supo aliar la ciencia y la claridad, recuerda con humor: "Se van a presentar unas treinta ponencias. Antes de la guerra, en los tiempos 'heroicos', los demógrafos franceses habrían estado muy a sus anchas en este estrado. En suma, eran dos, Hubert y Bunle; digamos tres, añadiendo a Adolphe Landry. Tres, o sea el mismo número que dos siglos antes con Expilly, Moheau y Messance." Yo agrego que esos tres demógrafos realmente heroicos habían logrado persuadir a los franceses y que Alfred Sauvy, siguiéndoles los pasos, había podido poner a punto esa política familiar que tanto contribuyó a nuestro renacimiento, que Europa nos envidió, y que dejamos periclitar en estos años recientes de nuestras desgracias.

El silencio demasiado prolongado de los profesionales, la prudencia exagerada de los expertos, justifican esta iniciativa de aficionados. No es la primera, pero será la última si los que saben más y que están a cargo de esto unen por fin la ciencia y la conciencia.

El informe de Evelyne Sullerot,[3] el eco en la prensa escrita y oral, muestran que se acaba de salvar una modesta etapa. Cuando fui llamado a presentar un informe preparatorio[4] ante la comisión especial temporal del Consejo Económico y Social, el 20 de septiembre de 1977, pude observar el desagrado de Evelyne Sullerot al darse cuenta de la amplitud del fenómeno, su hostilidad al esfuerzo y a las elecciones requeridas por una verdadera política de vida, y en cambio

[2] *L'Analyse démographique et ses applications. Ve Colloque National de Démographie du C.N.R.S.* ["El análisis demográfico y sus aplicaciones. V° Coloquio Nacional de Demografía del Centro Nacional de Investigación Científica".] París, 20-22/10/1975. Ed. del CNRS, París, 1977, gr. en-4°, 546 pp.; p. 19.

[3] Adoptado por el Consejo Económico y Social el 28 de junio de 1978. La situación demográfica de Francia y sus implicaciones económicas y sociales; multigrafiado, 260 pp. y *Documentation française* ["Documentación francesa"], 1978, 288 pp.

[4] *Une politique de la vie* ["Una política de la vida"]. Presentado el 20/9/1977 y publicado al final del libro. *Histoire quantitative, histoire sérielle* ["Historia cuantitativa, historia serial"], P. Chaunu, A. Colin, París, 1978. 310 pp.; pp. 291-304.

las disposiciones claramente más abiertas de los miembros de la comisión. Aprecio, pues, hoy en día, con satisfacción, el camino recorrido en nueve meses desde la indiferencia hasta un comienzo de toma de conciencia. Si se hubiera adoptado en 1967, el informe Sullerot habría sido incluso excelente. Sólo que llega con once años de retraso. . . El informe Sullerot prueba que se puede apresurar la toma de conciencia, atravesar los muros del silencio, sacudir las torpezas. Por lo tanto, esto justifica nuestro trabajo de aficionados.

En efecto, los autores de este documento somos aficionados, *amateurs*. El *amateur* es el que ama. Ambos amamos lo suficiente la vida como para que su erradicación en una cuarta parte del planeta nos produzca inquietud. En vista de que la demografía oficial no acude rápidamente a los problemas, no queda más remedio que incitarla a ello mediante iniciativas privadas. Uno de los privilegios de nuestras sociedades de libertad es dejar a la libre asociación una posibilidad de acción y de expresión.

La demografía, como todas las ciencias humanas del presente, es una recién llegada, si se la compara con la historia y con la geografía relacionadas con la evidencia indisociable del espacio y del tiempo, nacidas hace dos mil cuatrocientos años bajo el cielo de Grecia. La demografía nació de la cifra y de la muerte, de las tablas de mortalidad en tiempos de peste y de los cálculos acerca de la esperanza de vida. Así fue en la Inglaterra de Newton adolescente. Se acostumbra reconocerle un padre: John Graunt[5] es el Herodoto de los demógrafos. El 5 de febrero de 1662 se publican en Londres las *Observaciones sobre los partes de mortalidad,* cuyo éxito en Inglaterra y luego en el continente fue considerable. En verdad, no hubiera habido demografía sin un largo trabajo de orden del Estado territorial. Al

[5] *Observations naturelles et politiques répertoriées dans l'index ci-après et faites sur les Bulletins de mortalité,* par John Graunt, citoyen de Londres *en rapport avec la religion, le commerce, l'accroissement, l'atmosphère, les maladies et les divers changements de ladite Cité* ["Observaciones naturales y políticas catalogadas en el índice siguiente y efectuadas en base a los partes de mortalidad, por John Graunt, ciudadano de Londres, con relación a la religión, el comercio, el crecimiento, la atmósfera, las enfermedades y los diversos cambios de la mencionada ciudad"]. Edición crítica y traducción por Eric Vilquin. INED, París, 1977, núm. 73, 350 pp. + cuadros.

mismo tiempo que los partes de mortalidad en tiempo de peste,[6] existieron los registros parroquiales, que tuvieron un alcance muy diferente. Aparecidos esporádicamente en algunas iglesias a finales del siglo XV, los registros son ordenados por el rey, en 1538 en Inglaterra y en 1539 en Francia. El "contad vuestros hombres", que produce un terror reverencial —en la Biblia se castiga una vez con la peste el recuento del que se saca soberbia—, es casi tan antiguo como la estructura política. El *Census* es práctica común en Roma, se extendió a la totalidad del Imperio romano; los incas, que no tenían escritura, hacían el censo con ayuda de los quipos, esos asombrosos mnemotecmas de cuerdas; los lienzos mexicanos son recuentos cuyo misterio fue esclarecido hace menos de veinte años; por último, el primer censo preciso para el conjunto de China data del año 2 d.C. Si bien las fuentes momentáneas aparecieron muy temprano y casi en todas partes, antes incluso que la escritura (como en el caso de los amerindios), no sucede lo mismo con las fuentes corrientes. Esa manera de aprender toda la vida, a la entrada (por el bautizo que también es rito de paso), a la salida (por la inscripción un poco tardía de los decesos) y en el momento de la unión de la pareja (el matrimonio), es propia únicamente de la cristiandad. Esa atención particular hacia todos los hombres, ese deseo de conservar la memoria, de marcar los hitos de la vida aún más humilde, es específico de la cristiandad. Los Estados civiles del siglo XIX nos vienen de la cristiandad. En Francia, el Estado civil antiguo funciona casi a la perfección en el conjunto del territorio del reino desde 1670-1680. A finales del siglo XIX y principios del XX, el Estado civil se extendió paulatinamente, por transculturación tardía, a los demás continentes. Todavía había algunas fallas en el oeste estadunidense y en gran número de repúblicas hispanoamericanas hacia 1935. El Estado civil deja aún que desear en una parte de África y de Asia (2 869 millones de una población mundial de 4 219 millones según la última estimación para 1978 de las Naciones Unidas).[7]

[6] Eric Vilquin, *op. cit.*, p. 18 ("el más antiguo parte que haya sido publicado responde a una petición del Consejo Real a la alcaldía de Londres a propósito del número de decesos debidos a la peste, el 21 de octubre de 1532 —que concierne probablemente a la semana anterior—. No se tiene ninguna certeza de que haya habido o no otros partes antes de esa fecha").

[7] *Population et sociétés* ["Población y sociedades"], INED, julio de 1978, núm. 115.

La demografía es, por lo tanto, la más vieja de las ciencias humanas o de las ciencias sociales del presente. La más antigua, porque los procedimientos que exige al comienzo son relativamente simples, porque el material es proporcionado espontáneamente —en abundancia desde los grandes censos de principios del siglo XIX— por los aparatos de los grandes Estados occidentales que lo necesitan y porque las reflexiones sobre el número gobiernan cualquier otra reflexión y cualquier acción política. Pero esta antigua ciencia (Alfred Sauvy, en la introducción del gran coloquio del CNRS de octubre de 1975, recuerda una época heroica que se remonta a la década de 1930) no explotó sino recientemente, porque durante mucho tiempo la demografía y la sucesión de las generaciones de la que da cuenta parecían pertenecer al ámbito casi instintivo y natural de lo que se daba una vez, de lo que, por escapar al cambio, no planteaba realmente ningún problema. Fue por cierto con la percepción del cambio que resurgió la demografía hace ya la duración media de una generación. Se puede decir que la demografía poderosa, dotada de medios nacionales o supranacionales data de la época inmediata a la posguerra, con dos preocupaciones contradictorias. Dos corrientes, dos escuelas. Por una parte, la demografía francesa, hoy todavía la mejor, que partió de la Europa agotada y carcomida, a fines del siglo XIX, por una disminución de la base de la pirámide de las edades, por una insuficiencia crónica de los nacimientos, cuyos efectos perversos, acentuados por la punción de 1914-1918, se despliegan a la vista de todos en un cuerpo social anémico. . . que advertía por fin la amenaza vital, existencial, que comprometía su presente y lo que le quedaba de futuro. Era la época en que Alfred Sauvy creaba el INED, un instrumento que, hasta ayer, nos envidiaba el mundo.

Casi en el mismo momento, con la creación en 1951 del *Population Council* en los Estados Unidos en los pasillos de la Organización de las Naciones Unidas, de una ONU suburbio de la capital estadunidense, antes de la llegada masiva de los Estados surgidos de la descolonización europea, se afirmaba otra demografía, burda, masiva, apocalípticamente futurologista, la de la gran obsesión de la explosión demográfica, esa incontestable realidad de los Terceros Mundos de los años 1950-1965.

La demografía francesa era mucho mejor, pero la demografía estadunidense era de Estados Unidos e hipócritamente onusiana. . . eso

quiere decir que a largo plazo, obedeciendo la ley de Gresham de que la mala moneda expulsa forzosamente la buena, acabaría por prevalecer a nivel de los medios de comunicación masiva controlados desde Nueva York y, por sideración, estremecer el malecón de buena ciencia y de sentido común que Francia, gato escaldado, había acabado por construir. Por esa razón, a pesar de seguir siendo los mejores, los demógrafos franceses se pusieron a mascullar, en vez de pregonar, a gangosear la lengua torpe de la hiperespecialidad. Es cierto que la nueva demografía, campo de las nuevas matemáticas, de las computadoras de las últimas generaciones, asediada por la genética mutante, por la flamante biología de la generación, por la psicología de los comportamientos y mil nuevas adquisiciones. . . la demografía mutante no sabe cómo moverse con sus alas nuevecitas. Ya no controla muy bien su aleteo. Antes, el ámbito de la demografía eran los hombres, hoy en día los hombres se esconden tras las estructuras. Esta crisis es pasajera. Nada es irremediable, a pesar del tiempo perdido.

Además, la preocupación por la población es de todo el mundo. El paso del relevo de la memoria de la vida y de la memoria de la cultura domina toda la arquitectónica social. En este periodo en que todo se mueve de una manera tan inquietante, es normal que algunos investigadores aislados examinen, como en el tiempo heroico en que los análisis eran menos sofisticados y las reacciones más rápidas, la crisis de la reproducción de la vida. El ámbito de la demografía es simple, pero se sitúa en la confluencia de todo.

Este libro es el fruto de un cúmulo de circunstancias, responde a una solicitación. Jean Legrand nació en 1931. Pertenece a la generación que, inmediatamente después de la guerra, procreó el mayor número de hijos. Como lo muestra una reciente encuesta del INED, desde 1902 hasta 1931 la generación final no ha dejado de aumentar. Matemático, ingeniero en una industria de vanguardia, Jean Legrand tiene el sentido, el don de la estadística y de las curvas. Y sus previsiones a partir de muestras que él mismo se constituyó han asombrado recientemente a los especialistas y a los periodistas. Jean Legrand prevé rápida y correctamente y explica en forma simple las cosas difíciles. En una palabra, es el retrato del antiexperto oficial. Aficionado, por añadidura, Jean Legrand siente pasión por lo que

hace y tiene el afán de servir. Desde hace varios años, se pueden leer sus notas en la prensa de mediana tirada e incluso, muy recientemente (30.31. VII. 1978) en *Le Monde*. Es el experto eficaz, el experto de las previsiones correctas[8] de la asociación por el renacimiento demográfico, animada por G.F. Dumont.

Como historiador, me topé en mi investigación, en dos ocasiones por lo menos, con los problemas demográficos del pasado. Cuando, al construir las curvas del gran comercio internacional durante los siglos XVI y XVII, a partir de las grandes contabilidades de los archivos de Indias, los archivos de América en Sevilla, en busca de las causas de la gran caída simultánea de los intercambios en los océanos Atlántico y Pacífico, empecé a darme cuenta de la amplitud de la caída de las poblaciones amerindias. Mis investigaciones coincidieron con las de Cook, Simpson, Borah, Sauer, en Berkeley, California... Todos juntos aportamos la prueba del colapso demográfico que, en cuarenta años aproximadamente, sepultó, en la cuarta parte de las tierras emergidas, cerca de la quinta parte de la humanidad. La caída de la población del continente amerindio de más de 80 millones a 10 millones aproximadamente, en dos generaciones, ocasionaba la desaparición de culturas complejas de brillantes realizaciones, cuya aportación quedó borrada para siempre de la herencia común de los hombres. Eso sucedió ante nuestras puertas, hubo testigos que lo relataron, existen pruebas en los archivos de papel de los historiadores, en los archivos de tierra y de piedra de los arqueólogos y, hasta fines de la década de 1960, nadie quería creerlo. Hicieron falta diez años para que se nos escuchara. Hoy en día los manuales recitan lo que nosotros demostramos.

Al volver al ámbito de la investigación europea, dirigí, al igual que varios de mis colegas, memorias y tesis en demografía histórica, aporté informaciones y perfeccioné en algunos aspectos los modelos que utilizamos para el enfoque de los problemas demográficos del mal llamado antiguo régimen y de la denominada en forma correcta sociedad tradicional del mundo sobrepoblado.

El matemático, el ingeniero que organiza difíciles encuentros en

[8] Habría que escribir "paradójicamente correctas". ¿Qué es en realidad un experto sino un hombre que se equivoca en sus previsiones porque tiene miedo de disgustar y de equivocarse? Un aficionado también es alguien que no está abrumado por la responsabilidad.

el espacio de objetos reales y prodigiosamente sofisticados, y el historiador, creador de un centro de historia cuantitativa, con seguridad nunca se hubieran conocido sin el gran y temible debate sobre el aborto. Tanto el uno como el otro pensaron que no podían permanecer indiferentes.[9] Los movían, sin duda, razones metafísicas; en forma más simple, el instinto de vida les decía que un hombrecito, plenamente hombre, en el seno de su madre, dotado de un código genético en el que ya está inscrito desde el primer día mucho más del 80% de su ser, y por lo tanto de su destino, que ese hombrecito plenamente hombre merece atención y respeto. El matemático calculaba las posibles consecuencias con el rigor de las cifras, el historiador interrogaba la memoria. Ésta le enseñaba que esa licitud de la prohibición de "matar por el placer" era algo tremendo, que esa transgresión marcaba un comienzo absoluto, un comienzo que podía ser, en última instancia, un final.

Cuando la solicitud de la legalización del aborto, segunda etapa de la revolución contraceptiva,[10] echó por tierra en 1972 unas barreras muy endebles, y un proyecto de ley apoyado por el gobierno francés fue presentado en junio de 1973 al Parlamento, un puñado de intelectuales, de la especie de aquellos que no reivindican ese título y que de costumbre callan, pensaron que debían elevar una protesta inútil en nombre de lo que les parecía más importante aún que la vida. La Asociación de los Universitarios por el Respeto a la Vida [11] fue el lugar de encuentro del matemático y del historiador.

No lamentamos ese combate sin esperanza. Nos valió algunas pullas, insultos —no es fácil ser descortés—, algunos leves disgustos, unas cuantas patadas bajo la mesa y una gran paz espiritual.

Os debíamos, amigo lector, estos pocos esclarecimientos, sea cual fuere vuestra opinión, acerca del problema fundamental que quizá nos divide. Cualquiera que haya podido ser nuestra pasión, al prin-

9 Digo lo que fue la conmoción de todo mi ser en P. Chaunu, *La mémoire de l'éternité* ["La memoria de la eternidad"], R. Laffont, París, 1975. 304 pp.

10 La primera es la contracepción química hormonal; la segunda, el aborto; la tercera, la esterilización. Se suceden por doquier, inexorablemente, a un ritmo tal que no permite la adaptación de la vida al desafío de la cultura, la colonización del cuerpo social en estado de defensa, el establecimiento de un mecanismo autorregulador.

11 11, rue de la Vistule, 75013 París.

cipio, no buscamos nada más que la verdad, la verdad científica más objetiva. La verdad no es necesariamente agradable, aun desagradable vale más que una hábil mentira. Reflexiones de dos modestos investigadores en busca de una pequeña parte de verdad al servicio de la vida que, lentamente amasada, desde hace dos mil quinientos millones de años, del polvo de la tierra, portadora de la conciencia de sí y del universo bajo la mirada de la muerte, vale la pena de ser vivida. No nos parece admisible que el relevo tan cargado de informaciones en esta parte del mundo pueda, por inadvertencia, caer a tierra, de donde nadie ni nada vendrán a levantarlo si no tenemos cuidado a tiempo.

Primera Parte

UN PASADO OLVIDADO

I. LA NECESIDAD DEL PASADO

LO QUE vivimos desde hace diez años, a escala planetaria, no tiene precedentes. De 1963 a 1968, se podía vacilar. Quizá sólo era un ciclo, un Kondratieff como los economistas los disciernen, la fase descendente de una oscilación de 30 años. La mayoría de los demógrafos lo pensaron. Yo era de otra opinión debido a los recursos brindados por la revolución contraceptiva, a la violencia del discurso, al poder de una reivindicación de libertad del instante en el instante, y sobre todo debido a la ruptura de los comportamientos entre las clases de edad que surgían, de la adolescencia y la totalidad de los adultos, cuyo comportamiento era una pantalla que ocultaba la amplitud de la falla. Sin embargo, en menor medida, hasta 1968 se podía vacilar. . . Pero a partir de 1968 todas las curvas. . . en todos los sectores del mundo industrial reproducen el modelo alemán. En cinco años, de 1974 a 1978, el hueco cavado al pie de las pirámides de las edades de la cuarta parte del planeta esboza una escotadura tal que, a esa escala y a ese ritmo, nuestra memoria no ha conservado ningún ejemplo de esto. Nada permite vislumbrar una modificación de la tendencia. El fenómeno que se produjo parece, a primera vista, en un principio, implosivo, no autorregulable.[1] La autorregulación, que los "doctores muy bien" anuncian desde el inicio del proceso, la regulación que corrige, palia, acondiciona, no llega. La única regulación que se afirma es en nuestro lenguaje, acelerativa, no correctiva. Así, el cuarto mundo industrial está metido en un proceso totalmente incontrolado, insólito, sin precedentes, que a falta de una reacción inmediata y masiva, nos llevará de manera infalible a nuestra perdición.

Ustedes han oído hablar de Alemania. A cada rato se la cita como ejemplo. El equilibrio alemán, la sabiduría alemana, la riqueza alemana. En el *hit-parade* del PNB *per capita,* con más de ocho mil

[1] A este respecto, me expliqué en: P. Chaunu, *La mémoire et le sacré* ["La memoria y lo sagrado"]. Calmann-Lévy, París, 1978, 288 pp.; segunda ed.; *Pluriel* ["Plural"], 350 pp., *Histoire quantitative, histoire sérielle* ["Historia cuantitativa, historia serial"], A. Colín, París, 1978, 310 pp. "Une politique de la vie" ["Una política de la vida"], pp. 298-304.

dólares, Alemania Federal casi ha alcanzado a los Estados Unidos. En ciertos meses, la baja de las cotizaciones del dólar coloca al ingreso de Alemania del Oeste un poco por encima del ingreso estadunidense. Los analistas hablan con razón de modelo alemán. Las tablas demográficas señalan 1.25 nacimientos por mujer alemana (1.39 con los hijos de los inmigrantes), por lo tanto Alemania Federal es en efecto nuestro modelo. Todos los países industriales evolucionan hacia el modelo alemán. Después de unos cuantos años de facilidad, es el modelo de la decadencia y luego del aniquilamiento.

Tres gráficas les ayudarán a comprender:

La gráfica 20[2] representa la pirámide de las edades de Alemania Federal. Sesenta y un millones de habitantes, un excedente de las defunciones respecto de los nacimientos de 200 mil al año, provisionalmente de 300 mil para remplazar la generación. Véase la base. La escotadura desde hace quince años, el abismo desde hace diez años, y la contracción prosigue. En Alemania Federal hay tantas mujeres de 75 años como niñitas de un año, tantas mujeres de 70 años como niñas de 10 años. La misma gráfica arroja los nacimientos imputables a los inmigrantes, de los cuales las últimas encuestas nos muestran que no se asimilan. Los hijos de padres inmigrantes de 10 a 15 años nacidos en Alemania son incapaces de expresarse en alemán. La gráfica 13[3] indica el número de nacimientos que habrían sido necesarios desde hace diez años para remplazar la generación.

Las gráficas 25 y 26[4] representan, en la hipótesis improbable de una brusca interrupción de la caída de la fecundidad y en la hipótesis de una estabilización al nivel actual, la pirámide de las edades en equilibrio decreciente. Se supone que los problemas de los inmigrantes no asimilados ya están solucionados. Con 50% de más de 50 años, 36% de más de 60 años,[5] el número de las defunciones es respecto a los nacimientos de 3.5 frente a uno, la población disminuye en la proporción de cuatro a uno en un siglo.

He aquí, brevemente presentado, el modelo alemán. En el año 2080, Alemania tendrá de 10 a 18 millones de habitantes, de los cuales el 45% será de más de 60 años, o bien 61 millones de habi-

[2] *Cf.* p. 314.
[3] *Cf.* p. 307.
[4] *Cf.* pp. 319-320.
[5] El 46% en el nivel actual de la Alemania del Norte.

tantes y 50 millones de extranjeros originarios del Tercer Mundo. A partir del perfil actual, todas las hipótesis son absurdas. Hemos entrado en lo inimaginable.

La revolución contraceptiva y una crisis profunda del *sentido*[6] llevaron al mundo industrial a lo inimaginable. Desarrollaremos más adelante los escenarios de lo absurdo que algunos responsables, anestesiados por los expertos que sueñan el aniquilamiento de la sociedad que los mantiene, fingen contemplar como contemplables. Para imaginar que las cosas podrían continuar por ese impulso adquirido, hay que estar completamente desprovisto de memoria y de juicio.

Existencial y filosóficamente, el instante es todo. Los filósofos, desde Platón hasta Bergson y Jankélévitch, se han interrogado acerca del punto en que la duración se detiene. El instante es todo para la conciencia que lo vive, pero científicamente el instante no es nada. El fenómeno humano se despliega en el tiempo. Todas las tonterías proferidas durante los últimos diez años, en la operación "cabeza de avestruz en la arena", derivan de la ignorancia de las lecciones de la historia.

Es verdaderamente por falta de memoria que no supimos comprender. En verdad, vivimos la fragmentación del conocimiento. . . Hemos progresado tanto, en caminos tan divergentes, que somos incapaces de abarcarlo todo. El pasivo de la verdadera explosión de la ciencia es la hiperespecialización. Cada uno no ve más allá de su nariz por tenerla pegada al cristal de su ventana. No condenemos demasiado pronto: en realidad, esta fragmentación es una condición del progreso. Esta compartimentación interviene en el interior mismo de las disciplinas. En la confluencia de la demografía y de la historia, nació una disciplina hace poco más de veinte años: *la demografía histórica* tomó el relevo de lo que antes no era sino una simple historia de la población. Esta disciplina, particularmente brillante en Inglaterra y sobre todo en Francia, donde nació, fue en un principio la obra de demógrafos e historiadores. Constituida en disciplina autónoma, ha progresado a pasos agigantados, a tal punto que hoy en día conocemos la demografía diferencial de los distintos países de la Europa moderna (de los siglos XVII y XVIII) con tanta precisión como la

6 Del sentido de la vida, de lo sagrado. . . de las razones que nos justifican escoger la vida contra la muerte. . . en última instancia, a falta de algo verdaderamente mejor, la simple curiosidad de la continuación.

demografía de este fin del siglo XX. Somos tan sabios que nos hemos vuelto muy tímidos. ¿Para qué acumular aquí y allá una información impecable si no sirve para esclarecer por poco que sea nuestro destino?

Ha llegado por fin el momento del minuto de síntesis después de años de análisis. Naturalmente, la operación es muy riesgosa. O se recurre a esas enormes máquinas que reúnen especialistas provenientes de horizontes diversos y que muy a menudo yuxtaponen diálogos de sordos, o bien uno se esfuerza sólo por atar el haz. Mal que bien, evidentemente. Se deja la paja y quizá un poco de grano. La suerte está echada. Dejamos Caribdis y escogimos Escila.

II. LAS REGLAS Y LOS JUEGOS

"¿QUIÉNES somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?" De este interrogante, el buen abate Moreux, antaño, Paul Gauguin y otros conservaron el título. En cuanto a la pregunta misma, parece que tiene cuarenta milenios... y sigue en espera de una respuesta definitiva. La respuesta no es del orden de la ciencia, no puede provenir más que de otra parte. Por eso el fenómeno religioso es tan antiguo como el hombre... y por eso resurge ante nuestros ojos en formas extrañas. Los diversos sectores de la ciencia brindan hitos. A pesar de un gran margen de incertidumbre, esos hitos son útiles. Si bien no allanan la realidad, siempre más compleja, por lo menos proporcionan un marco para nuestros pensamientos.

El tiempo, junto con el espacio, es el dato irreductible del campo de nuestra conciencia. La más antigua experiencia del espacio proviene de nuestro cuerpo. La conciencia del espacio es, sin duda alguna, anterior al hombre. Mircea Eliade observó que nos llega de la lejana experiencia de la posición de pie... la sensación de ser impulsado hacia adelante, con alto, lo bajo, adelante, atrás derecha e izquierda. El tiempo es más difícil de delimitar: el *cosmos* nos proporciona la alternancia del día y de la noche, y para quien sabe acordarse... el regreso de las estaciones. El cielo y la tierra marcan las horas, nuestro organismo se ocupa de contar los minutos y los segundos. El hambre, el sueño y los latidos de la bomba cardíaca dan la otra dimensión. Y esto durante mucho tiempo sin duda, sin que la principal dimensión del tiempo haya podido ser circunscrita; a saber, su vectorialidad. Si bien el fenómeno de la hominización es cada vez un poco más largo de lo que imaginábamos, el hombre acabado es en cambio casi tan corto como lo habían pensado nuestros ancestros. El hombre acabado es conciencia del tiempo, el hombre realmente acabado es conciencia individual de sí, de los demás, de los objetos y del tiempo en el seno de una urbe. Y me topo con dos fechas... las primeras tumbas, por lo tanto la conciencia de la naturaleza del tiempo por la muerte. Todos los antropólogos están de acuerdo, son comunes a las dos ramas primas de *sapiens sapiens* y de *sapiens neanderthalensis*: Monte Circeo, Monte Carmelo, la Chapelle-aux-

Saints. . . , el horizonte, 40 milenios. El hombre tiene el espacio, tiene el tiempo, por lo tanto la conciencia dolorosa de la memoria, y a través del rito funerario acabado, el rito funerario de una infinita complejidad, el horizonte metafísico y seguramente religioso. Con el lenguaje sintáctico, por supuesto, sin común medida y común naturaleza con el *call system* rudimentario del *homo habilis,* encontró sus medios cerebrales bajo la ancha frente de *sapiens sapiens,* cuyo gran cerebro (1 500 cm^3), un poco menos que el hombre de Neanderthal, tiene, en cambio, la misma topografía y las mismas cinceladuras finas que el nuestro. Ese cerebro es el nuestro, o más exactamente nuestro cerebro es el suyo, nos lo legó, así como tendremos que transmitirlo. La segunda fecha es la del primer grano de trigo, hace nueve mil años, entre el Éufrates y el Mediterráneo, al sur del Líbano. Aparecen dos extrañezas: así como el punto de partida de la hominización nos lleva. . . infaliblemente a la gran falla tectónica del Este africano, hacia los emplazamientos de Kenia, de los países del lago Victoria, la hominización acabada, por su parte, cuyo testimonio es la tumba metafísica, el agropastor economista y un poco sociólogo, la explosión, en una palabra, del neolítico nos lleva a un lugar privilegiado, en la extremidad norte del "Rift", esa gran falla que desgarra África y Asia en la cuenca del Mediterráneo, la patria *lato sensu* de todas las grandes mutaciones de la historia. Si remplazáramos, como lo he propuesto a menudo, la simple escala tiempo por una escala tiempo ponderada por el número, tendríamos algunas sorpresas. Nos veríamos obligados a comprobar que treinta milenios desde el comienzo pesan menos que un siglo después, ya hecha la corrección que requiere el número. Treinta mil años separan al primer hombre realmente hombre de la primera ciudad. . . , de los primeros Imperios del Cercano Oriente. Esos treinta mil años que parecen separar profundamente la primera tumba de la primera ciudad. . . , el primer hombre realmente hombre frente al tiempo y la muerte y el primer hombre totalmente hombre, en el seno de una red de comunicación de un millón de sus semejantes —en alguna ocasión hablé del primer cerebro millonario— en número de destinos, en número de mensajes emitidos y recibidos, esos treinta milenios agrupan muchos menos destinos humanos, por lo tanto mucho menos historia que un siglo, desde el crecimiento demográfico después del año mil de nuestra era.

En el salmo 90, en esa antigua oración dicha por Moisés, podemos leer, hablando de Yahvéh, el Señor eterno: "Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó". Podríamos decir, con muchas reservas, que diez mil años de esos siglos oscuros y frágiles son en la historia de la conciencia como un siglo de nuestra duración. Quince mil millones de hombres nacieron desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días, en tanto que el paleolítico, desde la primera tumba hasta los primeros campos de trigo de la Fértil Media Luna, no contó, en poco más de treinta mil años, con más de mil millones de destinos.

Tenemos, pues, un viejísimo proceso con el tiempo. El tiempo es un recién llegado en el orden del conocimiento. La historia clara tiene apenas dos mil quinientos años reteniendo y organizando el pasado. El pensamiento griego afirma la eternidad del mundo, en tanto que imagina un mundo cerrado, estrechamente encerrado en sí mismo, más allá del cual no hay nada. La eternidad del tiempo es un reconocimiento de impotencia. Como el espacio está ocupado, lleno de señales, de hitos, de formas complementarias y competidoras, se lo imagina limitado, no se puede concebir un más allá del espacio; cuando ya no se tiene nada que poner en el espacio, el pensamiento detiene el espacio. El espacio griego es coextensivo al mundo y es cerrado. Esta concepción del espacio prevalecerá en Occidente hasta la revolución galileana a principios del siglo XVII y en la vivencia cotidiana por lo menos hasta el siglo XVIII.

Claro, judíos y cristianos, por razones religiosas, tienen otra concepción del tiempo. Un tiempo limitado, lineal, con un comienzo y un fin. Santo Tomás de Aquino (1225-1274), el doctor más grande de Occidente —tan grande es la presión en el pensamiento occidental del modelo griego, transmitido por Aristóteles—, al final de su vida concibió incluso la superación dialéctica de la creación de toda eternidad. Permite conciliar el tiempo lineal de la Encarnación, el tiempo de la Fe que también es el verdadero tiempo de la verdadera vida realmente vivida y el tiempo circular, reiterativo, vacío y sin fin, indefinido si no infinito del pensamiento científico, en verdad del pensamiento filosófico de antes de la gran revolución galileana, matematizante y mecanicista del siglo XVII.

Desde el siglo XVII, asistimos a lo que propuse llamar la historicidad del conocimiento. Al mismo tiempo, el espacio del conocimiento

estalla en las dimensiones infinitas de un tridimensional euclidiano. El conocimiento partió a la conquista del tiempo. La geología mide la Tierra en decenas de miles de años, luego en millones de años, luego en miles de millones. A partir de la teoría de la relatividad, se desecha la hipótesis de un espacio infinito, pero sobre todo, el tiempo real, aunque inimaginable, el tiempo verdadero de la ciencia, se convierte en lo que nunca había sido, cuando el conocimiento no tenía nada que confiarle: un tiempo limitado.

Hoy en día, paradójicamente, toda la ciencia es cosmogénesis. . . no hay nada que no se escriba primero en el tiempo. El cosmos y el hombre participan, a escalas diversas, en el mismo espacio-tiempo. Lo que no era, en 1931, sino una teoría cosmológica extraña y arriesgada, se convirtió, a partir de los cálculos de Gamow (1948) y de las asombrosas verificaciones de Penzias y Wilson (1965) sobre la energía de fondo del universo, en lo que en adelante se llama el modelo estándar del universo. Si bien existe un debate, artificialmente creado, entre los defensores de un cosmos que no se desgasta y se repite y el modelo estándar lineal, evolutivo, no reversible, ese debate es filosófico, mas no científico. Científicamente, todos los fenómenos localizables y concebibles e imaginables se sitúan entre un comienzo y un punto de interrogación en una proyección del tiempo. O el *big bang,* la explosión inicial, es un *Absoluto,* o bien un punto dentro de una cadena, un eslabón entre dos más allá de todo. Los judeocristianos también conciben un más allá de todo el ser accesible que llaman Eternidad. Los partidarios de un modelo oscilante, estacionario, porque es autorregenerable, del universo, hacen una elección metafísica, casi religiosa, perfectamente estimable. Confiesan como otros que el destino nunca está limitado y que de ninguna manera puede estar contenido en la apariencia.

El debate filosófico no puede agotarse en unas cuantas palabras, y como todos los grandes estados metafísicos, no podemos esperar concluirlo.

Una cosa es segura. . . En 1978, todo el conocimiento, el cosmos y el hombre, cosmogénesis y antropogénesis, cabe en un *quantum* tiempo. Aun si el espacio es abierto, los cosmofísicos han calculado la densidad crítica que el cosmos[1] debería alcanzar para que la cur-

[1] Todos están de acuerdo en pensar que esa densidad es demasiado considerable para ser verosímil.

vatura del espacio se sitúe al infinito y que el universo "einsteniano" recupere así por otros rodeos la infinitud del viejo espacio *newtoniano,* simple paréntesis, en verdad, desde la "filosofía mecanicista" hasta la física cuántica (por tanto, desde el final del siglo XVII hasta principios del XX). El tiempo, en cambio, es limitado. Por un extremo, o por ambos extremos, un *quantum* de espacio-tiempo nos contiene. Sin ese *quantum* tiempo todo nuestro sistema del conocimiento se disgrega de repente.

El punto de partida del universo se sitúa aproximadamente hace 15 mil millones de años (entre —10 y —20); —5 mil millones es la edad de la Tierra; la vida apareció hace poco más de dos mil millones y medio de años... y la antropogénesis comienza con los ramapitecinos, nuestros más remotos parientes erguidos sobre las patas de atrás y que bajaron del árbol a la peligrosa sabana hace más o menos entre —9 y 16 millones de años. Diez millones de años para acabar un proceso iniciado con el *alga azul* que desencadenó, hace cerca de tres mil millones de años, la fotosíntesis de la cual somos todavía hoy día estrechos tributarios. Dos hitos más: la reproducción sexuada... tiene menos de mil millones de años; durante los dos mil primeros millones de años, los seres unicelulares se reproducen por escisiparidad. Respecto a esto, Edgar Morin pudo hablar de la inmortalidad unicelular. Muy cerca de nosotros, el *Oestrus* que el hombre comparte con los primates, el ciclo corto de 28 días de la hembra de los antropoides y de los hombres, permite una actividad sexual constante e inscribe a la pareja en la memoria biológica profunda de nuestra era.

Nuestra historia comienza apenas. Ocupa la quinientos milésima parte de la duración cósmica, una cien milésima parte de la duración terrestre, una cincuenta milésima parte de la duración de la vida. En realidad, esta observación no tiene mucho sentido. Propone una clave cómoda. Así organizamos nuestro saber. Una sola cosa es segura: la conciencia de que somos. El conocimiento se organiza con arreglo a esta conciencia de sí. La historia de la población y, por lo tanto del hombre, tiene la particularidad de estar a ambos lados del plano fundamental de separación entre lo conocido y lo conociente. Entre la ciencia de la naturaleza y la ciencia del hombre, esta distinción subsiste: somos sujeto y objeto, conocido conociente: del mismo lado, pues, del espejo. Esto no deja de ponernos en aprietos.

Así, quiérase o no, existe un paradigma de la naturaleza humana. Estamos insertos en el *cosmos* y en lo viviente. Y, sin embargo, muchas cosas nos separan.

Lo que nos separa: el juego de nuestra *doble memoria.* Como todos los seres sexuados, nuestro destino se determina en la fecundación. La fecundación es el único gran acto de nuestra vida. Ésta comienza enteramente el día de ese acontecimiento absoluto que nos trae por lo menos el 80% de la totalidad de nuestro destino.

¿Es preciso recordar ese *b. a. ba* evidente de la genética? El recién nacido humano completo está compuesto de 10^{18} células, un billón de millones, y en cada una de las células de nuestro cuerpo que se reproducen constantemente, está ese código genético, en lo más recóndito de nuestro ser, llevado por la doble hélice del ADN, tal como lo imaginaron, hace tan sólo veinticinco años, Watson y Crick en 1953. Un hombre produce en su vida cientos y cientos de miles de millones de espermatozoides; una mujer cerca de 300 óvulos. En la superficie del ovario,[2] durante el periodo fecundo de la vida de la mujer, desde los 13-14 años hasta los 45-49 años, en el día del ciclo menstrual sobreviene una erupción: ha nacido un óvulo. Se trasladará hacia la trompa de Falopio, en donde se encontrará, si hubo relación sexual, con la marea creciente de un flujo de varias decenas de millones de espermatozoides. Entonces un espermatozoide penetrará quizá el óvulo... Y si la fecundación se lleva a cabo, un ser totalmente nuevo dotado de un destino autónomo surgirá, como Afrodita de la espuma del mar.

Cada célula de nuestro cuerpo contiene 46 cromosomas: en ellos se halla inscrito el código de la vida, la memoria de esa aptitud para construir el orden de un ser único en el espacio y en el tiempo. Se dice que si se desplegara, esa espiral ADN encerrada dentro de cada uno de los núcleos de nuestras 10^{18} células cubriría 20 mil veces la distancia de la Tierra al Sol. Todas las células tienen 46 cromosomas, salvo las células sexuales que tienen 23. Un solo espermatozoide (60μ) salvó la membrana del enorme óvulo (200μ). En efecto, el óvulo posee las reservas necesarias para el embrión al principio de su desarrollo, pero la parte útil de la célula femenina no es mayor

[2] J. M. Robert, *L'Hérédité racontée aux parents.* Seuiel, París, 1978, 206 páginas. [Ed. en esp.: *La herencia explicada a los padres,* FCE, México, 1981.]

que la parte útil de la célula masculina. Así, en el momento de la fecundación, se constituye un ser completo a partir de las dos medias memorias de los dos seres que acaban simultáneamente de transmitir y de crear una vida nueva.

> Al cabo de unas cuantas horas, el huevo fecundado (o "zigoto", del término griego *zugon*, que significa el "yugo" que une [. . .] patrimonio y matrimonio) se divide en dos, luego en cuatro, luego en ocho células. Al cabo de varios días, el huevo se implanta [. . .] en la mucosa del fondo del útero que bajo la influencia de [. . .] la *progesterona se ha preparado para el acontecimiento. . .*[3]

Nueve meses más tarde, todo el ser contenido en el código del huevo, el código del primer día, con sus 10^{18} células, emergerá después de haber vivido los nueve meses más importantes de su vida, la vida intrauterina, a partir del acontecimiento, del absoluto del primer instante.

Los modos de la sexualidad y de la reproducción humanas particularizan al hombre en el seno del universo cósmico. Con un lado positivo y con abrumadores inconvenientes. A este respecto, no puedo dejar de recordar un viejo texto que pertenece a ese *best-seller* de la edición de todos los tiempos. . . al cual aludía a propósito del tradicional y a veces imprudente "nada nuevo bajo el sol". En el capítulo 2 del Libro del Génesis, dentro de lo que a veces se llama el poema de la creación, tengo que observar que el hombre completo aparece con tres dimensiones: el lenguaje sintáctico alojado tras nuestra ancha frente, desde que el cocido de los alimentos liberó las quijadas de nuestros ancestros de las presiones de los fortísimos ligamentos musculares que los prehomínidos de antes de la caza compartían con los antropomorfos (Dios habla al hombre y el hombre nombra los seres y las cosas: Gé. 2, 20); la pareja, sus reglas, por lo tanto la extensión de la prohibición del incesto de la hembra al genitor macho (Lévi-Strauss recalcó su importancia) y, por último, el descubrimiento, con la ética, por lo tanto la transgresión, de la vectorialidad del tiempo, o sea de la penetración de la conciencia de la muerte en el ámbito de una conciencia cabal

[3] J. M. Robert, *op. cit.*, p. 30.

(Gé. 2, 17 y Gé. 3, 1-9). Todo esto, pues, de una coherencia fantástica, justificaría, si fuera preciso, la actitud de nuestros cercanos ancestros que sabían leer, releer y meditar infatigablemente las antiguas Escrituras.

Sin embargo, los inconvenientes son graves y se agravarán continuamente. El corto tiempo de la reproducción y la desigualdad entre la abundancia de los gametos machos y de los gametos hembras. Pues si bien el hombre es fundamentalmente uno, es también dual. El antiguo texto dice que Dios creó al ser humano, hombre y y mujer, *ish* e *isha* (Gé. 1, 27). En un principio, no hay nada cultural en esa dualidad, lo cultural vino a recalcar lo que estaba inscrito en el fondo de la naturaleza. Las *ideologías* llamadas de liberación, que son uno de los modos fundamentales de la regresión y, a menos que reaccionemos pronto, del aniquilamiento de la especie, han pretendido lo contrario. Desde hace poco, y a veces gracias a autores inesperados,[4] nos vemos obligados a reconocer la evidencia de la complementariedad sexual. Hay un cerebro femenino y un cerebro masculino que se forman desde los primeros meses de la vida intrauterina. Esta diferencia, que es la condición de la verdadera igualdad de destino, es la primera y al mismo tiempo la más fecunda coacción de la naturaleza humana. Ahora bien, el peso de la reproducción biológica se reparte en forma muy desigual; la naturaleza significa simbólicamente esta desigualdad de las cargas por la producción de cientos de miles de millones de espermatozoides, por un lado, desde la edad de 11-12 años, y de apenas 300 óvulos en treinta años, por otro, cuando las mujeres nacen en un número un poco menor que los hombres (100 nacimientos femeninos frente a 106 nacimientos masculinos, 106 es llamado el coeficiente de masculinidad). A pesar de una modificación de la textura pelviana, el gran cerebro del hombrecito hace del parto una dura prueba, de la cual la mujer no sale, en general, tan mal librada, puesto que su esperanza de vida es, en promedio, superior a la del hombre, salvo en las sociedades primitivas y muy poco numerosas de la parte inferior de la escala. Sin embargo, a pesar de una larga gestación, el hombrecito está mucho menos completo que nuestro cercano parien-

[4] Évelyne Sullerot (bajo la dirección de) *Le fait féminin* ["El hecho femenino"]. A. Fayard, París, 1978, 520 pp.

te,[5] nuestro lejano primo, el primate. El hombre es el único ser evolucionado cuyo cerebro al nacer no alcanza más que el 23% del peso adulto. El hombre tiene una prolongada pequeña infancia, durante la cual necesita muchos ácidos grasos, escasos en la naturaleza, pero que la leche de la mujer reúne en proporción importante y única, para la maduración de su sistema nervioso central; tiene una infancia frágil y una interminable adolescencia. La ambigüedad de la adolescencia es en particular sensible en la niña, cuya edad de la pubertad se ha adelantado de manera considerable en el curso de las observaciones que se han llevado a cabo (de 17 a 13 años de 1840 a 1960, en la Europa nórdica, occidental y en los Estados Unidos), en tanto que el fenómeno llamado de la esterilidad de las adolescentes (esterilidad parcial, de los 14 a los 18-19 años, que es el equivalente de la esterilidad parcial de las mujeres premenopáusicas de 38-39 a 47-49 años)... recalca de otro modo esa larga falta de conclusión del hombre. Así, al prolongar el tiempo de la iniciación muchísimo más allá del límite inferior del final de la infancia en las sociedades tradicionales, las sociedades industriales se han ajustado a una indicación de la naturaleza. Por tanto, biológicamente, la transmisión del rico phylum humano exige un tiempo y un cuidado que no hallamos ni de cerca ni de lejos en ninguna especie animal. Por último, la "hembra" humana, la mujer, necesita una protección, un reposo relativo durante el periodo de embarazo. Su salud, la futura salud del hijo, su aptitud eventual para otra maternidad, dependen mucho de ello. Cierta diferenciación sexual de las tareas —distintas, por cierto, de un sistema de civilización a otro—, corresponde efectivamente a un substrato biológico. La sabiduría ancestral de las culturas había captado y comprendido este mensaje.

En realidad, el hombre tiene *dos memorias*. Una memoria biológica, que está inscrita en la doble espiral del código genético, y una memoria cultural. Esta memoria cultural es anterior al hombre completo. Nuestros ancestros ramapitecos, esos cazadores[6] en grupo

5 Cercano por la textura biológica, pero sin ninguna comunidad de ser y de destino.

6 Robert Ardrey, *Et la chasse créa l'homme* ["Y la caza creó al hombre"]. Stock, París, 1977, 308 pp.

que bajaron de los árboles de un África oriental que nadie conocía aún, habían comenzado a recibir, a aprender y a retransmitir. Con la herramienta, con el garrote, con el primer sílex que no es un instrumento sino un arma, con el medio de obtenerlo, el arte de usarlo, el *homo habilis* aprende los rudimentos de una cultura. Con mayor razón cuando aparecen las primeras formas rudimentarias del lenguaje. Claro, la verdadera cultura es la fantástica sobremultiplicación, el transmutador de naturaleza que representa el lenguaje sintáctico del hombre completo.

El desdoblamiento de la memoria en genética y cultural determina toda la historia y, *a fortiori*, la de la población. Roger V. Short[7] tiene razón en señalarlo. Desde el punto de vista genético, seguimos siendo cazadores-recolectores; en realidad, yo añadiría más cazadores que recolectores. Estamos a 300 generaciones del primer grano de trigo. No es un periodo suficiente para que se haya podido producir ningún cambio genético significativo. Además, como lo observa Jacques Ruffié,[8] la prohibición del incesto tuvo sin duda un efecto uniformante desde el punto de vista biológico y morfológicamente estabilizador.

"El hombre es un ser sin par porque es el único que transmitió caracteres adquiridos mediante el habla y la escritura".[9] Como lo observaba Teilhard de Chardin en 1939, "esa capacidad le evitó esos pasos aventurados, a ciegas y a tientas,[10] de la selección darwiniana a los cuales están condenadas todas las demás formas de vida". Yo añadiré que esa capacidad que aparece antes del hombre acabado explota de manera literal en los dos planos del hombre verdaderamente hombre (—40 mil y —9 mil), y "sir Peter Medawar decía" (1975) que "la herencia exogenética —el paso de la información por canales no genéticos— se ha vuelto en los humanos más importante para su éxito biológico que todo lo que puede estar programado en el ADN".

7 Roger V. Short, "L'évolution de la reproduction humaine" ["La evolución de la reproducción humana"] en Évelyne Sullerot, *Le fait féminin, op. cit.*, pp. 191 *ss.*

8 Jacques Ruffié, *De la biologie à la culture* ["De la biología a la cultura"]. Flammarion, París, 1977, 800 pp.

9 Roger V. Short, *op. cit.*, p. 191.

10 Menos aventurada y a tientas de lo que creía el buen Darwin y... *a fortiori,* los neodarwinianos que exageran.

Por mi parte, dejaré las dos memorias empatadas. En verdad, la memoria biológica que nos da el cerebro es primordial. Y la cultura más sofisticada perecerá mañana si no recibe del código ADN un número suficiente de cerebros nuevos que programar, surgidos del encuentro de un óvulo y de un espermatozoide en el vientre de la mujer, por mucho tiempo todavía y mayoritariamente, a pesar de Louise Brown.

Sin embargo, el peso de la reprogramación es cada vez más considerable. Alain Cotta se divirtió en alguna ocasión[11] imaginando un estado estacionario que sobreviene cuando la reprogramación del mínimo necesario para la realización de un nuevo progreso absorbería la totalidad de la vida. Desde hace 40 mil años, el peso del niño no deja de aumentar con el crecimiento constante de la memoria cultural no genéticamente transmisible. Todos los progresos fundamentales son aquellos que tienden a aumentar el rendimiento de la retransmisión de las adquisiciones culturales: lenguaje sintáctico, dibujo, escritura ideográfica (—6 mil), escritura alfabética (—3 mil), imprenta (—500), telecomunicación e informática (—25). Si la pedagogía escapara a la ideología, podría ser mañana la reina de las ciencias.

"La transmisión del saber[12] de una generación a otra se llevó a cabo durante el largo periodo de contactos entre padres e hijos, dependencia fortalecida por" la inmadurez prolongada del recién nacido humano. "Debido al desarrollo considerable de su cerebro, el hombrecito debe realizar la mayor parte de su crecimiento después de nacer, si no su cabezota no hubiera podido abrirse paso", a pesar de las mejoras recientes "en la estrecha pelvis humana". La dependencia del hijo para con la madre ocasiona la dependencia de la madre para con el padre. Esto significa que la estabilidad de la pareja es casi vital para la supervivencia humana. La sexualidad humana tan particular ha orientado hacia esa estabilidad vital. Una de las consecuencias del gran cerebro es igualmente una asombrosa capacidad de sueños, de sentir el placer y el dolor mucho más allá de la señal necesaria para la supervivencia de la especie. R. V.

11 Alain Cotta, *Théorie générale du capital, de la croissance et des fluctuations* ["Teoría general del capital, del crecimiento y de las fluctuaciones"]. Dunod, París, 1967.

12 Roger V. Short, *op. cit.*, pp. 191-192.

Short observa, después de otros, que el hombre y la mujer son la única especie para la cual el *oestrus* periódico cede su lugar a un *oestrus* ininterrumpido. Voltaire, a quien no se le escapaba nada, lo había notado en tono de burla: "el único animal que bebe sin tener sed y que hace el amor en todo tiempo". Robert Ardrey recalcó largamente a la especificidad de la sexualidad humana, como cemento de la vida social. R. V. Short, por su parte, observa una vez más: "Asimismo, parece probable que seamos la única especie de los primates para la cual el orgasmo aumente la gratificación del acto sexual para la hembra". A esto convendría añadir: "un signo de esta explotación de la sexualidad con fines sociales[. . .] es el tamaño del pene del hombre, que es el más grande de los primates, en tanto que sus reservas de esperma son más bien pobres y sus testículos pequeños". Resulta que hay una especie de vocación natural a la monogamia. La monogamia no es exclusiva, por cierto, en gran número de sociedades primitivas y muy primitivas,[13] pero nos es forzoso comprobar que la pareja monógama domina en la proporción de 97 a 98%. La monogamia es una condición de la retransmisión eficaz de la memoria cultural.

Las mayores tonterías proferidas durante estos últimos años se deben a la ignorancia de una antropología elemental. Toda demografía humana calcada del estudio superficial de las demografías animales constituye un burdo error. La sexualidad humana, las condiciones de la retransmisión del fenómeno humano son totalmente específicas. Ser de lenguaje, de cultura, por lo tanto de imitación (René Girard[14] insiste en la *mímesis* imitativa), el hombre dedica normalmente una parte importante de su vida (entre la tercera parte y la mitad) a aprender y a enseñar. Entre la memoria biológica que calcula holgadamente y la memoria cultural forzosamente más parcimoniosa debido a su costo, se ha buscado un punto de equilibrio, se ha encontrado y se ha puesto siempre en tela de juicio en el curso de la historia. Resulta evidente que ese punto de equilibrio no puede, en ningún caso, inscribirse por debajo del coeficiente neto de remplazo 4-5 hijos por mujer en el siglo XVIII, sin

[13] Según los trabajos de Ford y Beach (1952) referentes a 185 sociedades humanas primitivas, la monogamia es exclusiva en el 16% de los casos.

[14] R. Girard, *Des choses cachées depuis les origines du monde* ["Cosas ocultas desde los orígenes del mundo"]. Grasset, París, 1978, 492 pp.

duda más en otras partes y antes, 2.15 en las sociedades industriales más avanzadas y nunca, debido a la masculinidad de los nacimientos, por debajo del 2.10 que constituye el nivel teórico límite.

Esto se debe a una regla muy simple que Raymond Ruyer llamó burlonamente la primera de las antiparadojas de Princeton, que es que "la esterilidad no es hereditaria". Las capas de las cuencas sedimentarias han conservado algunos rastros de esas especies y de esos troncos hoy en día desaparecidos. La Tierra conserva muy mal el recuerdo de esos fracasos. En la actualidad somos los descendientes de hombres y mujeres que supieron y quisieron sobrevivir... mañana la Tierra estará poblada sólo por los descendientes de aquellos que habrán logrado resolver este dificilísimo problema.

III. UN PROBLEMA DIFICILÍSIMO

TRANSMITIR la vida no es cosa fácil. Parece cada vez más difícil conforme se avanza hacia una mayor complejidad. La generosidad, y por lo tanto la seguridad, es biológicamente tanto mayor cuanto que permanecemos en la parte inferior de la escala. La escisiparidad de los unicelulares les asegura enormes oportunidades de sobrevivir. Las algas azules, que tienen cerca de tres mil millones de años, están mejor protegidas que nosotros contra cualquier desgracia, nosotros que tan sólo tenemos 40 mil años, en el sentido estricto, y, contando nuestros ancestros directos, unos diez millones de años.

En realidad, una amenaza nos acecha, una amenaza que proviene de nuestros lejanos orígenes (recientes en la escala natural): el carácter conflictivo de nuestras dos memorias. Al principio, las cosas ocurrieron mal, luego mejoraron. Después de un periodo de crecimiento generoso estamos llegando, quizá a un periodo más difícil aún, un periodo que va a exigir un nuevo y considerable acrecentamiento de la inteligencia. Tenemos que transmitir dos memorias, dos memorias conflictivas, dos memorias entre las cuales debemos mantener un equilibrio difícil. El mundo actual es un mundo fragmentado de manera cruel por la explosión de la memoria biológica, ayer, en una parte del planeta, y por la explosión de la memoria cultural, hoy en día, sobre la parte inteligente del mundo. En última instancia, la humanidad puede sobreponerse al primer desafío, pero el segundo es infinitamente más peligroso. Al devorar sus cimientos biológicos, la memoria cultural se destruye a sí misma, se aniquila en forma radical. Nuestros primeros pasos fueron difíciles. No sabemos gran cosa de nuestras primeras marchas. Lo único que sabemos con certeza de los prehomínidos que, durante diez millones de años, caminaron casi de manera exclusiva en esa diagonal que va desde Kenia hasta el centro de Asia, es que eran poco numerosos. Podemos contar de 500 a 600 millones de destinos en 30 mil años, desde la primera tumba hasta el primer grano de trigo; podemos situar el primer millón de hombres, entonces verdaderos hombres en su vivencia y al mismo tiempo sin saberlo y sin comunicar. . ., hace 10 o 12 mil años, en el paleolítico medio, cuando se

preparan en la cuenca oriental del Mediterráneo y en la Fértil Media Luna las condiciones objetivas del primer verdadero despegue. Nada más incierto que lo que sabemos de la predemografía del tiempo anterior. ¿En diez millones de años, cuántos caminantes sobre las patas posteriores hubo, desde los *ramapitecos* hasta los *homines habiles*, hasta los "homínidos" del jardín del Edén, hasta los "homínidos" justo antes de la herida del tiempo de la conciencia de la muerte? Nunca fueron sin duda más de 100 mil; en 400 mil generaciones podemos imaginar 10 mil millones de vidas de casi destinos de antes del destino. Esto quiere decir que toda la antropogénesis anterior a la primera tumba, durante cerca de 10 millones de años, no tiene más cuerpo que la humanidad de 1800 a 1978. Una vez más, esta observación tiende a probar que la humanidad es contemporánea y que, por eso, nuestra responsabilidad es en realidad abrumadora.

Todos los prehistoriadores tienen la sensación de pequeños grupos, amenazados, sitiados, cuyas condiciones de vida y de supervivencia son en extremo precarias. Hoy en día, una escuela insiste mucho en el drama de la adaptación a la caza, el paso del recolector vegetariano al cazador omnívoro, al técnico del fuego del sílex. . . dotado de entrada de un armamento que le permitió sobrevivir. Robert Ardrey resumió de manera acertada la época tal como la imaginan los partidarios de la caza. René Girard admite, *grosso modo,* ese punto de vista. En realidad, la caza hizo al hombre. La antropología estadunidense que es la que da el tono, parece adherirse a esta opinión.

Hay algo profundamente humano ya en la vida de antes de la etapa decisiva. Nuestros ancestros de antes de la conciencia cabal de la muerte y del destino llevan ya la marca de la prisa y de la fragilidad.

La fragilidad es nuestro más lejano ancestro. La encrucijada decisiva se sitúa al pie del árbol, en el momento en que nos adentramos en la sabana. Desnudo, nuestro más lejano ancestro no tenía otra defensa que la mano, una mano liberada por la postura vertical, y un suplemento de capacidad craneana, lentamente liberada y sin embargo, sin utilidad inmediata contra los grandes animales de rapiña que tienen en cambio zarpas y dientes. Y además con la desventaja de una hembra ya frágil, estorbada por el peso de un crío, mucho más frágil todavía.

A partir de allí, las cosas siguen un ritmo que, poco a poco, se despega del ritmo ordinario de la vida. Si nos referimos a la historia misteriosa de las demás especies, resulta difícil decir si el ancestro *del hombre principia lentamente*. Sin embargo, parece ser que todo va de prisa. Pero si nos referimos a la verdadera historia del hombre, la de los diez últimos milenios, hay que reconocer que la prehistoria del antecesor del hombre antes del hombre es sumamente lenta, a pesar de ese embrión de memoria cultural que Pierre Teilhard de Chardin acogió con razón hace algún tiempo. Y es que, en verdad, no todo adelanto cultural es un fenómeno lisa y llanamente benéfico. Todo adelanto cultural, por lo tanto, todo adelanto en el camino de la hominización, que hace pasar de la memoria genética, que también es automática (esa que se transmite sin pena ni gloria por la simple unión en las trompas de Falopio de un gameto macho y de un gameto hembra), a la memoria rápida, mutante, acumulante, enriquecedora, pero frágil, la memoria que saca tiempo de la vida de los adultos en provecho de los niños, debe pagarse con un riesgo. El riesgo, en este caso, es el costo cada vez más elevado del fracaso. Mientras más se es hombre, menos se tiene derecho al error.

Todo nuevo adelanto del antecesor del hombre en marcha hacia el hombre volvió frágil a la mujer, la feminizó, e infantilizó al crío. Un monito de unos cuantos meses, criado y educado como un hombrecito, es muy superior a éste en autonomía y habilidad, como lo probaron los etologistas. El hombre tiene una fecundidad muy modesta que, por cierto corresponde a su posición en la escala de lo viviente. Los grandes despilfarros, que son las grandes seguridades, se encuentran al pie de la escala ascendente de la *neguentropía* de la vida, pero esa fragilidad es multiplicada por la fragilidad debida al cerebro. En efecto, el gran cerebro del hombre, ese prodigioso don de la vida y del príncipe de la vida (pues el automatismo darwiniano es una rotunda inepcia, en cuanto se sube aunque sea un poco la escala de la neguentropía; en realidad, hoy en día todo el mundo lo sabe, aquellos que se atreven a decirlo y aquellos que fingen ignorarlo), es lo que provoca las dificultades de la gestación y de una interminable infancia.

¿Han notado ustedes que ese descubrimiento reciente de la preantropología biológica del antepasado del hombre, que ese rasgo que

nos viene de él pero que debió agravarse prodigiosamente durante la última mutación que nos dio el gran cerebro (con las circunvoluciones frontales desarrolladas para el lenguaje y por lo tanto la frente ancha que hace difícil el paso de la cabeza por la pelvis), que esa estructura profunda de la vida está escrita en el curiosísimo texto del comienzo? Al salir del Edén (o sea, cuando aparece el lenguaje, la hipersexualidad, fenómeno humano, la elección ética y la conciencia del tiempo y por lo tanto de la muerte, con el gran cerebro para otra cosa muy diferente que la acción, el sueño, el dolor y el placer excesivo, la conciencia del destino, el discernimiento de lo sagrado, y mucho antes de que la palabra existiera, la metafísica en potencia —las primeras tumbas del 40avo milenio son maravillosas sumas metafísicas—. . .) Dios dijo. . . (en las consecuencias sacadas de la última mutación que no es sólo una mutación sino una elección cultural, individual del hombre, de Adán, que quiere decir el hombre en hebreo) "A la mujer le dijo: Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará."

Es imposible imaginar mayor economía de palabras para resumir el nudo de la hominización acabada: el peso del embarazo y el parto doloroso —consecuencia del gran cerebro, ese don de dos filos—, el deseo de la mujer. La mujer es dueña de la sexualidad, todos los antropólogos de la hominización lo admiten. ¿Acaso no adquirió el orgasmo, que no existe en ninguna otra parte? Pero el peso del hijo se paga con una dependencia, una necesidad de protección. Esta severidad no es selectiva. Las consecuencias de la elección son idénticas en femenino y en masculino. Cuando Dios habla al hombre, le habla del mismo modo. . . el hombre tendrá que proporcionar un esfuerzo suplementario con su poderosa musculatura. La musculatura de la mujer representa el 57% de la potencia muscular del hombre, tiene el 80% de su peso, está menos protegida por un sistema piloso pobre. Por lo tanto, al hombre le toca proporcionar un esfuerzo suplementario para alimentar siempre y proteger a cuatro personas cuando menos. . . "con fatiga sacarás de él (del suelo) el alimento todos los días de tu vida" (Gé. 3, 18). El hombre y la mujer. *Ish* e *Isha* unidos en una complementaridad perfectamente indisociable, iguales en dignidad, iguales en cuanto al destino, iguales en todo lo que es la esencia del hombre, iguales y

diferentes. . . y tan incompletos, tan incapaces de vivir uno sin otra como un gameto macho y un gameto hembra. La pareja humana, biológicamente unida por el cerebro, es tan indisociable como dos mitades de un código genético. La separación es aquí sinónimo de muerte.

De ello deriva un dificilísimo problema. Vislumbrada en los archivos del subsuelo, la historia de la población se presenta terriblemente cortada. La historia de la prehominización es una gigantesca tumba. El prehomínido recolector, como cazador está vinculado a un territorio de caza. Por lo tanto, tuvo que enfrentarse a los animales de rapiña competidores y, ya asegurada esta victoria, mantenerse en equilibrio en su medio. Los territorios de caza son relativamente estables; sin embargo, casi con seguridad sucede que se encuentren y entonces interviene el peligro del círculo sin fin de la violencia, de la violencia propiamente humana, esa violencia interespecífica, contra nosotros mismos, que es lo propio del hombre, el precio fuerte, no el justo precio de la inteligencia y del arrojo.

¿Acaso la violencia interviene antes de la primera tumba? Las sociedades de primates tienen su jerarquía compleja, pero los monos están desarmados, tienen el miedo metido y los incita a someterse. Las jerarquías tiránicas en las sociedades animales se establecen sin demasiados destrozos. Una especie prácticamente, nunca se vuelve contra sí misma.

¿Entonces la guerra que nos hace hombres, plenamente hombres, junto con la caza, intervino antes de la primera tumba, antes de la conciencia del tiempo y de la muerte?

Tan sólo sabemos una cosa, que la guerra es en potencia posible con el armamento del cazador social, del cazador en grupo. Por tanto, la violencia destructora existe dentro de la banda y fuera de ella. El círculo de la violencia que nada detiene, en un ser que posee armas prodigiosas, la piedra en la mano, el garrote que golpea al vuelo, el lanzamiento de piedra y de lanza, las armas de caza hechas para matar más fuerte que uno mismo. ¿Entonces la guerra habría añadido su amenaza a las demás amenazas antes de la hominización acabada? ¿o bien esperó la primera tumba, la de Abel, por lo tanto de Caín?

IV. DE LA TUMBA AL GRANO DE TRIGO

DIEZ millones de años y 10 a 20 mil millones de destinos, tal sería el peso del hombre antes del hombre. Nuestra información fragmentaria da la impresión de una gigantesca labor de Penélope, cuyos hilos constantemente rotos son vueltos a anudar,[1] un poco como si ese ascenso hacia el gran cerebro, hacia la memoria exterior, la memoria devoradora del tiempo, sometiera al frágil aparato de reproducción de nuestros ancestros a una presión límite, ese aparato que hemos vuelto aún más embarazoso, aún más difícil de manejar, más frágil.

> Grupos enteros desaparecen, regiones ocupadas durante un tiempo vuelven a estar desiertas durante milenios. Los progresos son de una lentitud inaudita, condicionados por ese asentamiento ínfimo, por esos grupos humanos dotados de algunos escasos individuos detenidos todavía por una mortalidad implacable, por una longevidad de unos veinte o treinta años, por la desaparición, sin posibilidades de *transmisión, de las primeras experiencias.*[2]

Louis-R. Nougier resumía así su juicio sobre una fase del paleolítico antiguo que se remonta a 200 mil-400 mil años. Yo añadiré que unas cuantas decenas de miles de seres de apariencias humanas, a la vez tan cercanos y tan lejanos, pueblan el Antiguo Mundo, lo cual es una estimación imprecisa pero verosímil.

Si, por lo tanto, tuviese que caracterizar esa demografía del hombre antes del hombre, diría que es *discontinuidad*. Los esqueletos dan cuenta de seres jóvenes en su mayoría, que no pudieron alcanzar el umbral de la vejez, de un prodigioso estropicio de niños; en semejantes condiciones, la cría de los niños debió plantear tremendos problemas. Se adivina la existencia de unidades demasiado pequeñas para no correr el riesgo de caer a menudo por debajo del umbral donde el mínimo de cultura necesaria para esa vida infrahumana

[1] *Cf.* gráfica p. 327.
[2] Louis René Nougier, en *Géographie générale* ["Geografía general"]. Gallimard, Pléiade, 1966, p. 896.

ya no puede transmitirse. Esta prehistoria de antes de la historia del hombre completo produce la sensación de una forma de vida sometida a tales desafíos que no logra surgir realmente. Un amasamiento difícil, en verdad, del limo de la tierra. La continuidad de la vida depende de la reproducción. El hombre no constituye ninguna excepción. La introducción de una reproducción no totalmente confiada al instinto, y por lo tanto de una reproducción cultural, habría representado para el hombre de antes del hombre una tremenda coacción. Se comprende que hayan sido necesarios millones de años para resolver más o menos semejante problema. La inserción del gran cerebro en la vida, el hecho de que la cultura viva en parásito sobre la vida constituyen una amenaza constante para ésta, hasta el día en que la cultura es realmente capaz de comprender y de hacerse plenamente cargo de la vida.

El antes termina con la muerte, el hombre comienza con la conciencia del "morirás" (Gé. 2, 17), con la certeza de tener que morir, con el surgimiento a lo incomprensible de una conciencia que domina un más allá de lo accesible. "De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que comieres de él, morirás" (Gé. 2, 16-17).

Es entonces cuando comienza ese fascinante periodo del paleolítico superior. Ya nada nos separa de ese ser que es nuestro padre Adán, nuestro padre el hombre, hombre, *Ish* e *Isha,* hombre, Adán y Eva. Eva significa *Vida,* como Adán significa hombre. "El hombre llamó a su mujer, Eva; por ser ella madre de todos los vivientes" (Gé. 3, 20), dice el texto judeocristiano del comienzo.

Ese periodo es, *grosso modo,* el paso en treinta milenios de casi nada a casi el primer millón de hombres viviendo juntos. El paleolítico tardío también es, junto con el gran cerebro, el advenimiento del tiempo, del lenguaje, por lo tanto de una verdadera cultura que permiten el lenguaje y un comienzo de crecimiento. Con el hombre cabal comienza el crecimiento. Y así llegó a la *primera ley de la demografía histórica,* tal como la formulé hace algún tiempo. El fenómeno humano observado en la larga duración se presenta *como un crecimiento,* crecimiento cuantitativo, crecimiento cualitativo. ¿A qué imputar ese imperceptible despegue?

Se ha especulado mucho acerca de los géneros de vida del paleo-

lítico, para disipar la bruma se ha recurrido naturalmente a las riesgosas posibilidades de la observación etnoantropológica del presente gracias a la diacronia que quizá trae a la superficie de nuestro tiempo lejanos pasados. Si tomo el mapa de las civilizaciones y de las culturas tal como lo establecieron el etnoantropólogo G. W. Hewes y el historiador Fernand Braudel[3] para el principio del siglo XVI, justo antes del gran proceso transculturador de la exploración y de la conquista de los nuevos mundos por el extremo-occidente cristiano, descubro que la mayor parte del planeta se encuentra todavía en el paleolítico a fines del siglo XV, cuando Cristóbal Colón y Vasco de Gama hacen que la navegación europea dé el viraje decisivo del desenclave planetario. Algunos fragmentos de ese mundo fósil han llegado hasta nosotros. Junto con los navegantes, los conquistadores, los misioneros del siglo XVI, aparecieron los primeros etnólogos. Por eso es que el mapa de Hewes-Braudel es tan apasionante para todas las reflexiones sobre el hombre. Nos muestra dónde y cómo los primitivos de la etnología del siglo XVI —no son los menos seguros— y dónde y cómo los etnoantropólogos de hoy en día son capaces de informarnos acerca de nuestros más lejanos comienzos. Recientemente se ha extrapolado e idealizado mucho.[4] En realidad, nada prueba que los paleolíticos del siglo XX, esa gente despreciada, esos frustrados de la marcha hacia adelante, sean necesariamente los mejores testigos de nuestros más lejanos antecesores. Prefiero los testimonios de los primeros exploradores de la gran Conquista, a Malinowski y sus *trobriandeses*. El testimonio de la tierra y de la piedra, por una parte, el testimonio de los europeos del siglo XVI acerca de los mundos aún intactos del antes, por otra, nos permitirían quizá un burdo enfoque de la lejana demografía de nuestros antepasados del primerísimo crecimiento, el crecimiento dificultoso de los 30 milenios oscuros, desde la primera tumba sobre lecho de polen y fondo de ocre hasta el primer grano de trigo, testigo del despegue simultáneo de la inteligencia, del número y de los Imperios.

Regresemos a nuestros testigos del siglo XVI. Los setenta y seis

[3] Fernand Braudel, *Civilisation matérielle* ["Civilización material"], A. Colin, 1967, 440 pp., pp. 40-41.

[4] Marshall Sahlins, *Age de pierre, âge d'abondance* ["Edad de piedra, edad de abundancia"], Gallimard, 1977, 330 pp.

grupos culturales de Hewes-Braudel no implican setenta y seis sistemas de comunicaciones encerrados en sí mismos. Las humanidades del posneolítico que cohabitan en el siglo XVI con las de los lejanos comienzos y en particular las del periodo agropastoral y de las escrituras, ya se comunicaban parcialmente entre sí. Y la que, ya, se comunica más, desencadena el proceso de la brutal puesta en comunicación planetaria. Pero, en el siglo XVI, la tierra era aún lo suficientemente amplia como para conservar el recuerdo del pasado. La tierra del siglo XVI está llena de nuestro pasado, es como una bella noche de verano en el Oriente Medio, repleta de la historia de un cielo que, desde hace ya mucho tiempo, ha dejado de existir. Los descubridores del siglo XVI, como los árabes del siglo X que inventaron la gran puesta en comunicación del océano Índico y cuya lección fue conservada durante mucho tiempo por la geografía árabe, ignoraron que eran menos los viajeros del espacio que los del tiempo. Nosotros lo sabemos por ellos; nosotros, que desciframos su mensaje.

Así, en la parte inferior de la escala del espacio y del tiempo hay 27 grupos culturales de hombres que aún no intervienen de una manera directa y realmente humana en el proceso biológico. Porque eso es lo que significa el género de vida puramente recolector y cazador del paleolítico, la no intervención inteligente, voluntaria, en el proceso biológico. Esos perfectos ecologistas (ello les valió el aplauso de ideólogos disfrazados de seudosabios) recolectores como el australopiteco robusto, cazadores que saben cazar, homínidos en proceso de hominización por la caza, como Man 1470 o los *homines habiles* del Acheulense, se limitan todavía a tomar, apenas mejor que cualquier animal de rapiña. El hecho de que sepan hacer fuego para la predigestión de sus alimentos no añade gran cosa a un consumo de energía *per capita* equivalente a 2 500 o tres mil calorías al día tomadas del medio.

Así, a partir de testimonios y documentos, pudimos reconstituir lo que era el género de vida, ayer y anteayer, de esos sobrevivientes del medio de la piedra en la edad de las últimas catedrales, de las carabelas y de las galeras, de los primeros cañones y de las primeras prensas de imprenta; en una palabra, de los jefes de cordada del Mediterráneo inteligente convertidos en cristiandad latina, felizmente codo con codo. El consumo de energía, con excepción de los

esquimales que consumen mucho aceite de foca quemado no digerido para luchar contra un frío intenso —como el que nuestros lejanos antecesores tuvieron que combatir durante la cuarta gran glaciación—, no es más de 10 a 20% de la energía tomada del medio en forma de alimento. Esos hombres de vanguardia que, en el momento del gran desenclave planetario del siglo XVI son hombres de los flancos, no cuentan con otra energía que la de sus músculos y no mucho más calor que el de su cuerpo. En 1938, Claude Lévi-Strauss vivió entre hombres del medio de la edad de piedra. Hoy en día, se ha perdido definitivamente el rastro de aquellos hombres que, sin duda alguna, han desaparecido para siempre. Nunca sabremos más de lo que el antropólogo más grande del siglo XX descifró de su misterio. Tenemos las fotografías de esos contemporáneos de nuestras primeras tumbas. Tomadas en 1938,[5] tienen cuarenta mil años. Claude Lévi-Strauss los observó acurrucándose en racimos, piel junto a piel, en 1938, repetimos, cuando la fogata del campamento se apaga en el frescor de la madrugada.

Esos 27 grupos culturales de la parte inferior de la escala y del medio de la edad de piedra en el siglo XVI (el 30% del número total de los sistemas definidos por Hewes y Braudel) ocupaban teóricamente el 25% de las tierras emergidas, pero no reagrupaban a más del 0.2% de la humanidad total. . .; ¿y qué parte verdaderamente infinitesimal de la herencia común poseían esos hijos realmente perdidos?

¿Qué información acerca de nuestro lejano pasado podemos inferir de la demografía de esos testigos?

Hemos visto humanidades frágiles, que se reproducen con dificultad. Sin duda porque los largos desplazamientos impuestos a las mujeres son responsables de numerosos abortos espontáneos, porque no existe ninguna alimentación de sustitución para las lactancias prolongadas, porque esas larguísimas y agotadoras lactancias tienen una acción inhibidora en el ciclo ovular. . . Tenemos un matrimonio en el momento de la pubertad, parejas relativamente estables con reducidas manchas de poligamia y poliginia sucesivas y una amenaza constante para la supervivencia del grupo.

[5] Claude Lévi-Strauss, *Les Nambikwara*. Musée de l'Homme, Sociedad de los Americanistas, París, 1948, y fotografías reproducidas por Claude Lévi-Strauss, *Tristes tropiques* ["Tristes trópicos"], Plon, París, 1955.

Hay que añadir que las sociedades de este tipo, como lo vio en forma admirable Germaine Tillion,[6] practican la más rigurosa *exogamia.* La prohibición del incesto se extiende al conjunto de los miembros del grupo. Así, la exogamia, el intercambio de cónyuges de grupos a grupos, desempeñan un doble papel de comunicación y de pacificación. Pues el paleolítico, a pesar de las visiones idílicas de la antropología ecologista, también es una edad de la guerra. Se llegó a imaginar que *sapiens sapiens* logró eliminar a *sapiens neanderthalensis* gracias a una diferencia en el armamento (la aparición de las armas de lanzamiento). La guerra, la violencia, añaden una causa suplementaria de mortalidad. En alguna ocasión, yo supuse, por una extrapolación sin duda abusiva de unas cuantas observaciones muy limitadas, que el número de muertes provocadas por la violencia en las sociedades sin estructura de estado que hacen las veces de cortafuego era de aproximadamente 10% de la mortalidad total.

La esperanza de vida debía ser muy reducida. Como no podemos contentarnos con el testimonio de los extraviados de la edad de piedra en el campo de la historia, veamos pues las osamentas. Un cálculo antiguo que data de 1937, efectuado por el doctor H. Vallois,[7] muestra a la vez la precariedad y el progreso en torno al nudo fundamental del cuadragésimo milenio, ese hito que marca verderamente la mutación del devenir incierto al ser cabal.

La ganancia fundamental es una ganancia de tiempo, la única ganancia que se manifiesta superior a las demás es un suplemento de prórroga frente a la muerte. Un estudio de R. L. Nougier arroja las siguientes cifras: 21.9% de adultos, 28.1% de hombres maduros y de cierta edad, 3.1% de ancianos, 32.8% de niños y 14.1% de adolescentes. Se refiere, por cierto, al neolítico y saca dos rasgos realmente capitales: la mortalidad de los menores de 20 años, 46.9%, corresponde a la cristiandad de fines de la Edad Media y del siglo XVI hasta el fin del siglo XVIII. Una parte de las muertes de adultos parece imputable a la guerra. Se nos ha repetido ya muchas ve-

[6] Germain Tillion, *Le harem et les cousins* ["El harem y los primos"]. Le Seuil, París, 1966.

[7] Según M. Reinhard, A. Armengaud, J. Dupaquier, *Histoire générale de la population* ["Historia general de la población"], Montchrestien, 1968, p. 18.

De 187 esqueletos fósiles de la alta prehistoria:

	Muertos menores de 20 años	*Entre 20 y 40*	*Entre 40 y 50*	*Más allá de los 50*
Neandertalenses	55%	40%	5%	
Mesolítico	34%	54%	11%	—1%
Homo Sapiens	37%	58%	15%	—2%

ces la mutación positiva de la violencia en el neolítico. Yo no creo en esa mutación sino en un desplazamiento de la violencia. Es más espectacular porque es menos difusa. Sin embargo, tengo que reconocer, aunque de manera aún muy imprecisa, a la luz de lo que vislumbramos, que esa larga antehistoria humana que va desde el cuadragésimo hasta el décimo o noveno milenio, desde la primera tumba hasta el primer campo de trigo, se sitúa entre dos mutaciones, dos prolongaciones de la vida humana. Entiéndase bien que como todas las prolongaciones desde entonces, éstas son puramente estadísticas,[8] pero de importancia capital. El desarrollo de la memoria cultural no genética sólo es concebible si la vida humana es bastante larga como para sostener sin romperse el peso de la lenta, de la interminable reinscripción de la cinta de las informaciones en nuevos cerebros.

Para que la reprogramación sea rentable, se necesitan ciertas condiciones: la primera es el lenguaje completo, la lengua sintáctica de amplia gama. La victoria de *sapiens sapiens* sobre *sapiens neanderthalensis,* cuando se comparan los dos cráneos, es sin duda la victoria del que estaba mejor armado para el lenguaje. Un lenguaje cabal, un lenguaje humano completo, es un multiplicador prodigioso para la reprogramación de las adquisiciones culturales.

La segunda mutación sólo podía provenir del número. Los paleolíticos cazadores, en bandas limitadas por la caza, debían reprogramar lo adquirido en unos cincuenta o cien cerebros. La suerte de la explosión demográfica del neolítico se llama la fragmentación en

[8] Esto quiere decir que se trata menos de una prolongación de la vida humana que de una reducción de la mortalidad exógena antes del término fisiológico de la vida.

el gran número, por lo tanto la posibilidad de una división de las adquisiciones culturales. Esta división es infinitamente más importante que la división de las tareas que no es sino una consecuencia de la primera.

Además, si tratamos de definir la primera demografía humana, la de entre tumba y trigo, hay que añadir que ésta tuvo que someterse de manera estrecha a las presiones externas del clima: las grandes difusiones a través del 70 o el 80% de las tierras emergidas y las tremendas oscilaciones multiseculares. El tejido es más sólido, se desgarra con menos frecuencia. Con respecto a la antetumba, se yergue una humanidad humana, una humanidad ya moderna.

Pero, claro, la modernidad del hombre completo supone el número. El hombre no es real ni cabalmente hombre, sino numeroso, es decir, al menos, millonario.

V. LA PRIMERA EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA

El neolítico es, a la vez, la agricultura, la ganadería; por lo tanto, la posibilidad del número, un millón de hombres que se comunican entre sí. En realidad, en el Oriente Medio, cuna de la humanidad de todos los éxitos, la agricultura tiene a lo sumo nueve mil años. Tiene cinco mil años en China. En Francia, en el extremo occidental del Mediterráneo, tiene, *grosso modo,* siete milenios. Antes del surgimiento de los primeros campos y de la domesticación de los primeros animales (el perro y el buey), se ha traspuesto un umbral importante. Antes, se adivina una transición. La domesticación es precedida de un periodo de impregnación progresiva: la agricultura de recolección selectiva de gramíneas alimenticias, de su tratamiento y de su conocimiento. ¿No habría allí un primer umbral del número? ¿Una presión demográfica que precedería y prepararía el perfeccionamiento de las grandes técnicas vitales? Alfred Sauvy supone que el primer millón se alcanzó hace doce mil años. Acaso hay dos o tres millones de hombres ya cuando, entre —9 mil y —8 mil, en un milenio, el trigo originario del Líbano y de Siria cubre cerca de un millón de kilómetros cuadrados de Mesopatamia y Egipto, esa cuna objetiva de la humanidad dotada. A partir de entonces, el ritmo se acelera. Al acabar la mutación del neolítico, mil años antes de Jesucristo, se supone que hay 30 millones de hombres. Por lo tanto, el neolítico es una multiplicación por 300, en diez milenios, del número de los hombres. Semejante cambio de nivel corresponde a un cambio de naturaleza. Así, hace tres mil años hay 30 millones de hombres, en sus dos terceras partes sin duda en torno al primer foco agropastoral, o sea en la cuenca del Mediterráneo, principalmente en la fértil Media Luna: valle del Nilo, Delta, fértil Media Luna, Mesopotamia, Asia menor, borde de Irán: el dominio de los Imperios.

China hace explosión, pero más tarde. Nos brinda un hito, único y notable. El primer recuento de la historia cuyo resultado haya llegado hasta nosotros, en el año 2 d.c. fue el siguiente: 57 671 400 habitantes perfectamente cartografiables y concentrados en sus 9/10 partes en la gran planicie loéssica del Hoang Ho. Es la China del trigo, de antes de la gran conquista del arrozal. A partir de enton-

ces, China llega al tope por largos siglos sin que el nivel se modifique, derrama lentamente su población desde la planicie del norte hacia el valle del Yang tse-Kiang y los valles del sur en que ya se cultiva el arroz inundando los campos.

Cincuenta y siete millones de habitantes en China en el año 2, cincuenta y cuatro millones en el censo del 167. En el mismo lapso, en el 14 d.c. se evalúa la población del Imperio romano en 54 millones[1] de habitantes en 3.3 millones de km² que llegan a 60 o 65 reagrupando todo lo que está alrededor, en las zonas incontroladas de la cuenca del Mediterráneo y de Europa, al norte, al sur y al este. De 54 a 57 millones para China en cuatro millones de km² teóricos. De 60 a 65 con Japón y la península indochina. En la época de Cristo, se puede evaluar la población de la Tierra en 250 millones de almas. O sea una multiplicación por ocho en mil años, debida esencialmente a la recuperación de la masa extremo-oriental que, después de un retraso de tres a cuatro milenios —el tiempo no se recupera— en la línea de partida de la carrera por el gran premio agrícola, en los comicios del neolítico, aprieta el paso.

La historia contemporánea comienza en el neolítico. A partir de aquí, se caerá en la tentación —E. A. Wrigley [2] es un ejemplo de esto— de aplicar como se debe la gran ley de Malthus. Yo no cederé a la moda. Si alguna vez fue válida la ley de Malthus (sobrepoblación y subsistencia), fue antes de la época agropastoral del neolítico. Los antiguos territorios de caza eran bastante apremiantes y el crecimiento, en grupúsculos ínfimos, biológica y genéticamente al límite de la supervivencia, se topaba con la rarefacción de la caza o la interferencia del terreno de caza de otra tribu. A partir del neolítico, como siempre lo observé, la ley de Malthus se escribe al revés. En adelante, con una visión macroscópica, las subsistencias siempre aumentarán de manera más rápida que la población. El único problema en el futuro será el de la capacidad de mutación, de cambiar de modo de producción y por lo tanto de escala. El problema no es, nunca ha sido y, desde un enfoque humano, nunca será que las subsistencias sigan a la población, sino que la memoria cultural alcan-

[1] Digamos entre 50 y 60, orden de magnitud seguro.

[2] Uno de los maestros, junto con Peter Laslett, de la gran escuela historicodemográfica inglesa. Es autor de un excelente *Société et population* ["Sociedad y población"], Hachette, 1969, 255 pp.

ce el umbral que permita la mutación. El problema de nuestra supervivencia nunca ha sido el de las subsistencias, sino un problema de la comunidad humana y de la comunicación a través del espacio-tiempo, simultáneamente biológico y cultural. Que un número suficiente de hombres reciban de sus contemporáneos y de sus antecesores, de manera lateral y vertical, suficientes mensajes culturales para dominar las técnicas creadoras de un volumen casi infinito de subsistencias y de medios. La ley de Malthus se aplica al hombre de antes de la humanidad. En cambio, para los hombres de después de la mutación del neolítico la ley de Malthus se escribe al revés. Lejos de estar determinado por el nivel de las subsistencias, el nivel de población determina el nivel cultural y por lo tanto el modo de utilización de los recursos naturales.

Tomaremos dos ejemplos. Uno en China, el otro en la extremidad occidental, un tanto marginal, del polo de desarrollo mediterráneo, en Francia.

Veamos, en China, la paleodemografía[3] de la explosión neolítica (relativamente tardía respecto de la cuenca precoz del Mediterráneo). Por supuesto, los trabajos científicos en China se vieron muy perturbados, tanto por la revolución en su conjunto como por la Revolución Cultural en particular, que interrumpió todo trabajo científico durante seis años consecutivos, de 1966 a 1972. Por tanto, lo publicado sobre las excavaciones no brinda ni la precisión ni el rigor deseables. Sin embargo, el neolítico en China hace del espacio chino, durante más de dos mil años, el punto de concentración de poco más de la quinta parte de la humanidad (esto se alcanza hacia los 200 o 300 años a.c.). Por otra parte, la masa de los hallazgos es tal y el resultado tan inequívoco que resulta difícil no sacar una lección.

Una masa de 936 esqueletos[4] inhumados arroja 20.5% de esqueletos de niños y adolescentes. Por supuesto, cabe imaginar una distorsión; sin embargo, los resultados están allí y son sorprendentes. Es aún más significativa, por menos impugnable, la distribución de las edades presumibles en una muestra[5] de 428 esqueletos adultos

[3] Michel Cartier, "La paléodémographie en Chine" ["La paleodemografía en China"], *Annales de Démographie Historique* ["Anales de Demografía Histórica"], 1977, pp. 288-299.

[4] *Ibid.*, p. 296.

identificados, 137 hombres y mujeres jóvenes de 22 a 35 años, 203 de 36 a 55 años, 78 de más de 56 años. "Más de una tercera parte de las mujeres (36.7%) desaparecen antes de los 35 años de edad", a consecuencia de un matrimonio demasiado precoz, apenas en la pubertad; "la proporción es sólo de 28.7% en el caso de los hombres. En cambio, las mujeres que sobreviven alcanzan edades más avanzadas: 23.7% rebasan los 56 años, frente a sólo 14.3% de los hombres".[6] Sin embargo, una lección masiva se desprende de esas cifras: el neolítico chino, así como el neolítico occidental, resulta de una prodigiosa y magnífica victoria sobre la muerte.

En comparación con los largos titubeos del paleolítico, a pesar de la guerra y gracias al número y a una división sexual más pronunciada de las tareas, el neolítico logra economizar las vidas: van a permitir el gran salto hacia adelante.

Gracias a Jean-Noël Biraben, podemos seguir el progreso de la alimentación en Francia desde el horizonte de las más lejanas condiciones del despegue.

Hace doce mil años, la retirada de los hielos apenas se inicia. En un medio difícil, unas poblaciones poco numerosas pero artistas alcanzan la cúspide de ese siglo de oro de los comienzos, la civilización magdaleniense. La recolección proporciona el complemento de las grandes cazas difíciles, peligrosas, inteligentes. Después de un largo estancamiento de la aventura del fuego conocido desde hace cientos de milenios por los *homines habiles* mucho antes de las primeras tumbas, he aquí el periodo de la utilización eficaz e inteligente del fuego:

> Simple cavidad revestida y cubierta de piedra (en la Garenne —13 500) luego verdadero horno (en la Vache —10 mil) y aun primeros tiros con morillos (en Vicdessos —9 500) o por chimenea (en Malta, Siberia —9 500). Por último, una nueva técnica permite obtener agua hirviente introduciendo en el odre que la contiene un guijarro puesto al rojo en el fuego.[7]

[5] *Ibid.*, p. 297.

[6] J. N. Biraben, *Annales de Démographie Historique,* 1976, "Alimentation et démographie historique" ["Alimentación y demografía histórica"], pp. 22-40.

[7] *Ibid.*, p. 24.

A principios del décimo milenio, se ejerce el apremio exterior del calentamiento. La tundra retrocede ante el bosque. La huida de la caza mayor constituye un temible desafío. La agricultura se instala relativamente temprano, con un desfase cronológico de apenas dos mil años en la fértil Media Luna, de un milenio en el alto valle del Nilo o los límites exteriores de Mesopotamia. El desafío ha sido ampliamente aceptado, "la sedentarización hace grandes progresos, muy pronto siguen los primeros ensayos de agricultura y de ganadería (el trigo, el perro y el buey en el norte de Francia, el trigo y la cebada, la oveja y la cabra en el sur)".[8] La paleta del cocinero se ha ampliado de manera prodigiosa, el producto por cierto, pero también su preparación: "los trituradores de granos y los recipientes para cocer, de madera y de piedra, ceden su lugar al molino o a vasijas adaptadas a diferentes usos". La alfarería se desarrolla hacia el sexto milenio. "Poco después aparece un horno mucho más perfeccionado que el del paleolítico y una fuente de pan característica." La rica gama alimentaria del neolítico queda acabada hacia —5 mil. La agricultura proporciona tres o cuatro variedades de trigo, el millo, la cebada. . . las lentejas, los guisantes o ejotes, las habas, las coles, los nabos. . . y la recolección completa las provisiones con innumerables granos, bayas, raíces, tallos y frutas con cuyo jugo se empiezan a hacer bebidas fermentadas.

En realidad, es el hombre quien inventa. La gran revolución del *neo, eneo, calcolítico* fue, en primer lugar, una invención del hombre. Fabricar hombres, reprogramar la memoria de su cultura, conservarlos durante más tiempo con vida. Ayer, hoy, mañana, ésa es verdaderamente la cuestión. En verdad, nuestro único problema.

[8] *Ibid.*, p. 25.

VI. LA ANTIGÜEDAD. EL FIN DEL CRECIMIENTO FÁCIL

DESPUÉS de la brecha, la explotación; después de la explosión del crecimiento, la estabilización. Se evalúa en 30 millones la población del planeta, ya realizada la revolución del Neolítico y de los metales en el Oeste, en la cuenca matriz de la humanidad inteligente, esbozada en China hace tres mil años, un milenio antes de Jesucristo. Así, el neolítico *lato sensu* fue la multiplicación por 300 en poco más de 12 milenios. El crecimiento se prosigue con ese impulso hasta la era cristiana, de 30 a 250 millones,[1] una nueva multiplicación por ocho. Cuando llega el año mil, hay supuestamente 340 millones de hombres. El centro motor mediterráneo se hundió a partir del final del segundo siglo de nuestra era. Dista mucho de haberse recuperado. El escaso crecimiento (¿de 250 a 340 millones?) se debe a la explosión del *tercer mundo* de aquella época que compensa el colapso del Mediterráneo inteligente. China se mantuvo sin más, el Mediterráneo se hundió, la diferencia se debe a India, África y América.

Existe un escenario de la Antigüedad que sin duda nos convendrá algún día examinar detenidamente. En primer lugar, hay que localizar bien el problema. Por una parte, el hecho de que China no rebase cierto tope sorprende, cuando se abren posibilidades enormes con la técnica del arrozal inundado, poco antes de la era cristiana. China, que conocemos bien, sube a más de 120 millones para volver a caer a 60 en los siglos XIV y XVII. El verdadero despegue de China es, más allá del año mil, el arrozal de doble cosecha gracias a la selección de granos precoces. Pero la enorme frontera de la China del centro y de la China del sur no parece, a menos que fuese por una distorsión sistemática que no vemos, haber hecho otra cosa más que repartir de manera diferente una masa comparable de hombres. Lo cual prueba que el invento decisivo es efectivamente el de los hombres provistos de doble memoria: la de la vida y la de la cultura.

[1] *Cf.* gráfica p. 326.

Por otra parte, el tope y luego la caída espectacular de la población de la cuenca del Mediterráneo.

En realidad, gracias a una mejor documentación, vemos en varias ocasiones que el crecimiento de la Antigüedad se detiene, para luego derrumbarse en proporciones espectaculares sin que se puedan hacer intervenir los famosos bloqueos malthusianos tan gratos a los historiadores mecanicistas.

El fenómeno se produjo dos voces, a escalas diferentes pero con un modelo idéntico. En Grecia, la población aumenta hasta mediados del siglo V; Grecia proporciona fuertes corrientes migratorias y la población del centro de dispersión aumenta. El movimiento se invierte al final del siglo V y a principios del siglo IV, Grecia seguirá exportando hombres y cultura, pero se vaciará paulatinamente. En un mundo abierto, comunicante, se produjo en el centro un pequeño fenómeno de mundo lleno. Fenómeno doblemente limitado, por cierto, pero suficiente para provocar la casi desaparición del tronco que había producido el milagro griego.

A partir del último tercio del siglo II, se producirá un fenómeno un poco análogo en el Imperio romano. La caída de la población no puede explicarse ni por una oscilación climática, ni por la enfermedad, ni por un agotamiento de los recursos. Todos los esfuerzos hechos en ese sentido han fracasado.

Queda una hipótesis que me esforzaré en formular. La dificultad estriba en la naturaleza de nuestra documentación. Los textos literarios y el conjunto de las inscripciones sólo constituyen un testimonio de una parte de la población. El error tradicional ha consistido en ignorarlo y en suponer que los comportamientos de las aristocracias-oligarquías de las grandes ciudades antiguas. . . eran generales para las poblaciones enteras, y en considerar de manera idéntica, lo cual es grave, el campo y las ciudades. Esta sobrestimación provocó un error simétrico, que consiste en subestimar el efecto de los comportamientos descritos.

Las grandes civilizaciones antiguas no ignoraban ni la contracepción[2] ni, por supuesto, el aborto. Además, entre el aborto espontáneo y el aborto deliberado (ayudado más o menos en forma leve),

[2] Hélène Bergues y varios autores. *La prévention des naissances* ["La prevención de los nacimientos"], INED, 1960, 400 pp.

la frontera resulta difícil de trazar. En una obra clásica,[3] Hélène Bergues proporcionó la lista de esas técnicas antiguas. John T. Noonan[4] las describió nuevamente. Se mencionan una vez más los cinco papiros egipcios de 1900 a 1100 a.c. Son ungüentos vaginales, productos capaces de constituir un pesario que bloquea el acceso al útero del líquido seminal. Todas las tradiciones antiguas relatan la existencia de esas técnicas. Las técnicas más antiguas y más a menudo señaladas son puramente femeninas: parecen relacionadas con la existencia, desde el principio de las ciudades y de los Imperios, de la prostitución. Esas técnicas femeninas parecen haber sido de difusión más bien limitada. No ocurre lo mismo con las que requieren la colaboración de la pareja, como en el caso del coito sajón que aparece en la baja Antigüedad,[5] y sobre todo del *coitus interruptus,* que es, en cambio, de iniciativa masculina. La práctica de la retirada voluntaria masculina que aparece en el Libro del Génesis (Gé. 38, 9), en la historia de Onán y de Tamar, es castigada con la muerte por el Eterno. La técnica de la retirada, la más sencilla, la más evidente, también fue la más difundida durante una larga historia. Sus efectos son considerables porque, a diferencia de las técnicas complicadas y peligrosas de la prostitución, puede difundirse masivamente, en cierto momento, en la vida de las parejas normales. John T. Noonan no tiene ninguna dificultad en probar que las prácticas contraceptivas eran conocidas en las tradiciones judías de la antiquísima Diáspora, la que precede y acompaña la difusión del cristianismo, en los países de Mesopotamia y de la cuenca del Mediterráneo. El comentario rabínico de la época talmúdica muestra que la maldición que cayó sobre Onán no impidió el recurso al *coitus interruptus,* si bien las alusiones en los textos antiguos son bastante escasas. Sin embargo, las alusiones a los pesarios y por lo tanto a las técnicas puramente femeninas, son más frecuentes. Parecen rela-

[3] *La prévention des naissances, op. cit.*

[4] John T. Noonan Jr., *Contraception et Mariage* ["Contracepción y matrimonio"], Le Cerf, 1969, 722 pp. La edición estadunidense del libro lleva por título: *Contraception. A History of Its treatment by The Catholic Theologians and Canonists,* Cambridge, Harvard University Press (Mass.), 1966. La obra pertenece al enorme esfuerzo suministrado en los Estados Unidos durante la preparación de la encíclica *Humanae Vitae* (1968) con miras a una modificación hacia la izquierda de las doctrinas de la Iglesia en esa materia.

[5] Hélène Bergues, *op. cit.*

cionadas con una condición inferior de la mujer, esclava, prostituta, prisionera... prosélito en espera de admisión. Los textos de la tradición grecoromana son mucho más numerosos, largos y precisos.

Así, en verdad, lo importante no son las técnicas, como se creía hace veinte años. Su rastro se pierde en los orígenes de la historia. En realidad, llevar a término un parto, aun de mediana dificultad, requiere más inteligencia, atención y memoria que la práctica de una de las innumerables técnicas contraceptivas anteriores a las técnicas hormonales recientes. Todas tienen, ciertamente, un rasgo en común: ninguna es de una eficacia absoluta y, por ende, no disocian por completo al coito en acto o en intención, de una posibilidad de concepción. Puesto que esas técnicas forman parte de una inmemorial herencia común, lo que cuenta son las condiciones y las motivaciones de su difusión en cierto momento, de su olvido luego y de su resurgimiento después.

El primer punto es la inversión de la tendencia demográfica dos veces, en una zona de alta cultura y por lo tanto de acumulación cultural. Grecia, hacia el año 400... a.c.; el Imperio, entre el 160 y el 200 de nuestra era. Hay pocas razones claras, fuera de las que hacen intervenir las actitudes ante la vida. El segundo punto es que las actitudes de *rechazo a la vida* sólo son imputables a un pequeño número: en Grecia, como en Roma, se trata en realidad de una aristocracia dirigente que teme la división del patrimonio. En efecto, la estructura de las formas del Estado en la Antigüedad es muy frágil, y la fuerza, la seguridad y el poder están estrechamente vinculados con la riqueza de un patrimonio transmisible. El tercer punto es la existencia de los esclavos. Su comportamiento ante la vida se asemeja al de sus amos, aunque por razones diferentes. La *proles* del esclavo no brinda ninguna ventaja, enriquece al amo, aleja la esperanza de libertad. El cuarto punto, y hay que tomarlo muy en cuenta, es que en la Antigüedad el conjunto urbano, aristocracia más esclavos, puede acabar por constituir excepcionalmente una fracción importante de la población de una provincia (una tercera parte por lo menos).

Dicho de otro modo, un comportamiento que en un primer tiempo se circunscribe a una fracción de la clase dirigente puede alcanzar, por incitación, a una fracción del cuerpo social, de tal manera que éste caiga por debajo de esa línea de flotación del simple remplazo

de la generación. Resulta difícil saber a qué nivel se sitúa en la Antigüedad el remplazo de la generación, el famoso coeficiente neto de reproducción, que bajó a 2.15 hijos por mujer en las sociedades industriales del último tercio del siglo XX. Sabemos que oscila alrededor de cinco hijos por mujer, un poco más arriba de 5, en la Francia del siglo XVII. El estudio de los cementerios del neolítico nos mostró dónde está la barra de la gran transformación. Está situada antes, no después. Se puede considerar que las condiciones de la supervivencia del cuerpo social no son más severas en la Antigüedad que en el siglo XVII; *grosso modo,* cinco hijos por mujer, para la simple supervivencia. Un poco más arriba de cinco, es el despegue. El prodigioso despegue del neolítico, la multiplicación por 2 500 desde —12 mil hasta la era cristiana, de 100 mil a 250 millones. . . , debió producirse con una tasa de crecimiento promedio relativamente baja[6] de poco más de cinco y de poco menos de seis hijos por mujer. Esas condiciones debieron alcanzarse sin demasiadas dificultades en las sociedades agrarias del posneolítico, gracias al gigantesco progreso de la sedentarización total. La mujer encinta es de manera simultánea la gloria, la esperanza y el punto débil de la humanidad. Es decir, en verdad, su riqueza y su polo de crecimiento: en efecto, asegurar su protección constituye la finalidad número uno de toda sociedad que quiere sobrevivir. Ni siquiera es necesario que esa elección sea perfectamente consciente: la selección "darwiniana" hará su trabajo de saneamiento. Se encargará de la sociedad que no dé la debida protección a la mujer embarazada. Lo que destruyó a los paleolíticos, lo que rompió el tejido de las sociedades paleolíticas, fue la obligación de la tribu de errar en su territorio de caza. Los hombres tratan de mantener a sus compañeras en el campamento, pero cuando el alejamiento de la caza obliga a la *smala* a ponerse en movimiento, el esfuerzo provoca la muerte de los hijos por nacer y de los críos. La victoria agropastoral es la estabilidad del hogar. La simple protección de la mujer encinta al finalizar el gran vagabundeo. . . asegura el salto hacia adelante de la humanidad. Podemos imaginar, pues, que una simple reducción del vagabundeo constituyó la condición previa del *take off* del número.

En realidad, las sociedades agropastorales mediterráneas y peri-

[6] El ritmo en promedio de la duplicación cada mil cien años.

mediterráneas del posneolítico tienen una tasa de crecimiento fácil, natural y casi ilimitada por la protección de las mujeres en la estabilidad del hogar, y por el mantenimiento, tenemos pruebas de esto, de la costumbre del matrimonio (el hombre vive en pareja como consecuencia de la evolución) universal y en la pubertad. Y con una amplísima unión universal, y en la pubertad, se puede llegar a alcanzar hasta siete u ocho hijos, en promedio, por mujer, o sea los niveles de explosión/recuperación que sabemos fueron alcanzados en varios virajes decisivos del desarrollo de las sociedades antiguas, en los periodos arcaicos de expansión y de conquista.

Normalmente nada se opone a una tasa de crecimiento elevada en una sociedad agropastoral en espacio abierto (tal es el caso de las sociedades antiguas casi siempre lejos de la saturación del espacio). El neolítico es sólido, a diferencia del frágil paleolítico. Ahora bien, la Antigüedad en sus modos de vida es por cierto neolítica.

En realidad, la única angustia universal es la de la muerte. El temor agazapado en el fondo del corazón no es el de la vida que crece en el vientre de la mujer sin ser deseada, sino la angustia universal para el hombre y la mujer de la esterilidad.

A este respecto, ningún texto es más claro que el Antiguo Testamento. Toda la Biblia hebraica muestra que la peor prueba es la esterilidad. La mujer estéril es inconsolable. Ni siquiera el amor y las consideraciones del marido pueden borrar la amargura en el corazón de Ana, la esposa de Elcaná, la futura madre colmada del profeta Samuel: Anna lloraba de continuo y no quería comer. Y Elcana su marido le dijo: "Anna, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por qué estás triste? ¿Es que no soy para ti mejor que diez hijos? (I Samuel 1, 8)."

Hay más de 100 casos de esterilidad en la Biblia. La esterilidad es el mayor mal que pueda afectar al hombre, y morir sin descendencia es el súmmum de la desgracia. Abram no puede disimular, una vez al menos, su tristeza a Dios: "Mi Señor, Yahvéh, ¿qué me vas a dar, si me voy sin hijos. . .?" Dijo Abram: "He aquí que no me has dado descendencia, y un criado de mi casa me va a heredar" (Gé. 15, 2, 3.) Y naturalmente, la falta de descendencia es la gran prueba por la cual Dios somete a prueba la total obediencia, de hecho la entera disponibilidad a Su Amor y a Su Servicio. Y la marca de la elección de Dios es el hijo de la vejez, el hijo

tanto tiempo esperado, deseado, como en julio de 1978, la pequeña Louise Brown, hija del milagro de la espera y de la gran esperanza.

No cabe duda de que en esos numerosos casos, la Biblia expresa un sentimiento profundo, universal en el hombre. En realidad, ese sentimiento está indisociablemente vinculado con la conciencia del tiempo y por lo tanto de la muerte. La descendencia es la continuación, la protección. ¿Acaso ese sentimiento es tan fuerte en el paleolítico, cuando la vida es tan breve que hay pocas oportunidades de *gozar* plenamente del hijo que es a su vez protector, restituyendo la protección que recibió, a diferencia del neolítico? La Biblia expresa bien la bendición del hombre que ve los hijos de sus hijos. Ver crecer sus hijos y los hijos de sus hijos ya no es una utopía en la época agropastoral de la cuenca oriental del Mediterráneo, sino una esperanza legítima. Durante mucho tiempo, el nacimiento y la supervivencia del hijo parecían un poco un milagro. Quizá hay en el progreso de la época agropastoral cierto acostumbrarse al milagro de la vida que deja de ser un milagro. Sin embargo, nada es más generador de ilusión que el libro de J.-T. Noonan. Si leemos sin el menor aviso los pocos testimonios reunidos con trabajo por Hélèn Bergues y J.-T. Noonan acerca de la prevención de los nacimientos, acabaríamos por olvidar que el *corpus* que se podría constituir con los remedios, las operaciones mágicas y los diversos procedimientos contra la esterilidad, contra la desgracia de "irse sin descendencia" es, por lo menos, de quinientas a mil veces más voluminoso que el *corpus* contraceptor del hombre en guerra contra el hombre y su supervivencia, y olvidaríamos que Bergues y Noonan dan cuenta, ante todo, de la obsesión de Noonan y sus contemporáneos.

En un mundo donde no hay riesgo aparente de ruptura, donde el hombre en el ágora, en el *forum,* no le hace falta al hombre, y hasta puede suceder que le estorbe; en un mundo en que la transmisión de la vida está tan bien asegurada que ya se ha perdido el recuerdo de los animales de rapiña competidores, hostiles, de la amenaza de la soledad y del abandono sin protección y sin ayuda; en un mundo, por último, que se dotó de un discurso que exorcizó demasiado bien la muerte, puede ocurrir que el deseo de descendencia disminuya momentáneamente ante las coacciones de la descendencia.

Las actitudes ante la vida son indisociables de las actitudes ante la muerte.[7] La muerte es, en la sensibilidad y en el pensamiento, la falla, el absoluto no reconciliable. Por una parte, se impone el mensaje de los sentidos que marca la ruptura. El cuerpo muerto ya no es un cuerpo, el cerebro muerto ya no es un cerebro, el ojo muerto ya no es un ojo. Pronto, se borrará hasta la apariencia de lo que fue un hombre, una mujer, un niño. . . y nunca jamás renacerá esa experiencia humana. La muerte es lo Absoluto, lo Irreversible. Y sin embargo, el pensamiento de los muertos, su imagen, su presencia, no abandonan la conciencia en sueño y la conciencia despierta de los vivos. Así, los muertos se han marchado y algo de ellos vive todavía, algo incierto, algo tenue. Algo que flota, que nos envuelve en la noche, cuando el pensamiento se hunde en los límites de la vigilia y del sueño.

A partir de ese momento, se desarrolló en todas partes una antropología de la muerte, y naturalmente en la cuenca del Mediterráneo. A esa antropología, yo la llamo la antropología del doble. La vida, otra vida, se prosigue más allá de la muerte. La finalidad del rito funerario es ayudar a los vivos a salvar ese difícil paso del mundo de los vivos al mundo del más allá, al mundo en que sólo subsisten el soplo y la forma imprecisa que se adhiere al soplo. Pero su finalidad también es proteger a los vivos contra el regreso en posesión de los muertos.

Esta antropología del justo medio puede debilitarse, puede, lo cual es más verosímil, acrecentarse en la seguridad de la sedentarización que permite mantener relaciones más fáciles con el soplo de los muertos apegados a los lugares en que vivieron y que siguen siendo ocupados después de ellos. En Egipto sucedió que el pensamiento de los muertos se volvió invasor hasta tal punto que la sociedad de los muertos acabó por aplastar a la sociedad de los vivos, cuando el culto de Osiris extiende a todo el pueblo el estatuto del faraón. En Grecia y en la línea del pensamiento griego sucedió que la antropología del alma inmortal, excrecencia del doble, acabó por relativizar hasta la indiferencia la vida de antes de la muerte que ya no es sino apariencia. Es el paso al límite del pensamiento platónico

[7] Lo mostré en. . . *La mort à Paris, XVI^e, XVII^e et XVIII^e* ["La muerte en París en los siglos XVI, XVII y XVIII"]. A. Fayard, París, 1978, x, 545 pp.; *Le Sursis* ["La prórroga"]. Laffont, París, 1979, 344 pp.

sobre la muerte, tal como se expresa en el mito de la Caverna y el *Fedón.*

El estar únicamente a la escucha del mensaje del pensamiento, excluyendo el mensaje de los sentidos, lleva a tal relativización de la vida anterior, que la generación pierde el lugar central que tiene en la representación natural de las sociedades del paleolítico y del neolítico. Toda una ascesis filosófica antigua desemboca en un desapego del pensamiento del cuerpo. Esa tendencia a la introspección narcisista, incluso un tanto esquizofrénica, aparece más fácilmente en los medios liberados en forma total de las obligaciones materiales de la vida, y en las sociedades de esclavos.

En la antropología incierta del doble, la garantía contra la muerte, necesaria para la vida, se obtiene mediante la acción combinada del rito funerario y de la descendencia. Además, la calidad de la otra vida se relaciona de costumbre, y muy sabiamente, con la piedad de los sobrevivientes. ¿De quién mejor que de un hijo pueden esperar los muertos el mínimo de atención capaz de asegurarles un estatuto tolerable en el aburrido, gris y triste reino de los muertos?

Así, en las antropologías tradicionales, todo tiende a relacionar el estatuto de los muertos y la calidad de la descendencia. Como el cuidado de los muertos es una carga onerosa para los vivos, un gran número de hijos es una garantía suplementaria.

Así, al perfeccionarse las filosofías espiritualistas del alma inmortal, las cosmologías dualistas del mundo de arriba, el mundo de las ideas, y el mundo de abajo, la naturaleza y la vida animal, se disoció el verdadero par Eros-Tanatos que levanta contra la muerte irreductible la débil barrera del amor al prójimo, de la compenetración complementaria y del hijo, pedazo de la conciencia de sí mismo, más allá de la barrera de la muerte.

Por tanto, la inversión que va a desarrollarse en algunos medios aristocráticos es fundamental y profunda. En cierto momento, la Antigüedad se dotó de una filosofía del *rechazo a la vida.* No hay actitud que no necesite o que no esté determinada por una ideología, por una justificación al nivel del pensamiento.

Lo que se lee en los textos es que el rechazo a la descendencia está determinado por el cuidado del patrimonio, la valorización del dinero, las facilidades de la esclavitud en un mundo abierto, o el peso de la educación, particularmente en las mujeres por lo tanto, el deseo de

la disponibilidad femenina para fines diferentes de los de la transmisión de la vida. En particular, en los textos de la restauración augusteana que denuncian esas actitudes, aunque podemos tener buenas razones para dudar de su eficacia, de su sinceridad. Por último, todo eso se expresa a través de la convicción de un mundo lleno. Las *élites* italianas pueden tener la impresión de estar en el centro de un mundo lleno y de un mundo inagotable, cuyos esclavos ganados en las guerras de conquista son hombres formados en la periferia sin que el Imperio haya tenido la preocupación de producirlos. El Imperio está en el centro de una ilusión nacida de la hipercomunicación y de un enorme efecto de dominación. Esta ilusión se ve fortalecida por una curiosa relación: de los 7.5 millones de habitantes que P.-A. Brunt,[8] con mucha precisión, calcula para Italia y la Cisalpina, se podrían contar tres millones de esclavos al final del periodo augusteano. Casi todo el incremento que se produjo desde 225 a.c. hasta 14 d.c., de cinco a 7.5 millones, habría sido imputable al crecimiento de la población servil, consecuencia de la conquista. Por primera vez, la esclavitud está en el centro de la perversión de la relación del hombre con la transmisión de la vida. Al lado de una Galia aún muy poco poblada (J.-K. Beloch calcula 3 400 000 para la Galia cabelluda y dos millones para la narbonesa, medio siglo después del *De Bello gallico* y la prodigiosa hecatombe, por las matanzas, las enfermedades y las deportaciones de esclavos galos), el mundo heleno-romano conoce las densidades récord y sin duda un tanto abrumadoras de la provincia de Asia (44), de Siria (55) y de Egipto, aproximadamente 200 habitantes por Km^2.

Esas condiciones contribuyeron a la ilusión de un mundo lleno, inagotable, cuyo afán de renovación no incumbe a los que lo habitan —puesto que los esclavos vienen de fuera—, que tienen pocos hijos y que no se les ve nacer. Ahora bien, hay como siempre un importante desface entre el fenómeno y su percepción. Ahora tenemos la certeza casi absoluta de que el mundo antiguo empieza a vacilar hacia la primera gran pandemia europea de 166 y 180-192 (muy probablemente la viruela) y que cae definitivamente con la gran epidemia de tifus exantemático que se abate a partir del año 262.

8 P. A. Brunt, *Italian Manpower 225 BC-AD 14*. Clarendon Press, Oxford, 1971, XXII, 750 pp.; Cl. Nicolet, *Rome et la conquête méditerranéenne* (1) ["Roma y la conquista mediterránea"]. PUF, París, 1977, 400 pp.; p. 84.

La epidemia desorganiza la producción agrícola y las comunicaciones, y la hambruna hace estragos en las poblaciones de las ciudades. Normalmente, si la pirámide de las edades hubiese estado sana y las condiciones hubieran sido las que prevalecieron desde el neolítico, el crecimiento se habría reanudado y las brechas se habrían tapado de manera rápida. Pero no fue así. Ahora bien, es precisamente en el momento en que se desencadena el proceso de reflujo y luego de hundimiento cuando surgen los testimonios recopilados y habitualmente evocados acerca de la conciencia de un mundo lleno. Emanan de los medios cristianos de la clase senatorial, de los rentistas del suelo, obsesionados por la división de los latifundios, fuentes de prestigio y garantes del estatuto. Dos testimonios: el de Tertuliano hacia el año 200 y el de San Jerónimo hacia el 380: "El mundo está lleno" se toma incluso en el sentido literal de una observación sobre la población. Al argumentar acerca de la teoría pitagórica de la transmigración de las almas (teoría por excelencia de un mundo cerrado, definido por un áureo número), Tertuliano señala que si esa teoría fuese correcta, la población del mundo permanecería forzosamente sin variar. Ahora bien, objeta Tertuliano, la población aumenta en torno a nosotros. En el momento en que escribe, esto ha dejado de ser exacto. Tertuliano escribe incluso textualmente en el *De Anima* (30, 4):

> El testimonio más claro es un hecho notorio: somos una carga para el mundo. Los elementos no nos bastan. Nuestras necesidades son apremiantes. Todo el mundo puede quejarse pues ahora la naturaleza dejará de subvenir a nuestras necesidades. La peste, la hambruna, las guerras y el hundimiento de las ciudades son enviados en verdad como remedios, como cortes de pelo para el crecimiento de la raza humana.

San Jerónimo va aún más lejos en el año 380, en pleno hundimiento demográfico (*Contra Helvidius,* 21): "El mundo ya está lleno y la Tierra ya no puede contenernos." En la parte griega de la patrística, es todavía más radical la idea de San Juan Crisóstomo, en la línea del platonismo cristiano. El matrimonio y la procreación, expedientes contra la muerte en un mundo carnal, no tienen razón de ser en un mundo espiritual: "El matrimonio se instituyó después de la caída, como consuelo para la muerte, a fin de que el hombre [. . .] pu-

diese perpetuarse en sus descendientes [. . .] Ahora tenemos una manera espiritual de dar la vida que es un mejor nacimiento." Partiendo de la conciencia errónea del mundo lleno, esa Antigüedad de la frágil transición del paganismo al cristianismo se coloca de repente en el límite extremo del desinterés por el mantenimiento y la continuación de la aventura terrestre.

VII. LA ANTIGÜEDAD. EL CONFLICTO DE LAS DOS MEMORIAS

El pensamiento cristiano es demasiado importante para que lo eludamos en tres citas. Pero antes de ver cómo los cristianos en mil años volvieron a anudar los hilos en forma lenta y con precaución, hay que detenerse un instante en el campo profundamente perturbado de la demografía antigua.

Los éxitos cuestan caro. La urbanización masiva, la llegada de las dos escrituras una tras otra (la ideográfica y la alfabética), las enormes ventajas y las coacciones de un mundo prodigiosamente alfabetizado. Al final de los Antoninos, resulta asombroso observar, en el conjunto de las inscripciones, la extrema modestia de la posición social de los que dejaron una inscripción funeraria. Ante ese fenómeno, hay dos hipótesis: o bien la inscripción tiene un carácter mágico, nadie la lee y es pedida y copiada de una manera casi automática, o bien habría que suponer una difusión masiva de la escritura y la lectura en el cuerpo social. La verdad se encuentra, sin duda, a medio camino entre ambas hipótesis. La inscripción es más que un mensaje a los vivos, pero la difusión masiva de tal recurso es inimaginable sin una amplia difusión de leer y escribir. Yo supuse por lo menos el 20%, quizá más, lejos del 0.5% de los siglos VII y VIII en Galia. Es una suerte, pero es un peso tremendo. La memoria del niño debió costar carísima a la sociedad urbana de la brillante Antigüedad de las ciudades, donde escritura y urbanización corren parejas. Después de la conquista romana, el peso de la ciudad es en realidad demente. La gran hambruna del siglo III d.C. castiga de manera tardía ese desequilibrio. En el siglo IV, la ciudad se encoge brutalmente, y no sólo por la presión de la amenaza bárbara, sino por razones de abastecimiento.

En esa sociedad urbana se ha establecido un sistema por completo desconectado del ciclo natural. El contacto con la vida vegetal y animal nos enseña el valor de lo que nos une al ciclo natural de la vida, al polvo de la tierra que Dios amasó lentamente, como lo dice tan bien el texto del Génesis. Cerca de la tierra se elaboró esa antropología del doble y de la vida incierta de ultratumba que salva de

la desesperación, pero al mismo tiempo no aparta ninguno de los recursos que el hombre posee contra el tiempo; cerca de la tierra se desarrollarán esas culturas en base a ofrendas campestres que concretan la perpetuación del estatuto de los muertos y al mismo tiempo los unen a la piedad de los vivos que no pueden ser más que los hijos y las hijas numerosos de una descendencia carnal.

La urbanización y la esclavitud, ese cáncer de la unificación política, rompieron esos vínculos. Los esclavos, esos trabajadores inmigrados (¡oh, en cuánta medida!) de la Antigüedad están desvinculados de su suelo y por lo tanto de sus muertos, de todo linaje y de toda estructura familiar nuclear y modesta.

Frente a la muerte, la urbanización y la esclavitud incitaron al desarrollo de sistemas que apartan totalmente de la carne y que sólo conservan la conciencia y el pensamiento; esas cosmoantropologías de la vida autónoma del alma, de la transmigración de las almas, hicieron irrupción en el Imperio romano: constituyen el desafío más grave contra el cual tuvo que defenderse el cristianismo de los primeros siglos. La presión fue tal que le costó mucho trabajo, en un medio urbano, conservar la sabiduría equilibradora que le venía de su más antigua tradición, la tradición judía transcrita en el Antiguo Testamento. Una vida después de la muerte que debía todo a la técnica iniciática, una vida que aparta del proceso de la vida inserto en la vida viva de la naturaleza, también es el eco espiritual de la profunda disociación de la estructura natural de la vida de la pareja y del *nucleus* reproductor de la memoria biológica y primer reprogramador de lo cultural profundo.

Hay algo en esas palabras como para que me ahorquen. Asumo alegremente este riesgo.

Hoy en día está de moda afirmar que la estricta moral sexual de la cristiandad campesina no debe nada al cristianismo, sino todo al paganismo tardío. La hipótesis no puede ser descartada de un manotazo. Tratemos de ver más allá de las apariencias.

Para las apariencias, podemos confiar en los buenos autores. La tesis de la transculturación de la moral sexual cristiana ya fue presentada por J.-T. Noonan por las necesidades de una causa bastante evidente como para que sea preciso volver a insistir en ésta.

A las reflexiones de Noonan, se añade ahora la contribución de

Paul Veyne.[1] La tesis cabe en una frase, es una caricatura de J.-T. Noonan: "Entre la época de Cicerón y el siglo de los Antoninos ocurrió un gran acontecimiento ignorado, una metamorfosis de las relaciones sexuales y conyugales; a la salida de esta metamorfosis, la moral sexual pagana se vuelve idéntica a la futura moral cristiana del matrimonio".[2]

Por mi parte daré mi tesis: acepto, por supuesto, los datos contenidos en el rico estudio de Paul Veyne, pero mi interpretación de ellos es sensiblemente diferente.

Lo que Veyne descubre no son dos sistemas sucesivos, sino dos sistemas simultáneos que surgen sucesivamente al nivel de las fuentes fragmentarias y solicitadas. Lo primero que Veyne relaciona con la existencia de una aristocracia[3] competitiva (especie de feudalidad, en que las rivalidades entre clanes son feroces), el más antiguo en la presentación del autor es, de hecho, un sistema del cual se podrían sin duda encontrar modelos en las grandes ciudades de la diáspora helenística de la conquista de Alejandro. Es en efecto, un sistema vinculado a una aristocracia, no sólo competitiva sino esclavista (recuérdese el 40% de esclavos con que cuenta la Italia augusteana), un modo de vida que se justifica en un sistema dualista o quizá refleja un sistema del mundo dualista, en el que el mundo de arriba contrasta y se opone violentamente al mundo de abajo. De ello resulta que las condiciones de la transmisión de la vida no tienen gran importancia, sobre todo las que se refieren al cuerpo y a la sexualidad, y que la continuación de la aventura terrestre es un proyecto de mediocre interés.

En cuanto al segundo sistema, que es el de la monogamia estable, respetuoso de la generación, prudente en cuanto al placer, que respeta la dignidad de los dos sexos en su diferencia, el que los estoicos de los siglos II y III defienden, lo llamaré, a riesgo de disgustar, el sistema de la moral natural... No me parece relacionado solamente

1 Paul Veyne, "La famille et l'amour sous le Haut-Empire Romain" ["La familia y el amor durante el Alto Imperio romano"]. *Annales ESC,* 1978, núm. 1, pp. 35-63. Este artículo anuncia un libro cuya publicación aguardamos con justa impaciencia.

2 *Ibid.,* p. 35.

3 *Ibid.,* p. 37.

con la aristocracia en turno. Es antiguo, es nuevo, es popular, constituye la regla, el otro es la excepción.

Y tenemos una prueba irrefutable de esto. Resulta curioso que Paul Veyne, tan bien informado de todas las últimas investigaciones en ciencias humanas, descuide a tal grado la demografía, que no se plantee la pregunta fundamental de la aptitud de un sistema para durar. Si tomamos en cuenta que, debido a la mortalidad infantil y juvenil, se necesitan cinco, seis y aun 7 hijos por mujer para que la vida se transmita y se mantenga, si tomamos en cuenta que el sistema atribuido al final de la República y en el Alto Imperio no permite alcanzar el estiaje del remplazo y que la población se mantiene en esa época en tanto que disminuye más tarde, fue preciso que los hombres que poblaron Roma, Italia y el Imperio vinieran de otra parte. En cierta medida, venían de la periferia del Imperio, pero ha quedado comprobado que los esclavos se reproducen muy poco. Así, los hombres arrojados de la periferia hacia el centro por la conquista son movidos por una noria que llena un pozo sin fondo. Por tanto, los hombres no sólo vienen de otra parte. Lo más verosímil es que vengan de las poblaciones campesinas que quedan fuera del latifundio esclavista y esterilizador. . . Lo que Paul Veyne observa es la toma en consideración literaria de otra moral, de otra conducta. ¿Acaso el paganismo, digamos mejor la filosofía, bastante indiferente primero a las conductas sexuales, no habría dirigido su mirada y justificado la moral vinculada con las conductas que permiten la reproducción de la vida, la retransmisión de las dos memorias? De tal modo que el interés, la valorización de la nueva moral que es también la otra, la antigua, la que permite la reproducción de la cultura y de la vida, su incautación en el colimador literario de la época de los Antoninos y durante todo el Bajo Imperio, lejos de marcar su triunfo sería, quizá, la consecuencia de la cosecha de los primeros frutos amargos de las conductas de la moral totalmente disociadora de la generación y del placer.

Reanudemos ahora la lectura de Paul Veyne. Tiene razón en decirlo. La historia de la familia romana no se reduce, por cierto, "a una desagregación del sistema gentilicio y al debilitamiento del poder paterno".[4] En realidad, salvo en los pastores, la familia nuclear, en-

[4] *Ibid.*, p. 35.

tiéndase la unidad constituida por la pareja, el hombre, la mujer y los hijos antes de que estén en edad a su vez de formar una pareja, parece formar parte del fondo común de casi todas las culturas. "Desde el segundo siglo antes de nuestra era, la familia es nuclear: los recién casados no viven en casa del jefe del clan. La familia patriarcal según 'Le Play' —seamos más precisos, la familia tronco, la *stem family* de los ingleses—, no existe en la Roma histórica como tampoco en nuestro Antiguo Régimen".

Esto no debe sorprendernos. Esta primacía de la pareja separada en el seno de la institución familiar, el texto del comienzo de los judíos y de los cristianos lo dice claramente sin rodeos: "Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne." (Gé. 2, 24.)

Cada matrimonio, en la aristocracia romana, tiene "su casa propia". La autoridad paterna sólo subsiste en rasgos de carácter etnográfico: el hecho de que sea el padre y no el marido el encargado de alertar a la partera para el parto de la hija, rasgo de costumbres etnográfico que aboga más bien en favor de la solidez del vínculo afectivo de la paternidad, que todo el estudio se esfuerza en reducir. "Ningún instinto paterno incita al padre a dejar sus bienes a sus hijos: por el contrario, desheredar a un hijo indigno era una acción bien considerada." La libre elección del patriarca forma parte de la tradición mediterránea, no parece contradictoria con el apego paterno, propicia más bien una abundante descendencia. Paul Veyne generaliza quizá un poco apresuradamente cuando afirma: "[. . .] los hijos no contaban más que los demás miembros de la familia y muchos nobles no tenían intenciones de tener descendencia". Quién sabe. . . me gustaría que me explicaran cómo es posible, en última instancia, tener una familia en un sistema en que nadie tendría descendencia (y una descendencia múltiple sin la cual no hay colaterales). En cambio, es cierto que el testamento y la adopción desempeñan un papel considerable en la alta sociedad romana, que la captación de los legados de los ricos sin descendencia era una actividad lucrativa y codiciada. ¿Pero acaso hay que llegar a decir: "cuando un romano tenía disposición para la paternidad, prefería adoptar el hijo de otra persona o criar un hijo de esclavo" (pero que podía perfectamente ser su hijo), "un niño abandonado, en vez de tomar automáticamente el hijo que había hecho él mismo"? De este análi-

sis, que se apoya en un número de ejemplos no despreciables en un *corpus* que habría de precisar, saco dos lecciones: la primera es que hay niños, pero que vienen de otra parte, sea del campo que los produce según el modo tradicional de parejas relativamente estables, sea de las numerosas esclavas que sirven ampliamente para los placeres de la aristocracia. Así, ese sistema es un sistema abierto, que no tiene autosuficiencia y que, además, es incapaz de asegurar su autoreproducción.

La segunda lección es la de una amplia disociación de la memoria biológica de la generación y de la memoria cultural de la educación. Esta disociación existe, más o menos latente, en muchos sistemas aristocráticos. "Las relaciones de educación entre padres e hijos eran tan distantes como, recientemente, en nuestro *faubourg* Saint-Germain.[5] Esto explica la frialdad de las relaciones entre padres e hijos: el padre no quiere atarse las manos manteniendo relaciones sentimentales con sus hijos." ¿Esta distancia no se debe más bien, en la práctica, a las largas ausencias del padre, en el ejército, en lejanos cargos? El niño tiene su niñera/nodriza, la *nutrix,* el *nutritor;* "quizá se quería a los niños entre los campesinos, pero en la aristocracia, las jóvenes mujeres hilaban la lana para matar virtuosamente el tiempo[...] pero no cuidaban a los nenes".[6] Veyne observa el número de conflictos padre-hijo (que van hasta el parricidio por temor a ser desheredado, y el hecho de que, cualquiera que sea la edad, el hijo nunca está emancipado mientras viva el padre). Así, una vez más según Veyne, tendríamos un modelo aristocrático de fines de la República y de principios del Principado (prefiero decir de la Conquista, del mundo duro, abierto...). Ese modelo incluiría un matrimonio minoritario y una gran inestabilidad de las parejas. En realidad, Veyne salta constantemente de un concepto a otro. El matrimonio jurídico completo que une a una *gens* con otra *gens* no es muy frecuente, pero la clase media urbana vive en pareja, hasta tal punto que las parejas se hacen y se deshacen... Veyne no prueba con exactitud lo que quiere demostrar. En cambio, me parece que verifica bastante bien, un poco sin saberlo, que aun en Roma se

[5] *Ibid.*, p. 36.

[6] Dejo a mi colega la entera responsabilidad de esta construcción sacada de un argumento *a silentio.*

vivía en pareja, pero que esas parejas eran frágiles. Por lo tanto, deduzco que tenían pocos hijos. Y además tenemos algunas pruebas suplementarias de esto.

La institución de la pareja es tan natural (todos los antropólogos están de acuerdo ahora en que la pareja está inscrita en la naturaleza misma de nuestra sexualidad, por lo tanto pertenece en parte a la cadena del ADN) que tiende a volverse a introducir cuando una coyuntura pasajera la desplaza. Los esclavos de las plantaciones,[7] al menos según Columelle, viven en estado de promiscuidad. Los esclavos de Columelle son los esclavos desarraigados de la Conquista. Los de finales del siglo II y del siglo III (según el *Digesto,* que se refiere a una hacienda africana) viven en pareja. La *familia rústica* tiende a dividirse y a normalizarse en aparcería. Cuando la guerra deja de proveer mano de obra barata, el amo tiene interés en otorgar a sus esclavos un estatuto que los vincula a la vida y a la reproducción de la vida. Fue fácil introducir el matrimonio de esclavos: no hubo que modificar el derecho, bastó con que el amo consintiera en celebrar una fiestecita para la unión *de facto* de dos servidores.

Este modelo comportaría una escasa valorización de la mujer y una mediocre represión del adulterio femenino. La mujer sigue perteneciendo a la familia de su padre, es prestada junto con su dote: "Una menor que el marido gobierna, como [. . .] sus clientes y sus libertos." El adulterio afectaría más al padre que al marido, lo cual explica la indulgencia indiferente que tomó el lugar de la antigua severidad de los comienzos.

Naturalmente, esas costumbres recurren ampliamente a la contracepción femenina, no a la contracepción de la retirada masculina que compromete a la pareja, y al equivalente de nuestro aborto (aunque menos cruel, puesto que le deja una oportunidad al niño), la exposición de los recién nacidos.

Una tolerancia frente al incesto (muy poco probado) y una menor condena a la homosexualidad (la demostración es muy inconsistente), y una amplia tolerancia frente a la bisexualidad.

La impudicia no parece estar exclusivamente relacionada con la homosexualidad, sino con conductas pasivas, de ahí la condena del *aequus eroticus* con el mismo título que la homofilia.

[7] P. Veyne, *op. cit.,* p. 40.

Frente a ese sistema hay otro que Paul Veyne se empeña con dificultad en describir y situar en el tiempo. La condena a la pasión como elemento perturbador incontrolable del equilibrio del sabio y de las relaciones naturales (familiares, sociales). "Se comprende cómo semejante racionalismo monista" (el racionalismo de la felicidad por homeóstasis)... "[...] podía servir de apoyo a una moral de la obediencia por amor y de la sexualidad conyugal: en Séneca y en su sobrino Luciano, la existencia del amor conyugal ya no es un feliz accidente, sino una norma a cuya realización se aspira..." [8]

Así, Paul Veyne hace esfuerzos inauditos por explicar lo que apenas necesita serlo, a saber, la condena de una aberración, de hecho la reafirmación de la racionalidad de las conductas naturales, las que están en la inclinación de una sociedad que debe luchar por vivir y sobrevivir y, naturalmente, por asegurar a su vez la reconstitución biológica del tejido vital. Esta finalidad implica que la memoria cultural, que el córtex no destruya lo que está inscrito en forma espontánea en el hipotálamo. De hecho, bastaba con que el mundo se cerrara, que la esclavitud fuese considerada por ende como lo que era, a saber, un lujo muy costoso, para que el discurso ético que acompaña los comportamientos estadísticamente más probables en una sociedad del posneolítico, que vivía según el modo agropastoral mediterráneo, volviera a salir a la superficie. Ninguna justificación racional de lo absurdo puede atravesar durante mucho tiempo el filtro de la reprogramación de lo adquirido y, por lo tanto, la barrera de las generaciones. Al igual que la esterilidad, la absurdidad destructora de la vida no es hereditaria.

Hay cosas excelentes en la tesis aún incompleta formulada por Paul Veyne. Pero, en mi opinión, su falla es la cronología; en una palabra, tomó un simultáneo por un sucesivo. Por otra parte, su ignorancia agresiva de la demografía (aparte de una ingenua cita de Sauvy fuera de su contexto) y el rechazo a tomar en cuenta las certezas que tenemos acerca de la resultante demográfica de esas conductas no le han permitido todavía alcanzar el fin propuesto en este primer intento.

En realidad, las costumbres, descritas con mucho tino, en una época en que aún no están cubiertas por un velo púdico, no se esfu-

8 Paul Veyne, *op. cit.*, p. 49.

maron de la noche a la mañana. Yo me inclino, al contrario, por un efecto de penetración paulatino a fondo. Y su generalización trae consigo en amplia medida la "represión" tardía a nivel del discurso. Las costumbres no cambiaron, los hábitos suicidas nacidos de las facilidades de la conquista, conquista de las tierras, de los hombres, del saber; las costumbres no cambiaron cuando el mundo abierto, el flujo migratorio, las condiciones que habían permitido su autorreproducción por los no descendientes (las costumbres que describe Paul Veyne tienen la característica de que sólo pueden transmitirse por aculturación, ya que no son hereditarias, como tampoco lo es la esterilidad que justifican) desaparecieron y esas conductas que perduraron con el impulso adquirido más allá de las condiciones que las volvían tolerables, se presentaron sin máscara tales como eran, o sea intolerables. El flujo migratorio se detuvo, lo que provocó la caída de la población, primero moderada, hasta el umbral de la implosión, llevándose consigo la cultura, implosión que permitió, por la destrucción de los componentes venenosos de la cultura, que volvieran a emprender la marcha poblaciones reducidas (del 10 al 20% de los niveles elevados del Alto Imperio). La reconstitución del *phylum* biológico, de la memoria biológica, requirió la pérdida de los elementos perversos, autodestructores de la memoria cultural. Por desgracia, la extirpación no pudo producirse a tiempo y el bebé de ese mal baño fue echado junto con el agua del baño, *lo peor con lo mejor*, la paja a costa de todo el buen grano. Consecuencia dolorosa, pero salvadora de un reparto tardío de los corderos y de los machos cabríos.

No vayan a creer que yo saco de los textos consecuencias que no se encuentran en ellos. Sí se encuentran, por lo menos tanto como otras conclusiones. El propio Paul Veyne[9] lo confiesa de manera involuntaria cuando escribe textualmente:

> Antes de que esa nueva moral se inmiscuyera [entiéndase la moral de la pareja monógama, basada en el respeto, un poco de afecto, una unión de todos los días y una procreación moderada que asegura la transmisión de la vida], los demás factores de "emancipación de la mujer" desembocaron en la alta sociedad en una libertad de costum-

[9] Paul Veyne, *op. cit.*, p. 45.

bres comparable a la de la corte de nuestro Antiguo Régimen;[10] las costumbres del Bajo Imperio serán no menos libres pero bajo un velo puritano: durante el Alto Imperio, este velo no existe, lo cual quiere decir que "la moral" de la época estaba hecha de dos morales abiertamente declaradas en igual medida.

Retengo la confesión: la identidad de costumbres bajo discursos diferentes. Entonces todo incita a pensar que la zona de extensión de las conductas no reproducibles no dejó de extenderse. Y esta extensión es, junto con el agotamiento de los flujos migratorios de la conquista, el peso de la sangría que abruma al campo, los choques microbianos en un mundo de amplia circulación, un elemento importante del mecanismo del colapso.

[10] Muy considerablemente sobrestimada.

VIII. LA ANTIGÜEDAD. EL PRINCIPIO DEL CRISTIANISMO

Así, NADA prueba que la moralidad haya cambiado en el sentido de un fortalecimiento de la pareja y de la valorización de la procreación en el momento preciso en que la población del Imperio se desploma. El Bajo Imperio no tiene ya más de 25 a 30 millones de habitantes, lejos de los 55-60 del periodo augusteano y antonino. La caída prosigue. George Duby[1] señala:

> Se han intentado ciertas evaluaciones del conjunto de la población europea para el siglo VI. Estas proponen estimar la densidad en 5.5 en Galia, 2 en Inglaterra —lo cual correspondería a una población de menos de medio millón de habitantes— 2.2 en Germania donde, en las regiones más intensamente cultivadas, el espacio cultivado habría cubierto el 3.5% o 4% a lo sumo de la superficie global.

Por ser más escasos, los hombres se vuelven más pobres y peor nutridos:

> Las osamentas y la dentición examinados en las sepulturas revelan la presión de rudas carencias alimentarias. Galia, que había alcanzado de 10 a 12 millones de habitantes hacia 150-180, ya no tiene más que tres[...] en el siglo VI, y el fondo de la ola no se alcanza hasta el siglo VII y el principio del siglo VIII [... En las zonas mediterráneas], la despoblación, el abandono de los terruños invadidos por el pantano, provocan la instalación tenaz del paludismo en las planicies[...] En ese vacío humano, el espacio es superabundante. El verdadero fundamento de una fortuna no es entonces la posesión del suelo, sino el poder sobre los hombres, por otra parte tan miserables, y sobre sus pobrísimas herramientas.

Si les creemos a nuestros buenos autores, el restablecimiento de una moral que la Baja Antigüedad, aficionada a tal noción, llamará natural, correspondería al *colapso* de la población, precisamente cuando el ascetismo de la conyugalidad, para utilizar una expresión

[1] G. Duby, *Guerriers et paysans* ["Guerreros y campesinos"]. Gallimard, París, 1973, p. 21.

de Paul Veyne, sustituye el ascetismo de la virilidad, que fue la moral de los "esgrimidores de sable" "bisexuales" de la conquista.

Nada me parece más falso que esa manera de decir las cosas. Lo que cuenta es lo que se hace, y lo que se hace en el fondo de la masa del cuerpo social. Ahora bien, todo incita a pensar que la disociación de las relaciones de la pareja y de la procreación se prosiguió, al menos hasta principios del siglo V. Yo me pronuncio por el desfase, por la larga latencia entre un frágil discurso de *élites* y una ola de comportamientos. Esos desfases-disociaciones,[2] que son todavía asombrosamente largos en nuestro mundo de comunicaciones, lo son más aún en las épocas antiguas.

En realidad, la historia de los primeros siglos habla en favor de mi tesis. Antes de la gran construcción dogmática de los siglos IV y V, la corriente mayoritaria tuvo que luchar en la Iglesia contra corrientes gnósticas, antinomianas, que cubrían con una justificación cristiana comportamientos seguramente muy difundidos en todas las capas de las poblaciones urbanas. Quizá conviene recordar (como lo prueba la etimología de *paganus,* pagano, campesino) que el cristianismo se difundió primero, durante casi tres siglos, casi con exclusividad en el medio urbano. Todos esos marginados de un cristianismo condenado a ir al mundo, a la fácil síntesis y a la concesión atestiguan un hecho sociológico masivo, que se fue fortaleciendo en los medios urbanos, con manchas de comportamiento transculturado en los campos próximos a las ciudades y en las *familiae rusticae,* esos grandes rebaños de esclavos de plantación, esos seres desarraigados que trabajan para la aristocracia senatorial y una parte de la alta burguesía de los caballeros y que les aseguran sus ingresos. No creo que comportamientos nacidos del desarraigo se hayan borrado rápidamente. Se necesitaron varias generaciones de aparcería, por lo tanto de lenta reconquista de la responsabilidad, para recobrar comportamientos que asociaran conyugalidad y procreación. En mi opinión, pues, John T. Noonan[3] tiene razón cuando observa que dos actitudes eran preponderantes en el mundo grecorromano cuando el cristianismo se impuso: "Una era religiosa[...], era una actitud hostil hacia toda procreación. La otra [...] menos bien definida y más

[2] Es el tema de mi libro: *Le Sursis.* R. Laffont, París, 1979, 344 pp.
[3] J.-T. Noonan, *op. cit.,* p. 77.

secular [. . .] se traduce por una indiferencia hacia la vida embrionaria e infantil." Estamos en verdad en presencia de culturas, por primera vez a vista humana, tan radicalmente hostiles al *substratum* biológico en cuyo seno se insertó la vida humana.

Se sabe cuál fue la importancia de la gnosis en los siglos II y III. Los gnósticos se proponían insertar el cristianismo en el conocimiento y la cultura helénicas y en particular en las numerosas descendencias del platonismo, y asimilaban la salvación al acceso a una forma superior del conocimiento. "Como fenómeno histórico distinto, la gnosis nace en el medio de las sectas judeocristianas."[4] La gnosis necesita un fondo de cultura judeocristiana, pues, como lo observa muy bien Alain Besançon, hace falta un clima donde lo divino no esté difuso, sino ya "reunido y separado" y, por consiguiente, "la pertenencia religiosa [. . .] se sella [. . .] por un acto de fe". "La gnosis no nació como una doctrina unitaria, sino como una pululación de sistemas profesados por grupúsculos al margen de las ortodoxias en formación (a menos que sean las ortodoxias las que formaron el margen de los gnosticismos)."

La gnosis múltiple, pulverulenta, omnipresente en los últimos siglos de la Antigüedad y los primeros siglos del cristianismo, antes de la extirpación ortodoxa tardía del siglo V —menos extirpación que desaparición por agotamiento y autodestrucción del mundo que la había creado—, se caracteriza por la adhesión a algunos temas generales.

> En primer lugar una conciencia aguda de una doble decadencia del mundo y de sí, asociada a una revuelta contra esa condición decadente. En el mundo, el bien y el mal (las luces y las tinieblas) son dos [principios] inconciliables absurdamente mezclados por un accidente contrario a los fines generales de este mundo. Pero nuestra revuelta íntima contra el mal, factor de todo sufrimiento, es a su vez la prueba de nuestra pertenencia primera al bien perfecto que es su opuesto [. . .] Por lo tanto, queda algo de bien en nosotros, restos de una condición anterior, que nos toca liberar de la mala envoltura que lo aprisiona y con cuya responsabilidad no cargamos.[5]

[4] A. Besançon, *Origines intellectuelles du léninisme* [Orígenes intelectuales del leninismo"]. p. 16.

[5] *Ibid.* pp. 16-17.

En realidad, la gnosis es el último paso de la reflexión platónica sobre el ser, el conocimiento y la muerte. Al cabo de una introspección intensiva, el pensamiento, favorecido por las condiciones de vida de una clase de esparcimientos, de rentistas del suelo, totalmente desprendidos por la esclavitud de las obligaciones materiales de la vida cotidiana, se descubre prisionero de una envoltura carnal que sólo es pesadez y finitud, en el espacio y más grave aún en el tiempo. De ahí la trasposición cósmica de esa intuición. Nuestro pensamiento, la conciencia de sí, y el conocimiento que no limitan ni el espacio ni el tiempo pertenecen a otro mundo, único, real, único deseable. Por lo tanto, desprenderse *de la trampa viscosa de la carne y del mundo* es el único comportamiento concebible.

Desde este punto de vista, todo lo que pertenece en nosotros a este mundo bajo, a la trampa viscosa de la carne y del mundo, es malo. Ahora bien, nada es más cercano a la vida animal que la sexualidad, en su finalidad procreadora. El crimen del sexo es la vida, es la transmisión de la vida, la *captatio* de los espíritus en el lodo del mundo. Para liberar la memoria del espíritu, es importante por lo tanto romper la memoria de la vida. En la sexualidad, ámbito por excelencia de lo impuro, lo que es malo no es tanto el placer,[6] que pertenece a la sensación, sino la procreación.

Así, hay dos actitudes, dos morales gnósticas frente a la sexualidad. Un radicalismo extremista, que es el rechazo total: las relaciones sexuales nunca son permitidas y la vía de la perfección pasa por la automutilación voluntaria (la castración voluntaria de Orígenes, en la Alejandría del siglo III); la doctrina puede difundirse, pero la práctica siempre será minoritaria. Un moderantismo multitudinista: las relaciones sexuales son permitidas para todos, *a fortiori* las relaciones bisexuales u homosexuales, siempre que se evite la procreación. Así se presenta la estrecha gama de la ética sexual gnóstica.

El gnosticismo no cobra cierto espesor social sino a partir de 150-180, para culminar a principios del siglo III. Aun en la forma gnóstica pura, se trata de algo muy distinto que los humores de los ochenta oligarcas romanos de los cuales se nos habla largamente.

Ahora bien, a mediados del siglo III, en el momento y en la me-

[6] Se puede incluso atribuirle un valor en sí. Ciertos gnósticos justifican la búsqueda de la sensación sexual desvinculada de toda finalidad procreativa.

dida en que una ortodoxia cristiana en proceso de organización se le opone, el gnosticismo se transforma y da lugar con Mané (216-277) a una religión multitudinista, el maniqueísmo con sus dos morales: la de los perfectos (la abstención total) y la del pueblo humilde (sexualidad de búsqueda de sensación y recomendación de evitar la procreación).[7] El movimiento todavía es todopoderoso en África del Norte, a finales del siglo IV, bastante para seducir a San Agustín en su juventud y al principio de su madurez.

El éxito considerable del maniqueísmo se debe, sin duda alguna, a su pesimismo fundamental que corresponde a la sensación de muerte, de decrepitud y de descomposición de ese gran cuerpo en pleno reflujo demográfico, y a su ética sexual. ¿Cómo negarse a ver la correlación entre el hundimiento demográfico y la difusión de esas conductas? Se comprende que haya surgido una doble reacción ante las consecuencias prácticas visibles de esas conductas. Fue eficaz por parte del Estado pagano. Por parte de la sociedad civil pagana, se organiza una reacción que se manifiesta en una valorización tanto de la conyugalidad como de la procreación en el matrimonio. Contra la condena del *coitus* en la relación heterosexual normal orientada hacia la transmisión aceptada de la vida, que se encuentra en todas las familias del hermetismo, del neoplatonismo, de la gnosis y del maniqueísmo, se yerguen el aristotelismo como accesorio y en la práctica la vigorosa corriente estoica. El pensamiento estoico se radicaliza en forma paulatina y acaba incluso por recomendar el confinamiento de la actividad sexual en el matrimonio sólo para la procreación. Los estoicos eran hostiles al placer, por lo tanto, al placer más violento, el placer sexual, porque aniquila la libertad y hace perder al hombre, durante algunos instantes, el control de su razón. En cambio, estaban a favor de la procreación porque aumenta en el mundo el número de los seres razonables. Muy curiosamente, los cristianos recurrirán más tarde (fines del siglo XIII, cuando Duns Escoto evoca los pueblos del cielo) a este argumento estoico.

Paralelamente a la reacción pagana hay una reacción cristiana. Después de algunas vacilaciones, el cristianismo de la Iglesia mayoritaria acaba por constituir un derecho natural de la sexualidad y del matrimonio un poco más acá del ultrarrigorismo estoico, conciliando

[7] Junto con el suicidio por inanición, el *endura*.

cierta aceptación de la sexualidad en el marco de la institución del matrimonio, cuya finalidad es la protección mutua y la transmisión de la vida.

¿Es preciso recordar las estructuras del medio en el que va a insertarse el pensamiento de la ética cristiana? Como todos los sistemas de civilización y las culturas conocidas, la Antigüedad había practicado el matrimonio femenino en la pubertad. Ningún lugar de la cuenca mediterránea escapó a lo que fue la regla antes de la invención, al final de la Edad Media y al principio de la modernidad, del matrimonio tardío luego del celibato definitivo, exclusivamente por la cristiandad latina. Para probarlo, contamos con las fuentes literarias y jurídicas que reflejan de preferencia, es cierto, el modelo de las *élites*. Paul Veyne puso énfasis en ciertas notas discordantes. No contradicen el hecho masivo de un matrimonio en la pubertad y antes de la pubertad (o de una vida en pareja, o del derecho de un amo sobre el sexo de la mujer). "Además, la edad mínima legal es de doce años",[8] más cercana a las primeras manifestaciones de la pubertad que a la pubertad misma. Hay que esperar el siglo VI para que "la norma jurídica haga coincidir la edad legal del matrimonio con la formación, fijándolo a los catorce años[. . .]". Lo cual sigue estando todavía por debajo de la edad promedio más verosímil de la pubertad en las mediocres condiciones de alimentación de las poblaciones de aquella época.[9] Las inscripciones funerarias permiten circunscribir la práctica de capas sociales muy grandes, debido a la amplísima difusión de esa práctica al final del Imperio. De 153 casos definidos por inscripciones funerarias, Harkness cuenta 67 relacionados con niñas casadas de tan sólo 10 a 14 años de edad. Podemos ver que, si bien es poco apreciada, la práctica del matrimonio antes de la pubertad no ha desaparecido. Al principio, el cristianismo no modificó de manera sensible esta costumbre. M. K. Hopkins calculó las

[8] M. Reinhard... *op. cit.*, p. 21.

[9] Véase la curva descendiente siempre citada de la edad de la formación femenina desde 1840 hasta 1960, de los 17 a los 13 años, en Noruega, Finlandia, Alemania, Suecia, Reino Unido y los Estados Unidos. Évelyne Sullerot y *varios autores, Le Fait feminin* ["El hecho femenino"], *op. cit.*, p. 193. A esto conviene añadir que la formación fue durante mucho tiempo más precoz en los países mediterráneos que en los países nórdicos.

edades respectivas en el momento del matrimonio de paganas y cristianas según una muestra de 287 inscripciones funerarias. La edad modal para las paganas era de 12 a 15 años (43%) y un poco más elevada para las cristianas, de 12 a 18 años (42%).

Así, podemos extender con toda seguridad el modelo del matrimonio femenino en la pubertad al conjunto de la población de la cuenca del Mediterráneo al final del Imperio romano. No ocurre lo mismo con los comportamientos contraceptivos y abortivos de una fracción mayoritaria de la población urbana y, sin duda, de una parte de las poblaciones de las grandes haciendas de esclavos (*familiae rusticae*). A partir de la evolución vislumbrada en la población del Imperio, cuyo tope es de 58 a 60 millones para luego caer a 30 millones en los siglos IV y V, y más abajo aún (siglos VI y VII) en el momento del *collapsus* de los hombres y de su cultura y de lo que sabemos, podemos deducir la heterogeneidad de los comportamientos demográficos: un sector implosivo (ciudades y campos aledaños), un sector en equilibrio levemente creciente u horizontal, según el clima económico, epidemiológico y la seguridad interna y externa (en la mayor parte del campo). Así, podemos dar cuenta del hundimiento tanto por factores estructurales como coyunturales. La coyuntura es el riesgo de la epidemia, el mal del siglo III, pero la coyuntura no explica la no recuperación. Por tanto, la estructura es la lenta extensión, desde el siglo I hasta el siglo IV, de las conductas contraceptivas y abortivas. Del 20 al 30% de comportamientos suicidas colectivos es suficiente para que el conjunto del cuerpo social se vea arrastrado, después del choque de una epidemia, en una espiral implosiva apenas menos rápida y menos implacable que la que aniquiló en cincuenta años todas las civilizaciones amerindias.

La Iglesia naciente se halló en presencia de una situación que puede resumirse así. En respuesta a la constitución de micromundos llenos, en ciertas estructuras limitadas, en los territorios de las más brillantes civilizaciones antiguas —Grecia, Italia, centros de proyección de los modelos culturales— y debido a la afluencia de poblaciones dominadas, esclavizadas, desarraigadas y que formaban un flujo migratorio constante de la periferia hacia el centro, el mundo antiguo había reaccionado por una profunda desarticulación y una completa fragmentación de los comportamientos demográficos. Un modelo urbano implosivo, un modelo campesino en que alternan cre-

cimiento y equilibrio bajo la acción de factores externos (epidemias, guerras).

A esto conviene añadir, al nivel de la cultura escrita más elaborada, la obsesión del mundo lleno. Será tenaz entre los rentistas del suelo, que temen el reparto de los latifundios hasta el final del siglo IV. Resistirá a casi dos siglos de implosión demográfica. También hay que evocar un desinterés más sutil, pero persistente por la producción y la reproducción del hombre en un mundo que gozó durante mucho tiempo de corrientes migratorias forzadas.

Frente a esos problemas concretos, a su transposición ideológica y a la autorreproducción del pensamiento pagano, las primeras comunidades cristianas se hallaban en presencia del dato fundamental de una revelación transmitida dentro de un *corpus* escriturario en parte heredado (la Biblia hebraica y la traducción griega de los Setenta) y un canon neotestamentario establecido en sus grandes líneas desde el final del siglo II.

Los cristianos recibían la herencia de la tradición hebraica. Ésta pone muy en alto los valores conjuntos de la procreación y de la conyugalidad. El Antiguo Testamento insiste en la excelencia de la unión del hombre y de la mujer. La narración Yahveista afirma el doble aspecto de la humanidad; el ser humano es hombre y mujer, *isch* e *ischa:* "No es bueno que el hombre esté solo[. . .] De la costilla que Yahvé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: 'Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne'[. . .]. Por eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer". La narración muestra la complementaridad biológica, sexual, económica y psicológica dentro de la pareja con un vigor y una densidad nunca alcanzados en ninguna tradición cultural. Y el primer capítulo del Génesis, cuya redacción es sin duda algo posterior, dice: "Macho y hembra los creó, y bendíjolos Dios, y díjoles Dios: 'Sed fecundos y multiplicaos y henchid la Tierra y sometedla'." Si bien la fecundidad es la suprema recompensa y la esterilidad el más terrible castigo y la mayor de todas las penas reservadas a los que Dios somete a prueba, nótese que nunca está disociada de la conyugalidad. En tanto que la sociedad tolera la poligamia y que los patriarcas recurren a ella para tratar de eludir la esterilidad de la esposa, el hijo de la promesa siempre es el hijo de la pareja, y Abram sacrifica

sin vacilación a Agar e Ismael por el afecto de Sara. La fecundidad es la fecundidad de la pareja. La conyugalidad monógama prevalece sobre todas las vicisitudes de una poligamia accidental.

El Antiguo Testamento (Tora y comentario profético) reconoce en la fecundidad la bendición suprema. Podríamos citar el Salterio, añadiéndole la plegaria de Ana al principio del libro de Samuel, los proverbios y todos los profetas. "La herencia de Yahveh son los hijos, recompensa el fruto de las entrañas" (Sal. 127)... "Tu esposa será como parra fecunda en el secreto de tu casa" (Sal. 128)... El cumplimiento de la promesa pasa por el nacimiento de un hijo. La elección del pueblo hebreo y el anuncio profético del Mesías dependen del nacimiento, contra toda previsión de Isaac. El hijo de la promesa es siempre el hijo de la vejez, recompensa de los que conservaron la fe. Esto ocurre desde Abram hasta Elizabeth y Zacarías. Y la concepción del pequeño profeta Juan Bautista en la casa de una pareja piadosa sometida a prueba por la esterilidad precede el nacimiento milagroso del Salvador. Esta apreciación de la fecundidad, esta valorización de la memoria biológica del hombre se explica, como lo hemos visto, porque la tradición veterotestamentaria no trata en absoluto de atenuar el escándalo de la muerte. En vez de proponer refugio y consuelo en la antropología del doble y, *a fortiori*, de proponer un estatuto elevado y garantizado en sí del alma (como los demás semitas y los griegos), la tradición hebraica se limita primero a recalcar durante mucho tiempo el desgarramiento doloroso de la muerte que separa y aleja de la comunidad de los vivos y del Dios viviente. Hasta la afirmación de la resurrección en el momento del Exilio (Ezequiel 37...) hacia 590 a.c. La resurrección no es algo natural, es gracia, implica una segunda creación. A diferencia de la inmortalidad del alma, la resurrección mantiene la unicidad existencial de la vida y de la muerte. La resurrección implica la transposición de todos los instantes en otro plano, la construcción de la eternidad a partir del presente. Antes de la clara afirmación de la resurrección en el judaísmo ortodoxo, la procreación, la prolongación de la vida en la descendencia, seguía siendo el mejor consuelo contra el intolerable desgarramiento de la muerte. Más allá, la resurrección había mantenido intacto y quizá incluso fortalecido el valor de la prolongación, en una palabra, de la vida en la vida, de la vida de este lado de la ribera de la muerte. Portadora de una

teología de la presencia de la trascendencia en el tiempo, la tradición hebraica planteaba forzosamente como valor esencial la transmisión de la vida en la historia, de la vida que prolonga la historia.

Por último, el Antiguo Testamento, y esto es perfectamente lógico cualesquiera que hayan sido las torcidas exégesis emitidas recientemente, condena de manera formal la contracepción, muy concretamente en forma de *coitus interruptus* que, *a fortiori,* abarca todas las demás. Señalemos que la erótica china, por razones diferentes, tiene un horror igual a la efusión del semen masculino fuera del órgano de la mujer.

El Nuevo Testamento insiste menos en los valores de la conyugalidad y de la fecundidad. Por cierto, la clara palabra de Cristo ratifica y avala, en bloque, la totalidad de la antigua herencia. El Nuevo Testamento coloca el amor, el *agapé,* en la cúspide de todos los valores, pero desvinculado de las pulsiones de la carne. John T. Noonan resume bastante bien[10] lo que constituiría el cuerpo de una doctrina neotestamentaria acerca de la sexualidad y la transmisión de la vida. La superioridad de la virginidad se afirma en la medida en que es una total disponibilidad y pura espera del acontecimiento. La resurrección, la vida eterna que viene después eclipsan un poco, por cierto, la transmisión biológica de la vida. Sin embargo, no le quitan nada a la *belleza institucional del matrimonio,* al carácter sagrado de las relaciones sexuales en el seno de la pareja legítimamente unida. Añádase el *valor de la procreación* como bendición del matrimonio y del amor que une al hombre y a la mujer en el matrimonio. "Amar a su mujer como a su propia carne", la significación del *deseo* como acto, la condena de las relaciones sexuales fuera del matrimonio sea en acto sea en deseo, el carácter monstruoso y abominable de la homosexualidad, el pecado que va en contra de la naturaleza, la advertencia en contra de la *pharmakaia,* o sea contra todos los artificios capaces de obstaculizar la procreación, por lo tanto, de disociar la doble finalidad del matrimonio, que es amor y protección mutuos en la conyugalidad, y superación en la procreación que cumple el plan de Dios; ¿el plan de Dios no es llamar a la vida eterna a todos aquellos que se salvan por el amor y la gracia?

Tales son los datos del problema. Hemos visto las soluciones de

10 J.-T. Noonan, *Contraception,* p. 82.

la sociedad pagana: se basan esencialmente en una dualidad del comportamiento. La sociedad cristiana acepta el molde dualista vertiendo en él sus principios. Una parte de la *élite* pagana practicaba una contracepción salvaje, se apoyaba en un sistema del mundo cerrado hostil a la procreación, nunca alcanzaba el estiaje del remplazo de la generación y se aplicaba una forma de autocastigo por suicidio colectivo. Para la *élite* de la sociedad cristiana, los cenobitas, los fieles del primer monaquismo y muy pronto para una parte de los sacerdotes, la virginidad o la castidad total se presentan como un ideal superior de comportamiento. Sin embargo, el celibato que por cierto sólo se institucionalizará de manera paulatina en el servicio de la Iglesia, se plantea como opción ante la santa institución del matrimonio. Para la masa recién convertida, se acepta el matrimonio en la pubertad; con este fin se elabora una teología moral rigurosa. La división sexual de las actitudes y los comportamientos es fundamental: la oposición latente en la ciudad griega entre una masa procreadora y una *élite* liberada, sea de las cargas, sea de las impurezas de la procreación, se conserva, se justifica y, en cierta medida, se institucionaliza.

La formalización de una teología moral del matrimonio incumbe a una *élite* que practica la abstención sexual. Ello fue visto como la causa de un excesivo rigor, de una peligrosa sobrestimación de las posibilidades del promedio de los hombres. Deducción *a priori*. Es más justo observar que la Iglesia, en la práctica, exige realmente poco de la masa inculta de los laicos, por lo menos al principio.[11] Traza bastante lejos la línea del ideal, pero tiene el sentido del pecado, por lo tanto, de lo posible, y acepta etapas. La teología moral del matrimonio fue formulada por San Agustín, quien es llamado el gran doctor de Occidente. La doctrina de San Agustín, que se convertirá en la doctrina de la Iglesia, puede resumirse aproximadamente así:

Aceptación sin reserva del matrimonio —marca claramente la distancia respecto de los antinomianos, gnósticos y maniqueos—, pero superioridad de la virginidad.

Aceptación sin reserva del *coitus* siempre que sea rigurosa y prin-

[11] El estudio serial de Jean-Louis Flandrin acerca de los penitenciales reveló una exigencia mucho más rigurosa de lo que se creía.

cipalmente practicado para su fin procreador. Aceptación complementaria del acto sexual con múltiples precauciones, como remedio a la concupiscencia del otro. Rechazo, en cambio, del acto sexual disociado de manera voluntaria del fin procreador, como fuente de placer y, por definición, de todo procedimiento contraceptivo natural o no.

> Una cosa[...] dice muy bien San Agustín[12] es valerse del matrimonio con la única mira de tener hijos, lo cual está exento de todo pecado [el pensamiento cristiano radicalizado coincide aquí con el ideal estoico], otra cosa es buscar en él una voluptuosidad sensual, pero no con otra mujer que la suya, lo cual no es más que un pecado venial, porque aunque ese placer no tenga como fin la generación de los hijos, el placer que sienten no los incita a obstaculizar esa generación, sea por una mala vía (*malum votum*) sea por una acción criminal; pues los que actúan de ese modo no son esposos, aunque tengan ese nombre.

Tenemos todo en este bellísimo texto, la finalidad principal, la finalidad segunda de la conyugalidad, que no abarca totalmente el acto, pues si lo abarcara totalmente correría el peligro de abrirle paso a las prácticas disociativas de la procreación, y por último, la clara distinción en las malas vías, como en las buenas vías, de lo que es grave (*malum votum,* la contracepción) y criminal (el aborto). Esta moral de rigor, pero de rigor humano, que templa la noción reciente de pecado venial, de falta ligera, que es la astilla en la carne de Pablo, la perpetua lección de humildad que protege contra el pecado de soberbia, que actualiza perpetuamente la necesidad de la gracia, se basa en el espíritu y la letra de la Sagrada Escritura. No nos es difícil comprender que su elaboración se fundamenta en un análisis correcto de la catastrófica situación del mundo y la lucha contra las sectas y los pensamientos que habían cubierto con un velo justificativo los malos usos y los habían extendido a sectores cada vez más amplios. Así, San Agustín condena las éticas neoplatónicas, gnósticas, antinomianas, dualistas y en particular maniqueas que disocian sexualidad y procreación, sea para colocarlas en pie de igual-

12 San Agustín, *del matrimonio y de la concupiscencia,* según J.-T. Noonan, *Contraception, op. cit.,* p. 170.

dad, sea para aceptar el placer y rechazar la procreación. Las *sectas* cristianas o paracristianas habían ayudado a la seducción del modelo pesimista de los dos mundos irreductibles, a las presiones sociales de la *élite* de los rentistas del suelo y de sus clientelas urbanas, en un ambiente interpretado de manera errónea y totalmente superada como un mundo lleno, e interpretaron a contrasentido el *agapé* de los Evangelios como un amor de pulsión. La Iglesia, que acababa de afirmar no sin pena su dogmática, quiso diferenciarse de los antinomianos y de los gnósticos, que ya habían sido condenados por los escasos elementos sanos de la ciudad antigua, y en particular por los que habían inspirado, sin éxito, desde la legislación augusteana (*lex* julia y papia), intentos de restablecimiento. La Iglesia tuvo el deseo apologético de reivindicar el mejor de los legados culturales del paganismo antiguo: el estoicismo. El recurso a la idea de naturaleza, por último, y por tanto, el establecimiento de un derecho natural, de una ley natural, permitía establecer un puente con los sectores del mundo antiguo que aún no se habían adherido al contenido positivo de la revelación. Ante las acusaciones suscitadas por el comportamiento de las sectas antinomianas que comprometía el estatuto de los cristianos en la opinión de las *élites* del mundo pagano, resultaba cómodo y burdamente exacto decir que, en materia de moral sexual, los cristianos pensaban y actuaban como los estoicos.

Sin embargo, minoritarios hasta el final del siglo v, y por lo tanto, con poco afán de asumir el destino de la ciudad terrestre, los cristianos no consideran el incremento del número de los hombres como un bien en sí. La lección sin embargo muy clara de "Sed fecundos y multiplicaos" es escuchada de una manera puramente alegórica y por lo tanto parcial e inexacta, que se superpone y se confunde con la orden misionera. "Id a enseñar a todas las naciones". Por tanto, en primer lugar, se trata de convertir ese mundo que durante mucho tiempo siguió creyendo por error que estaba lleno. Le tocará mucho más tarde a Juan Duns Escoto (1266-1308), en el apogeo de un mundo auténticamente lleno, formular de una manera perfecta el gran argumento poblacionista cristiano. En ese mundo en que ya sólo hay oficialmente cristianos, el "Sed fecundos y multiplicaos" cobra entonces un doble sentido: llenad la Tierra primero, a fin de llenar los cielos después de almas llamadas a la beatitud, para su felicidad y, más importante aún, para la gloria de Dios.

IX. EL HUECO

LAS POBLACIONES son enormes máquinas, no se las controla de manera perfecta. Primero hay que tomar en cuenta la pirámide de las edades. Con relación a la duración de su vida, el hombre (entiéndase la mujer)[1] sólo es apto para reproducirse durante un breve lapso. Una población de adultos continuará creciendo todavía durante un siglo siguiendo su impulso, pero una población de ancianos y de niños sólo podrá decrecer primero. El mundo antiguo, cercano aún a las conquistas recientes del neolítico, no tiene muchas reservas. Al romperse el equilibrio, no puede restablecerse. Algo se rompió bastante misteriosamente entre 164 y 280, algo que hunde la cuenca del Mediterráneo en una prolongada disminución. En realidad, la única riqueza es el hombre. El mundo antiguo no era un verdadero mundo lleno. La esclavitud, la afluencia de hombres arrancados de sus medios pudieron hacer perder de vista a las *élites,* alentar la generalización y la justificación de conductas suicidas. El gran conglomerado de ciudades un tanto suelto que se llama el Imperio había pagado su prosperidad artificial y la brillante acumulación cultural con la falta de reprogramación de la vida. En el fondo, las cosas funcionaron bastante bien durante cierto tiempo, mientras el flujo migratorio pudo mantenerse. Con un coeficiente neto de reproducción quizá cercano a la unidad 0.90-0.95, y un flujo migratorio conformado por los campesinos prolíficos y los vencidos en las lejanas fronteras, el Imperio pudo manterse durante dos siglos.

A la luz de lo que sabemos, la ruptura hubiera podido producirse por la acción de tres factores. Un choque aleatorio: la epidemia, una degradación de los equilibrios internos o el final de las corrientes migratorias. Ya evoqué el choque epidémico de fines del siglo II y fines del siglo III. Éste afectó a poblaciones concentradas en espacios urbanos reducidos que vivían en malas condiciones de higiene. El verdadero choque epidémico es el de las grandes pestes de 541 a 767.

[1] El hombre es el único ser viviente de reproducción sexuada cuya hembra no es fecunda hasta la muerte. La menopausia es, pues, propiamente humana.

que acabó por desmantelar el tejido del asentamiento mediterráneo. La epidemia se sitúa menos a la salida que a la llegada.

A la salida, debió producirse un doble vaivén. La propiedad de los sistemas es ir lejos con el impulso adquirido. En este caso, el espléndido tejido de los monumentos del siglo II muestra que el peso de la ciudad, y por lo tanto, la sangría económica y la sangría demográfica, no dejó de aumentar. Georges Duby observó que la tecnología agrícola y metalúrgica se estancan en el Imperio, en tanto que progresan en el espacio bárbaro. La sangría, la punción del campo hacia la ciudad frenaron el progreso hasta el punto del aplastamiento. Hay que añadir a esto que la influencia de la ciudad también es biológicamente esterilizadora. Por tanto, el hundimiento manifestado por la epidemia de 166 a 180 se debería a la superposición de la interrupción del flujo migratorio y de un salto por la ciudad de la relación de equilibrio ciudad-campo.

El hundimiento demográfico debilita un aparato de producción frágil, provoca la hambruna e inicia un ciclo implosivo. La implosión produce la afluencia de los bárbaros, no como dominados sino como dominantes, la desorganización de la economía y de la administración. Y por último la enfermedad.

La epidemia remata. No conocemos gran cosa de las primeras epidemias,[2] tan sólo sabemos por el estudio de los cementerios, que se produjo una ruptura en la alimentación a fines de la Antigüedad y principios de la Edad Media. Las osamentas llevan la marca de profundas carencias, como castigo del colapso demográfico más allá de los siglos IV y V. La fuente de riquezas no es la tierra sino el hombre, como lo señaló acertadamente Georges Duby. La alta Edad Media, solidaria en toda la historia de la humanidad, se apresura a escribir la ley de Malthus al revés. La correlación entre víveres y número de hombres es estrecha, más estrecha aún de lo que Malthus suponía, pero es positiva. Cuando el número de hombres aumenta, los víveres aumentan de manera más rápida; cuando disminuye, los víveres disminuyen con mayor velocidad. Lo que provoca la hambruna no es la sobrepoblación sino la subpoblación. La hambruna y la epidemia.

[2] J.-N Biraben, *L'Homme et la peste* ["El Hombre y la peste"]. Mouton, París, 1975, 1976, 800 pp., t./I, p. 25.

La viruela parece haber azotado al Imperio en el año 66 (?), en el 166 y del 180 al 192.[3] El tifus apareció durante el reinado de Aureliano al final del siglo III, el tifus exantemático, enfermedad por excelencia de la pobreza, de las carencias, del hacinamiento urbano y de la falta de higiene.

Si el *Yersinia pestis,* el bacilo pestífero, azotó en la Antigüedad, fue en la cuenca oriental del Mediterráneo, desde Cartago hasta el Líbano, al final del siglo III, y una vez, pero cerca del año 127 a.c. en Egipto, Siria y Libia. El primer ciclo del siglo III al siglo II a.c. no amenazó el equilibrio de la cuenca del Mediterráneo.

No ocurre lo mismo con el segundo ciclo,[4] que comienza con la gran peste justiniana que dura desde el año 542 hasta el 767 (el tercer ciclo dura desde 1346 hasta el final del siglo XVIII) y que termina un trabajo de muerte ya comenzado.

Iniciada en Etiopía en 541,[5] la peste ocupa Egipto, se extiende a Alejandría, Palestina y Siria, azota Antioquía en 542, Procopio la menciona en Constantinopla en la primavera del 542, pasa a Iliria, luego al oeste, llega hasta África (Túnez, Constantina) y España. En 543, la peste se manifiesta de nuevo en numerosos focos de la cuenca mediterránea, al este y al oeste, y llega hasta Germania Prima. El año quinientos cuarenta y tres marca el paroxismo, pero la peste azota una vez más Constantinopla en la primavera de 544. Durante un poco más de dos siglos (541-767), J.-N. Biraben, después de una severa crítica que no retiene sino lo indiscutible, lo bien establecido, distingue 20 grandes accesos[6] "de los cuales por lo menos 18 azotaron el Oriente y 11 el Occidente". El primero, la peste justiniana, fue de tal importancia que muchos "ven en ello la causa principal de la interrupción y el fracaso de la política de reconquista de Justiniano". La peste lacera el interior de Oriente, que en promedio había sufrido menos que Occidente, por lo tanto afecta un tejido de asentamiento continuo, en tanto que permanece más costera y no parece penetrar tan profundamente en Occidente.

El segundo acceso, 558-561,[7] parte de Constantinopla y no pasa

[3] *Ibid.,* p. 25.
[4] *Ibid.,* p. 24.
[5] *Ibid.,* p. 27.
[6] *Ibid.,* p. 33.
[7] Según J.-N. Biraben, *ibid,* pp. 27-43.

del oeste de Italia. Por tanto, está estrechamente vinculado a la red de las comunicaciones bizantinas. El tercer acceso (570-574) parece partir de un epicentro occidental. Italia y el eje rodaniano en Galia pagan el tributo más oneroso. Luego, la enfermedad se vuelve del oeste hacia el este, donde se la menciona en 573 y 574 en Constantinopla y en Antioquía. El cuarto (580-582) y el quinto accesos (588-591) son casi exclusivamente occidentales (centro de Italia, Galia rodaniana y narbonesa, España tarragonesa), salvo un pico en 590 en Antioquía.

El sexto acceso (599-600) azota casi de manera simultánea el Este y el Oeste, Constantinopla, Asia, Mesopotamia. . . y la costa mediterránea en Galia, Roma, Ravena, la costa y *África,* pero es leve. El séptimo acceso (608) azota al mismo tiempo Roma y Constantinopla.

El octavo acceso (618) parece limitado a Constantinopla. Abre un ciclo esencialmente oriental: 628-633; 639-640; 654; 669-673; 684-688; 694-700; 704-706; 716-718; 725; 733-734; 740-751 y 763-767. Occidente sólo fue rozado cuatro veces en forma superficial en los siglos VII y VIII: "Roma, París, Marsella, la Provincia de Arles (hacia 654),[8] Narbona y su región en el año 694, Cartago, Sicilia, Calabria en el 746, por último Nápoles y la Italia meridional en el 767". Estos datos nos encaminan hacia la explicación. La peste azota de preferencia un cuerpo enfermo. La irrupción de la peste es independiente del estado de la sociedad, pero su extensión o su confinamiento pueden ser influenciados por el estado de la sociedad. La peste circula con los hombres, el vector es la pulga, mucho más que la rata, y el contagio por la pulga es de manera esencial interhumano. Por tanto, el paso de la peste coincide con la red de comunicaciones. Las primeras pestes parten de Oriente y recorren una red de comunicaciones que permanece activa. Afecta fuertemente el oeste donde subsisten todavía al final del siglo VI algunos rastros de vida. Es el hundimiento demográfico, la inmensidad de los vacíos forestales reconstituidos, en la Galia vuelta de nuevo cabelluda, en particular, lo que detiene la extensión de la peste en los siglos VII y VIII. Se comprende que la peste haya seguido asolando el Este y haya muerto en los grandes desiertos forestales de Occidente. En realidad, la

[8] *Ibid.,* p. 42.

peste revela la enfermedad del mundo antiguo descompuesto, y el final de ésta un poco su agonía postrera. La peste nos dice que el oeste está más enfermo, pero luego acaba casi por empatar el este con el oeste. Después de todo, la peste rindió un arbitraje digno del gato de la fábula. Al final, los dos ratones fueron devorados.

X. EL MUNDO LLENO

SE HA descrito a menudo, y Georges Duby lo ha hecho con enorme talento, la reconquista del espacio antiguo en un Mediterráneo convertido en adelante hacia el noroeste en cristiandad occidental. Al cabo de medio milenio de crecimiento demográfico que recuerda el inicio del neolítico, la construcción del primer verdadero mundo lleno constituye el acontecimiento capital de la historia.

El siglo VII marcó la parte profunda de la ola. "La impresión de conjunto" es efectivamente que "el siglo VII se sitúa, en la historia del asentamiento de Europa, al término de una larga fase de regresión".[1] Precisemos, medio milenio, desde los años 166, el reinado de Marco Aurelio y el de Cómodo. La trama de las comunicaciones está carcomida, el edificio de las ciudades, de los caminos y de los campos se desagrega.

En los antiguos países incluidos en el Imperio romano, la caída es en promedio del orden de tres a uno, incluso de cuatro a uno, con hundimientos mucho más severos excepcionalmente. La idea que se impone es la aparición de pantallas, de planos de discontinuidad. El Imperio no está en tela de juicio; Germania, vaciada de sus habitantes atraídos por la zona depresionaria que se constituyó en Galia, en Italia y en la cuenca del Mediterráneo, experimenta un movimiento comparable. La desgracia de uno nunca hace más que la desgracia del otro. El suroeste de Germania y la costa del mar del Norte se ven igualmente afectados. "Un ejemplo: el emplazamiento de Mahndorf, al sudeste de Bremen, estaba ocupado por ochenta campesinos entre 250 y 500; entre 500 y 700, los habitantes eran a lo sumo unos veinte, y luego la zona costera, poblada hacia el año 400, parece quedarse totalmente vacía."[2]

La caída es profunda, universal, y sin embargo selectiva. Afecta primero las ciudades, luego los caminos. Aísla y fracciona. No libera a los *pagani,* esos hombres del campo, de los bosques y de las lan-

[1] Georges Duby, *Guerriers et paysans* ["Guerreros y campesinos"]. Gallimard, 1973, p. 20.

[2] *Ibid.*, p. 21.

das, de toda dominación, pero los libera de amos lejanos. En adelante, el excedente será consumido *in situ,* de manera insensible la autoridad ya no deriva de la posesión sino de la protección.

Ese espacio fraccionado por la reconstitución de un manto vegetal impenetrable, por el retroceso de las roturaciones se encuentra cortado del Mediterráneo en forma global.

La red de intensas comunicaciones que existía entre el Mediterráneo oriental y occidental queda destruida. Se produjo una ruptura este-oeste según un eje norte-sur, otra ruptura se produjo después de la invasión árabe norte-sur según un eje este-oeste.

Así, al principio descubrimos un campo de ruinas mediterráneas poco a poco separadas de la franja mitad romana mitad bárbara de los países del Norte. Durante dos siglos, subsisten fragmentos del sistema económico antiguo, urbano, monetario, en base al aprovechamiento del campo por la sangría en el Imperio bizantino del Este, en el mundo controlado por los árabes al sur. Europa nunca estuvo totalmente separada de esas zonas de prosperidad muy relativa. Ejercen su influencia, su fascinación: "[. . .] en el propio espacio europeo se enfrentan de hecho dos tipos de incultura. Uno se identifica con el ámbito germano-eslavo[. . .] bárbaro: es el de la juventud, de la inmadurez. El otro es[. . .] el de la decrepitud."[3] Entre esas dos vertientes, hay como una zona privilegiada, la mitad norte de Galia, el eje renano, el oeste y el sur de Germania. Allí se produce la mutación, la gran invención de los hombres y de las técnicas.

¿Acaso los hombres precedieron a las técnicas, o las técnicas a los hombres? Aunque reconozco la interreacción, me inclino por el primer término de la alternativa.

Ese mundo arruinado cosechó por lo menos el fruto de la desaparición de una parte de las estructuras implosivas del mundo antiguo. Con la clase privilegiada y la plebe urbana desaparece la disociación de la sexualidad y de la procreación. La esterilidad no es hereditaria. Los maniqueos y los antinomianos murieron durante mucho tiempo sin descendencia. Las *familiae rusticae* desaparecieron de las grandes haciendas. Por más miserables que sean los aparceros, siervos y campesinos libres, tienen la modesta iniciativa de su trabajo y

3 *Ibid.*, p. 20.

de su conyugalidad. Las condiciones culturales de la reproducción de la vida se vuelven a formar en los fragmentos que subsisten de ese mundo en pedazos.

La interpenetración del Mediterráneo y de la franja bárbara da quizá como resultado una mejor alimentación. Los germanos tenían una agricultura itinerante con largas rotaciones; en cambio, la ganadería y la utilización complementaria del *incult* aseguraban quizá una alimentación menos pobre en proteínas animales. Precisamente en la junción de los dos espacios culturales surge lo que se llama tal vez de manera apresurada la revolución tecnológica de la alta Edad Media. Arado pesado, labranza profunda, silla, herraje, arneses de paleta, en realidad la utilización del caballo —todo eso se sitúa entre Loira y Rin, todo eso comienza en algunos laboratorios a finales del siglo VIII, y se propagará durante toda la cristiandad, que se vuelve numerosa poco a poco. La rotación trienal de cultivos y el nacimiento del arado medieval,[4] esos instrumentos del mundo lleno, "constituyen las grandes novedades de la Edad Media".

Excavaciones efectuadas en Checoslovaquia dejaron observar al natural, desde el siglo VIII hasta el siglo IX, el nacimiento del nuevo instrumento que permitirá la labranza por volteo de la tierra, en una palabra, de la nueva agricultura. A partir del siglo X, vemos aparecer un poco por doquier, el nuevo instrumento. También se abandona la trilla en esa era, técnica mediterránea mal adaptada al clima del norte, y se adopta la trilla en grupo, el mayal, que disminuye las pérdidas. Naturalmente, todo eso no se produjo de la noche a la mañana. La revolución iniciada en el siglo VIII no terminará de propagarse en los dos millones de km^2 de la cristiandad latina occidental del "mundo lleno" hasta mediados del siglo XIII.

Esa nueva relación del hombre con la tierra y con las cosas proporciona más medios, pero exige un excedente de hombres. ¡Pero qué diferencia hay entre la abrumadora exigüidad de los rendimientos de antes y los niveles de después!

Véase la hacienda de Annapes cerca de Lila en el año 810. El documento es único y su interpretación delicada. Ésta dio lugar a un debate entre Georges Duby, nuestro gran medievalista, y el historia-

[4] Bertrand Gille, *Histoire des techniques* ["Historia de las técnicas"], Pléiade, Gallimard, 1978, 1652 pp., p. 564.

dor agrónomo holandés B. H. Schlicher van Bath.[5] Según la interpretación de Georges Duby, los rendimientos en 810, en la hacienda real de Annapes, habían sido respectivamente para la espelta, el trigo candeal, la cebada y el centeno de 1.8, 1.7, 1.6 y 1. Para el centeno, la cosecha sólo habría restituido la simiente, sin margen de consumo posible. Schlicher van Bath corrige, por considerar más verosímil, sin razón decisiva, y sostiene 2.8, 2.7, 2.6 y 2. Parece en efecto que los rendimientos de Duby no son imposibles en años malos. En realidad, con rendimientos apenas superiores a dos, el final del siglo VIII y el principio del siglo IX corresponden efectivamente a la depresión de la ola, brindan la medida de una técnica muy pobre, la que permite comprender el aplastamiento del campo por la ciudad en el apogeo del Imperio.

La demografía que se ha podido elaborar, aquí y allá, en particular en la Europa del Este (Hungría, Polonia, Checoslovaquia) a partir del análisis de las osamentas, muestra que hasta el siglo VIII nada importante se ha producido todavía. Se trata de estructuras que dan tanto una población declinante, como una población levemente declinante o en el mejor de los casos estacionaria. El *take off* de los hombres, que precede un poco el de los medios, es el siglo X y sobre todo el XI.

Unos cuantos *flashes* acerca del siglo XIII permiten medir la amplitud de la revolución realizada. "En un manual inglés del siglo XIII los rendimientos son los siguientes: centeno, 7 por 1; cebada, 8 por 1; guisante, 6 por 1; trigo candeal, 5 por 1; avena, 4 por 1. Thierry d'Hirçon, en Artois, cosechaba en su finca de Gosnay, en trigo candeal, 12.9 por 1. Los resultados fueron seguramente mucho mejores para la ganadería."[6] Una comida más abundante, mejor equilibrada, con el pan, cuya elaboración y cocimiento mejoran, con la carne y el pescado que brindan un poco más de grasa animal, y por lo tanto un mejor balance proteínico y lipídico, habrá tenido efectos positivos en la esperanza de vida, por la reducción de la mortalidad infantil y el mejoramiento de la fecundidad.

[5] Georges Duby, *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval* ["La economía rural y la vida del campo en el Occidente medieval"]. Aubier, París, 1962, 2 vols. B. H. Schlicher van Bath, *Yield ratios, 810-1820*. A. A. G. Bijdragen 10, Wageningen, 1963, en 8º 264 pp.

[6] Bertrand Gille, *op. cit.*, p. 565.

Así, lentamente, quedaron establecidas las condiciones de la interrupción de la implosión, de la estabilización, y luego de una nueva salida, con cinco siglos de esfuerzos que culminan en el fantástico *mundo lleno,* laboratorio de lo que somos.

En la canastilla de la novia, un modesto regalo de la naturaleza, en forma de una oscilación climática favorable.[7]

La turbera de Fernau,[8] esa cinta registradora natural, da entre 750 y 1150 la presunción de una ínfima ola xerotérmica, favorable por lo tanto a un espacio más septentrional que el del Imperio romano. Un gran periodo frío y húmedo de 900 a 300 a.c. había favorecido el espacio mediterráneo, proporcionándole un *suplemento de humedad* y haciendo retroceder la franja de los desiertos. Así nacen la ciudad y el milagro griego. El Imperio romano, siguiendo el impulso de la civilización antigua, soporta un periodo menos favorable, pues es más cálido y menos húmedo. Del año 400 al 750, el regreso del frío y de la humedad acompaña el descenso de los bárbaros hacia el sol. De 750 a 1150, el regreso del clima seco y cálido lanza la civilización del *mundo lleno* entre Loira y Elba, como el clima frío y húmedo favorable al sur había lanzado el milagro griego. El regreso del clima frío y húmedo de 1180 a 1460 no incomoda a la cristiandad de las grandes catedrales, cuya prosperidad está bien anclada. Recordemos que esas oscilaciones no son más que de un grado centígrado en el Atlántico Norte. Afectan en las orillas a técnicas débiles, no tienen nada que ver con las oscilaciones de los periodos glaciares de la prehistoria, que provocan variaciones del orden de 10 grados, pulverizando todos los equilibrios.

¿Y los hombres que soportan el clima y hacen frente al desafío? Una vez más, en esos siglos casi sin escritura (0.5% a lo sumo de lectores-escritores), las luces nos llegan a menudo del este, donde los historiadores de las repúblicas populares, con menos escritos aún, aprendieron antes que nosotros a interrogar las osamentas y la tierra. Por cierto, ya los hemos prácticamente alcanzado.[9]

Podemos suponer que la Hungría del siglo X equivale a la Galia o

[7] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil* ["Historia del clima desde el año mil"]. Flammarion, París, 1967, 380. pp.

[8] *Ibid.*, p. 240.

[9] Michel de Boüard, *Manuel d'archéologie médiévale* ["Manual de arqueología medieval"]. París, 1977, 330 pp., SEDES.

la Germania occidental del siglo IX. Ahora bien, "el estudio de los cementerios húngaros del siglo X permite emitir la hipótesis de una tasa de crecimiento natural del orden de 4%, que logra duplicar el número de los hombres en ocho generaciones, o sea en no más de dos siglos".[10]

Ha comenzado la revolución demográfica. Partió muy probablemente de un centro motor, de 150 mil a 250 mil km² entre Somme y Loira, de la cuenca parisiense y de Flandes. Desde allí, por círculos concéntricos, las transformaciones se extienden a fondo en los vastos espacios de la cristiandad, que la invasión árabe arrojó al norte, en tanto que las grandes corrientes migratorias provenientes de la estepa la confinaron hacia el oeste. "El irresistible empuje de los desbrozadores", tan grato a Marc Bloch, modificó los paisajes. Principalmente en las grandes planicies limosas, surge un mundo insólito, un mundo nunca antes visto, un mundo inmenso de asentamiento continuo, no ya en pequeños espacios rodeados de cercanas montañas como en la Grecia o la Italia antiguas, incluso como en la China nueva del arrozal inundado, que se cuela en el fondo de los valles entre desiertos, sino un mundo de asentamiento continuo en cientos de miles de km². Desbrozado en 80% y cultivado gracias a la rotación trienal de los cultivos en poco más del 50% del terruño,[11] se presenta el mundo lleno de los 150 mil campanarios, a finales del siglo XIII, en poco más de dos millones de km². Hasta tal punto que cuando se sube a lo alto de uno de ellos, por lo menos otros cinco o seis campanarios se apiñan en el horizonte. Esas 150 mil iglesias de piedra, que siguen en parte en pie, son los testigos indiscutibles de una cálida presencia y de la oración que, de manera infatigable, sube de la tierra de los hombres hacia el cielo. Por primera vez, *se ha alcanzado el umbral de la inteligencia y de la comunicación,* de 30 a 40 h/km² en superficie continua en unos quinientos mil y cerca de un millón de km².

Un verdadero mar de fondo creó la cristiandad latina.

Entre el anterior punto culminante en otro espacio, más al sur, más al este, en el siglo II, y el hueco, en los siglos VII y VIII, en cinco siglos la distancia era de 3, 4, 5 a 1. Entre el hueco de 650-750 y

[10] Georges Duby, *op. cit.,* p. 85.

[11] Las dos terceras partes del 80% de los terruños.

la cúspide de 1220-1280, entre la salida de 900 y 1220, en menos de cuatro siglos, en un espacio comparable en extensión, pero más al oeste y más al norte, la multiplicación del número de hombres fue por 7.8 y a menudo por 10.

En el siglo XI, cuando disponemos nuevamente de documentos, se tiene la impresión de subir a un tren en marcha que partió hace varias generaciones: "en Alemania así como en Inglaterra, en Cataluña como en Italia central", se tiene la sensación de que el movimiento originado en Galia, "contenido durante un momento por la rigidez de los marcos comunales carolingios[. . .] acabó por romperlos[. . .], la tendencia al progreso demográfico no deja de afirmarse a partir del momento en que comienzan a instalarse las estructuras feudales",[12] y se acelera en el siglo XI y sobre todo en siglo XII. En el año 1086, cuando Guillermo el Conquistador ordena el *Domesday Book,* Inglaterra, que es un país concentrado en la cuarta parte limosa al sudeste de la isla, cuenta con poco más de un millón de almas. Por lo tanto, ya triplicó una primera vez a pesar de la historia violenta y perturbada. A la triplicación en cinco siglos, sigue la triplicación en dos siglos y medio. Al término de este proceso, Inglaterra, a principios del siglo XIV, con más de tres millones de almas en menos de 150 mil km^2, de 20 a 25 h/km^2, no está muy lejos de las condiciones del mundo lleno del continente, 35/40 h/km^2.

En Picardía,[13] el terruño más lleno de Europa, junto con Flandes, Brabante y Lombardía, hay densidades de 60 a 80 h/km^2. Con un considerable alargamiento de la vida humana, se llega a la duplicación secular. El reino de Francia, conocido a través del estado de los hogares de 1328, alcanza de 16 a 17 millones, lo que daría 21 millones de habitantes en las fronteras de 1789. Ahora bien, en el año 1328, el reino, cuyo verdadero punto culminante es la mitad del siglo XIII, sale de la primera de una larga serie de pruebas, las hambrunas de 1315-1317. Cierta sobrecarga demográfica, el peso del reciente Estado, el deterioro climático con el regreso de la humedad y del frío marcan el final de los días felices.[14]

[12] Georges Duby, *op. cit.,* pp. 205-206.

[13] Robert Fossier, *La Picardie,* Neuwelaerts, París-Lovaina, 1968, 2 vols., 824 pp.

[14] Ferdinand Lot, 1929, según M. Reinhard, *Histoire de la population, op. cit.,* pp. 89 *ss.*

Una evaluación bastante segura[15] arroja para la cristiandad latina, en 1300, 60 millones de almas, una población levemente superior a la del Imperio romano, en un territorio de apenas el 40%: más de 15 millones para el reino de Francia, 8.5 para Italia, 8.3 para la Península Ibérica, 1.1 para los Países Bajos, 3.3 para Inglaterra, 0.6 para Suiza, 0.6 para los países escandinavos, de 6 a 8 millones para el Imperio, 1.3 para Polonia. Como se ve, el centro es pesado respecto de una periferia muy ligera. J.-C. Russell[16] propone, en 1340, justo antes del choque-ruptura de la peste negra: 65 millones para la cristiandad latina y la cristiandad oriental, excluyendo los Balcanes. La periferia siguió creciendo, mientras que el centro está virtualmente bloqueado. La evaluación de Russell arroja: 9.5 para la Península Ibérica, 19 para Francia, 9.3 para Italia, 11 para el Imperio, 0.6 para Escandinavia, 5.3 para las Islas Británicas, Inglaterra, Escocia e Irlanda, 1.2 para Polonia, 8 para Rusia y 2 para Hungría. Sesenta y cinco millones, de los cuales 43 para el eje denso de asentamiento, para los 1.2 o 1.3 millones de km² de todos los logros, Francia, el eje renano, los Países Bajos, Italia, Alemania del Oeste, Inglaterra *stricto sensu*. Francia acapara el 30% de la población de la cristiandad con tan sólo el 5% de la superficie de las dos cristiandades y el 45% de la población del núcleo más denso. Allí, en el centro de ese mundo denso, se produce el fenómeno del mundo cerrado. A menos que emprendiesen movimientos migratorios de muy larga distancia (el movimiento que empujaba al sur de Francia hacia la frontera de la Reconquista ibérica está prácticamente detenido; asimismo, las fronteras abiertas al este del Imperio se han alejado mucho), ya no queda lugar, salvo en las zonas montañosas apartadas, en las arcillosas, más bien abandonadas, en las tierras pobres, frías, pantanosas, ya no queda prácticamente ningún lugar, después de una cuadruplicación en tres siglos, para un nuevo incremento de la población. Hacia el horizonte del año 1300, la cristiandad latina se enfrenta a un desafío. Frente al que se ha presentado varias veces en la historia de los hombres, encuentra una respuesta única sacada de su herencia. Hoy en día, nosotros seguimos siendo, sin saberlo, los afortunadísimos beneficiarios de esa invención.

15 M. Reinhard, *op. cit.*, p. 88.

16 J.-C. Russell, según M. Reinhard, *op. cit.*, p. 108.

XI. EL RETRASO DE LA EDAD DE MATRIMONIO

LA CRISTIANDAD dio una respuesta única a un desafío trivial. Paradójicamente, esto lo sabemos desde hace poco tiempo. Hubo que esperar el año 1965[1] para que comenzáramos a comprender cuál es la especificidad fundamental de nuestro sistema de civilización.

Para comprender lo que sucedió en la cristiandad latina del viraje del mundo lleno, tenemos que colocarnos mucho tiempo antes y luego remontarnos hasta la fuente de la modificación. Todo estriba en una modificación del sistema del matrimonio. El sistema del matrimonio europeo, tal como la demografía histórica permite captarlo en los siglos XVI, XVII, XVIII y aun en el XIX y principios del XX, es único, sin precedente y sin corolario. En el exterior puede definirse por dos caracteres: la existencia de un celibato definitivo femenino, y sobre todo el retraso de la edad de matrimonio de las mujeres, con una rigurosa abstención de las relaciones sexuales fuera del matrimonio.

El uso del celibato definitivo femenino (que es el recurso de un número ínfimo en todas las demás civilizaciones) fue primero estrechamente confinado. En algunos círculos limitados, aristocracia, mediana y alta burguesía, puede alcanzar el 30-35% de la población femenina en los siglos XVII y XVIII. El celibato femenino definitivo se extiende a las demás capas sociales a fines del siglo XVIII y en el siglo XIX. En 1900,[2] alcanza el 19% de la población femenina en Suecia, el 17% en Bélgica, el 17% en Suiza, el 15% en Finlandia, el 15% en Gran Bretaña, el 12% en Francia, el 10% en Alemania, el 17% en Irlanda, el 18% en Noruega, el 20% en Portugal y el 29% en Islandia.[3] Nótese la mancha oscura de los países nórdicos: 17% Suecia, 18% Noruega; Irlanda 29%, Finlandia 15% y Dina-

1 Todo comienza con el magnífico artículo de J. Hajnal, "European Marriage patterns in Perspective", en *Population in History*, ed. por D. V. Glass y D. E. C. Eversley. Londres, 1968, Édouard Arnold, x, 692 pp.; pp. 101-143.

2 J. Hajnal, *ibid.*, p. 102.

3 Austria 13%; Dinamarca 13%; Holanda 14%; Italia 11%; España 10%.

marca 13%. Un promedio aproximativo de 15% hacia 1900. Cerca de 5%, en la segunda mitad del siglo XVI. El celibato femenino definitivo aumenta en forma muy lenta en el siglo XVIII y se pone en movimiento a finales de ese siglo para alcanzar cerca de 10% en el extremo final del Siglo de las Luces. Luego aumenta de manera paulatina en la Europa mediterránea y del Norte, católica y protestante, hasta el 15% a fines del siglo XIX y principios del XX. Disminuye a partir de 1920 hasta 1965, cuando se produce la primera verdadera ruptura en evoluciones que hasta entonces seguían una relativa coherencia.

El retraso de la edad de matrimonio es mucho más importante todavía. Como toda la demografía histórica de antes de la era estadística, lo conocemos gracias a los registros parroquiales y a la paciente reconstitución genealógica de las familias. Veinte años de un inmenso trabajo a través de toda Europa, a partir de Francia que se puso en movimiento en la década de 1950. El retraso de la edad de las mujeres para el matrimonio se establece al revés del celibato femenino definitivo, del cual es el complemento. El celibato definitivo fue un recurso aristocrático que se extendió paulatinamente al pueblo humilde, mientras que el retraso de la edad de matrimonio, esa arma contraceptiva masiva del mundo lleno, fue primero un recurso popular, que se propagó en forma lenta hasta la cúspide de la pirámide social.

El deslizamiento se produjo en medio milenio, desde la edad de la pubertad[4] que verificamos en la Baja Antigüedad todavía gracias a las inscripciones del *corpus* de las inscripciones, hasta los puntos culminantes del siglo XVIII. La edad promedio de matrimonio de las mujeres, en la segunda mitad del siglo XVII y en el siglo XVIII en la Europa católica y protestante (la cristiandad latina vinculada a Roma, después del cisma oriental de 1054), se sitúa entre los 25 y los 28 años de edad. La edad promedio de las familias acomodadas es mucho más baja todavía en el siglo XVII, pero acaba por emparejarse por completo con la de las familias modestas en la segunda mitad del siglo XVIII. Ese sistema, asociado a una rigurosa abstención de las relaciones sexuales fuera del matrimonio, es por supuesto masivamente contraceptivo, en el verdadero sentido etimológico del

4 *Cf.* antes, pp. 83-84, cap. VIII.

término. Si tomamos en cuenta la disminución de la fecundidad a partir de un punto culminante que se sitúa, en promedio, entre los 18 y los 21/22 años de edad (muy lenta de los 25 a los 35 años, rápida de los 35 a los 40, brutal a partir de los 40, para alcanzar el punto cero en la menopausia, entre los 45 y los 49 años), dato fisiológico, y de las difíciles segundas nupcias de viudas entre los 25 y los 40 años, dato social, esos factores acumulados ponen fuera de circuito del 40 al 60%, y a menudo del 50 al 60% del potencial reproductor humano.

Ese sistema es único. No se lo encuentra en ninguna parte fuera de Europa. A no ser por imitación, es decir por transculturación, en particular en China, desde 1960. El Japón, por ejemplo, en el siglo XVIII, antes del *Meiji,* presentaba la doble característica absolutamente universal, fuera de la breve muesca en el espacio-tiempo del modelo cristiano-latino-europeo, del matrimonio general y en la pubertad de las mujeres. Véase esa aldea de la isla de Hondo que conocemos gracias a Akira Ayami[5] con la precisión de una aldea de la Ile-de-France: la edad promedio de matrimonio es de 18.8 años de 1670 a 1700, 16.9 de 1701 a 1725, y no rebasa los 21.7 años en la segunda mitad del siglo XIX, cuando comienzan a soplar los vientos de fuera. El Japón es un *test* excelente. El Japón de los Tokugawa, país agrícola, con densidades enormes, es sin discusión un mundo lleno. Frente a una situación que es la de la cristiandad latina medieval, reacciona de manera diferente.

Claro, las raíces culturales del Japón son muy distintas... Pero es más curiosa la línea divisoria que separó profundamente a las dos cristiandades hasta principios del siglo XX. En efecto, contamos con un *test* bastante bueno: es el porcentaje de las mujeres casadas respecto del conjunto de la población femenina en la edad de la menopausia, calculado fácilmente gracias a los censos de la era estadística, en el Oeste, en el Este y en varios países del Tercer Mundo: la inmensa India, por ejemplo, que durante la primera mitad del siglo XX estuvo bajo control de una administración europea —por lo tanto, eficaz—.

Tanto el celibato definitivo muy reducido como la edad de matri-

[5] Akira Ayami, "Aspects démographiques d'un village japonais" ["Aspectos demográficos de una aldea japonesa"], *Annales ESC,* 1969, núm. 3, pp. 617-639, y *Annales de démographie historique,* 1971, pp. 247-262.

monio apenas más elevada que en las culturas y civilizaciones asiáticas y africanas, nos permiten comprobar que la Europa oriental, la Europa bizantina, la Europa que escapó a Roma, al latín y a la escolástica, se asemeja más al mundo no europeo que a la cristiandad latina. En la parte inferior de la escala tenemos por supuesto a la India, donde las niñas se casan impúberes y cuya tasa de celibato definitivo se sitúa en todos los censos ingleses entre 0.5 y 1%. En cuanto disponemos de una forma de medición, el celibato definitivo inferior al 1% y el matrimonio femenino promedio alrededor de los 15 años se manifiesta en todos los países musulmanes de África y de Asia, del África animista, de China, de todo lo que sigue escapando, en la primera mitad del siglo XX, al modelo europeo, antes de que la transculturación creara híbridos. Veamos ahora los países surgidos de la cristiandad oriental: frente al 15% de los países surgidos de la cristiandad latina, católicos y protestantes reconciliados en una sociología del matrimonio prácticamente idéntica y al 0.5% del continente hindú, Grecia a la vez ortodoxa y apoyada en la Europa industrial, Inglaterra y Francia fuertemente dominantes, abierta a los vientos del mar, arroja un reducido celibato femenino definitivo, tan sólo 4% de mujeres de entre 45 y 49 años nunca se habían casado, en el censo de 1907, pero 56% ya estaban casadas entre los 20 y los 24 años y 87% entre los 28 y los 29 años.

Hungría en 1900, la inmensa Hungría (325 mil km²) del compromiso de 1867 que incluye, además del país de población magiar dominante, Eslovaquia, Transilvania y Croacia, reúne a católicos, protestantes, algunos enclaves ortodoxos; Hungría está realmente en medio de todo esto: es la transición de la transición. Tiene un matrimonio precoz y, sin embargo, 36% de solteras entre los 20 y los 24 años —por lo tanto, 64% de casadas—, 15% entre 25 y 29 años, y tan sólo 4% de solteras definitivas de 45 a 49 años.

A título de comparación, el porcentaje de las muchachas casadas entre los 20 y los 24 años hacia 1900 era de 29% en Alemania, 34% en Austria (Cisleitania, o sea Austria, Bohemia, Moravia, Galitzia, Eslovenia, aproximadamente 300 mil km²); 29% en Bélgica, 25% en Dinamarca, 32% en Finlandia (bajo la dominación política rusa, pero perteneciente al mundo cultural sueco y al luteranismo episcopal), 42% en Francia, 27% en Gran Bretaña, 19% en Islandia, tan sólo 14% en la casta y muy católica y pobre Irlanda, 40%

en Italia, 23% en Noruega, 31% en Portugal, 45% en España, 20% en Suecia y 22% en Suiza. Rumania (la ortodoxa que renunció en 1866 al alfabeto cirílico) tiene en 1899 tan sólo 3% del celibato definitivo entre los 45 y los 49 años, pero 80% de casadas antes de los 20/24 años y 8% de solteras entre 25 y 29 años. Bosnia cuenta en 1910 con 98% de casadas entre los 45 y los 49 años, 77% antes de los 20-24 años y 94% entre los 25-29 años. Es curioso pero la URSS en 1926 sigue siendo profundamente rusa ortodoxa, con 72% de casadas antes de los 20/24 años y tan sólo 4% de celibato definitivo a los 45/49 años. Bulgaria y Serbia siguen el mismo modelo en 1900: Bulgaria con 76% (casadas antes de los 20/24 años) y 99% (casadas a los 45/49 años), Serbia con 84% y 99%.

Así, un *new pattern,* como suelen decir los sociólogos ingleses, cubre la Europa católica y protestante surgida de la cristiandad latina. Incluye el matrimonio tardío, una fracción importante de celibato definitivo y una relativa homogeneidad social. En el *new pattern,* se puede discernir un matiz aristocrático y una transición en el flanco oriental: la antigua cristiandad oriental se empareja tardía e incompletamente. América Latina presenta un modelo europeo muy degradado, con fuertes distorsiones sociales, una escasa institucionalización del matrimonio, concubinato frecuente y mediocre respeto de la prohibición católica de las relaciones sexuales fuera del matrimonio. La variedad de matices es muy grande entre una Argentina casi española y un México casi indígena. En tanto que los Estados Unidos y los dominios de población blanca obedecen al modelo europeo, América Latina se aleja parcialmente de él. Por lo tanto, constituye junto con la Europa oriental una zona importante de transición.

La transición en el espacio es menos interesante que la transición en el tiempo. Hay quizá un modelo antiguo que implica una profunda disociación de los comportamientos entre una *élite* y sus esclavos que renunciaban al remplazo estricto de la generación, y las poblaciones campesinas dentro del espacio y en la periferia que debían reproducir el modelo universal de la vida en pareja, con una estructura familiar en la que el *nucleus* matrimonial, cualesquiera que fueran sus componentes en un linaje o en una asociación de hermanos casados, era casi universal.

Hubo una *transición bárbara* (siglos VI-XI) que acaba de ser des-

cubierta apenas,[6] se basa en el matrimonio en la pubertad unánime asociado con rigurosas exigencias de continencia periódica en el matrimonio, sin que podamos saber en qué medida eran respetadas.

En los siglos XII y XIII, en vísperas de la modificación decisiva, cuando el espacio comienza a llenarse pero siguen subsistiendo posibilidades de creación de nuevas explotaciones aquí y allá, observamos las siguientes características:

1. Aumento de la oposición entre una *élite* que practica la ascesis sexual completa, y la masa. Desde el siglo XI, el celibato se extendió al conjunto del clero, a pesar de los combates de retaguardia y una mala práctica en uno que otro lugar, que suscitó protestas, lo cual es un buen revelador del consenso. Aun el clero del campo se atuvo, salvo pocas excepciones, a la regla, en adelante general.

La primacía de la virginidad fue afirmada en forma brillante por San Agustín.[7] Como consecuencia de la rápida extensión del cristianismo, la oposición entre el mundo de los clérigos responsables de la doctrina y detentadores de la cultura superior (la cultura escrita) que guían la Iglesia, y el mundo de los laicos que reciben instrucción y conminación, se concreta, se fortalece y se vuelve ejemplar por la disparidad sexual de los comportamientos. Así, profundamente transformada y moralizada, se mantiene la oposición sexual de los comportamientos, legado de la cultura antigua.

Esta es dramatizada por el mantenimiento en las masas de un matrimonio que quizá ya no es general (98% (?) en vez de 99% y más) y que quizá ya no se celebra en el momento de la pubertad o antes de ella, sino más bien después de la pubertad (alrededor de los 18 años en promedio). En el siglo XII, dos movimientos producen tambaleos y tensiones. El catarismo es un regreso violento pronto dominado por el maniqueísmo. Trae consigo la tentación mortal de una disociación total de la sexualidad y de la procreación como respuesta a la proximidad del desafío del mundo lleno. La tentación fue bruscamente apartada y los últimos pedazos rotos de la Iglesia maniquea acaban por disgregarse a fines del siglo XIII y principios del XIV.

[6] Según un notable estudio aún inédito de Jean-Louis Flandrin, *La Doctrine de la continence périodique dans la tradition occidentale* [La doctrina de la continencia periódica en la tradición occidental]. Sorbona, París 1978, 400 pp.

[7] *Cf.* antes, pp. 89-90, cap. VIII.

Véase el microcosmos del Ariège de Montaillou ejemplar de Emmanuel Le Roy Ladurie. El valdeísmo es, junto con las órdenes mendicantes, una respuesta a la herejía cátara. La pequeña Iglesia cismática de los discípulos de Valdés (los valdenses, los pobres de Lyon) marca el punto de partida de una falla que se ahondará con la práctica de la reforma protestante en el siglo XVI. Una pequeña *élite* de laicos logra tener acceso a la cultura escrita, sea en latín pobre, sea en lenguaje vulgar. Es la restauración, después de un eclipse de mil años, de la difusión mucho más amplia, en la época de los Antoninos, de la cultura escrita. Sin embargo, ni el catarismo, ni el valdeísmo ni las demás corrientes surgidas de la restauración urbana, sensible sobre todo en Italia, logran afectar el dimorfismo sociocultural de la cristiandad del mundo que se está llenando, ni tampoco el dimorfismo de los comportamientos sexuales que lo ejemplifica.

La moral de la pareja, formulada en un agustinismo riguroso por la *élite* de los clérigos, coloca el ideal en un nivel elevado. La práctica es más modesta. A nivel de los comportamientos concretos, la presión social se limita a lograr el respeto de un mínimo de reglas en el marco del matrimonio precoz y generalizado. Estas reglas exigen que las relaciones sexuales no salgan de los límites del matrimonio, que el matrimonio se institucionalice para todos, aun para los humildes, mediante la intervención a favor de las mujeres y de los débiles, que es el signo de la Iglesia, y que la pareja evite las prácticas que apartan el coito de su finalidad procreadora. En cuanto a las reglas más estrictas, las que tienden a la exclusión de las relaciones con arreglo al calendario litúrgico, como la prohibición de la cuaresma, que tuvo algún éxito,[8] o las que tienden a excluir las relaciones durante los periodos manifiestamente no fecundos —durante los embarazos, durante las reglas, entre personas notablemente estériles— o, por último, las que tienden a precisar en las relaciones lo lícito y lo ilícito, se puede pensar que no eran practicadas de manera rigurosa ni, sin duda, ampliamente presentadas y requeridas, fuera de una *élite* muy restringida en los medios instruidos de las ciudades. De

[8] Se pudo verificar a través del ritmo anual de las concepciones. No queda gran cosa de esta práctica antigua en el siglo XVII, cuando nuestras documentaciones permitirían captarla. Sin embargo, el tratamiento serial de los penitenciales permitió medir la amplitud de la exigencia medieval.

todas maneras, esas reglas implican un nivel de enseñanza religiosa que en contados casos había sido alcanzado antes del siglo XVI y sobre todo del siglo XVII. La fuerza de la Iglesia y el éxito de su acción estriban en su moderación. Es obvio que tuvo el afán de no exigir a los humildes más de lo que podían dar en un principio.

Durante el segundo viraje decisivo del mundo lleno, entre 1250 y 1350, se producen modificaciones importantes. Son la consecuencia del relleno de las últimas zonas vacías del suelo aún no desbrozado, de la imposibilidad casi física de crear nuevas células familiares de explotación agrícola. Ahora bien, como resultado de la fragmentación de las pequeñas haciendas feudales al principio del periodo de crecimiento, la célula de explotación agrícola tiende a confundirse con la célula de una familia matrimonial, por lo tanto el matrimonio tiende a superponer la creación de un hogar y la responsabilidad de una explotación. A falta de poder desbrozar, es preciso esperar que la muerte libere un lugar. Nuestros estudios acerca de las exenciones de matrimonio[9] muestran la superposición fallecimiento/matrimonio en los siglos XVII y XVIII. "Mi madre ha muerto", precisa el solicitante de una exención. . . Un hogar matrimonial se funda normalmente en el sitio de un hogar disociado por la muerte.

Sabemos que la situación que conocemos por cientos de monografías rurales y en adelante urbanas en los siglos XVII y XVIII, ya se aplica perfectamente en Inglaterra en el siglo XVI. En el gran burgo de Colyton en Devon,[10] la edad de matrimonio se sitúa a los 27 años para las mujeres y a los 27 años para los hombres, de 1560 a 1646.

Fue preciso encontrar los documentos estadísticos de la transición. Los tenemos en abundancia en España, que tiene un retraso de aproximadamente dos siglos respecto de Francia, el eje renano, los Países Bajos e Inglaterra. Todas las monografías que comienzan a publicarse arrojan, para la segunda mitad del siglo XVI, promedios y modos que se sitúan en torno a los 20 años, la mayoría de las veces entre 19 y 20 años. En la Italia urbana del siglo XV, el matrimonio femenino se sitúa a los 20 años, pero el matrimonio masculino es claramente más tardío.

[9] En una tesis bajo mi dirección por J.-M. Gouesse.

[10] E.-A. Wrigley, *Société et Population*, *op. cit.*, p. 87.

[11] J. Hajnal, *op. cit.*, p. 118, según *The English Poll Tax Records.*

Inglaterra brinda la pieza clave, pues por primera vez se abarca en forma irrecusable una gran nación. En 1965, J. Hajnal[11] reinterpreta y pone en perspectiva los registros del gran impuesto de capitación de 1377 (*The English Poll Tax Records*), analizados por vez primera por J. C. Russell[12] en 1948, un impuesto de un *groet* que se recaudaba en teoría a todos los adultos de más de 14 años (con excepción del clero que era gravado aparte, y de los pobres mendigos reconocidos). Se conservó una parte de las matrices nominativas de base, que ahora podemos consultar en los admirables archivos ingleses. En algunas de esas listas es posible identificar a las personas casadas. Naturalmente, esto implica numerosos problemas que son el pan de cada día de la erudición crítica. Pero las listas son numerosas y suficientes como para que resulte posible conservar tan sólo las series confiables. A continuación, basta con extrapolar al conjunto del *corpus*.

Hay muchos monjes pero pocas monjas (la regla se verifica en otra parte, la inversión de las proporciones data del siglo XVIII y sobre todo del siglo XIX). Ya efectuadas todas las ponderaciones necesarias, logramos situar la población femenina casada en la pubertad en 67% y 70% (67% de más de 14 años y 70% de más de 15 años). Con las normas del siglo XVII, del XVIII y aún, del XIX, nos situamos entre 50 y 55%. Con las normas del modelo extraeuropeo, el de la India de principios del siglo XX, que pueden deducirse del *Corpus Inscriptionum* antiguo (matrimonio y amasiato), obtenemos 90%. Con 67%, la Inglaterra del último cuarto del siglo XIV (1377) se sitúa por debajo del Japón de los Tokugawa a finales del siglo XVIII (75%), en el nivel exacto de la transición de la Europa oriental ortodoxa a finales del siglo XIX (Bulgaria 69%, Rumania 65%, Serbia 69%). A partir de estas cifras, se pudo situar toda la gama de la transición, desde el 90% de la estructura antigua y de la extraeuropea, hasta el 50-55% de la estructura europea acabada. A partir de un centro, se forman círculos concéntricos en el espacio y en el tiempo. Hoy en día, toda esa historia ha quedado prácticamente escrita. Exigió 15 años de intensos pero fructuosos esfuerzos.

[12] J. C. Russell, *British Medieval Population,* 1948; según J. Hajnal, *op. cit.,* p. 118.

La ganancia es enorme. El retraso de la edad de matrimonio y la continencia pertenecen a la escuela del dominio de sí mismo, al mismo tiempo que son un factor social masivo de interiorización y de cerebralización.

Al distanciar las generaciones (a los 27 años los casados tienen en promedio uno o dos ascendientes sobre cuatro), el matrimonio tardío substituyó la elección de sucesión por la elección individual, propició, como lo muestra el estudio de las exenciones, el matrimonio de inclinación grata, de sentimiento, en vez del matrimonio impulsivo o interesado. Al colocar en torno a los 32 o 35 años el promedio y el modo de la mater/paternidad, remplazó la educación a cargo de la generación de los abuelos por la educación por parte de los progenitores. Así, el retraso de la edad de matrimonio rejuveneció paradójicamente a los educadores, confiando la tarea capital de la reprogramación de la memoria cultural a los adultos de 45 años en pleno dominio de sus facultades y de sus medios. Al retrasar la maternidad y la paternidad, el sistema del mundo lleno liberó el largo tiempo de la adolescencia y de la juventud para la inversión fundamental en la educación. Al retrasar la primera maternidad, recuperó mediante una ganancia de salud para la madre una parte de lo que el sistema perdía en fecundidad potencial y teórica.

En una palabra, el retraso de la edad de matrimonio contribuyó a hacer de nosotros lo que somos. Al ampliar la libertad de las elecciones, fue la gran escuela social de nuestra libertad.

El retraso de la edad de matrimonio fue la respuesta de un mundo arrinconado por la necesidad de un espacio por el momento repleto y por las barreras infrangibles de una elección que ponía en tela de juicio el ser y la moral, y por lo tanto la ética y la ontología.

La cristiandad acababa de arrancarse al abismo de un mundo condenado por la disociación radical del placer sexual y de la procreación, y por lo tanto no podía volver a encaminarse por donde se había sumido la civilización antigua. Y no es que no hubiera tenido esa tentación. El catarismo propone las conductas del mundo antiguo. Por lo tanto, el rechazo es deliberado, con pleno conocimiento de causa. Quedaba la valorización de la virginidad y de la castidad como una elección con miras a una mayor libertad, a un paso no entorpecido hacia lo esencial.

Lo que los clérigos habían escogido para toda la vida podía constituir la elección de un momento. La espera del matrimonio dejaba de ser un tiempo muerto de frustración para convertirse en el tiempo de un placer diferido. Gracias al modelo clerical, el retraso de la edad de matrimonio se volvía un paso por la clerecía, una propedéutica clerical. Hay un argumento decisivo a favor de esta tesis que hasta ahora no ha sido aprovechado. Véase la Europa del Este, la cristiandad oriental, griega y eslava. Es cierto que las necesidades de un mundo lleno fueron menos apremiantes allí de lo que fueron en el Oeste. Sin embargo, aquí y allí, en Grecia, en particular, y en los Balcanes, y en el siglo XIX en Rusia, se produjeron situaciones bastante análogas. Le faltó al Este un clero rural, soltero, por lo tanto condenado, mal que bien, por el celibato, a la dura ascesis de la continencia. Desde el siglo XIV, los campesinos de la cristiandad latina le otorgan un gran valor, como lo prueban los estatutos diocesanos y las visitas episcopales que comenzamos a tener en series discontinuas en el siglo XVI. Entre el retraso de la edad de matrimonio y el modelo brindado al pueblo campesino de un clero rural que vive en la continencia, se establece un vínculo indisoluble. Que no se me objete sobre la Europa protestante. Cuando la Europa protestante renuncia al celibato de los clérigos hacia el año 1550, hace ya dos siglos que las cosas están en su lugar y que la revolución ha alcanzado su meta. El cuerpo pastoral toma el relevo del clero soltero, brindando entonces, durante dos siglos, un modelo de conyugalidad dignamente vivida, en la rigurosa práctica de la castidad conyugal vinculada a una numerosa descendencia. Pero sin el modelo de los clérigos solteros de los siglos XIV y XV, ese cambio hubiera sido sin duda imposible.

Ya lanzados a la aventura de la difícil continencia fuera del matrimonio, los laicos de la cristiandad latina se muestran más exigentes respecto de los clérigos. Existe una estrecha correlación entre el aplazamiento de la edad de matrimonio y la decadencia de la ilegitimidad, por una parte y la exigencia de una rigurosa castidad de los clérigos, por otra. Con el tiempo, la continencia se volverá el valor principal, devorador, obsesivo e incluso canceroso.

La pedagogía del control del sexo pronto se vinculará con una pastoral de vida como preparación para la muerte, como *preparatio mortis*. Así, se vuelve a establecer el vínculo original del eros tana-

tos. Hasta tal punto que las sociedades cristianas del fin de las Luces tendrán la tentación de poner en tela de juicio tanto el discurso sobre la muerte como una práctica demasiado ascética del retraso de la edad de matrimonio en todas sus consecuencias. Crisis duradera o pasajera. El siglo XIX encuentra una forma de equilibrio bastante respetuosa de esa continuidad que se origina en el siglo XIV y que determina aún hoy en día y por mucho tiempo quizá, lo queramos o no, nuestro presente.

XII. EL MOVIMIENTO DEL DESPUÉS

Ese sistema es tanto más sólido cuanto que tuvo que sufrir, cuando apenas había entrado en aplicación, en plena fase de la frágil transición, la más terrible prueba, la prueba de las pestes.

A fines del siglo XIV y en la primera mitad del siglo XV, estamos lejos del mundo lleno. De más de 60 millones en el año 1300 y por lo menos 65 en 1340, la cristiandad latina cayó aproximadamente a los 40 millones en el año 1420, sin duda incluso un poco por debajo de esa cifra.

La gran prosperidad del siglo XIII había extremado la ocupación de los suelos hasta el límite de la seguridad. El crecimiento demográfico alcanzó un punto máximo en el siglo XII; rápido en promedio hasta 1220-1230, comienza a aminorarse paulatinamente de 1230 a 1250, y luego de 1250 a 1280. El año 1280 marca el primer estrangulamiento.[1] Este detenimiento quizá se deba nada más a los efectos contraceptivos del establecimiento de la primera fase del retraso de la edad de matrimonio y a un primer retroceso de la esperanza de vida. Las esperanzas de vida que se han podido evaluar en el siglo XIV distan mucho de los niveles del final del siglo XII y de la primera mitad del siglo XIII.

El cambio de clima comienza a dejar sentir sus efectos en el siglo XIV. Las grandes series inglesas permitieron medir el deterioro climático, en particular muy sensible en la franja norte de las grandes densidades agrícolas. Más que los largos inviernos, lo que provoca el hambre son los malos veranos, fríos y húmedos. Hay en promedio tres veces más malas cosechas en el siglo XIV que en el XIII. El avance de la banquisa a lo largo de las costas de Groenlandia, que corta la ruta vikinga de acceso al Vinland[2] —el hielo desmiente entonces la etimología de tierra verde (*greenland*), una etimología de la pequeña fase xerotérmica—, el avance de los glaciares alpinos,

[1] Hay incluso sectores de la cristiandad en que el punto culminante se alcanza antes, desde 1220.

[2] Escandinavia, Terranova, Nuevo Brunswick, Nueva Inglaterra vía Islandia y Groenlandia.

la turbera de Fernau, la dendroclimatología de los grandes secoyas de la costa estadunidense del Pacífico y los tiempos de las cosechas, todos nuestros indicadores de la variación climática[3] se concertaron; y pronunciaron su veredicto: el siglo XIV está a 1°C por debajo del punto más alto respecto de un buen tiempo que culmina entre 1100-1150. Y los veranos húmedos y fríos comprometen gravemente la seguridad de las siegas del norte. En tanto que el luto del norte contribuye a las sonrisas italianas del *trecento* y del *quattrocento*.

Si bien la periferia europea recupera y supera en el siglo XVI los niveles culminantes del final del siglo XIII, una parte densa de la cristiandad no superará los récords de los años 1280 hasta finales del siglo XVIII. La primera gran hambruna se sitúa en 1315-1317, la primera muesca y al mismo tiempo la primera arruga del mundo lleno. Sin embargo, de 1300 a 1340, las arrugas que surcan la cristiandad se reparan pronto y ésta logra seguir creciendo muy lentamente aquí y allí hasta los tres golpes del destino.

Sobre un fondo de *Dies Irae*, la gran liturgia de los muertos a la que Occidente acaba de recurrir, "Dios todopoderoso, amo absoluto, Salvación gratuita de tus Elegidos", aquí llega el día de la ira: *la peste negra.*

Desde hace dos siglos,[4] el *Yersinia Pestis,* el microbio de la peste, había salido de la historia de los hombres. La peste se había metido bajo tierra, en el sentido propio. Había vuelto a ser lo que es, sin duda, su vocación profunda, una epizootia de pequeños roedores. En 1894, dos pasteurianos, Roux y Yersin, no vacilaban en escribir: "La peste es una enfermedad de la rata, transmisible incidentalmente al hombre".[5] Después de 1925 y los trabajos de Ricardo Jorge, se suele remplazar "rata" por "roedores salvajes". En Asia Central, cerca del lago Baikal, una especie de gran marmota, el tarbagam, en la estepa rusa los espermófilos, llamados también susliks, en Irán y en Turkestán los meriones, forman el ejército de reserva de la peste... Allí, desde hace seis siglos —la última manifestación de la peste humana se remonta a 767, en Nápoles y en el sur de Italia—, el

[3] E. Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil, op. cit.,* 1967.
[4] J.-N. Biraben, *L'homme et la peste, op. cit.,* t. I, pp. 48 *ss.*
[5] *Ibid.,* p. 16.

bacilo esperaba... una caravana quizá, una caravana extraviada de su ruta habitual. La comunicación es la suerte del hombre. Y así como trae consigo todo lo mejor, también arrastra todo lo peor. La *pax mongolica* hace que circule entre China, el Islam y la cristiandad una cantidad insólita de caravanas. Por lo tanto, aumenta la posibilidad de un mal encuentro que nadie espera.

El nuevo ciclo de la peste viene de Asia. Todas las fuentes convergen hacia el Asia Central y parecen señalar un foco chino. La población de China, que superó los 123 millones de almas en 1193-1195, cayó al nivel más bajo del siglo I, o sea 60 millones, en 1381. Sin embargo, parece que eso fue obra del hambre; en China, mucho más que en Europa, la peste remató una desgracia que los hombres habían preparado. Antes de alcanzar China, la enfermedad hizo estragos en Turkestán. En 1338-1339, no cabe ninguna duda, la peste se encuentra en Semiriechinsk: la mención aparece en las lápidas sepulcrales del gran cementerio nestoriano, a poca distancia de los roedores contaminados. La peste sometió a los cristianos nestorianos a un poder musulmán. El mundo mongol está en efervescencia. Las grandes incursiones desencadenadas por la lucha por el poder siembran el mal a través del espacio asiático.

Las estepas del Asia Central son contaminadas a principios del año 1340. En cuanto circula en ese mundo ralo, pero perpetuamente en movimiento de las grandes caravanas, el bacilo transportado por las pulgas humanas no puede permanecer durante mucho tiempo prisionero de la estepa. Pasa a China.

La peste llega por la ruta de la seda. Las telas son un vector privilegiado de los insectos infectados. Está en el Volga, en el Don. Una ruta une las escalas fluviales con el mar de Azov y con los puertos genoveses de Crimea. En el otoño de 1346, dando la vuelta al mar Caspio, se la señala en Tabriz. La peste recorre las estepas de Ukrania, azota a los kanatos tártaros. El Kan Djanibek que sitia —poca querella, grandes efectos— la factoría genovesa de Caffa, catapulta en la ciudad cadáveres apestados. En adelante, las galeras genovesas se encargarán del resto. Caffa, la escala de Pera, Constantinopla a mediados de 1347. La peste alcanza un paroxismo en la nueva Roma en noviembre y diciembre. Trebisonda es contagiada. Desde Constantinopla hasta Génova, los buques genoveses traen la muerte en sus entrañas. Desde Constantinopla hasta Génova, Sicilia es en-

venenada por la escala de Mesina en septiembre de 1347. De septiembre de 1347 a febrero de 1348, casi todos los puertos del Mediterráneo son asolados.

Las comunicaciones terrestres harán lo demás. Durante el rigurosísimo invierno y la primavera fría y húmeda de 1348, la peste bubónica se sobreañade a la fulminante forma pulmonar, la enfermedad del aliento que mata.

De 1347 a 1352, toda Europa es lacerada. De los cuatro millones de km^2 de la cristiandad latina, se salvan unos 100 mil km^2 que se encuentran apartados de los caminos. El número de muertos asciende a 14 ó 15 millones por lo menos, sin duda más, quizá veinte millones en tres años: una tercera parte de la población de la cristiandad fue aniquilada.

J.-N. Biraben desglosa el movimiento en ocho fases:

— 1347 y principios de 1348, la fase marina, desde el mar Negro hasta Constantinopla, desde Constantinopla hasta Italia, vía Sicilia y desde Sicilia a todos los puertos.

— Invierno y primavera de 1348, las zonas costeras son contagiadas y la incorporación de la enfermedad pulmonar transforma en cataclismo la catástrofe bubónica.

— Se comprende el cambio de ritmo que sigue. A mediados de 1348, en unas cuantas semanas, todos los puertos del Atlántico son contaminados. Se propaga rápidamente a la cristiandad más numerosa, en donde causa estragos.

— La ocupación de las tierras de Francia e Inglaterra se prosigue a finales de 1348.

— 1349, los puertos del mar del Norte.

— Segunda parte de 1349, penetración en el interior de las tierras en la Europa del Norte.

— Verano de 1350, los puertos del Báltico.

— La enfermedad se adentra en las tierras pobladas de Polonia y de Rusia y se cierra el círculo de la muerte.

La peste negra abre un largo periodo en el que formará parte de las obsesiones, alimentará los grandes miedos: *A fame, a peste, a bello, libera nos, Domine.* La peste se instala en Europa Occidental hasta

1670, con un último acceso aislado de 1720 a 1722. La segunda mitad del siglo XIV es terriblemente sombría. Para Inglaterra, desde Russell,[6] el nivel de las pérdidas se aprecia así: la peste negra de 1348 eliminó el 25% de la población del reino, que había comenzado a restañar sus heridas cuando sobreviene la segunda ola de 1360. En Inglaterra, a diferencia del continente, el año 1360 es casi tan severo como 1348. El 22.7% de la población queda eliminada; esta vez la enfermedad no aguarda diez años, y aunque en 1369 su azote es menos fuerte, el 13.1% de la población que no tuvo tiempo de recuperarse desaparece. En 1375, la punción es de 12.7%. Si bien la intensidad de los golpes disminuye un poco, el ritmo se acelera, trece años, nueve años, seis años.

Jean-Noël Biraben logró calcular con precisión el efecto de la peste. En Francia, de 1600 a 1670,[7] el volumen de la mortalidad por peste se sitúa entre 2 205 000 y 3 360 000, o sea de 5 a 7.7% del conjunto de las defunciones. Así, cabe suponer que en ese lapso la peste participó en 10% en la siega de los vivos, 15% en el siglo XV y sin duda más de una tercera parte en la segunda mitad del siglo XIV. En todo caso, la peste mata mucho más que la guerra. Es cierto que los soldados contribuyen a la difusión del mal antes que el ejército acabe con la enfermedad, gracias a la técnica de la línea, que fracciona el espacio y rompe los hilos del contagio cortando los caminos por donde se propaga el mal.

La peste mata en gran cantidad, pero tiene una manera muy especial de matar. Aun en el siglo XVII, la peste mata principalmente en las ciudades y cuando asuela un lugar, es poco frecuente que lo deje antes de que la mitad de la población haya pagado su parte. Por lo tanto, la peste es la muerte presente, masiva, repugnante, implacable; la peste rompe los nervios, saca la lengua, desencadena inmensas oleadas de terror, de locura, de agresividad. Pero también provoca admirables proyecciones en el campo de las letras y de las artes. Es teóloga y artista, suscita por doquier lo mejor y lo peor. Para ayudaros a comprender mejor, nos detendremos un momento

[6] Elizabeth Carpentier, "Peste noire, famines et épidémies au XIVe siècle" ["Peste negra, hambrunas y epidemias en el siglo XIV"], *Annales ESC*, 1962, pp. 1082-1083.

[7] J.-N. Biraben, *op. cit.*, pp. 308-309.

en Orvieto con la señora Carpentier.[8] Esta ciudad italiana contaba con unos 10 ó 12 mil habitantes en la primavera de 1348. En el paroxismo de julio-agosto, la mortalidad alcanzaba 500 fallecimientos al día, de 4 a 5% de la población moría en un solo día, y esto durante varios días, lo cual implicaba la aniquilación total en 20 ó 25 días. Durante el paroxismo de 1720 en Marsella, cuyo recuerdo helará durante un siglo la Europa de las Luces, la mortalidad diaria representa 1%, y esto en un espacio aislado. Imagínese lo que pudo ser el 5% para regiones enteras. Tal es en verdad el carácter de fin del mundo de ese cataclismo sin parangón. En todas las regiones asoladas, y en casi toda la cristiandad, la peste no se detiene realmente sino hasta que alrededor de la mitad del tejido humano queda destruido.

Después,[9] los sobrevivientes del Apocalipsis se dan cuenta de que 1348 marca un hito, el punto de partida de una nueva era. Las efemérides *Urbevetanae,* por ejemplo, anotan treinta y cinco años más tarde: "La primera peste general tuvo lugar en 1348, fue la mayor y fue precedida de catarro."

Segunda peste, 1363; tercera peste, 1374; cuarta peste, 1383. Así, en Orvieto... 1348 es el punto de partida, como en todas partes, de un calendario de desgracia.

No mencionaremos aquí las consecuencias psicológicas, aunque son inmensas, sino un hecho más simple y que hasta ahora suele pasar inadvertido. En el corazón de la cristiandad latina más sólidamente vinculada en el codo a codo de hombres numerosos, el siglo XIV corresponde al establecimiento del matrimonio tardío. Y esta estructura demográfica está relacionada con el mundo lleno. La peste negra y la sombría secuela de las epidemias del siglo XIV aclararon de manera considerable las filas. A grandes rasgos, se pasó en un siglo y medio del nivel 35-40 h/km^2 al nivel 20-25 h/km^2. Este retroceso no tuvo ninguna de las consecuencias que cabría esperar haciendo un análisis superficial. El proceso del retraso de la edad de matrimonio continuó, ya programado, como si la relación con el suelo no hubiese sido por el momento perturbada. La aptitud para

[8] Elizabeth Carpentier, *Une ville devant la peste. Orvieto et la peste noire* ["Una ciudad ante la peste. Orvieto y la peste negra"]. SEVPEN, París, 1962, 282 pp.

[9] J.-N. Biraben *op. cit.,* p. 55.

crecer nunca se vio afectada por mucho tiempo. En cuanto pasa la peste, el tejido comienza a reconstituirse, en todo caso los niños llegan de nuevo a ocupar la base de la pirámide de las edades.

La peste, y principalmente la peste negra, es en realidad un fenómeno exterior. A lo sumo se puede observar que las estructuras establecidas tenían la capacidad de absorber el efecto. La pirámide de las edades sale rebajada, pero intacta. Lo que sucedió en 1348 no puede compararse con los siglos III y IV y con lo que acontece hoy en día ante nuestros ojos en la Europa industrial. Hay una diferencia fundamental entre un fenómeno programado desde el interior y un fenómeno catapultado desde fuera. En realidad, el *new pattern,* el sistema demográfico de la cristiandad occidental del mundo lleno brindaba recursos extraordinarios.

XIII. EL SISTEMA DEL MUNDO POBLADO

HOY EN DÍA, este capítulo es el que mejor se conoce de la historia de la población humana. (Por lo tanto, es totalmente inútil insistir largamente en él.) Esta suerte se la debemos al afán de nuestros ancestros y a la preocupación de la generación que nos precedió. La documentación conservada en nuestros archivos es impresionante y durante mucho tiempo no nos dimos cuenta de ello.

El interés por una historia de la población que no fuera sólo la descripción rápida y estática de las masas y de su distribución, de una demografía retrospectiva de la población, apareció durante los años treinta, cuando la supervivencia de Europa se vio amenazada y en particular la supervivencia de una Francia desgastada por una larga parsimonia que ya no aseguraba del todo el remplazo de la generación y se estremecía por el desangramiento de la guerra de 1914-1918, una punción selectiva del 8% (muertos y mutilados) de la población adulta masculina. Hubo que esperar otros veinte años para que los historiadores perfeccionaran técnicas y métodos.

Al principio, fue una gran decepción; los historiadores buscaban censos, o sea una fotografía de la población distribuida por edad y por sexo que permitiera, por consiguiente, la construcción clave de toda demografía, una pirámide de las edades. Hubo que reconocer lo evidente: los verdaderos censos con una lectura nominal por lugar, sexo, profesión y edad son un regalo de la era industrial. El primer censo completo en Francia es el de 1851; se descubrirá más tarde que en 1836 varios prefectos habían tomado nota de las edades de los censados, pero muy pocas listas nominativas llegaron hasta nosotros. Inglaterra nos precederá por poco. Desde 1328, los administradores del Antiguo Régimen parecían haber descuidado contar correctamente los pueblos, un poco como si la maldición del Eterno, que castibaga el recuento y el orgullo del número que deriva de él con el azote de la peste (II Samuel, 24), los hubiera contenido. La decepción se debía a una investigación apresurada. Desde hace veinte años, hemos encontrado a través de Europa muchos fragmentos de recuento. Algunos países, como España, tienen in-

cluso censos casi completos tan sólo para el siglo XVI. En este momento están siendo procesados. Francia, aunque mal dotada, no está del todo desprovista. Nuestra decepción y nuestros vanos titubeos se deben a que esperamos decisiones del poder central. La mayoría de los antiguos recuentos son el fruto de iniciativas locales de administradores afanosos. Esperamos países, tenemos provincias. Aunque Europa no es China, que posee un recuento ejemplar desde el siglo I y prácticamente continuo desde 1368, estamos descubriendo que contamos con una masa de hecho impresionante de fuentes momentáneas.[1]

Impresionante y decepcionante. Pedimos edades y obtenemos a lo sumo un reparto en algunos grupos de edad.

Por estas razones, la demografía histórica antigua sigue debiendo lo mejor de su saber a los datos directos comunes, esos maravillosos y humildes registros parroquiales con los cuales nos dotamos. Resulta casi posible hacer la historia de la civilización a través de la manera en que son llevados estos registros. La cristiandad latina occidental es la única sociedad humana que ha otorgado una dignidad suficiente al niño, aun al niño segado a muy corta edad, que lo ha individualizado lo suficiente como para conservar tan celosamente su recuerdo, el recuerdo de una fecha, de un nombre. . . en la página de un registro amarillento y gastado de tanto haber sido hojeado y que hoy en día encontramos casi siempre en el lugar en que por lógica debió haber sido conservado.

Bastó con que los historiadores convertidos en demógrafos recordaran que alguna vez habían sido genealogistas. La lección aprendida al servicio de los grandes fue aplicada a los humildes. Se establecieron las fes de matrimonio, de bautizo y de defunción y, a partir de éstas, se reconstituyeron las familias que entrarían en la muestra de aquellas cuyo destino se conoce. Así, a partir de muestras sacadas al azar podemos seguir el paso del relevo, la juntura de cualquier

[1] Véase el estudio capital de Jacques Dupâquier, *La population rurale du Bassin parisien* ["La población rural de la cuenca parisina"]. Sorbona, París, 1977, 2 vols., 700 pp., de próxima publicación, Mouton, 1979, y en anexo, *La statistique démographique du Bassin parisien 1636-1720* ["La estadística demográfica de la cuenca parisina, 1636-1720"] Gauthier-Villars, París, 1977, gr. en-4º, 780 pp.

sistema de civilización, que es el remplazo de la generación declinante por la generación ascendente. En la segunda edición de una pequeña guía que orientó el trabajo de varios miles de estudiantes, Michel Fleury y Louis Henry escribían:

> La reconstitución de las familias conyugales es una operación delicada que exige ser efectuada con mucho método y con sumo cuidado[...] El método expuesto es el fruto de la experiencia[...] su estricta aplicación no conduce a un trabajo puramente mecánico[...] Como el matrimonio es el punto de partida de la familia conyugal, se debe llenar una ficha de familia para todo matrimonio celebrado en la parroquia, tanto si la familia constituida por ese matrimonio ha permanecido en la parroquia, como si se ha establecido en otra parte.[2]

Así, se requiere cuidado, método e invención y, como punto de partida, el matrimonio que es y sigue siendo el gran acto en esa sociedad de la que surgimos y que fue en primer lugar la *sociedad conyugal,* la de la unión estable, para bien y para mal, para la protección mutua, para el trabajo realizado en conjunto y para la retransmisión de la vida, de dos seres que ya nada separará sino la muerte. La muerte..., apenas, puesto que en el testamento, como pudimos comprobarlo, cada cónyuge solicita masivamente a partir del siglo XVII compartir la tumba, rehaciendo el gesto del duque de Saint-Simon que pedía que su féretro fuese encadenado al de su esposa que lo había precedido, en tanto que la intersección mantiene el vínculo carnal de la vida, más allá de la disolución de la carne, por la oración en la esperanza del reino de Dios.

La demografía del mundo lleno que establecimos a partir de los registros parroquiales fue durante mucho tiempo una demografía casi exclusivamente rural, lo cual no es grave en un mundo 80-90% rural, pero desde hace poco tiempo esta demografía es completada por una demografía urbana. Después de Lyon y Burdeos, Ruán pronto será dotada de un estudio destinado a ser el remate de una demografía urbana tan segura y perfectamente complementaria de lo que sabemos ahora tan bien sobre el campo.

[2] Michel Fleury y Louis Henry, *Nouveau manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien* ["Nuevo manual de examen y de explotación del estado civil antiguo"]. INED, París, 1965, p. 117.

Ante las sacudidas de la vida y los azares de la muerte —recuérdese la peste negra—, la sociedad cristiana del mundo lleno se había dotado de un regulador: el matrimonio.

El matrimonio, por lo tanto la vida, no la muerte. Europa es un mundo lleno, pero no es un mundo ahogado, subsisten huecos y un margen posible de inventos que se aprovecharán en forma masiva en los siglos XVIII y XIX.

> La idea más comúnmente admitida [observa nuestro gran historiador demógrafo][3] es que la regularización se efectúa por incremento de la mortalidad. La idea no es del todo falsa, y halaga nuestro gusto por las explicaciones claras y sencillas[. . .] La mayoría de la gente se imagina las reservas del planeta como una especie de pastel cuyas dimensiones permanecerían más o menos fijas; los espíritus más sagaces saben que es el hombre quien fabrica el pastel; que con mayores esfuerzos puede obtener un pastel más grande, pero que los esfuerzos deben ser progresivos y no proporcionales.

Si la mortalidad hubiese sido ese regulador con el que sueñan nuestros mecanicistas, "las crisis habrían debido afectar de preferencia las regiones sobrepobladas".[4] Hoy en día sabemos lo suficiente acerca de ello para comprobar que no es así en absoluto.

El regulador es el matrimonio. Jacques Dupâquier lo demostró en una prueba a escala de la tercera parte de Francia del siglo XVII, en base a una documentación irreprochable. Véase funcionar la regulación por el matrimonio después de la mayor crisis-hambruna-enfermedad del Antiguo Régimen, la crisis de 1693:

> Durante la década 1681-1690, se registran[. . .], en la población de París, 299 matrimonios en promedio. [Los matrimonios caen a 237 en 1693 y 192 en 1694, o sea un déficit de 169.] Pero a partir de 1695 se vuelve a subir a 390, y 392 en 1696. En total para los diez años posteriores a la crisis: 3 233 matrimonios [se cuentan] frente a 2 938 para los diez años que la habían precedido. Así, a pesar de la desaparición de una parte importante de los jóvenes casaderos, la crisis tuvo un efecto positivo en la nupcialidad; lejos de debilitar el

[3] J. Dupâquier, *La population. . ., op. cit.*, t. II, p. 692.
[4] *Ibid.*, p. 699.

dinamismo de la población, lo estimula, pues rejuvenece su estructura.
Para comprender bien el fenómeno, hay que volver al significado social del matrimonio en el Antiguo Régimen[. . .]

Todo el sistema se basaba en tres reglas tan profundamente interiorizadas en la conciencia social que no se sentía ninguna necesidad de formularlas:

—Ninguna concepción fuera del matrimonio;
—Ninguna cohabitación de los padres y de los hijos casados;
—Ningún matrimonio sin 'establecimiento'.[5]

Así, el primer problema que se plantea es el de la ilegitimidad. Ésta es excesivamente reducida y expresa bien la regla: hay realmente pocas relaciones sexuales fuera del matrimonio. Por eso se insiste tanto en la excepción que arma un escándalo. Los historiadores de los años cincuenta habían recibido la información sin sorpresa. Los de los años sesenta y setenta manifestaron un poco de asombro;[6] este asombro nos enseña más sobre el viraje de nuestro tiempo que acerca de la realidad de un mundo que había logrado dominar las pulsiones sexuales, más allá de lo que parece hoy en día posible. Por supuesto, hay diferencias entre los *openfields* más severamente controlados y las florestas un poco más laxistas, las ciudades que reciben a las parturientas del campo porque son un poco menos severas, Inglaterra que tiene, en promedio, cuatro veces más nacimientos ilegítimos que Francia.

Hay sobre todo una diferencia entre la Europa católica y la Europa protestante; y una franja, al norte, de la Europa protestante que admite un matrimonio en dos etapas, con un noviazgo de contenido sexual que se transforma en matrimonio y la fundación de un nuevo hogar cuando un primer nacimiento llega a recompensar la unión de la pareja. El hecho principal es la ilegitimidad europea de los siglos XVII y XVIII contenida enteramente entre 0.5 y 4%. Para el conjunto de Francia, en el silgo XVIII, cuando los frenos comienzan a relajarse, "la frecuencia de los nacimientos ilegítimos de mediados del siglo XVII no superaba el 1.2%".[7]

[5] *Ibid.*, p. 695.
[6] J.-L. Flandrin, Edward Shorter, sobre todo, el historiador demógrafo canadiense.
[7] J. Dupâquier, *op. cit.*, t. I, p. 45.

El nivel de las concepciones no permite deducir con certeza el nivel de las relaciones sexuales extramaritales. El fenómeno de la ilegitimidad es un fenómeno muy complejo. Abarca tanto la prostitución como las sirvientas sumisas y las presiones de los amos abusivos. Los derechos de pernada, aún frecuentes en el siglo XVI, tienden a desaparecer en los siglos XVII y XVIII con la Reforma católica. Pasando por el noviazgo que cobra al final del recorrido un contenido más preciso. Captamos el deslizamiento a través de las concepciones prenupciales: la reconstitución de las familias permite contar los intervalos protogenésicos cortos. Se llama intervalo protogenésico la distancia que separa el matrimonio de la primera concepción. Edward Shorter[8] reunió los datos accesibles. En varios cantones ingleses advertimos que la mayoría de las muchachas se casan encintas. Se trata simplemente de una estructura particular algo arcaica del matrimonio: el matrimonio en dos etapas que, como dijimos, se practica en varios cantones de Europa del Norte, en Frisia, en Alemania, es el matrimonio precedido de noviazgo de contenido sexual preciso. Los novios tienen relaciones en casa de los padres, y les corresponde la formación de un hogar autónomo cuando la joven mujer ha probado por su embarazo su aptitud para el matrimonio. Por lo tanto, esta falsa excepción no es una excepción a la regla. Tan sólo manifiesta la complejidad de las reglas que determinan la formación de la pareja, pero no pone en tela de juicio la solidez y la unidad de la pareja monógama en la cristiandad del mundo lleno.

Finalmente, si recordamos que la probabilidad de la concepción después de una relación sexual normal con una muchacha es del orden de uno por ocho, y que la relación sexual única es poco verosímil cuando se ha transgredido la regla mayoritaria de la abstención entre novios, se puede llegar a deducir datos referentes a los *nacimientos ilegítimos* y *las concepciones prenupciales*, una probabilidad de la importancia de las relaciones sexuales extramaritales. Tomando en cuenta de igual manera el reducido nivel de los recursos contraceptivos, yo había llegado a los órdenes de magnitud

[8] Edward Shorter, "Female Emancipation, birth control and fertility in European history", *The American Historical Review,* vol. 78, núm. 3, junio de 1973, pp. 608-640.

siguientes: la Europa cristiana oscila entre 7-8% de relaciones sexuales prenupciales para los círculos de control más eficaz de las pulsiones, durante los años 1650-1730 que son, en promedio, los años de control más estricto de los instintos, y 20-25% para los círculos de mayor laxismo. Se pueden multiplicar las excepciones, oponer ciertos cantones de Nueva Inglaterra, más estrictos, incluso más severos que la Francia de la Reforma católica agustiniana, a promedios estadunidenses, más ingleses que franceses; oponer Alemania del Oeste, más controlada a la francesa, a una Alemania del Este, laxista a la inglesa o a la frisona. Lo que cuenta no es la falla, la excepción, sino la regla tal como podemos conocerla ahora, gracias a la masa impresionante de monografías y de estudios por sondeo.

Podemos en adelante intentar una cartografía y establecer una sociología de la edad de matrimonio. Entre el centro de la cristiandad densa y el periodo de fuerte tensión 1650-1730 (edad promedia de 25 a 28 años), se extiende una periferia (sur de los Pirineos, Hungría, Polonia) y periodos (siglo XVI, fin del siglo XVIII) que llevan un poco menos lejos la ascesis colectiva de la disociación entre el tiempo de la fecundidad y el tiempo de los abrazos. A finales del siglo XVI, se adivinaba, aquí y allí, rastros de abstinencia voluntaria en la vida sexual de las parejas. Nosotros observamos, en Normandía y en el norte, abstinencias voluntarias en mayo, que tomaron el relevo de la abstinencia borrada de cuaresma. Hay que reconocerlo: el retraso de la edad de matrimonio y la larga abstinencia prenupcial tomaron el lugar de las antiguas y problemáticas[9] abstinencias temporales.

La edad de matrimonio es verdaderamente lo que determina tanto las leyes de la fecundidad como la sensibilidad y los comportamientos. Tomando en cuenta la evolución de la fecundidad femenina y las difíciles segundas nupcias de las viudas, se mantiene en forma voluntaria en reserva entre 40 y 50% de la fecundidad femenina. Así, la demografía de la ascesis sexual masiva posee un acelerador y un freno. La oscilación de la edad de matrimonio determina una oscilación importante de los nacimientos.

[9] No son dudosas. Lo que no se sabe con certeza es su extensión.

En promedio, tan sólo 12 ó 14 años de fecundidad legítima dan los cinco o seis hijos por pareja que pudimos calcular de cientos de miles de familias y apenas aseguran en promedio el remplazo de la generación. Se puede calcular, *a priori,* que el intervalo intergenésico promedio de una pareja que no practica ninguna forma de contracepción activa y que vive como vivían las poblaciones campesinas de la cristiandad latina del mundo lleno oscilaba entre 16.5 y 31.5 meses. Es lo que llamamos el modelo de Wrigley.[10] Basta comparar la realidad con el modelo teórico; los intervalos promedio observados en poblaciones suficientemente numerosas en Europa y en Estados Unidos desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII se sitúan entre 20 y 37 meses.

Así, la comparación de los datos observados y de los datos deducidos de un modelo teórico corrobora la tesis que formulé, por vez primera, en 1966, a partir de mis encuestas en Normandía y en el oeste de Francia: las poblaciones de la cristiandad latina no ignoran las formas más simples de la contracepción (el *coitus interruptus*). Esas prácticas siempre han existido, de una manera difusa, en las ciudades y en el campo, pero el recurso es parcial, momentáneo, excepcional. Se comprenden los intervalos largos, las oscilaciones en un periodo *grosso modo* de 30 años (aparecen claramente en Inglaterra), las grandes diferencias regionales (teoría molecular[11] de los comportamientos demográficos), las diferencias sociales más reducidas (salvo a finales del siglo XVIII). La existencia de esos recursos difusos explica también la modificación progresiva del sistema en lo que se llamó no muy acertadamente la revolución demográfica del siglo XIX.

Hoy en día contamos con un conjunto irrefutable de pruebas de esta hipótesis. Así, las diferencias considerables de un pequeño país a otro, la caída de la fecundidad a partir de cierto número de hijos. Véase por ejemplo la extrema dispersión de la relación establecida

por comparación de la fecundidad legítima en los grupos de edad 25-29 y 35-39 años para las mujeres casadas a la misma edad. To-

[10] E.-A. Wrigley, *Société et population* ["Sociedad y población"], pp. 90-94.

[11] Di cuenta de ello hace algún tiempo cuando establecí lo que se convino en llamar la teoría molecular de los comportamientos demográficos.

memos el caso de las mujeres casadas a los 20-24 años; y atribuyamos a su tasa de fecundidad en el grupo de edad siguiente el índice 100. En base a esto, la fecundidad a los 35-39 años alcanza a 92 en Tourouvre, 85 en Corbeil, 81 en Crulai, 79 en Meulan, 76 en la muestra del INED para la cuarta parte NE de Francia, 72 en Anet, 67 para la cuarta parte NO, pero tan sólo 63 en la región de Arthies, 56 en Gonneville-sur-Dive, 52 en Honfleur y 37 en Annebault.[12]

Semejante dispersión es inexplicable únicamente por los factores naturales. ¿Cómo podría ser de otra manera en un sistema cultural tan agresivo como el modelo del matrimonio tardío?

"...en una población"[13] que, además, ignoraría cualquier forma de prevención de los nacimientos, "ninguna relación"[14] debería presentarse entre edad de matrimonio y edad de la última maternidad en las mujeres que tuvieron el mismo número de partos...

Número de partos	*Número de mujeres*	*Coeficiente de correlación*
3	53	0.862
4	66	0.851
5	68	0.701
6	61	0.656
7	47	0.463
8	62	0.391
9 y más	32	0.345

Otra prueba: la correlación negativa que existe entre la fecundidad conyugal y la proporción de las concepciones prenupciales.[15] Lo mismo ocurre con los nacimientos ilegítimos. El sistema es un bloque. Una transgresión de las reglas al principio, se vuelve a

[12] J. Dupâquier, *op. cit.*, t. II, p. 673.
[13] *Ibid.*, p. 674.
[14] A menos que se suponga una considerable disminución de la apetencia sexual después de una larga cohabitación, lo cual no está totalmente excluido en ese tipo de vida.
[15] J. Dupâquier, *op. cit.*, t. II, p. 675.

encontrar más tarde en la vida de la pareja. Las poblaciones que recurren más a las relaciones preconyugales contraen hábitos de prevención que se vuelven a encontrar luego a todo lo largo de la vida conyugal. La disociación de la sexualidad y de la fecundidad no se organiza de manera fácil. Aparece bastante rápidamente una tendencia a la radicalización, que propende a llevar a una población por debajo del nivel de remplazo de la generación, como en el caso de Francia en el siglo XIX.

El juego de las variables puede dar una extraordinaria diversidad de comportamientos. Las actitudes ante la vida obedecen, más que a un modelo social, a un modelo territorial de comportamiento. A partir de una encuesta normada, pudimos demostrar que los comportamientos ambientes (confundidas todas las condiciones sociales) contaban aproximadamente por cuatro, y el condicionamiento según el estatuto social, por uno. Podemos recortar en el espacio europeo varios miles de pequeñas regiones que variaron desde coeficientes suicidas de 0.7-0.8 (que son los coeficientes de la implosión) hasta los coeficientes explosivos de 2-2.5 que vemos aparecer en las "fronteras": frontera del Este, Hungría reconquistada a los turcos, frontera estadunidense, a finales del siglo XVII y en el siglo XVIII. En el centro de Europa la gama se reduce y el crecimiento es más moderado. Nunca superó, ni siquiera en el siglo XVIII, el ritmo de la duplicación secular.

Frente a la vida está la muerte. La muerte retrocede lentamente. La cristiandad del mundo lleno logró ganar el único combate que valga la pena, el que arranca unos cuantos minutos suplementarios al Señor Verdugo. Desde mediados del siglo XVII hasta fines del XVIII, se registra una ganancia de casi dos años, al nacimiento, a través de la Europa del Oeste.

Antes de los trabajos que afinaron nuestros modelos, Pierre Goubert había sintetizado la situación para la Francia de Luis XIV: uno de cada cuatro niños muere antes de un año, uno de cada dos antes de los 20 años. Por último, cada veinte o treinta años se produce el encuentro con el tiempo de los muertos. En realidad, el cuadro es demasiado sombrío. En la mayoría de las parroquias, un poco más de la mitad de las mujeres llegan a los 33 años de edad, que, en la demografía del matrimonio tardío, es la edad pro-

medio de la maternidad. El hecho de que la mitad de las mujeres lleguen a los 33 años de edad significa asegurar el remplazo de la generación con apenas más de 4.5 hijos por mujer. Muy pronto, una Europa inteligente ganó mucho terreno a la muerte. Incluye la tercera parte de Francia, la mitad de Inglaterra, algunos sectores de los Países Bajos y de Alemania del Oeste. En el siglo XVIII, en esa Europa del gran privilegio, la esperanza de vida al nacer ya superó los 30 años. Alcanza los 45-50 años a fines del siglo XVIII en algunos sectores adelantados de la *gentry* británica. La obstetricia progresa. En la Inglaterra de los fórceps y de las escuelas de parteras en la época del maniquí pedagógico de la señora Du Coudray, en el siglo XVIII, se comienza a proteger a la madre y al hijo. La mortalidad neonatal antes del primer mes es difícilmente comprensible, pero las ganancias son sensibles en los once meses siguientes. También se produce un retroceso de la mortalidad veraniega de los recién nacidos, cuando un poco más de aseo y la menor fatiga de las nodrizas reducen la sobremortalidad por enterocolitis estival.

Esas pequeñas victorias tienen casi tanto peso como la lucha contra la sobremortalidad de coyuntura.

La escuela francesa, siguiendo los pasos de Jean Meuvret y anonadada por la crisis de 1929 y la guerra de 1939-1945, fue durante casi veinte años la escuela de la crisis. La situación ha cambiado de manera considerable. Ahora sabemos que el precio de los granos, el incremento súbito de las defunciones, la disminución de los matrimonios y de las concepciones... sólo coinciden muy excepcionalmente. La sociedad agrícola preindustrial cuenta ya con recursos que apenas ayer eran insospechados. Se muere menos de hambre que de los microbios y los virus que los hombres y las mujeres, arrojados en los caminos de la miseria, transportan consigo. En todo caso, lo biológico prevalece, y con mucho, sobre lo económico, por lo menos en el siglo XVII y en el siglo XVIII.

La victoria más espectacular es la lograda sobre la peste. Como lo vimos, la peste desaparece de Europa Occidental en 1722, de Europa del Este hacia 1770, de la cuenca oriental del Mediterráneo musulmán en 1841.

Véase la Francia del siglo XVII. La primera epidemia (1600-1616; punto culminante: 1606) causa entre 440 mil y 290 mil muertos. La segunda epidemia de 1617 a 1642, entre 2 460 000 y 1 610 000

muertos, con un paroxismo de 1628 a 1632 (entre 1 150 000 y 750 000). La tercera epidemia de 1643 a 1651 (punto culminante: 1651), entre 330 mil y 220 mil fallecimientos. La cuarta epidemia de 1663 a 1670 (punto culminante: 1668), entre 130 mil y 85 mil muertos. La técnica de la línea tomada de España por Colbert y aplicada con rigor gracias a un ejército numeroso y disciplinado de 1663 a 1670 logra reducir la epidemia al mínimo e impide una nueva invasión del territorio.

El episodio de Marsella, de Provenza y de Languedoc, 220 mil muertos de 1720 a 1722, es un accidente debido a un relajamiento de la vigilancia en Marsella, que la acción enérgica del regente logra yugular.

Esta victoria fue el fruto de una larga sabiduría. Una buena observación, una mirada médica precisa, hacen que la tesis contagionista prevalezca sobre la hipótesis aerista. En el siglo XV, el poder municipal ordena medidas de compartimentación, cuyo relevo es asegurado por el Estado en el siglo XVI y que la monarquía administrativa lleva a un extremo de voluntad y de capacidad que merece recompensa.

La compartimentación voluntaria del espacio rompe los canales de la difusión epidémica, y es el opuesto simétrico de la lenta descompartimentación del espacio económico. La descompartimentación económica hace retroceder la hambruna, pero propicia la difusión microbiana. Se pudo calcular[16] un índice de las crisis de subsistencia a través del índice demográfico. Al igual que los temblores de tierra en la escala de Richter, el índice se desglosa en magnitudes. Jacques Dupâquier retuvo cinco de ellas. Para el conjunto de la cuenca parisiense, el manómetro de las crisis arroja los resultados siguientes:[17]

1611	magnitud	1 (2)
1616-1620	—	4 (5)
1623-1624	—	1 (2)
1626-1627	—	2 (3)
1631	—	1 (2)
1637	—	2 (3)
1649-1650	—	4 (5)

16 *Ibid.*, pp. 526-544.
17 *Ibid.*, p. 544.

1652	—	2 (3)
1661-1662	—	2 (3)
1675-1676	—	2
1679-1680	—	1
1691-1694	—	5
1705-1712	—	5
1719	—	1

Antes de 1671, las lagunas documentales causan una subestimación, y por lo tanto proponemos, junto con Dupâquier, una lectura correctiva aproximada, entre paréntesis. Más allá de 1719, las crisis se espacian y ninguna supera ya la magnitud dos.

He aquí, resumido, caricaturizado en sus grandes líneas, el modelo del mundo lleno, tal como se estableció paulatinamente y tal como evolucionó durante los ciento cincuenta años que preparan de manera insensible las condiciones del despegue de la revolución biológica, intelectual y económica de los siglos XIX y XX.

Al reducir el tiempo de utilización de la fecundidad femenina mediante un recurso ascético, el modelo demográfico del mundo lleno brindaba al cuerpo social una reserva de seguridad en caso de desgracia, una posibilidad de modular el nivel de la población en base a las necesidades del crecimiento y de la invención, sin nunca distorsionar la pirámide de las edades, respetada en cualquier circunstancia. El modelo permitió hacer retroceder la muerte, hacer avanzar la vida, y al mismo tiempo cumplir las condiciones de una inversión cultural acrecentada.

Sin embargo, tanto en el modelo del mundo lleno como en nuestros días, la esterilidad no es hereditaria. La transmisión de la vida es ya la carga y el privilegio de la minoría. No solamente somos hoy en día los descendientes de aquellos que pudieron, supieron y quisieron escoger la vida, sino que somos los hijos de las familias numerosas del pasado. La parsimonia, al igual que la esterilidad, no es hereditaria a la larga.

Volvamos a la cuenca parisiense[18] en el largo siglo XVII que dura hasta 1720. En tanto que el promedio de los hijos por mujer es del orden de cuatro apenas, que el número de hijos por familia completa

[18] *Ibid.*, pp. 618 y 632.

(aquélla cuya mujer vive todavía a los 45 años) es del orden de seis, que las familias de 0, 1, 2, 3, 4 y 5 hijos son con mucho las más numerosas (el 70%) —las familias de seis hijos y más, tan sólo representan por lo tanto el 30%—, más del 53% de los hijos nacían en las familias numerosas (de seis hijos y más). De mil niños nacidos en Francia en el siglo XVII,

42	son hijos únicos			
69	nacen en	familias de	2	hijos
94	—	—	3	—
131	—	—	4	—
131	—	—	5	—
133	—	—	6	—
136	—	—	7	—
120	—	—	8	—
75	—	—	9	—
29	—	—	10	—
21	—	—	11	—
11	—	—	12	—
6	—	—	13	—
3	—	—	14	—

Nótese igualmente que los 2/3 de los niños provienen de familias de 4, 5, 6, 7 y 8 hijos. Esto da el tamaño, la dimensión y el tipo de familia en que nacieron y vivieron en su mayoría los hombres de aquel tiempo. La "fraternidad" en el frontón de nuestras alcaldías saca su sentido profundo de la experiencia de ese pasado aún cercano, cuando la segunda República la incorporó después de la libertad y la igualdad en su hermosa divisa.

Un sistema que requiere un enorme esfuerzo de todos, un sistema coherente, un sistema eminentemente cultural, un sistema flexible que brinda, en caso de amenaza a la vida o de peligro inverosímil de asfixia, enormes recursos, un sistema que nos hizo tal como somos y que como todos los sistemas demográficos confía a un número reducido la pesada carga de transmitir la maravillosa herencia de la vida y de la cultura; de la cultura, por lo tanto, de la vida.

XIV. EL MODELO CHINO

SE TRATA, sobre todo, de un modelo que no se parece a ningún otro. Concretamente, a partir de su establecimiento, el espacio de la cristiandad deja de experimentar las grandes oscilaciones del pasado. Naturalmente, en el siglo XIV surgió el fabuloso desafío de la peste negra, seguido de las terribles epidemias recurrentes de la segunda mitad del mismo, en un momento en que el modelo del mundo lleno todavía no había logrado afianzarse en forma perfecta. De esto resulta para el conjunto de las cristiandades, a principios del siglo XV, un hueco global del orden del 35 al 45% (60-65 millones: poco más de 40 millones). Con algunas excepciones, por supuesto: la Alta Normandía,[1] con unos 10 mil km^2, se encontró en un momento con menos del 20% del punto culminante del final del siglo XIII; en cambio, la Baja Normandía se ve mucho menos afectada, pero ese hueco cobra todo su valor comparado con el que marca el paso del final de la Antigüedad a la Edad Media. Al lado de ese hueco de un tercio, el mundo antiguo había experimentado el hundimiento de las tres cuartas partes con una perturbación profunda, en el principio, de la pirámide de las edades. Segunda excepción, la catástrofe alemana consecutiva a la guerra de Treinta Años y a las pestes (de 20 millones y después de un hueco de treinta años, siete millones), pero la catástrofe alemana se diluye en el espacio europeo: la oscilación negativa de mediados del siglo XVII, a escala del continente, ya no arroja más que un hueco pasajero del 10%. Subsiste una oscilación corta que retrocede rápidamente durante el siglo XVIII. Europa alcanza, desde principios del siglo XVIII, la perfecta estabilidad de las curvas. Esta aptitud para la autorregulación y la seguridad no es el menor de los méritos del modelo del matrimonio tardío. Pero la principal ventaja del modelo es la cerebralización y la inversión en la educación.

1 Paul Bois, *La Crise du féodalisme, Économie rurale et démographie en Normandie orientale du début du XIV^e au milieu de XVI^e siècle* ["La crisis del feudalismo, economía rural y demografía en Normandía oriental desde principios del siglo XIV hasta mediados del siglo XVI"]. EHESS, París, 1976, en 8º, 414 pp.

La única masa humana comparable es China. Si bien China salvó, con cerca de cuatro mil años de atraso respecto a la cuenca oriental del Mediterráneo, la barra fatídica de la agricultura y nunca fue capaz de perfeccionar una cultura agropastoral, recuperó con bastante rapidez una parte del retraso inicial. Pero sólo una parte, pues el tiempo es el único valor que no se puede recobrar del todo. El arrozal es signo de ello. El arrozal inundado, desde principios de la era cristiana y sobre todo después de la gran innovación tecnológica del siglo XI-XII, la selección de especies de arroz de maduración más temprana que permite las cosechas múltiples y rentabiliza así las inversiones que requiere el enorme artefacto arquitectural e hidráulico del arrozal cubierto temporalmente de agua.[2]

Poseemos una cantidad impresionante de datos acerca de la evolución de la población china. Hasta el siglo XVII, China es el escenario de grandes y profundas oscilaciones. Hasta el establecimiento en la cristiandad latina occidental del sistema del matrimonio tardío, los perfiles de los dos pedazos sensiblemente parecidos que albergan a poco más de la mitad de la especie humana, en la práctica pueden superponerse. La China antigua oscila entre 65-67 y 35 millones. Disminuye una primera vez a fines del siglo I, y profundamente durante el siglo VI. Pero en realidad la catástrofe china durante el periodo de los tres reinos y de las seis dinastías que corresponde a invasiones bárbaras y a una descomposición del poder, y al principio de la era de reconstrucción de los Soei y de los T'ang, no supera la catástrofe mediterránea. Al contrario, el hueco de la población, del orden de 50% en su momento más profundo, es mucho menos severo que el hueco del Mediterráneo en el siglo VI. En cambio, la población china sigue oscilando al mismo ritmo y con la misma amplitud. El punto más alto de los 60-65 millones alcanzado a principios del siglo I no será superado antes de 1050. El crecimiento que impulsa a los hombres y a las técnicas en China (el arrozal tiene dos cosechas de arroz al año) proyecta el mundo chino a una altura muy diferente. En primer lugar, según fuentes seguras, habría pasado de 60 a 120 millones de almas de 1014 a 1109 al ritmo de la duplicación apenas secular. Cabe señalar que el Mediterráneo-Europa

2 Pierre Chaunu, *Histoire, science sociale* ["Historia, ciencia social"]. SEDES, París, 1974, 438 pp.

se aproximó una vez a ese ritmo sin alcanzarlo, de 1080 a 1230 (se duplicó, pero en más de un siglo), antes de la mutación del matrimonio tardío y, ya establecida la estructura del matrimonio tardío, en el siglo XVIII. China se duplicó bruscamente. La Europa-cristiandad había aumentado más lentamente, pero a un ritmo más sostenido. Con respecto al tope superior del siglo I y al tope inferior del siglo VI, China se duplicó o se cuadruplicó. Con respecto al tope superior del siglo II y al abismo del siglo VI, la Europa-cristiandad se duplicó o se octuplicó.

El punto culminante del siglo XIII se consolidó contra viento y marea. Ni siquiera la peste negra y la sombría serie de pestes del siglo XIV lograrán que Europa regrese al tope inferior anterior, el hueco nunca pasará del 35 o 40%. En adelante, todo depende del término de referencia escogido. O bien algunos puntos culminantes en unos cuantos espacios limitados (la Picardía, la Alta Normandía) o bien el conjunto de la cristiandad latina. Lo que cuenta en una comparación con China no es el accidente provincial sino el promedio continental. La densidad agrícola de las planicies limosas picardas no supera en 1750 el nivel de población de 1250. La población de la Europa cristiana, en cambio, supera en su conjunto hacia 1520 el tope superior de 1280 y la Europa de las Luces tiene hacia 1780 una población de 2.5 a 3 veces superior al nivel récord de la cristiandad en el apogeo del siglo XIII... Los bajísimos niveles de 1350-1400 nunca volverán a alcanzarse, ni tampoco los niveles de 1650-1660 en los siglos XVIII y XIX. Sesenta millones vuelve a ser el nivel de la población china durante el siglo XIV, durante una parte del siglo XV y, según una posible interpretación, nuevamente a partir del tercer cuarto del siglo XVII. A partir de 1690, en cambio, China pasa de 120 millones a 850-900 millones, por etapas, digamos, pero ya sin contraflujos. Desde 1690 hasta nuestros días, China experimenta un despegue comparable al de la cristiandad medieval.

Así, China, cuya masa y niveles de capacidad tecnológica son los únicos comparables con los del mundo mediterráneo-europeo, tiene una evolución semejante a la de dicho mundo hasta el siglo XI-XII. Las dos evoluciones divergen a partir del siglo XII. En tanto que China mantiene el antiguo ritmo discontinuo, el gran oleaje multisecular que desperdicia esfuerzos y experiencias, Europa parece haber resuelto ese difícil problema gracias en gran parte al *new pattern*.

Esta información es importante, pero no es suficiente. Sabemos muy poco acerca del comportamiento demográfico de la China antigua. Las fuentes chinas nos proporcionan masas y repartos en el espacio.

Sabemos que la China del siglo I se concentra en sus 9/10 partes en los valles loéssicos, que la China de más de 100 millones, mil años después, es una China del Sur en sus 3/4 partes (llanura del Yang Tse-kiang y China del Sur). Después de la China del trigo sigue, pues, la China del pesado, exigente y magnífico arrozal de cosechas múltiples, cuyos rendimientos calóricos por hectárea son en promedio cinco veces superiores a los de la agricultura de la comuña y del trigo en Europa aun después de la mutación tecnológica del arado pesado, de los caballos herrados amarrados al rígido collar de paleta.

Pero, ¿qué sabemos? En realidad, China nos desconcierta una vez más. Estamos infinitamente mejor informados acerca de la vida sexual y la erótica chinas[3] que acerca de las occidentales, gracias a casi tres milenios de manuales de sexología como nunca tuvo Occidente.

Mejor informados, ¿pero sobre qué y para quién?

Las fuentes son por cierto impresionantes. El *corpus* de los manuales del sexo, mucho mejor que nuestros manuales de confesores, es muy grande: una literatura tremendamente seria y gravemente didáctica. Las técnicas de la unión carnal en la antigua civilización china (y naturalmente en el Japón) son cosas graves, objeto de enseñanza teórica y práctica en las capas superiores de la sociedad. "Los manuales describen con lujo de detalles las diversas posiciones que las parejas pueden adoptar[...] Semejantes descripciones", observa Van Gulik,[4] no tienen por objeto "divertir", son para la "instrucción seria", no para "el entretenimiento".

La primera serie data de la época de los Han, o sea un siglo antes y un siglo después de nuestra era, desde el arquetipo del *Jong tch'eng-yin tao* ("Manual del sexo del Maestro Jong tch'eng") hasta el *San kia nei-fang-yu tze fang*[5] ("Receta de las tres Escuelas para la alcoba y para obtener una descendencia"). Ese antiquísimo *corpus* de ocho libros (86 rollos) será siempre recogido y desarrollado. Su contenido se conserva con cuidado en el *corpus* de la dinastía Soei (590-618)

[3] Robert van Gulik, *La Vie sexuelle dans la Chine ancienne* ["La vida sexual en la China antigua"]. Gallimard, París, 1971, 466 pp.

[4] *Ibid.*, p. 78.

[5] *Ibid.*, p. 101.

con las *Recetas de la moza candorosa* cuyo éxito parece haber sido enorme. Van Gulik escoge nuevamente ocho títulos.[6] A partir de esos clásicos, el *corpus* no dejó de reproducirse y de alargarse con los siglos.

Junto a esa literatura técnica, una literatura erótica de entretenimiento nos brinda una información complementaria. Además, permite evaluar las fuerzas que tienden alternativamente a valorizar (taoísmo) o a relativizar (confucionismo) las actividades sexuales.

La existencia de esta documentación constituye por sí sola una diferencia apreciable. Sería imposible presentar para Occidente un *corpus* semejante en dos milenios. Ni siquiera la Antigüedad cuenta con algo parecido. De todas maneras, la selección medieval de los *corpus* antiguos ejerció su elección. El estoicismo y el judeocristianismo sirvieron de pantalla. La diferencia no estriba en la literatura erótico-pornográfica, que es en su conjunto bastante tardía, sino en los tratados técnicos, que son inconcebibles en la cultura mediterránea y europea.

Esta abrumadora documentación no debe engañarnos. Nos enseña finalmente pocas cosas o, para ser más exactos, siempre las mismas cosas.

¿A quién se dirige, qué es lo que traduce?

Las necesidades y las concepciones de una aristocracia polígama que atravesó casi de parte a parte cuatro milenios de historia china.

La primera enseñanza que a mi parecer se desprende de esa información es la de un violento y constante dimorfismo entre los comportamientos de una reducida *élite* social y los comportamientos de la masa.

En varias ocasiones, las fuentes oficiales emiten juicios despectivos acerca de los comportamientos populares. Gracias al estudio de los cementerios, sabemos que la tan ponderada desigualdad de sexos desemboca de hecho en forzar la masculinidad natural en el nacimiento. Michel Cartier, que no peca por falta de prudencia, escribe sin embargo: "La clarísima sobremasculinidad observada en los cementerios más antiguos —que son también aquéllos en que la determinación de los sexos se realizó con más cuidado— podría corres-

6 *Ibid.*, p. 158.

ponder a un hecho de estructura."[7] Esa clarísima sobremasculinidad traduce sin duda la antigüedad de la costumbre persistente de la exposición de las niñas al nacer. De todas formas nos asegura que la poligamia de los grandes y la existencia de importantes *harems* de esclavas y de bailarinas antes de la institucionalización de la prostitución se compensaban por una penuria de mujeres en los medios populares. Como siempre, en semejante caso, cuando se instaura un dimorfismo poligamia/monogamia. No hay sociedades polígamas, hay sociedades que practican el dimorfismo poligamia/monogamia. Ese dimorfismo es la primera constante china.

No podemos emitir gran cosa acerca del comportamiento de la masa de las poblaciones campesinas. Los manuales del sexo no conciernen a esas capas de la población. Por lo demás, tenemos mil pruebas de una importante distorsión. En la época feudal, que comienza hacia 1500 d.c. y termina en 222 a.c., esta difusión se manifiesta a nivel del vocabulario. "Se llamaba *hoen* el matrimonio de los miembros de la clase dirigente[. . .] que parece significar 'ceremonia del crepúsculo', y por lo tanto evocar la hora de la tarde en que se celebraban y consumaban las bodas."[8] Pero el matrimonio de la gente del pueblo se llamaba *pen,* "encuentros", y la palabra remitía a una antigua costumbre a menudo evocada por los sinólogos:[9] los famosos encuentros de primavera, cuando los jóvenes mozos y mozas se desafiaban, se enfrentaban, y cuando se producían uniones. Éste es quizá el indicio de los intercambios exogámicos que preceden a la sedentarización en las sociedades clánicas y totémicas. "Al llegar la primavera, cuando las familias dejaban sus albergues de invierno para ir a vivir al campo, las comunidades rurales organizaban festines de primavera"[10] en que se producían esos desafíos, enfrentamientos, intercambios y uniones. Esas relaciones salvajes de la primavera y del verano se regularizaban posteriormente en el otoño. Esos ritos surgen de una antiquísima memoria. Permiten seguir los afloramientos de un

[7] M. Cartier, *art. cit.,* "Paléodémographie en Chine", *Annales de Démographie historique,* 1977, p. 297.

[8] R. Van Gulik, *op. cit.,* p. 46.

[9] M. Granet, *La civilisation chinoise* ["La civilización china"]. Albin Michel, París; *La pensée chinoise* ["El pensamiento chino"]. Albin Michel, París.

[10] R. van Gulik, *op. cit.,* p. 46.

pasado aún cercano, anterior a la sedentarización, la época en que el intercambio de las mujeres de tribu es el elemento federador/pacificador por excelencia, corta-circuito de la espiral devastadora de la violencia. La semántica marca la distancia. Nada es más chocante para la sociedad feudal y patriarcal que ese tipo de esponsales.

Los esfuerzos realizados durante la historia china para integrar las costumbres populares, memorias de un pasado incomprendido y rechazado, son el signo irrefutable de una tensión duradera. En la época de la formación de la gran institución imperial (en la época de los Han: 221 a.C., 24 d.C.), los letrados confucianos atacan el *[…]en* tradicional en su trabajo de planificación y de codificación de las costumbres. Las relaciones deberían efectuarse ante la mirada del *mei-ché*. Los confucionistas de la época de los Han se esforzaron por lo tanto en hacer encajar mal que bien el legado del periodo feudal (los materiales Tchow) en las normas de la moral confuciana.

> Se escandalizaban con las costumbres del matrimonio popular tales como las describía el *Libro de las odas;* por tanto, decidieron que si los mozos y las mozas se cortejaban y se unían durante las fiestas primaverales, lo harían bajo la vigilancia y las órdenes de un funcionario especial, llamado *mei-ché* (alcahuete). El *mei-ché* registraría las edades, los nombres, procuraría que el matrimonio se hiciera en una edad correcta, 30 años para los hombres, 20 años para las mujeres.[11]

Según el contexto general de la sociedad china, me parece que el matrimonio se efectuaba a más tardar en esas edades límites, por lo tanto antes de los 20 años para las mujeres. Los textos confucianos prevén igualmente que aquellos que no tomaran pareja serían castigados. Al parecer, el *mei-ché* fue una mera invención de los letrados. Este piadoso invento muestra hasta qué punto la persistencia de los usos y costumbres sexuales y de las estructuras familiares de los campesinos al principio de la era imperial planteaba a las *élites* temibles problemas de integración. La distancia frente al aparato letrado es tan grande como frente a la casta de los señores feudales. Observo una lección, el dimorfismo persiste. Un poco más tarde, aun la glosa de la época de los Han parece demasiado conciliadora. Es muy claro

[11] *Ibid.*, p. 85.

el deseo de arrojar a las tinieblas exteriores esos rastros culpables de la antigua barbarie, en absoluto incompatibles con el estatuto altamente civilizado y jerarquizado de la sociedad imperial. Hay por lo tanto un dimorfismo persistente que resistió a una transculturación milenaria.

Dimorfismo, salvo en un punto: el matrimonio general y precoz de las mujeres. La antigua China no concibe la abstención sexual voluntaria. Todo el *cosmos*, todo el pensamiento, se orientaba según la bipartición fundamental del *Yang* (principio masculino) y del *Yin* (principio femenino); la abstención sexual se vuelve el crimen por excelencia, el crimen contra el orden mismo del Universo. La impotencia, la pereza sexual, es el infortunio supremo, mucho más que la esterilidad, el equivalente de la privación de descendencia en la tradición judía. En la China feudal,

> Ir a ver a las cortesanas era un pasatiempo masculino considerado como lícito, y no se despreciaba a las prostitutas[. . .] por su profesión[. . .] En cambio, la abstención voluntaria del comercio carnal, el celibato voluntario de los hombres y de las mujeres, era objeto de gran desprecio y de profundo recelo.[12]

Hemos visto que 20 años era considerada como la edad límite, más allá de la cual una mujer no podía no estar casada. "Una cosa[. . .] superaba el entendimiento del chino medio[. . .] que un hombre pudiese ofender adrede a sus antecesores", mediante un rechazo de descendencia. . . "También se mancillaba el celibato de las mujeres." Como en muchas civilizaciones, sólo la situación de la mujer se considera antinatural. Sólo a la mujer se la encuentra sospechosa de los peores crímenes, se la castiga por malos tratos y violencias y finalmente "se la expone a las persecuciones de las autoridades y de la población".

Sin embargo, la antigua civilización china no ignora el ascetismo sexual. Pero es de índole muy diferente. No consiste en la abstención, en la inhibición, sino en la adquisición de otra forma de dominio.

La civilización tradicional china pone muy en alto la obtención de una descendencia. A este respecto, no hay ruptura, dimorfismo, oposición. El modelo confuciano que acabó por imponerse ampliamente

[12] *Ibid.*, p. 80.

de arriba para abajo traduce una convicción general y universal. Ante la muerte, la China antigua cree en el "doble".[13] La Rueda de los Renacimientos viene de la India por la vía budista. Nunca logró aclimatarse perfectamente. La convicción de los campesinos chinos frente a la muerte recuerda la de los campesinos mediterráneos. La supervivencia decente del hombre en el país de sus antepasados depende del número, de la solidez y de la piedad de una descendencia masculina. En ese valor "escatológico" del culto de los antecesores, del culto rendido a los muertos para el consuelo de los vivos, pero más aún para el consuelo del espíritu muy carnal de los muertos, se expresa una de las principales convicciones existenciales de la vivencia china. Esta convicción es indisociable de la práctica polígama. La poligamia también es para los *potentes* un medio más seguro de garantizarse una buena vida en el más allá gracias a una abundante descendencia masculina.

Pero el deseo de descendencia va acompañado de otra convicción referente al valor del acto sexual. El acto sexual forma parte del orden de la naturaleza. Una flaqueza en la corte imperial, un desorden en la familia del emperador y en el comportamiento de las *élites* no pueden dejar de repercutir en el orden natural. Un ciclo de inundaciones y de cataclismos diversos en la naturaleza acompaña la perturbación del comercio sexual de los responsables del orden social.

El valor otorgado al acto explica la importancia de las mutilaciones/represiones (eunucos blancos y eunucos negros). La necesidad de asegurar la satisfacción sexual de las numerosas esposas y concubinas de los señores polígamos coincide con las preocupaciones taoístas. Esta necesidad también abarca toda una concepción del mundo.

El señor polígamo y el sabio taoísta están obsesionados por la pérdida de substancia que representa el acto sexual masculino. Es necesario para el orden social y para el orden del mundo, necesario para la supervivencia y para el equilibrio interior del individuo y eminentemente peligroso. Es importante que el hombre compense la pérdida de substancia *yang* por una impregnación de la substancia *yin* de la mujer.

[13] Véase Pierre Chaunu, *La Mort à Paris XVIe, XVIIe, XVIIIe siècles* ["La muerte en París en los siglos XVI, XVII y XVIII"]. Fayard, París, 545 pp. Toda la primera parte.

Por lo tanto, toda la técnica apunta a retener al máximo el semen. La erección debe disociarse de la eyaculación en la medida de lo posible. Los taoístas confieren a esa disociación del acto sexual valores que se atribuyen en otra parte al control de las pulsiones sexuales. El *amplexus reservatus* o el *coitus reservatus* de los tratados de teología moral católica (desde el siglo XV hasta principios del siglo XX) a veces tolerado, otras condenado, constituye el súmmum del dominio de sí mismo, de la inteligencia y de la respetabilidad en toda la tradición de los grandes manuales de sexo chinos. En una de las obras más a menudo reeditadas, desde el siglo VI hasta el siglo XIX en China y en el Japón del célebre médico taoísta Soen Sse-mo, titulada *Ts'ien kin yao-fang*[14] ("Recetas importantes del valor de mil piezas de oro"), se leen en particular estos consejos de salud que "pocas personas" desgraciadamente —y se comprende— son capaces "de[...] poner en práctica", "[...]unirse en una sola noche con diez mujeres diferentes, sin emitir semen, ni siquiera una sola vez". El buen doctor Soen advierte igualmente en contra de los peligros del comercio sexual con una sola mujer. Un poco más lejos, este *best seller* de un milenio de literatura médica añade: "[...]cada vez que un hombre se retiene", ascetismo por cierto de un tipo totalmente insólito para la mentalidad occidental, "es como si se añadiera aceite nuevo a una lámpara a punto de apagarse. Pero si un hombre no tiene imperio sobre sí mismo, y si emite semen cada vez que se acuesta con una mujer, es como si restara aceite a una lámpara en que ya casi está por completo consumido".

En ese sistema extraño para nosotros, la mujer, cuyo estatuto —a pesar de los esfuerzos por decir lo contrario— es miserable, no tiene ningún derecho salvo el derecho al orgasmo. Negárselo o ser incapaz de brindárselo, atenta contra el orden social y el orden cósmico.

El peor crimen contra sí mismo y contra el orden es el *coitus interruptus*. La reprobación china en contra del onanismo, que ocupó un lugar tan importante en la vida de las parejas en Europa en el siglo XIX, es más radical que la del más severo teólogo agustiniano.

He aquí, a grandes rasgos, cómo se presenta el sistema chino. Tiene sus méritos y sus límites. No cabe duda que se arraiga con fuerza

[14] R. van Gulik, *op. cit.*, pp. 245-246.

a un vigoroso amor por la vida. Permitió gigantescos impulsos. Esto pudo comprobarse en los siglos XI-XII, cuando el continente constituyó el primer bloque comunicante[15] más de cien veces millonario. Permitirá el ascenso, casi en un solo impulso, de la China de los 80 millones del hueco del siglo XVII a los 900 millones de hoy en día y a los mil millones de mañana.

Sin embargo, no permitió la autorregulación flexible del matrimonio tardío. Aparentemente no mantiene esa reserva de potencia ni la posibilidad de avanzar y retroceder ante una incitación que se ejerce a través de la formación de la pareja. En efecto, a diferencia del matrimonio tardío, el límite que el sistema chino aporta a la formación de la pareja no es reversible: es la matanza de las niñitas al nacer, que se asemeja al aborto en las sociedades industriales, sistema tanto más atroz cuanto que obliga a un celibato *de facto* a una parte de la población miserable, en un sistema que considera además el celibato, la ausencia de descendencia, como la peor de las decadencias y como una doble muerte, una especie de muerte eterna.

El sistema chino fortalece la estructura familiar hasta un punto que no podemos imaginar. En un momento en que la familia patriarcal, de linaje, de estructuras colaterales múltiples, daba muestras de fatiga, Confucio y los confucianos apretaron los pernos dándole a la jerarquía familiar una estructura ideológica de la que ya no logrará deshacerse el pensamiento chino después de algunos siglos. La estructura protectora de la familia patriarcal bloqueó el desarrollo de dos niveles que cobraron amplitud en el sistema de la cristiandad después del matrimonio tardío: la pareja y el Estado territorial. Por tanto, a pesar de sus brillantes cualidades, el modelo chino forma un sistema mucho más rígido.

Confucio insiste en los grandes valores conservadores del *jen,* la benevolencia, del *hsiao,* la piedad filial, "enseñando que una familia estrictamente organizada", jerarquizada, "bien ordenada" es la base

15 Conviene recordar que el arrozal no se presta a un modo de ocupación continua del suelo. Desde que dejó de confundirse con la gran llanura lóéssica del Norte, China es una gigantesca piel de leopardo que yuxtapone la hiperconcentración de los 200 h/km² del arrozal inundado en 5 a 10% del suelo a lo sumo y entre los fondos de los valles, las montañas y las colinas totalmente abandonadas.

del Estado y la garantía del orden social y del orden cósmico.[16] También insiste en el *tchong*, la "fidelidad hacia el amo".

Por último, este sistema desprecia duramente a la mujer. La sobremasculinidad de la sociedad china durante las diferentes épocas es la prueba implícita de ello. La cristiandad latina, a la que se acusó estúpidamente de "machismo" cuando fue la más igualitaria y la más respetuosa de la diferencia inherente al sexo, nunca negó la vida al niño en función de su sexo.

Es cierto que el sistema de valores de la cristiandad otorga una mediocre dignidad al placer sexual. Pero no lo separa ni de la procreación, ni de la necesidad de protección, de seguridad y de ternura. Por tanto, a diferencia de la rigurosa lógica de los puritanismos antiguos, el puritanismo estoico entre otros, ese sistema otorgó a pesar de todo, por caridad, el derecho a la pareja a los manifiestamente estériles. En eso estriba toda la diferencia. La teología moral del tiempo de la cristiandad se niega con fiereza a disociar lo que es un todo en la naturaleza: procreación, sexualidad, amor, ternura y placer.

El pensamiento chino pone muy en alto el acto sexual, ya que la dualidad sexual del *Yang* y del *Yin* lo protegió contra el peor de los caminos, el reduccionismo monista, la muy estúpida corriente de reducción a lo simple que es la plaga de los sistemas; pero se dedicó a disecar, disociar, analizar, y la descomposición excesiva del acto acabó por amenazar el equilibrio.

En realidad, su concepción de la muerte protegió al pensamiento chino de la fragmentación. Es demasiado realista para negar la lección de los sentidos que evidencian el vacío, el hueco, la desaparición; demasiado sensato para no tomar en cuenta todo lo demás, la imposibilidad de perderse en el ser inagotable de la naturaleza, de la memoria, del sueño de la autonomía del pensamiento y de la presencia del pasado hasta en los rasgos del rostro, las entonaciones de la voz, en una palabra, las señas tangibles de la reprogramación del ser más allá de su propia vida en la de sus hijos.

Por eso evolucionó tan poco el pensamiento chino sobre la muerte. Permaneció a un nivel cercano a las antropologías mediterráneas del primer milenio antes de Cristo. China sabe que los muertos tienen

[16] R. van Gulik, *op. cit.*, p. 72.

un estatuto en un más allá cercano, en otra vida que no es sino una prolongación de la vida, en una cotidianidad encajada en la de los vivos. Pero todo está vinculado a la necesidad absoluta de descendencia.

Y esa prodigiosa, colosal y genial necesidad de descendencia fue finalmente lo que salvó a la mujer china tan frágil y a China amenazada por la disociación de la sexualidad de la procreación y del amor. El abrumador desprecio de la mujer (un desprecio, no lo olvidemos, que mata, en tanto que el desprecio manifestado en Occidente, en ciertas épocas, es una venganza de iguales que tienen dificultades en la práctica para defender su estatuto), que se expresa hasta la saciedad y por la pluma de Confucio: "No es agradable tener que vérselas con las mujeres y con personas de baja condición",[17] ese desprecio se atenúa ante la necesidad de descendencia. Y la mujer, desvalorizada en su juventud, se vuelve todopoderosa a través de sus hijos. China es la tierra de las todopoderosas emperadoras viudas nobles.

Se trata, pues, de un sistema rígido, poco evolutivo, que tiene de su lado la estabilidad y la duración. Un mundo duro, como nuestro mundo antiguo, un mundo que no admite el error, un gigantesco bajo imperio que no logra morir, un mundo que no conoce el perdón, indesarraigable como la naturaleza, cuyos ritmos tomó.

[17] *Ibid.*, p. 73.

XV. LAS LECCIONES DEL COLAPSO NORTEAMERICANO

El modelo chino es único en sus implicaciones, pero es menos irreductible que el sistema de la cristiandad latina del mundo lleno. China se acerca más a la norma. Europa, en cambio, se aparta de ella, durante mucho tiempo para bien, ahora quizá para mal.

La norma es la vida en pareja desde la pubertad, la utilización en 100% del potencial reproductor teórico, a menudo a costa de un despilfarro. Contamos actualmente con un haz casi abrumador de pruebas. En el siglo XVIII, se pudo establecer la comparación entre Europa y el Japón, bien provisto de elementos estadísticos: el número de hijos por mujer es al menos tan elevado en Europa, a pesar del matrimonio tardío y la severa ascesis sexual, como fuera de Europa, donde existe un modelo en apariencia más favorable para la natalidad. Ahora podemos afirmarlo sin vacilar: el modelo europeo recuperó ampliamente, por una ganancia de salud, lo que pareció perder por otra parte. Y además, con la flexibilidad que permite modular y recuperar.

La norma son las grandes olas multiseculares, las bruscas sacudidas que los sistemas sin reserva no están en condiciones de diluir. La India pertenece al modelo de la precocidad y de las fuertes sacudidas. La India, la tercera masa, de 75 a 80% aproximadamente del Mediterráneo y de China. Una parte más modesta del arrozal inundado, un sistema de castas que fracciona el espacio demográfico y crea riesgos de consaguinidad, un matrimonio anterior a la pubertad, peligroso para la salud de las niñas y que a menudo estropea el aparato reproductor. En cuanto a la muerte, la creencia en la Rueda de los Renacimientos ha predominado desde hace 2 500 años, pero ésta ha mantenido con fuerza el vínculo entre el estatuto de los muertos y el de los vivos. Así, en la India, al igual que en China, se percibe en forma muy apremiante la necesidad de la progenie.

Esto implica que en la práctica el modelo demográfico hindú no debe diferir radicalmente del modelo chino. Las recesiones de la población parecen deberse en esencia a los choques externos de una historia agitada. La invasión parcial por el Islam y la dominación

política de un poder musulmán durante varios siglos originaron una serie interminable de conflictos desastrosos. Por último, la India tiene fuentes demográficas[1] más tardías e infinitamente más fraccionadas que las de China. El despegue demográfico de la India es tardío. La diferencia cronológica con respecto a China es de cerca de un siglo y medio.

El mundo musulmán hace pensar en una cristiandad arcaica antes del perfeccionamiento del modelo del matrimonio tardío. De hecho, el Islam funcionó en la cuenca mediterránea como un conservador cultural. Fuera del Mediterráneo, en su zona de expansión en dirección del Océano Índico y de la Insulindia, el Islam fue un transculturador más moderado que la expansión cristiana europea. El África negra, que por el peso de su número cuenta por media península hindú, es un mundo arcaico y complejo, cercano a la más vieja cuna de la humanidad. África tiene una memoria paleolítica... Nuestra ignorancia aún es abrumadora. La demografía histórica negroafricana hasta el reparto de África (1880-1900) y la penetración europea del continente seguirá siendo, irremediablemente, una paleodemografía, a base de análisis de esqueletos.

Queda, pues, América. Es un continente meridiano,[2] por lo tanto dividido en trozos, donde la comunicación norte-sur se topa con la barrera del cambio climático, donde el hombre llegó ya hecho, durante el gran cierre de esclusa geológico del estrecho de Behring, alternativamente estrecho e istmo, a través de una difícil red de morrenas y glaciares, hace cerca de 35 mil años. Donde el hombre es pobre por haber sido cortado del resto de la aventura y por no haber podido formar nunca un bloque sobre sí mismo, pues el espacio divide, dispersa, compartimenta. Tenemos una prueba de la escasez de la comunicación interzonas: el fraccionamiento lingüístico. La América india (de 17 a 18% de la humanidad a fines del siglo XV;

[1] Apenas se comienza a saber manejar los Pothi, esos extraños documentos que tienen algo de la genealogía y del acta notarial y que permiten una demografía fina, cercana a nuestra demografía en base a los registros parroquiales. Todo eso no es más que promesa todavía.

[2] P. Chaunu, *L'Amérique et les Amériques* ["América y las Américas"]. A. Colin, París, 1964.

pensamos nosotros; tan sólo 3% según una evaluación antigua hoy en día descartada) totaliza muchas más lenguas que el Antiguo Mundo por lo menos cinco veces más numeroso. La fragmentación es inversamente proporcional al número y al nivel de los éxitos que implican el número. En América del Norte, más allá de las planicies mexicanas, en un ámbito anterior a la revolución agrícola, se cuentan 58 lenguas troncos para 800 o 900 mil almas de un total de 133 lenguas principales y varios centenares de variantes dialectales para el conjunto del continente. Esta estructura había llamado la atención de Vázquez de Espinoza en 1629, quien invoca a Babel y, llevado por el celo, se cree incluso capaz de distinguir hasta 355 variantes dialectales tan sólo en el obispado de Guatemala. Evidente astucia del diablo para ponerle trabas al trabajo de los misioneros.

Como bien lo muestra el mapa de Hewes-Braudel,[3] la mayor parte del continente americano está en un nivel tecnológico anterior al viraje de los años —9000/—6000 en la cuenca oriental del Mediterráneo. Este mundo sumamente frágil, disperso, granuloso, se vio muy poco afectado por la primera conquista, la de los siglos XVI y XVII, que necesita una humanidad indígena numerosa. Menos de un millón de hombres en 35 millones de km^2.

Ese mundo no es el que nos interesa, sino la humanidad del eje de los altiplanos, desde el Anáhuac hasta el lago Titicaca, que supo realizar hazañas en muchos puntos comparables a las del Mediterráneo y de China.

En el campo de la producción alimentaria intensiva, la América precolombina parece haber alcanzado puntos culminantes.

En Santo Domingo se encuentra una asociación de yuca y de camotes, en cultivo aporcado. Dejémosle su antiguo nombre español, el conuco. Gracias a Carl O. Sauer, conocemos los rendimientos con precisión, de 50 a 60 quintales por hectárea en tierras volcánicas, o sea un rendimiento alimentario de cinco a seis veces superior a las mejores tierras limosas de la Europa cristiana de la comuña. Se comprende que W. Borah y Sh. Cook, en sus últimos ensayos,[4] hayan podido elevar hasta ocho millones de habitantes el

[3] *Cf.* antes, pp. 43 *ss.*

[4] Sherburne F. Cook y Woodrow Borah, *Essays in Population History. Mexico and Carribbean,* Berkeley, 1972-1974, 2 vols., 1000 pp.

nivel de población arawak en Santo Domingo antes de la conquista.

El segundo punto fuerte es el del maíz en cultivo continuo. El maíz da dos niveles óptimos de población: 50 h/km², mínimo, en cultura continua, 2.3 h/km² en cultivo itinerante con chamicera. Tal es el caso de los mayas después del misterioso colapso demográfico que los redujo, mucho antes de la conquista europea. Gracias a los trabajos de Cook y Borah, a los documentos recientemente descubiertos y estudiados, tenemos certezas en cuanto a México: 25 millones de almas en 1519, en los 513 mil km² de la planicie del Anáhuac.

Sabemos que a fines del siglo XV, antes del choque que la aniquiló, América contaba con más de 80 millones de almas, o sea cerca del 20% (del 17 al 18%) del peso total de los hombres en la cuarta parte de las tierras emergidas. Esta evidencia es reciente. Nos costó trabajo que fuese admitida hace veinte años.[5] Desde hacía varios años, todo nos llevaba a niveles mucho más elevados que los comúnmente admitidos. Todo nos llevaba a darle la razón a Las Casas y a los testimonios de los contemporáneos que habían sido puestos en tela de juicio en nombre de la verosimilitud. Hasta el descubrimiento en 1960 de documentos irrecusables por parte de Cook y Borah. Los historiadores habían rechazado durante mucho tiempo la lectura ingenua de los textos, porque no lograban comprender el colapso en dos generaciones de todo un continente en la proporción de 8-10 a uno. Por lo menos 80 millones en 1520; 10 millones en 1565-1570, según el cómputo seguro de López de Velasco a través de los datos estadísticos de la administración española. Admitamos incluso que cuatro o cinco millones de indios hayan logrado escapar a la atención de los administradores españoles; el drama se sitúa entre 80-90 millones en 1490-1500 y 12-15 millones en 1570.

Este hundimiento, en 70 años, de la quinta parte de la humanidad no tiene ejemplo exactamente comparable a escala histórica. El hundimiento de la cuenca del Mediterráneo en la época romana, de 65-70 millones a 18-20 millones, afecta la cuarta parte y con mucho la más rica de la humanidad; sus consecuencias son sin

[5] Respecto a esto, remito a *Séville et l'Atlantique* ["Sevilla y el Atlántico"] y en particular al tomo VIII. 1. SEVPEN, París, 1959, 1350 pp.

comparación más graves que el colapso amerindio. Porque se trata de la humanidad más antiguamente desarrollada, la más rica en resultados y en potencialidades, y porque, en proporción, pesa un poco más, 25% por lo menos, frente al 17-18% de América.

Pero la caída es más lenta. Se efectuó a lo largo de cuatro o cinco siglos, de 15 a 20 generaciones. Pero la caída fue menos profunda; en el hueco, el Mediterráneo pierde una tercera parte, una cuarta parte, y las pérdidas son menos irremediables. Gracias a la escritura, una parte de la herencia antigua, de la memoria cultural, no reprogramada durante cincuenta o sesenta generaciones, pudo ser recuperada después de una larga hibernación. Salvo algunos fragmentos rescatados por los testigos afligidos de esa muerte cultural (los Garcilaso de la Vega, Bernardino de Sahagún y demás paleoetnólogos...), lo que fue inventado, acumulado, preservado en 350 siglos por 1 200 generaciones que habían acabado por edificar la quinta parte de la humanidad, fue aniquilado.

Aniquilado. Ésa es, en efecto, una de las numerosas lecciones del colapso indio. Más allá de un umbral difícil de determinar, de cierta contracción del tejido biológico, la reducción de la memoria biológica provoca el aniquilamiento de la memoria cultural. Un poco como si el tejido humano, para sobrevivir, se replegara en el instinto, en lo fisiológico, lo elemental, lo esencial, sacrificando todo lo demás. Las mallas se aflojaron demasiado, dejan pasar lo que tiene cierto grado de finura. En el fondo de la batea (era el instrumento, el tamiz burdo de los buscadores de oro del siglo XVI en las Américas) ya no quedan más que los guijarros gruesos sin valor, lo elemental, lo rudimentario que regresa la vida humana hacia lo *elemental animal,* hacia el fondo perdido de la vida original.

La primera lección es, pues, la del umbral de conservación. Con tal de dominar las técnicas de la escritura, China y la cristiandad latina de la peste negra muestran que con una pirámide de las edades intacta, condición *sine qua non,* una civilización puede resolver un hueco de —40%, incluso de —50%, y sobrevivir, no biológicamente, lo cual no plantea ningún problema, sino como civilización. Más allá, puede haber una forma de supervivencia biológica, pero culturalmente el tronco está muerto. Entre el colapso de la Antigüedad y el de la América india, la diferencia está en la escritura.

¿Qué pasó en América? Un choque de una violencia inaudita en un mundo excepcionalmente frágil. América no existía. El continente americano era el universo de la no comunicación. Atahualpa no pudo aprovechar la desafortunada experiencia, diez años antes, del azteca Moctezuma, por una razón muy simple: desde hacía por lo menos dos siglos no había habido intercambio de ninguna especie, ni siquiera un simple mensaje entre los incas y los mexicas. Ese mundo de la no comunicación era en sus expresiones culturales pobre y estaba biológicamente protegido. En esos espacios fraccionados, la gama de los microbios y de los virus patógenos no tenía la amplitud de la experiencia mediterránea. El choque que destruyó unas tras otras las Américas en el siglo XVI fue, tenemos la prueba de esto, un choque microbiano y viral en 90%. Como en la guerra de los mundos de Wells, la guerra es bacteriológica, pero con la diferencia de que, contrariamente a lo que sucede en la novela, los marcianos tienen la última palabra. No son los pobres microbios de los indios los que matan a los conquistadores llegados del viejo Mediterráneo rico de pasado y por lo tanto de la experiencia de la desgracia, sino más bien son los ricos microbios mediterráneos transmitidos por portadores de gérmenes relativamente inmunizados los que encuentran un magnífico campo de expansión. Y, en menor medida, el peso de dominación de un mundo pesado, muy exigente, sobre las débiles espaldas de los indios, se encarga de lo demás. No volveré a este problema que estudié de manera extensa en otra parte.[6] Queda el problema de las estructuras. Se comprende el choque. Ya desbrozamos sus estrategias y sus etapas. En una primera etapa las enfermedades de tipo sarampión, en una segunda etapa las enfermedades broncopulmonares. Las viruelas en Santo Domingo y durante el sitio de Tenochtitlán por Cortés, las *matlazahuatls* en las planicies mexicanas a mediados del siglo XVI.

Las sociedades amerindias no son ni la cristiandad ni China. Después de todo, ¿qué cosa es ese desafío frente a una peste bubónica transformada por un cúmulo inaudito de circunstancias en peste pulmonar? Por tanto, aquí funcionan plenamente el azar y la fragilidad.

[6] P. Chaunu, *Conquête et exploitation des nouveaux mondes.* ["Conquista y explotación de los nuevos mundos"]. PUF, París, 1969, 2ª ed. 1977, 448 pp.

El tejido indio perdió en unos cuantos años la facultad de reconstituirse. Los indios de los altiplanos tenían alimento abundante, muy pobre en proteínas y en grasa, en esas grasas animales que son el elemento constitutivo del sistema nervioso y que se encuentran en abundancia en la leche materna, con la condición, sin embargo, de que la mujer que amamanta encuentre en su alimentación elementos constitutivos.

Los españoles quedaron sorprendidos —feliz sorpresa— por la demografía amerindia. Claro está, los indios practicaban el matrimonio general, muy precoz (demasiado precoz). Esta precocidad, a menudo antes de la pubertad, alarmó a nuestros observadores. Pero quedaron más sorprendidos aún por dos hechos que no relacionaron pero que nosotros lo hacemos en su lugar: el largo intervalo intergenésico y la duración insólita de la lactancia, la extrema pobreza en proteínas y en lípidos de la alimentación, que obligaba a las mujeres indias a un trabajo agobiador de nodrizas. Cuando se conocen las largas lactancias maternas de la cristiandad latina, se comprende lo que significaba ese acrecentamiento.

Tenemos todavía otras tres informaciones. Una sale de la tierra. Una paleodemografía precolombina confirma la ley de las oscilaciones pluriseculares. Por tanto, el hueco que se esboza con el choque de la conquista, es un hueco que recuerda superficialmente accidentes anteriores. El punto de partida es el mismo, el punto de aniquilamiento final es único. Las otras dos informaciones provienen de la historia más clásica, la que se hace a partir de los textos. Los procesos que llenan las Audiencias de Indias nos muestran a los agricultores abrumados bajo el efecto del ganado suelto en ese espacio casi sin animales domésticos. Hace algún tiempo deduje de ello una ley, apoyándome en gráficas: el ganado expulsa al hombre. Se trata de una ruptura de equilibrio ecológico de una brutalidad sin precedente y sin equivalente. Los indios se muestran incapaces de adaptarse a la alimentación a base de leche y carne de los amos. En este asunto son tres veces perdedores.

Pero los documentos nos proporcionan una información mucho más interesante aún. Parece que los amerindios se sintieron anonadados ante un fenómeno de índole psicológica y que llamaré, a falta de algo mejor, el rechazo a la vida.

Este rechazo a la vida fue descrito a menudo por observadores,

primero escépticos y pronto escandalizados. Como todas las culturas, los indios no ignoraban ni las formas burdas de la contracepción, ni el aborto, ni la exposición de los recién nacidos. Ante el hundimiento de su cultura, las sociedades indígenas desgarradas, laceradas, desarraigadas, responden con una forma de desesperanza colectiva que desemboca en un rechazo masivo de la procreación. El debilitamiento fisiológico debe tomarse también en consideración, sin lugar a dudas. Sin embargo, se pudo observar que las mujeres indias tienen menos hijos con hombres de su raza de los que tienen en los concubinatos con los conquistadores. Aparece una forma de mestizaje que es un mestizaje del padre, un mestizaje en que la cultura transmitida por la madre es la cultura del padre, una forma de transculturación excepcionalmente rápida y brutal.

América es un laboratorio y una advertencia. Nos muestra que hay un umbral que sólo se cruza en un sentido, idas que son realmente sin retornos. Quizá existan en los archivos de la tierra otras Américas. En realidad, esta aventura es, sin duda provisionalmente, la última de una larga serie de indicios. Las grandes oscilaciones que el sistema del matrimonio tardío y de la ascética generalizada habían logrado dominar conllevaban un riesgo. ¿Cuántas culturas se perdieron por haberse dejado atrapar por el círculo implosivo? En el estado actual de nuestros conocimientos, no podemos sino suputar.

XVI. DE LA CRISTIANDAD A LA EUROPA INDUSTRIAL (LOS VOLÚMENES Y LOS RITMOS)

CON EL modelo europeo ya no tenemos que suputar sino comprender. Después de la irrupción de las Luces, el siglo XIX trae consigo la revolución estadística. Por una parte, el instrumento estadístico alcanza, a partir de 1850, en Europa y en América, una especie de primer nivel de perfección; por otra parte, a partir de 1880-1890, los mundos controlados por un poder político europeo surgen a un "nivel" estadístico aún burdo, por cierto, pero que constituye una mutación en treinta años comparable a la realizada en veinte siglos en la propia Europa.

Por una parte, Europa explotó. Ciento setenta millones a fines de las Luces, hacia 1780; 190 millones contando todas las Europas sin ribera de América y la nueva generación de los Imperios coloniales que despuntan, una cuarta parte de la humanidad. El tronco europeo provocó el crecimiento demográfico. De 1780 a 1880, el tronco europeo crece un poco más rápido, el mundo es un poco más europeo de 1880 a 1920 de lo que era en el siglo XVII y de lo que es hoy en día. En 1978, si cuento a América Latina (debido a la lengua) y la URSS (debido a la dominante rusa) íntegramente en el campo de las culturas de tronco europeo, obtengo 1 350 millones de 4 200, y si excluyo a los alógenos de la URSS y las poblaciones esencialmente indígenas de América Latina, obtengo cerca de 1 200 millones de 4 200 millones. Una estabilidad fantástica. Véase el crecimiento chino, es comparable en todos los aspectos, de 150 a 900 millones, al crecimiento del tronco europeo, de 190 a 1 100 millones.

Europa no es la responsable directa del crecimiento. Biológicamente, su parte es modesta. No tomó el lugar físico de los demás. Después de dos siglos de dominación sobre el mundo, los "europeos" no son más numerosos en proporción al resto del mundo a escala planetaria, de lo que eran los habitantes del Imperio romano en la época de Augusto, o que los europeos en la época de las Luces hacia 1750. Es cierto que proporcionalmente ocupan más lugar: el 26% de los hombres en el 40% de las tierras emergidas. Sin embargo, la disparidad no es chocante.

Y sin embargo, los europeos son en efecto responsables de esta mutación. Es el producto de su cultura. El rápido crecimiento demográfico que, a decir verdad, dirige todo, es poca cosa al lado del crecimiento económico. Por tanto, hablamos sin justificación de explosión demográfica; habría que decir explosión económica y energética. El hombre paleolítico consumía de 2 500 a 3 000 calorías al día;[1] el europeo, 150 mil en promedio en 1970, y el estadunidense, 230 mil. De 1950 a 1973, en todo el mundo industrial, incluyendo al Japón, el consumo de energía se duplicaba incluso cada diez años.

Si tomamos una mayor perspectiva, observaremos que el crecimiento demográfico europeo fue de 1780 a 1978 mucho más modesto de lo que parece. La esperanza de vida al nacer pasó, en el conjunto de los países de tronco europeo, en dos siglos, de 25 a 70 años (fuera de Europa, de 20 a 40 años). Una parte del crecimiento de los que "se expresan en una lengua europea" se debe a la transculturación y al mestizaje. La base de la pirámide de las edades se duplicó en dos siglos. No es como en el siglo XIII o en la China del XVIII la duplicación por siglo, sino la duplicación real en dos siglos. El resto se debe al envejecimiento y a la transculturación. Dejemos a esta última, pues no modifica el número de los hombres, aun si acrecienta sus poderes y sus apetitos cuando se efectúa en el sentido que ha tenido en los dos últimos siglos.

Paradójicamente, este gran crecimiento que el modelo europeo provocó no fue sino un accesorio del crecimiento de Europa. Es un crecimiento por Europa, gracias a Europa, mucho más que de Europa. La base de la pirámide de las edades del tronco europeo desde 1770 hasta nuestros días, durante todo ese periodo, considerado con razón como el periodo de la expansión, de la dominación y de la explosión europeas, fue en el plano demográfico, gracias a Europa, la explosión de los demás. Desde 1770 hasta nuestros días, la base de la pirámide europea se redujo a más de la mitad respecto a la pirámide en conjunto. El fenómeno que se ha acentuado peligrosamente desde hace quince años no es un fenómeno reciente. *Grosso modo,* en dos siglos, de 1770-1780 a 1970-1980, el volumen respectivo del mundo europeo (Europa y pueblos fuera

[1] Pierre Chaunu, *La Mémoire et le sacré*, p. 221.

de Europa que hablan una lengua europea) y del no europeo,[2] aumentó en la misma proporción, pero de una manera muy diferente. La parte del envejecimiento es dos veces más importante en las poblaciones de tronco europeo que en las poblaciones de tronco no europeo. Ahora bien, la ganancia por envejecimiento sólo se produce una vez. Las poblaciones europeas ya no pueden esperar sino los resultados amargos del envejecimiento. Las poblaciones no europeas todavía pueden esperar una duplicación, aun con una fecundidad reducida a la unidad, por la mera reserva del envejecimiento. Ya efectuada esta corrección, podemos observar que, durante los dos siglos que acaban de transcurrir, el crecimiento demográfico de Europa fue el más moderado del conjunto del mundo.

Ya no tenemos que suputar (pues podemos medir perfectamente) sino comprender. La demografía histórica realizó un trabajo ejemplar sobre el pasado de la cristiandad latina del mundo lleno, que conocemos ahora mucho mejor que la mayoría de los países del Tercer Mundo de hoy en día. ¿Pero acaso los siglos XIX y XX pertenecen todavía a la demografía histórica? A partir de 1850-1870, desde el momento en que se tienen los censos completos y un estado civil perfeccionado, se pasó de la demografía histórica a una demografía de la víspera. Poseemos para los siglos XIX y XX una documentación abrumadora y una problemática ridícula. Hagamos, pues, de manera rápida la historia de una historia.

La demografía, ya lo vimos, nació en 1662, en Inglaterra, de las reflexiones de John Graunt acerca de los partes de mortalidad. Durante dos siglos y medio, las cosas se quedaron casi en el mismo estado. Alfred Sauvy lo dijo como ocurrencia. No hay que tomarlo del todo al pie de la letra. Hay menos una demografía que una ciencia de la estadística. Para las grandes estadísticas generales de los Estados, una oficina se dedica a la preparación y a la publicación del censo. Ocurre con la demografía como con la fisiología y la medici-

[2] Se plantea un problema con los pueblos africanos que tienden a adoptar una lengua nacional europea (África negra francófona). Incluyo provisionalmente a esos pueblos en la categoría no europea. En cambio, América Latina está casi íntegramente incluida en el tronco europeo, no debido al tronco que es mestizo, cuyo dominante es amerindio, sino debido a la lengua y la cultura, que es hispánica y por lo tanto europea.

na. La patología precede a la fisiología. No se intenta comprender los mecanismos del órgano que cumple en forma normal su función.

Ahora bien, en el siglo XIX, la población es un dato. Malthus abrió un paréntesis que se cerró rápidamente. El *Ensayo sobre el principio de la población* data de 1798. El espíritu es extraordinario y penetrante, pero la base de la observación es estrecha. "Ese gran profeta del pasado", como lo define Emmanuel Le Roy Ladurie, llegó felizmente demasiado tarde para hacer fracasar el futuro.

Malthus está obsesionado por Irlanda y su teoría es una extrapolación apresurada a partir de un caso límite que no es característico del presente y que no anuncia el porvenir. Pero el paréntesis abierto por Malthus se cierra pronto sobre él. Desde Adam Smith hasta los marginalistas, los economistas ignoran los hechos de población. Nunca van más allá del dato bruto, del nivel de la población y, a lo sumo, de su reparto. La población se desglosa en flujo ciudad-campo, en corrientes migratorias. Jean-Baptiste Say ("hay que enseñarles a los obreros a ahorrar más bien que a procrear") considera la carga de hijos como lo que puede poner trabas a la formación del capital. Su caso es límite, felizmente. La mayoría de los economistas no toman en cuenta la población, porque la población asegura, sin esfuerzo, su remplazo, y porque en un mundo abierto no puede haber sobrecarga de población. Las corrientes migratorias (40 millones de salidas netas desde 1880 hasta 1930, 70 millones contando los regresos), gracias al casco de acero y a la propulsión mecánica, constituyen el regulador de los sistemas.

Volvamos a la demografía de los siglos XIX y XX. La demografía se constituyó durante los años treinta, en el momento del primer derrumbamiento de la fecundidad europea, del primer desarreglo grave de un modelo europeo que hasta entonces había sido en su conjunto un ejemplo casi único de autorregulación exitosa. La demografía histórica —se decía con modestia, la historia demográfica— nació casi al mismo tiempo que una pregunta precisa: ¿cuándo y cómo la "contracepción"? Cometo voluntariamente un anacronismo. La palabra contracepción es un neologismo de los años cincuenta. Se decía malthusianismo, restricción; luego, prevención de los nacimientos. Así pues, ¿el malthusianismo dónde, cuándo, cómo?

Tal fue la gran pregunta de esa demografía de ayer. Tal fue la

excelente pregunta, pues en torno a ella se construyó esa ciencia aguda, rigurosa y matemática.

Excelente por los métodos y las técnicas, restringió el campo. La demografía y su prolongación, la historia demográfica, se construyeron en un campo doblemente limitado: en el espacio, Europa y sus prolongaciones; en el tiempo, la transición del siglo XVII al siglo XX, el paso, para hablar en la lengua de esa época pionera, del Antiguo Régimen a la nueva demografía. También se hablaba gustosamente de revolución demográfica.

El presente, el de los años treinta, se planteaba como el dato. El pasado era por lo tanto lo antiguo, lo anterior, lo de antes. ¿Y antes de la cultura qué otra cosa puede haber sino la naturaleza? Tenemos, pues, una nueva demografía —esquematizo—, la de los dos hijos para no repartir la herencia, la de los edificios parisienses prohibidos a los perros y a los niños en el París del periodo transcurrido entre las dos guerras, de las precauciones en el matrimonio... y la demografía de antes (de antes, por lo tanto de otra parte), que era la demografía natural. Demografía e historia demográfica nacieron en un sistema binario. Tuvieron algunas dificultades para salir de él.

Hace apenas veinte años, se pudo definir como demografía natural la del Antiguo Régimen [*sic*] en el que las jovencitas se casaban doce años después de la pubertad, llegaban en 80-90%, en todo un continente, vírgenes al matrimonio, para casarse con un hombre que, una de cada dos veces, carecía de experiencia; en el que la mitad de los adultos en la fuerza de la edad y las mujeres todavía en edad de procrear controlaban sus pulsiones sexuales y se abstenían de toda relación, sin más artificio que el control de su propia voluntad, a costa de un esfuerzo a veces en el límite de lo obsesivo. Semejante ceguera tiene hoy en día un valor de información científica. Esta ceguera de los sabios de ayer es la mejor prueba de la imposición del sistema —que llamé el sistema cristiano del mundo lleno— del cual procedemos. Este error de enfoque prueba lo que me esforzaré en mostrar, o sea que el sistema demográfico era menos un "nuevo régimen" que un sistema bis, que la revolución, si es que existe, se sitúa antes (en el siglo XIII) o después, desde 1960.

Contrariamente a lo que algunos creen, la ciencia no es algo frío sino vivo, plástico, inseparable de los hombres que la hacen. Por eso es que la historia de la ciencia y la historia de la historia es una

materia privilegiada de historia. Pasaré, pues, a la historia de la historia. Y transgrediré sin vergüenza el sabio precepto de nuestros clásicos, según el cual el "yo" es aborrecible. Así, contaré una anécdota en la que me hallé involucrado.

Más que cualquier otro, sin lugar a dudas, de los historiadores de mi generación, combatí la noción de demografía natural y sobre todo de demografía del Antiguo Régimen y contribuí a romper ese círculo de lo antiguo y de lo nuevo que si no era totalmente vicioso al principio fue haciéndose cada vez menos virtuoso con los años. No tuve gran mérito en ello. En mis pensamientos llegaba de otra parte y de lejos. Las desgracias de los amerindios me habían instruido. Me daban sin dificultad la perspectiva de la larga duración y me permitían marcar las distancias. Además, aprovechaba una disciplina formada que tenía sus métodos y que acababa de lograr brillantes éxitos. A principios de 1960, al trabajar junto con mis estudiantes en la demografía normanda, desembarcaba como un dominico del siglo XVI en el Nuevo Mundo. El concepto de demografía "natural" se aceptaba de manera tan natural que, por inadvertencia, lo había utilizado en los capítulos de *Séville et l'Atlantique* dedicados a la demografía catastrófica de los amerindios (tomo VIII, 1). Ese *lapsus* poco afortunado me valió una advertencia bastante severa de Claude Lévi-Strauss. Como testimonio de una lectura atenta y simpática, el maestro de la antropología me decía esencialmente lo que hubiera podido leer en las *Estructuras elementales del parentesco:* no sé qué cosa es la naturaleza. Para el hombre, la naturaleza, es la cultura. Esa frase que, en el acto, me había chocado no me abandonó, y quisiera, dieciocho años más tarde, agradecer a Claude Lévi-Strauss su ruda franqueza.

La demografía natural no ha acabado de jugarnos malas pasadas. Hay que liberarnos de ella para comprender mejor el siglo XIX. Pues el siglo XIX contiene algunas de las claves de la crisis que tratamos de comprender.

Los siglos XIX y XX son, por supuesto, el crecimiento. ¿Pero cuál crecimiento?

Un crecimiento sin precedente, no por su amplitud sino por su índole. La población de Europa *lato sensu* se había duplicado en el siglo XVIII, un crecimiento del 100% en 130 años, del 80% en un

siglo, de 1700 a 1800. Tomando en cuenta el flujo migratorio (aproximadamente 40 millones de 1800 a 1900) y el rápido crecimiento de las Europas de América y del hemisferio sur (América Latina queda excluida debido al fuerte mestizaje y a que sus estructuras demográficas no pertenecen realmente al modelo demográfico del matrimonio tardío y del mundo lleno), el conjunto europeo hizo un poco más que duplicarse en el siglo XIX, de 190 a 480 millones de 1800 a 1900. Hizo menos que duplicarse de 1900 a 1978, de 480 millones a 880 millones aproximadamente.[3]

Si bien hay una explosión demográfica en el siglo XIX, esta explosión comenzó un siglo antes. El ritmo del siglo XIX es más rápido que el del siglo XVIII de 1820 a 1880, y el ritmo de la segunda mitad del siglo XVIII (1750-1800) es decididamente más acelerado que el del siglo XIX tardío, de 1880 a 192.0. No hubo en ningún momento desbocamiento, explosión, en el siglo XIX. De 1700 a 1800, la casi duplicación se debe en 40% al alargamiento de la vida humana de 22-23 años; de 1800 a 1900, de 30-35 años a 50-55 años; esta excedida duplicación se debe, en más de la mitad, al envejecimiento; y de 1900 a 1978, de 50-55 a 70-73 años, el aumento del 55% de la población de tronco europeo se debe en 80% al envejecimiento únicamente.

Una estrecha correlación existe entre ese crecimiento y el crecimiento económico. Esto ha quedado demostrado. Hace algún tiempo, Alfred Sauvy dio las pruebas a partir de numerosos ejemplos en el tomo II de la *Teoría general de la población.*[4] Yo aporté mi granito de arena con las encuestas del Centro de Investigaciones de Historia Cuantitativa que se refieren al oeste de Francia.[5] No expondré en detalle esa demostración: basta con seguir a Sauvy, que continúa siendo actual.

Me limitaré a recalcar algunos puntos. El estudio, sector por sector, es revelador. Se puede establecer que los rendimientos más bri-

[3] Europa, parte blanca de la URSS (para la URSS consúltese el excelente *L'Empire éclaté* ["El Imperio fragmentado"] que acaba de publicar Hélène Carrère d'Elucausse. Flammarion, octubre de 1978, 314 pp., Estados Unidos, Canadá, y los antiguos dominios del hemisferio sur.

[4] Alfred Sauvy, *La théorie générale de la population* ["La teoría general de la población"]. PUF, París, 1953, 2 vols., 800 pp.

[5] *Ibid.*

llantes de 1800 a 1950 mantienen una estrecha relación con las tasas de crecimiento demográfico que se sitúan en el centro y arriba: los crecimientos sostenidos, rápidos, sin excesos, Inglaterra, Irlanda, Alemania, los países escandinavos, Hungría no. Y esto se aplica en el detalle provincial.

Véase Normandía. Está a la cabeza de todos los resultados en la Edad Media, en el siglo XVI y aún en el siglo XVII. Su desindustrialización es impresionante en el siglo XIX,[6] es la consecuencia de una elección. Tomando nuestras encuestas y comparándolas con las suyas, Jean Dupâquier las caracterizó atinadamente dentro de la cuenca parisiense: de 1620 a 1720, opone "la fuerte fecundidad de la Ile-de-France[. . .] a la mediocre fecundidad normanda".[7] Como fui el primero en medir la amplitud y la duración del fenómeno, deduje la incidencia de las representaciones en los comportamientos.

Esta provincia[8] está ampliamente alfabetizada, ampliamente catequizada, la civilización escrita ataca en profundidad y desde hace tiempo la cultura oral de la transmisión por ver-hacer y oír-decir sigue una línea que se parece a un frente de transculturación. Una teología moral de coloración neoagustiniana, teñida por el idealismo de la revolución cartesiana ampliamente difundida a partir de los relevos de la Reforma católica, propicia el malthusianismo ascético cubriendo con un recelo mal controlado toda la actividad sexual. Después de todo, puesto que el acto sexual es malo, el acto frustrado del *coitus interruptus* puede parecer menos malo que el acto completo. Una actividad sexual que no desemboca en la procreación es una actividad oculta, escondida, disimulada. Siempre hay una distancia entre el mensaje difundido y el mensaje recibido. En Normandía, en la época de la Reforma católica, se creó una distancia entre la emisión del mensaje de teología moral sexual y la manera en que fue recibido.

Cuando esta sensibilidad algo cátara se inserta en las costumbres

6 Pierre Chaunu, "Malthusianisme démographique et malthusianisme économique" ["Malthusianismo demográfico y malthusianismo económico"], *Annales E.S.C.*, 1972, núm. 1, pp. 1-19, e *Histoire quantitative, histoire sérielle*, A. Colin, París, 1978, 310 pp., pp. 171-188.

7 Jacques Dupâquier, *op. cit.*, t. II, p. 617.

8 P. Chaunu, *Histoire quantitative. . ., op. cit.*, pp. 183-184.

de las ciudades y del campo,[9] entre 1670 y 1730, propone una respuesta al desafío de una economía bloqueada en un espacio cuyos campos en cierne refuerzan el cierre. En Ruán, el cambio de los comportamientos es importante y afecta casi de manera simultánea y en forma masiva a todos los estratos de la sociedad desde 1720. Cuando la Iglesia advierte el contrasentido cometido (el catecismo del padre Féline), es demasiado tarde para reaccionar. Perdió en parte el poder de hacerse escuchar e influir profundamente en la sensibilidad y los comportamientos. De todas maneras, la interiorización del mensaje anterior es profunda y se necesita tiempo, varias generaciones, para cambiar de rumbo. La diferencia entre Inglaterra y Normandía se sitúa en verdad a nivel de la interiorización. De 1670 a 1730, se asiste también en Inglaterra a una reducción de la natalidad del orden de 0.6 hijo por mujer en todos los buenos indicadores. Por lo tanto, en el mismo momento y en el mismo sentido que en Normandía. A un nivel por cierto superior, Inglaterra oscila de 5.3 a 4.7, Normandía pasa de 4.5 a 3.9. En ambos casos, la edad de matrimonio no basta y por lo tanto hay que hacer intervenir un recurso difuso de prácticas antinatales a fin de espaciar los nacimientos al final de la carrera conyugal, en las familias ya provistas de progenie. Pero en tanto que el recurso inglés es táctico, por lo tanto reversible, y responde, sin lugar a dudas, a una incitación pasajera, el recurso normando es estratégico, interiorizado con mayor profundidad, y no es fácilmente reversible.

Cuando las nuevas máquinas inician su incontenible penetración en el continente hacia 1770 y 1780, Normandía está instalada desde hace un siglo en una línea demográfica casi horizontal. Parsimoniosa ante la vida, Normandía también lo es ante la muerte; sus soluciones no están por lo tanto totalmente desprovistas de valor. Pero la horizontal demográfica no permite nuevas superaciones. Normandía se instaló en un equilibrio que no brinda la posibilidad de nuevas soluciones. Lo que falta no son los medios, sino, de manera radical, las motivaciones. Paralizada en una respuesta particular al desafío de un momento, la sociedad normanda se muestra

[9] Jean-Pierre Bardet presentará la prueba manifiesta de esto en la tesis sobre la población de Ruán en los siglos XVII y XVIII preparada bajo mi dirección.

incapaz de responder a nuevos desafíos. Responde a contracorriente. Y como los comportamientos demográficos son en esencia territoriales,[10] la emigración masiva de los bretones en el siglo XIX hacia el asilo para ancianos normando, antecámara del cementerio, es incapaz de colmar el hueco que se forma bajo el peso de los recién llegados, porque los bretones en Normandía se comportan como normandos.

La demostración brindada por Normandía en Francia del Norte se aplica casi palabra por palabra a la cuenca de Aquitania en el siglo XIX. Los españoles y los italianos, sobre todo, que llegaron a colmar el hueco aquitano sienten, al igual que los bretones en Normandía, que se les hunde la tierra, porque en Aquitania los italianos crían familias aquitanas. Un hijo único o dos hijos se dan el nuevo ambiente y no los siete u ocho, en promedio, del lugar de origen. La demostración se aplica mejor aún en forma global a la nación francesa en el conjunto europeo. Los menores resultados franceses se explican como los menores resultados normandos.

La correlación entre el crecimiento demográfico equilibrado y la Revolución industrial se sigue leyendo en toda su duración. Recuerdo que el crecimiento comienza en el siglo XVIII y que el *take off*, el despegue tan grato a W. W. Rostow se sitúa a medio camino entre 1783 para Inglaterra y 1830-1840 para los principales países occidentales del continente. A grandes rasgos, el proceso de la Revolución industrial, preparado durante mucho tiempo por la fase que los historiadores de lengua inglesa solían llamar, hace diez o quince años, la fase de la modernización, se pone en movimiento a ritmo rápido después de un siglo de crecimiento demográfico sostenido.

10 Lo demostré en "Réflexions sur la démographie normande" ["Reflexiones sobre la demografía normanda"], en *Hommage à Marcel Reinhard, Soc. de Démographie Historique,* 1973; y en *Histoire quantitative...*, *op. cit.*, pp. 188-202.

XVII. DE LA CRISTIANDAD A LA EUROPA INDUSTRIAL: UN CRECIMIENTO CUALITATIVO

La Revolución industrial necesita una larga preparación. La explosión demográfica no desencadena automáticamente una revolución de los medios. El cambio demográfico de la Europa de las Luces y de la Europa industrial es un factor tanto más favorable cuanto que es más modificador que perturbador.

Entre los numerosos lugares comunes del discurso antinatal de los años sesenta y setenta habrán advertido seguramente la oposición cualitativo/cuantitativo. Se rechaza la vida para mejorar la vida. Se hace una política de la juventud impidiendo que nazcan los niños. La calidad, pues, contra la cantidad. Todo sobre un fondo de economía de despilfarro.

Segundo lugar común: un odio incondicional del estúpido y criminal siglo XIX. La Europa industrial carga con todos los vicios y en particular con la tara de un crecimiento desordenado. No olviden sobre todo llorar un poquito por los niños de las manufacturas, por los infelices que abrían y cerraban una puerta en las minas inglesas. Sobre todo no olviden imputar al maquinismo todo lo que tiene de atroz la sociedad industrial y que castiga sin falta los retrasos del maquinismo.

Ese discurso es inconsistente, supone la ignorancia total de la historia. La "revolución demográfica" de los siglos XIX y XX no es sino una transición demográfica y cultural. Nada menos revolucionario, por cierto, que las vías del progreso. Éstas son esencialmente conservadoras.

Desde principios del siglo XVII hasta fines del XIX, la natalidad varía poco, si exceptuamos a Francia. En Francia, baja en forma continua desde 1770, fuera de Francia permanece prácticamente estable hasta 1840 y tan sólo cede a partir de 1840-1850.

Todo, pues, se adquiere gracias a una ganancia de la vida contra la muerte. No cabe duda de que la disminución de la mortalidad infantil influye primero en el mismo sentido que un incremento de la natalidad. Aumenta en forma moderada la carga de hijos. Al mismo tiempo, el siglo XIX dedica muchos más esfuerzos a la educa-

ción y a la escuela. El siglo XIX no sólo multiplica los hombres, sino que multiplica también rápidamente los hombres educados. A partir del multiplicador muy moderado de la población, entran en escena los multiplicadores rápidos y los sobremultiplicadores de la escuela, de la educación y de las inversiones. La Revolución industrial fue una gigantesca ascesis en la línea de la ascética sexual de la cristiandad del matrimonio tardío. Y ésa es la razón por la cual (con excepción de Japón, que no es sino una semiexcepción), la Revolución industrial nunca logró implantarse perfectamente más que en el terruño de la ascética de la cristiandad latina del mundo lleno.

El error cometido por los demógrafos de ayer —justificó el discurso estúpido de la regresión seudoecológica y *hippie*— fue traducir en términos de ruptura lo que no era sino evolución.

Véase primero lo más masivo, lo más evidente, la disminución de la mortalidad. A grandes rasgos, del 35 ‰ a fines del siglo XVIII al 20 ‰ del final del siglo XIX y al 13-14 ‰ en la segunda mitad del siglo XX. Incluso hubo, aquí y allá, en los Estados Unidos, en Europa, sobredisminuciones que redujeron la mortalidad a 10 ‰. Todas las cifras por debajo del 13 ‰ no corresponden a una población en estado de equilibrio, pero están relacionadas con un fenómeno momentáneo de rejuvenecimiento. Sólo las poblaciones con una fecundidad superior a uno, que por lo tanto renuevan la generación con un claro excedente, pueden conservar una mortalidad inferior al 13 ‰ con una esperanza de vida de 70-73 años. Mencionaremos las siguientes etapas para el conjunto de Europa Occidental y de América del Norte: 37‰-38‰ en el siglo XVII, 35 ‰ hacia 1770, 30 ‰ a principios del siglo XIX, 25 ‰ a mediados del siglo XIX, 20 ‰ a principios del siglo XX, 16 ‰ hacia 1930, 13 ‰ hacia 1970. Éste es un proceso continuo, marcado por la victoria sobre la epidemia de peste entre 1670 y 1680, la reducción de la mortalidad en parto en el siglo XVIII (los fórceps en Inglaterra), la variolización contra la viruela (1760-1780), luego la vacuna (Jenner), el gran progreso de los transportes que disminuye la mortalidad de hambruna (mediados del siglo XIX), después la revolución pasteuriana (a partir de 1880) y la revolución de las sulfamidas (1937) y de los antibióticos (1942).[1]

[1] P. Chaunu, *Le refus de la vie*, Calmann-Lévy, Páris, 1975, 344 pp.

Un estudio más fino de las curvas permite seguir los procesos. Desde el siglo XIII, la evolución del sistema europeo tiende a reducir las sacudidas bruscas, la fluctuación. La atenuación de la ola multisecular que persiste fuera de Europa hasta el siglo XVIII o XIX constituye, como lo vimos, el dato principal. Comencemos por el nivel más concreto.

La fluctuación estacional es muy pronunciada en las antiguas sociedades. No se puede evitar el regreso anual de la estación de los muertos. Durante mucho tiempo, la punta estacional se inscribió en la gráfica durante los pesados calores del verano, en el mes de agosto, y acompañaba las agobiadoras labores del verano. Las mujeres no podían sustraerse a ellas y los niños de pecho pagaban a menudo con su vida el agotamiento de la leche materna y la falta de atención de los adultos abrumados de trabajo. Esta punta de mortalidad puramente infantil debida a las enterocolitis de calor y de descuido, esta mortalidad de miseria, es la primera en desaparecer. Se perdió su huella en las series parroquiales desde la primera mitad del siglo XVIII. Esta modesta erosión de una sacudida estacional acompaña un proceso muy progresivo de *reducción de la mortalidad infantil*. Provoca, o mejor dicho, es la consecuencia de un interés creciente por la vida del niño. Se puede dedicar más afecto y tener más interés *material en el hijo, puesto que se tiene* una posibilidad más razonable de conservarlo a él, y no solamente a otro, que vendrá después. Quedan las dos puntas de la entrada del invierno y de la primavera, queda el tributo más pesado de la estación fría. Los fallecimientos del otoño y de la primavera, las muertes del cambio de metabolismo, afectan a los adultos en estado *de menor resistencia*. El siglo XIX, que tiene un duro proceso con la tuberculosis pulmonar, no logró borrar esas puntas en la sociedad urbana. Es la estación de los tísicos que han gastado su último pedazo de pulmón y que se van en las ansias de la asfixia de la última hemorragia. Pero también se van los ancianos. Las dos puntas y el badén de la muerte campesina en el siglo XVIII los volvemos a encontrar en la muerte urbana en el siglo XIX. Ese achatamiento es un asunto difícil. Todavía se trabaja en él. Nuestras curvas dibujan todavía con una variación inferior al 6 o 7% lo que la antigua demografía marcaba con una diferencia de 25, 30 y 40%.

Por último, podemos seguir aún, por sectores, el combate con-

tinuo contra la muerte desde el siglo XVII al XX, el combate del "cinco minutos más, Señor Verdugo", de toda una sociedad. Casi desaparece la mortalidad en parto, por lo demás muy exagerada, ya que no impide en el siglo XVIII una esperanza de vida de tres a cuatro veces superior en las mujeres. Retroceso masivo continuo de todas las mortalidades infantiles. Con la gran fecha del crup, a fines del siglo XIX, después de la viruela a principios del siglo XIX y de los antibióticos en 1950. Éste es el gran combate y el único cuyos efectos son verdaderamente revolucionarios. Su éxito permite el incremento de la inversión en la educación, que puede alcanzar en los presupuestos de nuestras naciones del 20 al 25%, que hoy en día es un mínimo y que habrá que incrementar aún más.

Adelanto mucho más modesto del alargamiento de la vida de los adultos. Véase la Francia de Colbert, la esperanza de vida se sitúa en torno a los 23-25 años, debido a la hecatombe infantil, pero la esperanza de vida a los 20 años se acerca a los 60 años, lo cual significa claramente que si se llega a los 20 años se tienen todas las posibilidades de alcanzar los sesenta. Los adultos ganaron 10 años, los niños ganaron la vida, de la proporción de uno de dos, a la proporción de 98-99%.

Tres siglos de esfuerzos nos habrán valido 10-15 años más de vida adulta y una grandísima probabilidad, para casi todos los niños, de llegar a la jubilación.

En tres siglos, en todas esas curvas, os desafío a encontrar el momento de una revolución. Lo que llamáis revolución es progreso y continuidad, el fruto de una lenta perseverancia en el esfuerzo.

Veamos la nupcialidad. Para la vida, como para las parejas, os detenéis en 1960. Pues la revolución está ocurriendo, estamos viviendo la ruptura y la vivimos en varios niveles.

El hecho brutal más importante es el mantenimiento del matrimonio tardío y de manera natural, casi al mismo nivel, de la ascesis periconyugal. Todas las modificaciones se produjeron en la práctica sexual del matrimonio, pero no en la entrada a la vida conyugal. El matrimonio sigue siendo la suerte de sólo una mitad del cuerpo social. Si tomamos el conjunto de la población desde la pubertad hasta la muerte, es forzoso observar que las sociedades europeas siguen siendo las únicas que mantienen a la mitad de sus miembros (el 70% con los niños) fuera del vínculo conyugal. Y

que las sociedades occidentales no permiten más que de manera furtiva y culpable las manifestaciones de la vida sexual fuera del matrimonio.

Veamos la prostitución. Ésta todavía se admitía de manera casi abierta en los siglos XV y XVI.[2] La propagación de las enfermedades venéreas en el siglo XVI, el conocimiento en el siglo XIX de las aterradoras consecuencias de la sífilis terciaria[3] y la interiorización de la práctica ascética del matrimonio tardío, desembocan en un grado de marginalización de la prostitución a un nivel que no se encuentra en las demás sociedades. La marginalización de la prostitución se explica por el rechazo a disociar el acto sexual (y la prostitución disocia), por el estatuto de la mujer (esta es la ganancia esencial del *matrimonio* tardío y de la ascesis), por el peligro venéreo. El matrimonio tardío y la ascesis detuvieron el choque de la sífilis reactivada por el contacto con las cepas americanas.

Los desarraigos de las guerras napoleónicas y de la industrialización, y un relajamiento de las ascesis de la cristiandad, explican el recrudecimiento de la sífilis en el siglo XIX. Un mejor conocimiento del mal provoca el miedo a las consecuencias. En adelante se miden los efectos de la sífilis terciaria. Hacia 1860, la mitad de las poblaciones[4] masculinas de los asilos están constituidas durante cincuenta años por las víctimas del amor venal. El miedo a la sífilis no deriva de un mito y no todas las víctimas pertenecen a la musa romántica. Los campesinos del Buen Salvador de Caen no escapan a la maldición.

Entre los niveles extremos del matrimonio tardío —se los observa con mayor frecuencia a principios del siglo XVIII— y los promedios un poco más bajos del siglo XX, la diferencia media en las grandes curvas nacionales y regionales no supera dos años. Este importante hecho masivo no puede descartarse. Aboga por la con-

[2] Jacques Rossiaud, "Prostitution, jeunesse et société au XVe siècle" ["Prostitución, juventud y sociedad en el siglo XV"], *Annales ESC*, marzo-abril de 1976, pp. 289-325.

[3] Lo que cuenta es esa nueva conciencia. Alain Corbin, *Les filles de noce*, París, 1978, pretende que esa obsesión no corresponde a una realidad objetiva. Eso es discutible. De todas maneras, la conciencia del vínculo sífilis-demencia es capital.

[4] Según las encuestas realizadas por Claude Quetel en el marco de mi seminario.

tinuidad. Sin el mantenimiento intacto de esta estructura, la inversión masiva en la educación no hubiese sido posible. Mejor aún, el leve adelanto de la edad de matrimonio de las mujeres se compensa por un incremento muy sensible, continuo de 1780 a 1940, del celibato femenino definitivo y por el aumento sensible de la edad de los hombres en el matrimonio. De esto resulta que la diferencia de las edades de los cónyuges, que en Occidente sigue siendo, en promedio, más reducida que en otras partes, es un poco más elevada al final del siglo XIX que a principios del XVIII.

Las relaciones fuera del matrimonio son mucho más importantes aún. No cabe duda de que el modelo perdió algo de su rigor. La primera modificación sensible se sitúa en los años 1923-1925. Se debe menos a una modificación de estructura que al progreso del modelo del Norte, con noviazgo de contenido sexual preciso. Edward Shorter[5] siguió la evolución desde el siglo XVIII hasta el XX. Se puede reconstituir el movimiento de esta manera: después del extremo rigor del siglo XVII, se produce un claro relajamiento en el siglo XVIII. Nunca volverán a alcanzarse los niveles de control de fines del siglo XVII y principios del XVIII, que constituyen una especie de absoluto. En el siglo XIX se observa una poderosa oscilación, con un claro relajamiento desde 1830-1840 hasta 1860-1870-1880, luego un regreso a un mayor rigor a principios del siglo XX. Incluso es posible que las modificaciones de los años 1920-1925 no sean más que una oscilación comparable a la observada a mediados del siglo XIX.

Falta por ver la natalidad. Ésta expresa verdaderamente el comportamiento profundo de la célula familiar. A este nivel se sitúa la modificación más importante. Como si, una vez más, el contenido del matrimonio dejara de obedecer a una norma de la Iglesia para ser el ámbito bastante misterioso de la invención creadora de los esposos.

Las modificaciones van a tener dos procedencias. En los países católicos y en particular en Francia, por una transmisión oral y gestual que escapa al discurso claro. Es excepcionalmente eficaz: "Malthusianismo, palabra inglesa y práctica francesa".

[5] Edward Shorter, *art. cit., The American Historical Review*, junio de 1973, pp. 605-610.

En los países anglosajones, las prácticas antinatales serán objeto de una forma de predicación. Provienen de la cultura superior, por lo tanto, en cierta medida, de un canal menos eficaz.

Las prácticas antinatales existían. El *coitus interruptus* era un recurso de crisis, el triste sustituto al acto del amor en tiempo de desgracia. Menos en Francia, donde un discurso torpe, en la atmósfera de la Reforma católica agustiniana jansenista, acabó por culpar la obra de la carne en su totalidad. En esa sensibilidad, el nacimiento lleva la marca del placer que lo precedió. Ni siquiera el nacimiento del hijo purifica al amor del placer. Como el *coitus interruptus* implica una frustración del placer, como el *coitus interruptus* acabó por ser presentado como un mal menor en las relaciones culpables fuera del matrimonio, se le valorizó en algunos sectores de la conciencia popular. Un gran número de textos aquitanos del siglo XIX dan fe de ese neocatarismo. La mujer fecunda cae bajo la sospecha de haber recibido placer. El nacimiento, consecuencia de un coito completo, se vuelve la marca de infamia de la falta de moderación.

Este resbalón, esta traducción perversa de una práctica antigua modesta, cubierta y culpada, es el paso al límite, en algunas provincias profundas de la Francia campesina. Ese resbalón es el meollo de la anomalía francesa. La anomalía de una lógica de un siglo XIX llevado al límite de lo absurdo.

Para comprender el siglo XIX europeo, se necesitan los comportamientos más moderados de Alemania, Inglaterra, Italia y España, así como el contramodelo francés y francófono que se desborda hacia Suiza, Bélgica y algunos sectores de las burguesías continentales.

Se sabe cuál es la consecuencia. Fuera del contramodelo francés, el mantenimiento casi intacto hasta los años 1860-1880 de las antiguas natalidades —que se alejan de la curva de los fallecimientos en baja— da como resultado, mitad por envejecimiento, mitad por un mayor número de hijos que han alcanzado la edad adulta, la duplicación y hasta esboza la cuadruplicación de la población en dos siglos. La base de la pirámide sigue siendo la misma, pero la pirámide se ensancha entre los veinte y los cuarenta años. Con el mismo número de nacimientos, la Europa industrial hace más adultos, y esos adultos más numerosos acabarán por hacer más hijos,

a pesar de la fuerte reducción de la fecundidad a partir de 1880. Por tanto, la operación sucede de esta manera: el mismo número de hijos dan en 1830 una vez y media más adultos, quienes dan en 1860 claramente más hijos, que a su vez dan en 1890-1900 más hijos que en 1860. La primera duplicación rápida se debe al mantenimiento de la vida y a la regresión de la muerte, la segunda y última duplicación se debe a la rápida regresión de la muerte y a la decadencia no demasiado rápida de la fecundidad.

En Francia, la disminución de la fecundidad acompaña, y a veces precede, la regresión de la mortalidad. La población aumenta casi exclusivamente por envejecimiento. Pasa de 27 a 36 millones en setenta años. Luego la fecundidad pasa en forma leve por debajo del nivel de remplazo, varias veces de 1850 a 1870 y casi cada año de 1885 a 1914. La guerra rompe un equilibrio de sobrefusión y de 1924 a 1939-1940 la fecundidad se aleja una vez más de la línea de supervivencia. La fecundidad no se aparta mucho, sucede que vuelve a subir a la unidad en 1902, luego vuelve a bajar. Como lo muestra la gráfica 15 p. 309, el coeficiente neto de reproducción oscila entre 0.90 y la unidad. En este periodo paradójico de 1850 a 1942, la situación de Francia descubre, amplifica, caricaturiza, por un paso al límite, las características del sistema europeo. Un flujo migratorio proveniente de la periferia compensa la pérdida de sustancia. En 1936, Francia tiene 41 900 000 habitantes; se estima que sin el saldo migratorio positivo, tendría 33, o sea menos que durante el segundo Imperio, apenas más que al final del Antiguo Régimen. Francia sólo es viable dentro de Europa. Es la provincia levemente declinante de un continente de buena salud. Sin embargo, cierto número de signos muestran, a partir de 1937, que el sistema francés se está modificando[6] por el establecimiento de una contracorriente reguladora. Se ha producido una conciencia colectiva de una particularidad y de un peligro. Se abre el abanico de la descendencia de las parejas. Los troncos más fecundos expulsan a los troncos estériles. La Francia católica sigue siendo fecunda, incluso muy fecunda. Los hijos de la Francia de los años treinta son, en proporción elevada, hijos de familias de tres o más hijos. Esos nuevos franceses tienen una concepción más generosa de la vida, la sa-

[6] Véanse más adelante pp. 237-238 ss.

caron del medio ambiente familiar. La antigua contracepción, el malthusianismo ascético, se desgastó, resulta menos atractivo. Racionalismo y catolicismo ultramontano contribuyeron a hacer retroceder la culpabilidad del placer sexual en el matrimonio. La actitud nacida de un mensaje mal percibido se deshace lentamente. Por lo tanto, todo está en su lugar para una autorregulación del contramodelo francés.

En el momento en que la práctica malthusiana de una Francia campesina se deshace poco a poco, se prepara un relevo. La revolución que destruye a Occidente ante nuestros ojos y compromete la supervivencia biológica del filo portador de nuestra cultura proviene de otra fuente. No deriva del malthusianismo ascético tradicional francés, sino del malthusianismo hedonista predicador del mundo anglosajón.

El *Ensayo sobre el principio de la población* de Malthus, publicado en 1798, proporciona el lejano modelo. Malthus se refería a una práctica en base al control voluntario de los sentidos y a la dilación del matrimonio. Los que se refieren a Malthus siempre lo hacen en un sentido muy diferente. Por mi parte, no pienso que traicionen a Malthus. Son más fieles a Malthus que él mismo.

Se puede situar en 1860 el punto de partida de otro malthusianismo disociado en gran parte, esta vez, del contexto de la cristiandad, un malthusianismo agresivo, predicador, que trata de apoyarse en datos seudocientíficos, una nueva conciencia del mundo lleno y un individualismo vinculado de manera artificial a los intereses de la comunidad. Casi todo está escrito ya en el título de la obra de George Drysdale,[7] *The Elements of Social Science, a Physical, Sexual and Natural Religion,* publicada en 1860. Drysdale había creado la primera liga malthusiana, cuyo éxito fue mediocre. Drysdale llega demasiado temprano, en pleno crecimiento, cuando los Estados Unidos, después de la guerra de secesión, abren sus puertas, cuando se presentan perspectivas infinitas, antes del gran choque darwiniano que hará vacilar a tantas conciencias cristianas.

Un incidente de 1877 revela un cambio de clima al principio de la gran recesión, del periodo fructuoso (de 1873 a 1896) de los ajustes que marcan el paso de la primera a la segunda Revolución In-

[7] J.-T. Noonan, *Contraception*, p. 525.

dustrial. El verdadero malthusianismo militante no hace su entrada en la carrera antes de 1880. Para ello se necesita la repercusión del gran impulso creador que es portador tanto de los ferrocarriles como del himno a la ciencia matriz del progreso indefinido del género humano. El discurso del predicador malthusiano es de corto alcance, es mezquino, tiene algo de estrecho que es contradictorio con las olas creadoras de la buena hada esperanza.

El lanzamiento en Inglaterra, laboratorio del primer malthusianismo predicador (antes de los Estados Unidos que toman el relevo en 1950), fue favorecido por una torpeza del gobierno.

Quizá sea conveniente recordar lo que es Inglaterra en 1877[8] para comprender lo que sucede. Ese pequeño país está realmente muy poblado (30 millones de habitantes) para 150 000 km^2: es una enorme densidad de 200 h./km^2. La población aumenta regularmente en 300 mil almas al año y la emigración es una necesidad.

Si bien Inglaterra tiene el más alto nivel de vida y el ingreso *per capita* más elevado de Europa, los contrastes sociales son chocantes y enormes. Recalcan la miseria de unos, la mediocridad de una parte de los habitantes y también el contraste en el tamaño de las familias.

En realidad, no es tanto el mundo lleno lo que preocupa a la gente, sino la obligación de emigrar, que es vivida por muchos como un desgarramiento. En esas condiciones, la llegada de una nueva vida no es una bendición para todos. Ahora bien, la sensibilidad ante la sexualidad no es la misma en Francia y en Inglaterra.

La tradición francesa envuelve el conjunto de la sexualidad con un recelo que afecta tanto al matrimonio como al celibato. La tradición protestante inglesa pone muy alto y sin equivalente la vida conyugal. Por tanto, puesto que nadie puede ser privado por un motivo realmente superior de la conyugalidad, a no ser por una elección realmente muy personal (15% de solteras definitivas, más que en Francia, 12% en 1900), puesto que Inglaterra es más tolerante en la práctica con respecto a las relaciones sexuales de los novios antes del matrimonio, resulta más fácil plantear en forma abierta el problema de una sexualidad disociada de la procreación.

8 François Crouzet, *L'Economie de la Grande-Bretagne victorienne* ["La economía de la Gran Bretaña victoriana"], SEDES, 1978, 370 pp.

Si la conyugalidad es un bien superior y un derecho para todos aquellos que aspiran a ella (aun si 15% se colocan o son colocados fuera de ella), ¿cómo no sentir como un desorden el agobio de maternidades realmente no deseadas y quizá, en algunos casos, no deseables? El mundo lleno, la exaltación de la conyugalidad, el desgarramiento de la emigración y cierto derecho al placer sexual mejor aceptado que en la sensibilidad católica (a pesar de un puritanismo de las costumbres que es más protección a la conyugalidad del otro que temor en sí del sexo) hacen que en Inglaterra se instauren las condiciones favorables para el malthusianismo predicador. Además, conviene recordar que la piedad protestante es más práctica, más social, que pasa más por la acción en y a través de los demás, que en la relación personal con Dios. Lo que se puede hacer al respetar un ascetismo que sólo tiene sentido directamente con respecto a Dios (como en el caso de la privación voluntaria del coito en el matrimonio), tiene menos importancia que lo que se hace por y para los otros. Por lo tanto, el adulterio es grave, porque hiere al otro, es un desorden social; una disociación del acto sexual en la conyugalidad tiene menos importancia. Sobre todo si la utilidad social parece guiñar un ojo a la posibilidad de lo demasiado lleno, que hay que evitar en el mundo.

Una torpeza del gobierno precipita el movimiento. Se trata del proceso, en esos países de derecho consuetudinario y de jurado, desgraciadamente entablado en contra de Annie Besant y Charles Bradlaugh[9] por haber distribuido en Inglaterra un texto en extremo mediocre de un estadunidense, Charles Knowlton, acerca de la contracepción, titulado *The fruits of philosophy*. Tanto el título como el contenido destinaban a este oscuro panfleto al olvido. El ministerio público, incapaz de indicar los pasajes de la obra que justificaban la acusación de haber difundido "un libro indecente, vil, inmundo, licencioso y obsceno", fue desestimado y la publicidad fue inmensa. Antes del proceso, se habían vendido mil ejemplares, después de él se difundieron 200 mil. En adelante, nuevas ligas malthusianas van a difundir la idea "malthusiana" del peligro de lo demasiado lleno, del "exceso de hijos", causa de la miseria. Ahora bien, allí se sitúa el viraje decisivo, en ese país del utilitarismo: con-

[9] J.-T. Noonan, *Contraception*, pp. 514-515.

venía cubrir lo que no era sino una reivindicación puramente hedonista y personal con apariencia de utilidad social. Así, la lucha por la difusión de los métodos anticonceptivos penetraba al mismo tiempo que la lucha contra el alcoholismo o el combate contra la prostitución y la inmoralidad, con los modos, recursos y medios del activismo social protestante. Por fin se iba a poder hablar del sexo, y del sexo por el placer, por el bien, la decencia y la felicidad de los demás.

La vieja contracepción a la francesa es muy diferente, es un recurso individual, aun si está ampliamente difundido, siempre un poco culpado; algo que se hace, un secretito que se transmite en el seno de las familias, siempre con gran discreción. La que se extendió no fue la contracepción a la francesa sino la predicadora a la inglesa.

Las ligas malthusianas a la inglesa pasan al continente. Se las encuentra implantadas en Alemania (1889), Bohemia (1901), España (1908), Brasil (1905), Bélgica (1906), Cuba (1907), Suiza (1908), Suecia (1911) e Italia (1913).

Holanda es un buen relevo. Las obras de Greven y Van Houten precedieron incluso la traducción del aburridísimo Drysdale. Una liga activa se encuentra trabajando en 1882. Aletta Jacobs, médica, utiliza el relevo de una red de parteras.

Segunda característica, se trata de una contracepción de iniciativa femenina.

Francia le pisa los talones a Inglaterra. Pero el terreno no se presta muy bien a ese tipo de implantación. En efecto, la demanda está ampliamente cubierta por la contracepción tradicional del retiro masculino, que los franceses llegaron a dominar hasta el punto en que Francia logra colocarse por debajo del remplazo de la generación y se ve amenazada en su supervivencia.

La primera liga de 1865 no tiene ningún éxito. La gran penetración se realiza en 1898 con Paul Robin, contraceptor y eugenista, cuya Liga de la Regeneración Humana tiene proyección en Francia y en Bélgica y disfraza su propaganda con un ropaje eugenista.

La técnica de los malthusianos es la del pesario, el preservativo femenino. En 1880, Wilhelm Mensinga había perfeccionado un diafragma que servirá de modelo a los otros doscientos tipos de objetos puestos en circulación en el mundo occidental en 1935.

Inglaterra, mientras tanto, fue relevada por los Estados Unidos. Como siempre, en los Estados Unidos el cambio de clima es brutal. En 1913, Margaret Sanger encabeza un movimiento que desemboca en la tercera generación de las ligas del malthusianismo predicador. El malthusianismo se volvió médico, mecanicista y cada vez más agresivamente culpador y condicionador. Se entra en predicación malthusiana como quien entra en religión. El malthusianismo predicador convence al no contraceptor de falta moral grave con respecto a la humanidad. Por último, el malthusianismo predicador de la tercera generación es vendedor. Su fuerza se debe al hecho de que, en un mundo de objetos, de comercio, de dinero, tiene algo que vender. El arsenal de la contracepción mecánica en la época de los pesarios es muy modesto al lado del arsenal químico de la píldora y del esencialmente abortivo dispositivo intrauterino,[10] pero ya tiene la estructura propia de la cuarta generación, el que se estableció en 1951 y explota con el nuevo arsenal de 1960 a 1965. Entre el arsenal de Margaret Sanger y el de los *plannings* familiares de la cruzada que quizá va a acabar con nosotros, existe la distancia del fusil al arma termonuclear, de la yperita al armamento bacteriológico. Hay una diferencia de escala, no de naturaleza. Los charlatanes predicadores del pesario tienen la rabia y la fe de los predicadores comerciantes de la píldora de Pincus. La utilidad social y además la felicidad.

Los efectos son sensibles en los Estados Unidos, donde la natalidad se hunde bruscamente al final de la guerra, pasando de 27 ‰ a 20 ‰ en menos de diez años, de manera más rápida antes de la crisis que después de la crisis. La crisis no engendró la revolución malthusiana[11] (la de la tercera generación) sino que fue la revolución malthusiana la que engendró la crisis. En 1921, Margaret Sanger pasa al Japón. Está en la India en 1936. Las ligas de *Birth Control* —es la palabra clave de la tercera generación—[12] se orga-

[10] En el estado actual de nuestros conocimientos, se puede decir que la mayoría de los dispositivos intrauterinos provocan un miniaborto del huevo fecundado.

[11] Lo mostré en *L'Amérique et les Amériques*, París, 1964, 470 pp., p. 40.

[12] Malthusianismo es la palabra clave de las dos primeras generaciones; *Birth Control*, el sésamo de la tercera ola; y el encantador *Planning* familiar

nizan en red internacional y se expresan en los grandes congresos, y lanzan gritos periódicos acerca de la amenaza de la sobrepoblación, que los medios de comunicación masiva de antes de la guerra comienzan a orquestar. Las proyecciones a nivel planetario aún no despiertan muchos ecos. Las estrategias de intimidación operan en el marco nacional. En el momento del aislacionismo, Harvard y el *establishment* de Nueva Inglaterra son el centro y el medio de elaboración de una gran estrategia que aún no cuenta con los medios de sus intenciones. Edward M. East, profesor en Harvard,[13] es un buen prototipo de los cruzados del *Population Council* fundado en 1951 y es uno de los promotores de la cruzada de la cuarta generación.

En su *Humanidad en la encrucijada* (*Mankind at the Crossroads*), East había perfeccionado el estilo apocalíptico y llorón de los años sesenta: "El mundo está, *hic et nunc,* en presencia del cumplimiento de la predicción malthusiana. Nos encontrábamos a escasos 75 años de esa atroz desgracia, la humanidad se asfixiaría en el año 2000 bajo el peso de tres mil millones de seres humanos." Sólo que las cifras habían cambiado. Antaño, Fabre Luce nos veía mal parados en torno a los seis mil millones (de insectos, precisaba amablemente). Desde que somos 4 200 millones (en 1978), sólo nos asfixiaremos con ocho o diez mil. En realidad, los expertos, un tanto despistados, se están consultando, y esperamos el veredicto. Pero East precisaba que en 1964 los Estados Unidos contarían con 214 millones de hombres y que eso sería evidentemente la hambruna. He aquí pues a los estadunidenses de las expediciones a la Luna con el perfil de los discípulos de Gandhi. East era perentorio: esos 214 millones superaban "las posibilidades máximas de la agricultura establecidas por los cálculos presentados en las páginas anteriores".

Y como en los Estados Unidos hace falta un buen garante de moralidad cristiana y como la Iglesia anglicana siempre tiene ratos libres, la conferencia de Lambeth de los obispos de la comunión

para la cuarta generación. Esas cosas sólo se dicen en inglés, y eso es importante. En otras partes, tienen de su lado el esnobismo de lo que proviene del modelo inglés del siglo XIX, estadunidense del siglo XX.

[13] J.-T. Noonan, *Contraception,* p. 518.

anglicana entreabre la puerta en 1930 a formas de contracepción diferentes de aquéllas basadas en la abstención.

El 14 de agosto de 1930[14] se entreabre la puerta en el momento en que la fecundidad disminuye por doquier y se instala por debajo del coeficiente neto de reproducción. En un mundo donde cerca del 40% del aparato de producción económico no se ha empleado, la más alta instancia de las iglesias episcopales, en ruptura por vez primera con una tradición casi dos veces milenaria, publicaba un texto —por 193 votos a favor, 67 en contra y 46 abstenciones— que no se hubiera negado a firmar el R. P. Escobar, portaestandarte de la casuística jesuita y hazmerreír del Pascal de las *Provinciales*.

"Cuando se manifiesta con evidencia la obligación moral de limitar o de evitar la fecundidad", en un mundo en el que nos han explicado que el exceso de niños era fuente de miseria y que la sobrepoblación era una amenaza a corto plazo (sin esta presuposición, la obligación moral carece de sentido, los obispos anglicanos recibieron y aceptaron el mensaje del malthusianismo predicador) "el método debe determinarse según los principios cristianos." "El primer método, el más evidente, es la abstención completa de relaciones (durante todo el tiempo que sea necesario) en una vida de disciplina y de dominio de sí, vivida en la sumisión al Espíritu Santo." He aquí una enseñanza que, después de dieciséis siglos, debe ser conocida, demasiado conocida y poco apetecible.

> Sin embargo, en caso de que exista una sólida razón moral para limitar o evitar la fecundidad, y de que exista una sólida razón moral para evitar la abstinencia completa, la conferencia admite que otros medios sean aplicados, siempre que esto se haga a la luz de los mismos principios cristianos. La conferencia recuerda su enérgica condena al uso de cualquier método de control de los nacimientos por motivos de egoísmo, de lujo o de simple comodidad.

Este texto es realmente profético. Es un monumento inconsciente realmente sublime de hipocresía y de mala fe. Muestra una Iglesia anglicana a la cabeza de la sumisión a la moda. Reléase la frase

14 J.-T. Noonan, *Contraception*, pp. 518-525.

"una sólida razón moral" (moral, por supuesto, no se habla más que de eso, de evitar la fecundidad, el mundo está lleno, Margaret Sanger y Edward H. East nos lo han dicho, recibimos el mensaje). Pero viene la evidente razón moral de evitar la abstinencia. Por lo tanto, la abstinencia es mala, o al menos puede ser mala; mensaje recibido, doctor Freud. Pero si la castidad es mala para la salud de la gente casada, hay que preguntar a la conferencia de Lambeth lo que es para el 50% de solteros que la cristiandad latina se impone desde el siglo XIV. En realidad, se está destruyendo la piedra angular del sistema de costumbres. En cuanto a la frase final, echada como un hueso a la minoría, no es sino una hipocresía suplementaria. Afirma que hay un *control* natal noble y moral para los cristianos. Lo cual implica, casi forzosamente, que hay una procreación que se creía generosa y que no es sino oscurantista, lasciva y criminal. Algunos meses y algunos años después, aparecen las leyes eugenésicas que culminan en Nuremberg. La apostasía de Lambeth constituye evidentemente la primera capitulación a campo raso de una gran Iglesia ex cristiana.

Es ridículo volver a escribir la historia. La conferencia de Lambeth de 1930 nos lleva de lleno al mundo contemporáneo.

La avanzada del bolchevismo y del nazismo, la segunda Guerra Mundial, la amenaza que estuvo a punto de aniquilar al mundo de tronco europeo, cerraron la vía abierta por la tercera generación del militantismo antinatal, ante el cual se inclinaron un puñado de obispos de la comunión anglicana. Se rompió el hilo y la vida prosiguió su camino. Incluso se puede pensar en 1955-1960 que el equilibrio de las sociedades industriales está asegurado. El muy modesto crecimiento de los años cincuenta y sesenta, esencialmente por envejecimiento, se sitúa muy bien en la tradición de los sistemas autorreguladores establecidos de manera progresiva por la cristiandad medieval, la Europa de las Luces y la Europa industrial, siempre solidarias. Veremos que no era más que una ilusión y que las corrientes posteriores a la primera guerra marcaban lo que sería el nuevo clima después de 1950.

Es ridículo volver a hacer la historia. La conferencia de Lambeth fue acompañada y seguida por buena parte de las Iglesias protestantes multitudinarias y, desde 1963-1964, por una parte de las

jerarquías paralelas a la cabeza del catolicismo oficioso, más poderosas que el catolicismo oficial.[15]

Pero, ¿qué podía hacer en realidad la conferencia de Lambeth? Eventualmente, nada. Dejar la contracepción a la elección individual, recordar una enseñanza tradicional, observar que hoy en día como siempre el "justo peca siete veces" y que "Dios que perdona es fiel".

La gran diferencia que aparece con el malthusianismo predicador y la complicidad activa de los obispos anglicanos de 1930, esos precursores inspirados en la descomposición de las Iglesias, es el deseo no de hacer lo que a uno se le antoja, lo cual no es nuevo, sino el deseo rabioso de hacerlo con la bendición de aquellos cuya obra es decir una verdad, o al menos, una forma de la Verdad, legada por una antiquísima tradición.

Antaño, se construyó un monumento en las Termópilas: "Caminante, ve a decir a Esparta. . ." que recuerda el sacrificio de los soldados ciudadanos muertos por el honor de su ciudad y la protección de Grecia. Propongo que se grabe una lápida sobre el palacio de Lambeth, en Londres, en honor de esos 193 obispos y de los 46 abstencionistas —yo pondría gustosamente a los abstencionistas primero— que sacrificaron su honor, su tradición y la claridad de la Palabra al afán de complacer.

Esos justificadores del rechazo de descendencia, "a la luz de los principios cristianos" y "por buenas razones morales" fueron recompensados por una abundante descendencia.

Esos pequeños profetas de ayer son los contemporáneos de una crisis que, diferida treinta años, nos llega con las posibilidades a la altura de sus errores.

[15] Con la elección de Juan Pablo II, autor con el título en francés de un admirable ensayo (Karol Wojtyla, *Amour et responsabilité* ["Amor y responsabilidad"], 1ª ed. 1965, 2ª ed. Stock, 1978, 286 pp.), es posible que éste se muestre menos conciliador con respecto a las jerarquías paralelas que controlan, entre otros, el 90% de los aparatos episcopales franceses.

SEGUNDA PARTE

UN PRESENTE SIN PORVENIR

UN PRESENTE SIN PORVENIR

Los OBISPOS de Lambeth rompían, sin darse cuenta cabalmente, con una larga tradición. Ésta partía de San Agustín, de la reconstrucción de un mundo sobre un campo de ruinas. Había sido común a las Iglesias cristianas católicas y protestantes de la cristiandad latina fragmentada en el siglo XVI. La ruptura que se manifiesta hoy en día en las cifras muestra que los pensamientos se actualizan más rápido de lo que tendemos, por falsa analogía, a creer. Lo que estamos viviendo no tiene precedente. Para poder apreciarlo, habrían que recordar ese pasado que hemos olvidado. El enorme esfuerzo de los historiadores, de los demógrafos y de los historiadores demógrafos nos lo vuelve a traer en mente. Lo resumí a grandes rasgos.

El mundo de las culturas y de las civilizaciones que nos rodean es prodigiosamente selectivo. La historia no es tan sólo un cementerio de todos los destinos individuales, de todos aquéllos de quienes perdimos la clara memoria, aun si su vida está inscrita en nuestro código genético y en la memoria frágil, en la memoria reprogramada y reprogramable de la cultura, la historia también es un cementerio de pueblos y civilizaciones de todas las especies y de todas las civilizaciones —los amerindios nos lo enseñaron— que descuidaron la reproducción de la vida. "Nosotras las civilizaciones sabemos, hoy en día, que somos mortales." Paul Valéry escribía esto en un momento bastante cercano de la historia, cuando lo que sucede ahora estaba a punto de producirse, en un momento de gran fragilidad en la cadena de retransmisión de la vida; en la Francia de los años treinta que comenzaba a cosechar algunos frutos de una larga desnatalidad, de un viaje sumergido, por debajo del nivel mínimo necesario, de más de dos hijos por mujer (2.40 en 1930), para asegurar el remplazo de la generación... "Sabemos que somos mortales", Arnold Toynbee, al cabo de su larga meditación sobre la historia se complacía en repetirlo, si bien la muerte de una civilización es probable, no es fatal.

En realidad, el destino del mundo recae en todo momento en nuestras manos. Saber que podemos poco, que casi todo está decidido en la cadena agobiadora, exaltante, de todas las decisiones

libres, de todos los instantes que nos han precedido; saber que casi todo está decidido y que el margen en el que podemos actuar es ínfimo, pero que a partir de él siempre resulta posible modificar la trayectoria. Saber todo eso y actuar, en este instante, como si de lo que hacemos ahora dependiera realmente el destino del mundo.

XVIII. UN FENÓMENO SIN PRECEDENTE. ¿DÓNDE ESTÁ LA RUPTURA?

BUSCAMOS la ruptura, encontramos puntos de inflexión. Las rupturas no existen en el pasado accesible. De haber rupturas, son lejanas, escapan a la medición, su recuerdo está enterrado muy lejos, en la tierra, en los mitos cuyo alcance[1] es de 35 mil, 40 mil años quizá, la edad de la muerte, en viejísimos textos cuya lectura requiere una hermenéutica delicada.

Cuando se abarca con una sola mirada el conjunto de la historia de la población humana,[2] no se ve primero más que una cosa; un crecimiento que va del centenar a los cuatro mil millones en cuarenta milenos, si se hace comenzar al hombre realmente al pie de una tumba, en torno a un rito funerario. Si se percibe lo humano con el primer sílex tallado en una mano que ya no sirve de apoyo permanente, los cuarenta milenios se vuelven decenas de millones de años, pero el crecimiento sigue siendo crecimiento.

Si la nave de exploración del espacio-tiempo se aproxima un poco, el crecimiento se anima. Se vuelve largas y abruptas planicies, el plano inclinado deja ver escalones; luego una mirada más atenta advierte que la parte alta oculta huecos, que la resultante totaliza signos positivos y signos negativos, cifras y ceros, ramas muertas al igual que ramas vivas.

Si reducimos la distancia de nuestra mirada, veremos aparecer dos masas desiguales. Primero un mundo que parece obedecer a las mismas leyes, de cuyo seno se desprende, hace poco tiempo, menos de un milenio, el mundo extraño en que estamos, el del éxito hasta estos últimos días y el de la transformación.

El mundo del acceso universal a la pareja, de los grandes oleajes y de las bruscas sacudidas, del acceso inmediato a una sexualidad completa, de la utilización inmediata del aparato reproductor sigue la pendiente del instinto. Lo extraño en el hombre, ser de

[1] Jean-Jacques Walter, *Psychanalyse des rites. La face cachée de l'histoire des hommes* ["Psicoanálisis de los ritos. La cara oculta de la historia de los hombres"]. Denoël-Gonthier, París, 1977, 475 pp.

[2] Gráficas 32, 33, 34, pp. 326-328.

cultura, es que la vía del instinto no siempre es la mejor. No puedo apartar de mi mente una profunda observación de Edgar Morin, antropólogo, sociólogo y sobre todo filósofo, acerca de las ilusiones de nuestro gran cerebro. *Homo ludens, homo ubris.* La sexualidad humana es la única sexualidad que lleva realmente la marca de esa desmesura congenital que es lo propio del hombre. El gran cerebro también es un Himalaya de dolores, muchos más de los que se necesitan para la supervivencia, un exceso de dolores que, con la conciencia, corre incluso el peligro de destruir la vida, y es además un Himalaya de sensaciones en torno a la sexualidad permanente (el animal que bebe sin sed y hace el amor en cualquier estación, de Voltaire). Se comprende que la cultura haya refrenado esa sexualidad desbordante que, por sus excesos, puede contrariar el plan vital de la supervivencia de la especie. He ahí la razón por la que todas las culturas y más aún las civilizaciones tienen una incoercible tendencia a vejar la sexualidad. Pero las otras culturas, nuestra antigua civilización y todas las demás civilizaciones vejan con prudencia.

Hasta el día en que se desprende del espacio-tiempo la modesta muesca de nuestro sistema del matrimonio tardío y de la puesta entre paréntesis de una parte de la sexualidad humana. Y hemos visto, paradoja de paradojas, que esos frenos, lejos de comprometer la especie, le daban un mejor asiento; ese sistema fuertemente refrenado, con freno y acelerador, logró conciliar un crecimiento moderado con oscilaciones muy atenuadas. Lo que caracteriza profundamente la Europa estrecha y la Europa sin riberas hasta principios de los años sesenta es ese régimen de crucero sin sacudidas.

Se había instalado sin tropiezos, había salvado sin incorvenientes las mayores modificaciones. En un mundo en revolución, en la islita de la transformación y del progreso en el océano de las inercias, ese sistema había establecido un vínculo entre el pasado y los presentes cambiantes. De tal modo que, con un poco de perspectiva y desde cierto punto de vista, la única revolución demográfica había sido aquella que lo había engendrado. La fortuna o la desgracia, en todo eso, es que el *new pattern,* el sistema demográfico de la cristiandad latina del mundo lleno y de la Europa industrial no tiene ninguna fecha de nacimiento inscrita en ningún calendario. Cuando un documento, los registros de la Poll Tax de

1377, nos permite fotografiar una nación, la mitad del camino está recorrido. Y como las evoluciones siempre comienzan más lentamente, podemos percibir una imperceptible degradación que podemos imaginar entre el matrimonio un poquito más tardío de las cristiandades de la Baja Antigüedad y las corpulentas sirvientas de Molière, vírgenes truculentas y sin complejo que reúnen una dote y preparan su cuerpo para las generosas maternidades de los treinta años. Una revolución experimentada durante mucho tiempo, en espacio cerrado, preparada a lo largo de un milenio y por etapas, a lo largo de cuarenta generaciones, no es una revolución sino una *fructuosa evolución*. Los inicios siempre son lejanos, como el tiempo de nuestras infancias, se nimban de bruma, por lo tanto se les puede atribuir todo lo que se nos presenta en la mente, sin la mayor modificación aportada a la demografía, a la práctica de las costumbres y al uso del sexo se efectuó, como todos los verdaderos temor de que se nos contradiga. Existe, sin embargo, una certeza: progresos, con el tiempo. ¿Lo habéis notado? Si bien la cultura es el gran corta-circuitos, el atajo, el acelerador de la modificación; si bien la cultura contrasta con la agobiadora lentitud, a nuestro parecer, de la mutación "darwiniana" (paz a los manes de Darwin), también necesita la ascesis del tiempo. Las grandes cosas, los verdaderos progresos, se llevan a cabo en la lenta maduración de las generaciones y no en la improvisación apresurada. Las grandes transformaciones son conservadoras, esto quiere decir que evitan trastornar el conjunto del campo. Véase en el ámbito económico, muy cerca de nosotros, el fabuloso ascenso vertiginoso del Japón. Es el tipo mismo de una verdadera revolución, una revolución conservadora. Al conservar los valores del Japón feudal, empleándolos en una empresa concebida como la corte de un daimio rodeado de sus samurais, al conservar las estructuras de una familia de linaje, polinuclear, desmantelada por completo en Occidente, el Japón del Meiji y del posMeiji se convirtió, en un siglo y a pesar de una cruel y agobiadora derrota militar, en la segunda potencia económica del mundo. A la revolución rusa desordenada y en especial recesiva y regresiva, se opone, pues, esta revolución japonesa portadora de progreso, por ser eminentemente respetuosa y conservadora.

Véase cómo se produjo la revolución industrial. Esta gran invención se debe a los hombres. Sin un suplemento de cerebros, no

puede haber sino reproducción repetitiva; sin un aporte moderado de jóvenes retoños, el progreso es imposible. Éste permite luego a un grupo de hombres encontrar un lugar más ancho bajo el sol, esa bonita máquina de hidrógeno bastante bien regulada.

El siglo XVIII es una victoria sobre la muerte. Permite lograr más jóvenes adultos, por lo tanto más reproductores, sin tener por eso más hijos. Por esta razón la mutación demográfica que se produce no tiene nada de la proliferación cancerosa que ve en ella el neomalthusianismo predicador; es un crecimiento exactamente comparable al que transforma el cuerpo del niño en adulto. Las proliferaciones cancerosas se produjeron más tarde, fuera de Europa, en países que lograron establecer, por transculturación y simple trasplante, el acelerador de la reducción de la mortalidad infantil, sin haber refrenado antes la sexualidad por la ascesis reparadora. El sistema ascético cristiano pasado por los filtros de las Luces era un sistema, por la educación, flexible, autorregulable. Hemos visto cómo se había regulado progresivamente y cómo había logrado que la natalidad se redujera de manera insensible al nivel de la mortalidad sin romper los equilibrios esenciales.

A principios del siglo XX, la adaptación, en su conjunto, era un éxito bastante notable. Con una excepción: Francia había frenado demasiado pronto y demasiado rápido, pero gozaba de compensaciones externas. Durante mucho tiempo ningún esbozo de ruptura se había producido a nivel cultural. La posibilidad de la fractura, el punto de partida de una falla, no existe en potencia antes del neomalthusianismo predicador de los años veinte. En efecto, éste pone en tela de juicio algunos de los valores culturales implícitos que hasta ahora habían pasado de manera airosa todas las pruebas. El hecho de que la transmisión de la vida, que la supervivencia armoniosa del cuerpo social es un bien absoluto que no puede ser puesto en tela de juicio, en una palabra, que el remplazo de la generación, *hic et nunc*, es la primera finalidad, la primordial del cuerpo social, y que esta consideración no puede subordinarse a ninguna otra. Así como en 1720 Marsella había olvidado la peste, y las prudencias impuestas a la entrada del puerto por M. de Colbert podían parecer puntillosas y molestas, de la misma manera en 1920-1925, o en 1960-1965, la amenaza de hundimiento implosivo pudo parecer fantasmagórica. El malthusianismo predicador considera como un

dato indestructible la transmisión de la vida y sólo toma en consideración una amenaza, la explosión, es simplista, reduccionista...

El malthusianismo predicador se coloca deliberadamente en posición de no ver más que un solo aspecto de las cosas, el individual, no el colectivo, el presente, nunca el pasado ni el futuro, la satisfacción del deseo del momento, no la realización del ser. Enjuicia el valor de la moderación ascética de la sexualidad, y por lo tanto el valor de la continencia voluntaria, ese logro fundamental y reciente. Provoca por consiguiente una enorme regresión. También deriva de una fantástica ignorancia de la estructura del cerebro. El hombre está dotado de una capacidad erótica que, abandonada a su curso, es capaz de romper todos los equilibrios de su felicidad. Por lo tanto, el malthusianismo predicador responde a un exceso por un exceso y, sobre todo, rompe con una prudencia cultural de poco más de un milenio, el rechazo judeocristiano de disociar amor/sexualidad/procreación.[3] Se pueden producir tensiones dentro del conjunto, pero queda excluido el estallido. La sexualidad no puede ser fuente exclusiva de sensaciones, es un medio en un contacto interpersonal que involucra toda la sensibilidad y toda la personalidad, y ese contacto interpersonal culmina potencialmente en la transmisión de la vida que perpetuará el amor de la pareja en la edificación conjunta de la memoria cultural del hijo. Por esta razón, a diferencia de la heterosexualidad, la homosexualidad no puede caber en esta relación complementaria y sólo puede ser condenada moralmente y rechazada por la sociedad.

En realidad, el malthusianismo predicador no presentaba un peligro inmediato. En última instancia, podía incluso servir para la autorregulación del sistema. Después de todo, no es necesario para la felicidad y para el equilibrio del cuerpo social que los Edward East y las Margaret Sanger tengan una abundante descendencia, incluso más vale que el tronco se ciegue. El malthusianismo predicador no es de temer mientras actúe abiertamente, para la satisfacción del egoísmo y la necesidad de goce. El peligro es mayor cuando logra influir en las Iglesias insinuándose en el lenguaje y simulando una postura caritativa. Ésa es la diferencia entre el malthusianismo

[3] Para una comprensión profunda de la concepción cristiana de la sexualidad, tal como se desprende de la palabra de Dios y de la tradición, *cf.* Karol Wojtyla, *Amour et Responsabilité, op. cit.*

a la francesa y el malthusianismo vociferador, en una palabra, el malthusianismo predicador.

Por eso otorgo tanta importancia a la declaración de Lambeth del 14 de agosto de 1930 que no escapó al papa Pío XI cuya respuesta no tardó en llegar. *Casti Connubii,* el 31 de diciembre de 1930, recuerda el ABC de la moral sexual cristiana.[4] Y también aquí radica la diferencia entre la pequeña crisis de los años treinta y el colapso de los años sesenta. En 1930, dentro del mundo judeocristiano, había Iglesias y sobre todo una gran Iglesia católica que se concentraba en lo esencial, sin preocuparse demasiado por los humores del tiempo.

El debilitamiento de la Iglesia católica, la descomposición de una parte del protestantismo y la estupefacción de los clérigos constituyen el factor capital de una crisis que se lee en las cifras.

[4] Perfectamente redefinida en 1965 por Karol Wojtyla, entonces arzobispo de Cracovia.

XIX. LA RUPTURA ESTÁ EN LAS CIFRAS

LAS CIFRAS no remiten al mundo de las ideas, no tienen ninguna virtud mágica, son simplemente el velo de esos microquereres, de esas *microvoluntades* que constituyen las sociedades. La fábula de Mandeville (1711), repetida por todos los economistas clásicos desde Adam Smith hasta Ricardo, contaba cómo la suma de los egoísmos convergía hacia la felicidad de los pueblos. En 1960, el panal se volvió loco y las abejas se pusieron a picar.

Véase las curvas: la ruptura se produce en todas partes y en el mismo momento. Mil novecientos sesenta es verdaderamente el año crítico. Mil novecientos cincuenta lo es para el Japón a consecuencia de una presión exterior (la ley llamada eugenésica de 1949 impuesta por el vencedor), 1955 para la URSS y los países del Este, 1957 para los Estados Unidos, 1962-1964 para los países de Europa Occidental; con excepción de Australia, que no obedece a la ley común hasta 1971. Todo el mundo industrial se ve afectado, ya sea europeo, de tronco europeo, surgido del sistema cultural latino u oriental, de la cristiandad latina occidental fragmentada en Europa protestante y Europa católica, ya sea abrumadora la densidad de población (Holanda d. = 380) o nula (Australia, Canadá d. = 2), o ya se trate de países extremo-orientales y profundamente transculturados (el Japón). Hay matices, ritmos, niveles, no hay excepción.

El mundo industrial había recuperado su equilibrio después de la minicrisis de los años treinta; este equilibrio pudo incluso parecer demasiado generoso a algunos. Por lo tanto, cabía esperar sin mucho temor un leve asentamiento para el futuro. Esta euforia, los temores reales en lo que se refiere al crecimiento en verdad demasiado rápido y, más grave aún, desordenado del Tercer Mundo, las corrientes ideológicas del neomalthusianismo predicador y la mutación tecnológica largamente premeditada en el arsenal anticonceptivo y antinatal provocarían la ruptura. Entre las doscientas formas de pesarios y de pomadas espermicidas del malthusianismo de la tercera generación y el arsenal píldora/dispositivo/aborto por aspi-

ración/esterilización de la cuarta generación, existe la misma diferencia que separa la espada del legionario de los cohetes intercontinentales de cabezas múltiples. Sin embargo, con esta diferencia: la humanidad de los años sesenta y setenta, cuando se deja llevar por su mala inclinación a hacer la guerra, decide tácitamente limitarse a las armas convencionales. Seguimos en espera de la conferencia de Ginebra sobre la limitación voluntaria de los armamentos antivida.

Podríamos razonar en base a la comparación entre los nacimientos y los fallecimientos. Salvo en un número de casos muy limitado (las dos Alemanias, Luxemburgo, Gran Bretaña durante una parte del año, Suiza y Austria), el número de los fallecimientos aún no supera el número de los nacimientos. Al igual que el cielo que observamos por encima de nuestra cabeza no es el cielo de hoy sino el de un lejano pasado, el balance nacimiento/fallecimiento recapitula la historia de la población, no el estado de esa población en el instante. Son los excedentes de ayer (y, en Francia, los inmigrados del periodo entre las dos guerras mundiales y de la posguerra los que forman una pantalla y siguen asegurando un leve excedente de nacimientos en la mayoría de los países industrializados. Así como, dentro de veinte años, el regreso al equilibrio no permitirá evitar un excedente de los fallecimientos con respecto a los nacimientos.

En 1969, un hombre de Estado estadunidense, el general William H. Draper,[1] nombrado por el presidente Nixon representante de los Estados Unidos en la comisión de población de las Naciones Unidas, formuló el deseo del crecimiento demográfico cero para los Estados Unidos y el resto del mundo en los plazos más breves. Estas palabras fueron repetidas hasta la saciedad y en particular por Mac-

[1] Véase Jean Bourgeois-Pichat y Si Ahmed Taleb. "Un taux d'accroissement nul dans les pays en voie de développement en l'an 2000. Rêve ou réalité" ["Una tasa de crecimiento nula en los países en desarrollo en el año 2000. Sueño o realidad"], *Population*, sept-oct. de 1970, núm. 5, pp. 957-974. Véase también Albert Jacquard: "La reproduction humaine en régime malthusien. Un modèle de simulation par la méthode de Monte Carlo" ["La reproducción humana en régimen malthusiano. Un modelo de simulación por el método Monte Carlo"], *Population*, 1967, núm. 5, pp. 897-925; y para una exposición simple, no técnica, *cf.* Alfred Sauvy, *Croissance zéro?* ["¿Crecimiento cero?"], Calmann-Lévy, 1973, 329 pp., pp. 98 *ss.*

Namara, presidente del Banco Mundial, y por todos los medios de comunicación masiva. Draper, MacNamara, Rockefeller, son buenos representantes del neomalthusianismo maniaco que contribuyó a destruir nuestros equilibrios y a minar las raíces de nuestra prosperidad. Aun si tenemos en cuenta el calor comunicativo de los banquetes y si otorgamos un plazo de veinte años para la realización del deseo del general William H. Draper y de MacNamara, se calculó cuál sería para México, ese país vecino de los Estados Unidos, la consecuencia del proyecto de esos altos responsables, tan poco responsables, amos de tantos medios de presión y de condicionamiento: se necesitaría que una generación de mujeres tuviese 0.6 hijos y que la siguiente generación tuviese casi 5 (4.7). Se pasaría de seis a 0.6 para volver a subir a 4.7 e instalarse luego en el nivel 2.2. El crecimiento demográfico cero en un periodo de envejecimiento implicaría intolerables movimientos de acordeón de la pirámide de las edades y modificaciones aberrantes de la fecundidad. El equilibrio no se construye sobre las curvas de los nacimientos y fallecimientos, sino sobre la curva de la fecundidad. Por tanto, nos referiremos a la fecundidad, esa ventana abierta al futuro, y en particular al excelente indicador de los nacimientos reducidos por mujer, más concreto que el sintético coeficiente neto de reproducción.[2] Por el momento dejemos las causas y veamos los hechos. La totalidad del mundo industrial está por debajo del nivel de remplazo de la generación. La manera más simple de expresarlo es el número de hijos por mujer. En Francia, de un departamento a otro, debido a los diferentes niveles de higiene, la tasa de remplazo estricto oscila entre 2.09 y 2.16 hijos por mujer. Se puede considerar que el mundo industrial alcanza en la actualidad el remplazo entre 2.13 y 2.15; se necesitaba entre 2.18 y 2.20 entre 1950 y 1955, 2.40 en 1938. Hemos alcanzado el límite extremo de las posibilidades. La mera masculinidad de los nacimientos (105-106 nacimientos masculinos por 100 nacimientos femeninos) coloca el límite inferior teórico en 2.05-2.06. Las deformaciones congénitas verdaderamente incomprensibles colocan el límite inferior práctico en 2.08. Hemos llegado a un punto crítico en lo que se refiere a la mortalidad infantil. Desde el siglo XVII hasta nuestros días, el prin-

[2] Para la definición de esas nociones, *cf.* más adelante pp. 287-293.

cipal adelanto sobre la muerte se efectuó en el sentido de la mortalidad infantil.

Después de haber logrado recuperar uno de cada dos niños (es el gran progreso de la sedentarización del neolítico, hace seis o nueve mil años), lo cual permitió alcanzar el nivel de supervivencia con sólo 5-6 maternidades, en vez de las siete y ocho del mundo del nomadismo, el final del siglo XVII y el siglo XVIII lograron la hazaña del 60%. Fui el primero en medirla en Normandía. Luego se llegó a los 3/4 del final del siglo XIX, y finalmente a los 80-90% del periodo entre las dos guerras mundiales. Pudo parecer que los 2.40 hijos por mujer de la supervivencia constituirían un límite absoluto. Este límite fue rebasado, pero esta vez los 2.08-2.10 constituyen lo absoluto, la velocidad de la luz, o el 0 grado Kelvin, el muro de lo imposible. La elección del sexo del niño, que está a la orden del día, si por desgracia se realizaran progresos importantes en este sentido, provocaría una tremenda regresión. Todos los sondeos han mostrado que la elección del sexo del niño fortalecería la masculinidad de los nacimientos, del orden de 120 a 150, con extremos aberrantes en países musulmanes u orientales (la tradición europea es la más feminista en cuanto a la elección del sexo). La elección del sexo provocaría, pues, un sismo y haría pasar el nivel mínimo de supervivencia al de fines del siglo XIX, o sea de tres a 3.3 hijos por mujer de los años 1880.

Los 2.10 son una barrera, el 0 del cambio de signo algebraico: nos tendremos que avenir con esto. Es el umbral que nos hace pasar de un mundo abierto durante mucho tiempo a una experiencia de mundo cerrado. Supongamos, pues, que mañana —precisando que nada permite contemplar esto antes de nuestra muerte— un avance de la medicina alargue la esperanza de vida humana de 65-73 años a 200 años, incluso a 969 años, que es la edad de Matusalén (Ge. 5, 27) en la tradición hebraica, o hasta a mil, esto no cambiaría las cosas.

Esto no modificaría en nada el nivel de 2.10 necesario para remplazar la generación. Pero ese brutal alargamiento de la vida humana plantearía en cambio tremendos problemas. La población se multiplicaría por envejecimiento según un coeficiente igual al cociente de la nueva esperanza por la antigua. Una población que pasara de una esperanza de vida de 70 a 90 años se multiplicaría

por 1.28 sin que por ello se modificara la obligación de que las mujeres dieran a luz a 2.10 o 2.15 hijos entre los 16 y los 45 años. En realidad, a menos que se produzca un nuevo y mucho más inverosímil milagro que transforme a los ancianos en efebos o que reduzca prodigiosamente los efectos de la senescencia, no podría rebasarse el muro de los 2.10. Se puede incluso añadir un corolario. Mientras más se prolongue la vida humana, siguiendo el impulso actual del ahondamiento de los grandes descubrimientos de ayer, o sea una prolongación sin reducción de los efectos de la senescencia, más aconsejará el equilibrador de las cargas que se suba sensiblemente por encima de 2.10, hacia los 2.40-2.60 del excelente equilibrio de los años 1950-1965, so pena de que la sociedad se derrumbe bajo el peso muerto de sus ancianos y sus inválidos.

En realidad, lo que por error interpretamos como un aumento de la natalidad no fue a lo largo de tres siglos sino el efecto natalista de la reducción de la mortalidad infantil. Con cierto retraso, las sociedades cristianas, europeas e industriales, ajustaron las curvas del número de hijos por mujer de acuerdo a lo inverso de la mortalidad infantil. Detenido entre 1937 y 1960, el movimiento de reducción se ha reanudado, en tanto que el movimiento de reducción de la morti-natalidad se ha *parado* definitivamente. Por tanto, hay que comprender lo que significa el umbral de los 2.10-2.15. Es el paso del 0 en álgebra; la entrada a un mundo al revés. Ahora bien, el paso a la otra cara del espejo, al mundo de la muerte, fue disimulado por ese largo hábito. Se pasó de un movimiento que tendía a restablecer el equilibrio a un movimiento generador de desequilibrio.

De 1972 a 1978 inclusive faltaron cerca de 20 millones de nacimientos para que la generación fuese remplazada. Así, en menos de una década, sufrimos pérdidas dos veces superiores a las de la guerra de 1914 a 1918, comparables a las 2/3 partes de las pérdidas de la segunda Guerra Mundial. Ahora bien, un niño no nacido, por debajo del nivel de sustitución, tiene efectos más graves y más duraderos en el cuerpo social que un adulto muerto entre los 20 y los 25 años. Los efectos de la primera Guerra Mundial y el fenómeno de la clase hueca, perfectamente estudiados, se deben más al déficit de los nacimientos no recuperables de los años de guerra que a las bajas militares propiamente dichas. Véanse las pirámides

de la República Federal y de la República Democrática alemanas: por debajo del abismo que se ahueca, los grandes recortes son los del déficit de los nacimientos debido a las dos guerras mundiales. Éste tiene un efecto demoledor y desequilibrador mucho más largo que las hecatombes accidentales de adultos.

Así, el punto de ruptura se sitúa en ese momento, a principios de los años sesenta. Se pudo vacilar durante los primeros años. A todo lo largo del siglo XIX y principios del XX, se produce de cada lado de la tendencia una oscilación, *grosso modo,* de treinta años. La tendencia es un alineamiento de la natalidad con la mortalidad, un aumento de la diferencia positiva de los nacimientos hasta 1860 en Inglaterra, 1890 en Alemania, 1910 en Rusia. Esa diferencia tiende a reducirse a partir de 1880. Por tanto, en una primera fase, se produjo un desprendimiento de un excedente verdadero por aumento de la cifra absoluta de los nacimientos en el conjunto del mundo de tronco europeo (menos en Francia), lo cual quería decir que, fuera del envejecimiento que era el hecho principal, la pirámide seguía aumentando un poco en su base. A partir de 1860, el envejecimiento continúa y se acelera, pero el fenómeno de excedente absoluto de los nacimientos desaparece. En Francia, el incremento absoluto se produjo por última vez antes de 1946, entre 1880 y 1885. Pero, repito, Francia es un caso límite. El deslizamiento que se esboza en la gráfica para la Francia de 1890 a 1945, durante cincuenta y cinco años de manera continua, es el de una disminución absoluta de la base, o sea en la práctica el fenómeno del intercambio de niños por ancianos. Esto se produce mucho menos y en un periodo mucho más corto fuera de Francia. En Inglaterra durante veinte años (1925-1944), en los países escandinavos, en Alemania, en Austria, en los Estados Unidos, durante cortos periodos de quince, diez, cinco años. Naturalmente, de 1890 a 1920, el accidente del hueco francés fue ampliamente compensado por el margen cómodo de los excedentes verdaderos en todas las demás partes. Por último, de 1930 a 1940, las naciones europeas en sobreequilibrio, Rusia, Europa eslava y danubiana, Europa mediterránea, Canadá, seguían equilibrando con su excedente a las naciones en desequilibrio estructural como Francia, y coyuntural como Gran Bretaña, Alemania, Bélgica, Suiza, Austria, países escandinavos, Es-

tados Unidos durante un periodo muy breve). De 1930 a 1940, la situación era por lo tanto muy diferente. El conjunto industrial global nunca había estado en déficit. Dentro del sistema subsistía una posibilidad de autorregulación. Un elemento exterior, la crisis económica, había actuado como la guerra. En realidad, la crisis y la guerra habían aunado sus efectos: la crisis era la consecuencia directa del déficit de los nacimientos debido a la guerra. Ese déficit de los nacimientos fue lo que cerró la "frontera" del crecimiento. La "frontera", o sea el desequilibrio generador de progreso, la llegada cada año al mercado de la masa compacta de los jóvenes por educar, que son en el sistema occidental superconsumidores estructurales. La avería de la vida a la altura de los años treinta había transformado el accidente de coyuntura, en crisis grave de estructura. Por lo tanto había algo superpuesto en la minicrisis demográfica de los años treinta que no existe en absoluto en nuestra época.

La minicrisis de los años treinta se debía a dos factores superpuestos: una disminución del deseo de descendencia y la difusión de medios de prevención más eficaces, pero también, y sobre todo, una modificación del calendario de los nacimientos. La modificación del calendario es evidente en los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania. En todas partes el hueco fue seguido de un *baby boom* que se forma como un regreso a la paz en una posguerra.

Por último, y sobre todo, se producía una modificación en el abanico de la fecundidad de las familias. Junto a un sector cada vez más estéril, se mantenía y se fortalecía un sector de elección deliberada de familias numerosas. La Iglesia católica, a partir del *Casti Connubii* (31 de diciembre de 1930), salía reconfortada en su posición de rechazo. Al aplicarse los contraceptores radicales, el severísimo pero justo castigo de la autodestrucción, no se corría el peligro de que éstos dejaran descendencia. Los jóvenes que tuvieron familias numerosas de 1945 a 1965 nacieron en su mayoría de familias numerosas. La autoeliminación de los contraceptores radicales fue la mejor oportunidad de supervivencia de las poblaciones de tronco europeo, en tanto subsistió en su seno un bloque intacto de familias de más de tres y cuatro hijos. El bloque de las familias numerosas que subsiste durante la minicrisis de los años treinta constituye el mejor factor de autorregulación del sistema. Por último, la observación de las curvas mostraba que se trataba de un accidente,

un brutal hundimiento imprevisto como el que se había observado en tiempo de guerra. El desempleo actuaba a corto plazo como la movilización general de las naciones en armas. ¿El ejército de desempleados en 1933 no alcanzó acaso efectivos comparables a los de los grandes ejércitos de 1914 a 1918? Comparar, como se hace tan a menudo, la minicrisis de los años treinta con el cataclismo de los años setenta, demuestra, en verdad, una gran ignorancia de la demografía y de la historia.

Desde 1960, las curvas expresan un fenómeno totalmente diferente. Ya no queda ninguna excepción. Todos los países están por debajo de la tasa de remplazo y muy por debajo del punto más bajo de la minicrisis de los años treinta.[3]

Por tanto, no hay en este momento ni autocorrección ni compensación, no hay ninguna perspectiva de inmigración de poblaciones, de culturas, de lenguas, de sistemas de civilización cercanos. No se trata de un déficit entre el coeficiente uno y 0.95 (Francia de 1890 a 1910), ni siquiera de una diferencia grave, entre 0.95 y 0.90 (Francia de 1923 a 1940), sino de un hundimiento generador de una sociedad miserable (entre 0.90 y 0.80), de una implosión totalmente destructora (por debajo de 0.80) y de la sentencia de muerte para una generación, a partir del 0.7 (Alemania y Luxemburgo, entre 0.7 y 0.6), con una perspectiva de niveles quizá más bajos aún, en función de ese riesgo del círculo implosivo[4] que formulé y presenté por primera vez en 1977. Las grandes ciudades de Alemania del Norte están en 0.5 y 0.4. Las gráficas muestran claramente la diferencia radical, la diferencia de naturaleza entre las dos épocas.

Así, la ruptura es evidente en el perfil de las curvas, la posición de los niveles con respecto al descenso del remplazo de la generación, la uniformidad del fenómeno, las oscilaciones y la tendencia. Hasta ahora todo desciende en picada, según una alternancia de planos inclinados y de caídas vertiginosas.

[3] *Cf.* gráfica 3, p. 297.

[4] Comunicación del Consejo Económico, 20 de septiembre de 1977 (en *Historie quantitative, Historie sérielle,* pp. 290-304) y en *La Mémoire et le Sacré,* Calmann-Lévy, París, 288 pp.

Se han abolido en adelante dos características profundas del sistema europeo: éste se caracterizaba por su aptitud para remplazar la generación, tanto en forma horizontal (siglo XVII, principios del XX), como desprendiendo excedentes sustanciales pero suficientemente moderados para ser asimilados, por lo tanto, una aptitud casi dirigida a la horizontalidad, alternada con periodos de crecimiento medio, es decir una aptitud para la buena utilización, el no despilfarro de los hombres, una aptitud infinita para trazar "al hilo" curvas regulares, y fabricar pirámides de las edades relativamente armoniosas. Y la característica más profunda del sistema era esa aptitud para absorber las sacudidas.

El sistema demográfico europeo conservó esta condición de 1930 a 1939, durante la minicrisis del periodo entre las dos guerras, pero ahora la perdió totalmente. Basta con remitirse a las cifras de los últimos años: 1977[5] y en filigrana 1978.

Véase el mundo industrial o, para ser más exactos, la imagen que el mundo industrial se prepara de sí mismo para los últimos años del siglo XX, de 1997 al año 2000 ya tan cercano.

La Europa de los nueve (Francia, la República Federal de Alemania, Italia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca), 257 200 000 habitantes, 1 560 000 km², una gran densidad de 188 h/km², y tan sólo 3 156.2 nacimientos, lo que equivale a una descendencia reducida por mujer de 1.72 y una tasa de natalidad de 12.3 ‰. Un espíritu superficial podría evocar la densidad elevada como freno.

Tomemos el bloque germánico y nórdico de muy alto nivel de desarrollo, agrupemos juntas a Austria, Suiza, Irlanda, Finlandia, Suecia, Dinamarca y Noruega. La densidad pasó de cerca de 200 a poco menos de 20. Se respira, hay lugar; 31.1 millones de habitantes para más de 1.5 millones de km², tan sólo 374 700 nacimientos, o sea en nacimientos reducidos 1.63 hijos por mujer, y una natalidad de 12 ‰.

Queda la Europa mediterránea (excluyendo Italia), Portugal, España, Malta, Grecia y Yugoslavia: 77.4 millones para 900 mil km², 1 360 700 nacimientos; nacimiento reducido 2.40 y natalidad

[5] En todas partes, 1978 es más amenazador, salvo en Alemania del Este.

17.5 ‰. Gracias a Portugal y a España, que llegaron en 1977 al nivel de Francia en 1972, la Europa mediterránea asegura prácticamente sin excedente el remplazo de la generación (el remplazo se sitúa en 2.25 en ese sector un poco menos bien equipado). Si bien la Europa mediterránea se mantiene (¿por cuánto tiempo más?) gracias al catolicismo tradicional, en el nivel del remplazo, ya no puede, como de 1930 a 1939, compensar las carencias del Norte. El conjunto de la Europa no comunista (añadiendo Yugoslavia), con 365 700 000 habitantes en poco más de cuatro millones de km^2, una densidad francesa (poco más de 90 h/km^2), da 1.86 nacimientos reducidos y 13.37 ‰ de natalidad. Obsérvese que densidad, nacimientos reducidos y natalidad se sitúan en el nivel francés para el conjunto de esos veinte estados de tamaño, desarrollo, sistemas culturales y sociales tan diferentes; o, más exactamente, que Francia está en el promedio de esa Europa catastrófica.

Tal es la situación de Europa, viejo país muy poblado, con pirámides de edades estropeadas por la guerra y sus secuelas. Pasemos a los antípodas de ese mundo, la facilidad del espacio no saturado, la inmensidad de los horizontes, de los límites y de los recursos, hasta ayer los PNB *per capita* más elevados (hoy en día, los Estados Unidos, Canadá y Australia han sido rebasados por Suecia y Suiza y por lo menos igualados por la República Federal de Alemania). Formemos un conjunto, con Estados Unidos (216.8), Canadá (23.4), Australia (14.2), Nueva Zelanda (3.2), de 257 600 000 habitantes, o sea nueve h/km^2 (dos en Australia, dos en Canadá, 23 en los Estados Unidos) y las densidades por km^2 agrícola más bajas del universo.

Tendremos 257 600 000 habitantes, 3 954 800 nacimientos, 15.3 ‰ de natalidad y 1.78 hijos solamente por mujer, nacimientos reducidos. Con natalidades más elevadas que las de Europa, esos países aún jóvenes tienen fecundidades expresadas en nacimientos reducidos más bajos que los de la vieja Europa. Tal es, pues, la situación del mundo rico por excelencia, un mundo de lengua inglesa disperso en los antípodas de la vieja Europa en 1/5 de las tierras emergidas.

No se conoce, a escala planetaria, un contraste más completo que el que brindan el Japón del Fujiyama, de Tokio y de Osaka, y las grandes planicies de borregos del continente australiano. Mí-

ése bien el contraste de la relación con el espacio, puesto que los enos apóstoles del neomalthusianismo predicador siempre evocan un mundo lleno para justificar el retiro de la vida. Australia, dos habitantes por km^2, cinco o seis por km^2 cultivable y 30 por km^2 agrícola (los Estados Unidos arrojan 23, 49, 112; Canadá, dos, 5, 57; Nueva Zelanda, 12, 22, 314);[6] el Japón, en cambio, 303 h/km^2, 1 940 por km^2 agrícola, 2 024 por km^2 cultivado. Ése es el contraste: de 20 a dos mil para ese factor esencial: el espacio agrícola potencial útil, la relación de uno a cien. Frente a esta oposición, un bloque común de las actitudes de rechazo ante la vida: el Japón tiene 113 900 000 h, 1 779 500 nacimientos en 1977, una natalidad de 15.6 ‰ y un número de hijos reducido por mujer de 1.77. Dos mil a veinte, por una parte, y, cifra de oro, 1.77 a 1.78, por otra. Estas cifras muestran lo que vale el argumento del mundo lleno, de un rechazo de la vida provocado por un reflejo de defensa contra la demasía. Recuérdese el argumento de las ratas o del caldo de cultivo que mencionan frecuentemente los etnodemógrafos al servicio del *planning* de la muerte. Los mundos más vacíos, los del gigantesco despilfarro del espacio, de la tierra, de la naturaleza, los Estados Unidos, Canadá y Australia, fueron los más duramente afectados por el argumento del hombre enemigo de la naturaleza. Cuando es en realidad el hombre escaso el que estropea la naturaleza y el hombre numeroso, en particular en los viejos pueblos campesinos, el que la acondiciona y la protege. La preocupación ecológica es un lujo que sólo los pueblos ricos y numerosos pueden tener. El Japón nos brinda una lección más: muestra que el tronco, la antigua estirpe de la cultura, deja de actuar a partir de cierto nivel de transculturación. El mensaje esterilizador debió ser singularmente potente para alcanzar en conjunto a mundos tan diferentes, sin que las antiguas tradiciones y las jóvenes rivalidades (piénsese en la pareja Francia/Alemania) aporten un elemento apreciable de diferenciación.

De esto resulta que, en 1977, la totalidad de los datos de los países más ricos del mundo que pertenecen al bloque occidental muy ampliamente definido, arroja: natalidad 14.4 ‰ y nacimientos

6 Nótese que Nueva Zelanda tan sólo utiliza el 7% de la superficie agrícola cultivable de su territorio.

reducidos 1.81, para 10 626 000 nacimientos y 737 700 000 habitantes (Francia 1.86 y 13.6 ‰). Como para Europa, encontramos a Francia en el centro de ese conjunto peligrosamente amenazado. ¿Es necesario recordar que 1978 está mucho más ahuecado que 1977? el ritmo del hundimiento se acentuó sensiblemente por doquier.

Quedan los países industriales del bloque del Este. Sólo separamos de la URSS las Repúblicas íntegramente musulmanas. Se podría adoptar una delimitación más estricta que aislaría la población rusa que tiene hoy en día una natalidad inferior a la de los Estados Unidos. Por tanto, en la mejor hipótesis, el bloque del Este arroja los niveles siguientes.

Primero los satélites, la República Democrática Alemana, Bulgaria, Hungría, Polonia, Rumania, Checoslovaquia; aquí fue donde el esfuerzo de restablecimiento dio los frutos más considerables. En tanto que varios países de ese bloque habían alcanzado entre 1965 y 1973 niveles comparables a los malos niveles occidentales actuales[7] justo antes de la implosión, se asistió a un franco restablecimiento. Hoy en día, el bloque del Este, con 107 650 000 h, 1 906 600 nacimientos, alcanza 17.7 ‰ y 2.26 hijos por mujer. El bloque de los satélites de la Unión Soviética (2.26) recuperó un nivel sensiblemente igual al del bloque mediterráneo, o sea 2.40 excluyendo a Italia y 2.20 incluyendo a Italia. Italia en 1977, antes de que entrara en vigor la legislación sobre el aborto, está en 1.93.[8] Como la Europa mediterránea, la Europa del Este asegura apenas el remplazo de la generación, logró alcanzar el crecimiento cero.

En cambio, la URSS está en una *situación* mucho menos brillante. Con las poblaciones musulmanas oscila entre 2.35 y 2.43, pero las poblaciones estrictamente rusas están a 1.5-1.6-1.7 quizá. Una delimitación que sólo excluye Turkestán arroja 2.01 y 16 ‰ de natalidad (206 millones, 3 280 000 nacimientos). El bloque de re-

7 Alemania del Este: nacimientos reducidos: 1.58, 1.54, 1.59, 1.63 en 1973, 1974, 1975, 1976 (1.90 en 1977 y quizá dos en 1978); Rumania: 1.96, 1.91, 1.8 en 1964, 1965, 1966; Hungría: 1.94, 1.74, 1.81, 1.82, 1.82, 1.89, 2.01, 2.06, 2.03, 1.97, 1.92, 1.93, 1.95 de 1961 a 1973; Checoslovaquia: 2.09, 2.01, 2.05, 2.07 de 1967 a 1970.

8 La cifra de 1978 será muy inferior.

públicas democráticas menos la URSS (más Turkestán) arroja 314 millones, 5 186 000 nacimientos, 2.095 y 16.5 ‰, 2.095 con la mortalidad infantil del campo; está sin duda un poco por debajo del remplazo que se asegura con 2.15/2.16; por lo tanto, un coeficiente neto de reproducción de 0.98 o 0.99.

Si examinamos el conjunto constituido por el Oeste y el Este de tronco europeo, tenemos:

Este de tronco europeo	*Nacimientos 1977*	*Índice de fecundidad. Nacimientos acumulados*	*Tasa de natalidad*	*Coeficiente de reproducción*
313 850 000 h	5 186 600	2.095	16.5 ‰	0.98
Oeste y Japón				
737 660 000 h	10 626 000	1.81	14.4 ‰	0.85
TOTAL				
1051 500 000 h	15 812 600	1.90	15 ‰	0.90

Frente a esto se presenta el Tercer Mundo, cuyos 3 150 millones se conocen con mucho menos precisión. Una parte del Tercer Mundo desacelera rápidamente; el bloque en vías de industrialización, Corea, Formosa, Hong Kong, Tailandia, Singapur, Malasia, Filipinas, 200 millones, no debe superar con mucho tres hijos por mujer. China retrocede de manera muy rápida, pero el problema chino es difícil de resolver. Todo deja pensar que China no está muy alejada de la horizontal (sumando el centro y los campos aún prolíficos y las zonas urbanas de industrialización por debajo del remplazo), con un coeficiente poco superior a la unidad 1.1-1.2. De todas maneras, ese nivel les otorga todavía por mero envejecimiento un buen crecimiento por simple peso. Si China se mantiene tan sólo en el nivel del remplazo, puede esperar alcanzar por envejecimiento 1 300 o 1 400 millones de aquí al año 2050. La periferia de América Latina retrocede rápidamente, pero el bloque musulmán sigue ostentando descendencias acumuladas por mujer del orden de 6.5 y siete hijos. Los 3 200 millones del Tercer Mundo siguen teniendo una mentalidad del orden de 32% y una descendencia acumu-

lada por mujer del orden de 4.5 hijos, y para la parte explosiva, India, Pakistán, Bangladesh, las 2/3 partes de América Latina y el África musulmana, 1 500 millones, 40 ‰ y descendencias de 6.5 a siete hijos por mujer.

Por la evolución que se esboza, esas cifras no son una catástrofe, como se quiere hacer creer. El Banco Mundial, que ha sido y sigue siendo un pilar del terrorismo antinatal, ha tenido que reconocer que, con el impulso actual, la población mundial alcanzaría alrededor de los diez mil millones hacia 2180. Estamos lejos de las elucubraciones estúpidas que yo denunciaba hace cuatro o cinco años.[9] Aun Washington y Nueva York comienzan a recuperar su sangre fría. Esa acumulación a 10 mil millones en dos siglos, que ya constituye una hipótesis demasiado favorable, me parece excesiva. Con el impulso actual, la acumulación alcanzaría más bien de ocho a nueve mil millones. Pero el problema no es la evolución del Tercer Mundo a partir del momento en que se inicia la desaceleración y se prosigue a un ritmo casi uniformemente acelerado, como ha quedado demostrado.[10]

El problema es el de la fragmentación y el desfase. Así como las compensaciones entre sectores geográficos, sociales y culturales pueden efectuarse, se han efectuado y suelen realizarse dentro de grandes conjuntos geográficos relativamente homogéneos, también es vano esperar la solución del problema del mundo industrial de un flujo compensatorio proveniente del Tercer Mundo. La diferencia de las actitudes ante la vida, 1.25 hijos por mujer alemana y 7.5 hijos por mujer turca o magrebina (Turquía y Magreb proporcionan ahora el 65% de los trabajadores inmigrados de la República Federal de Alemania), lejos de facilitar las transferencias y las asimilaciones, contribuye a ensanchar la brecha y a impedir la asimilación.

Antaño, en el seno del universo del matrimonio general y en la pubertad, se desprendió poco a poco un sector, el sector del control voluntario de las pulsiones sexuales, de la inversión afectiva en el *nucleus* matrimonial, del matrimonio tardío y solemne y de la relativa igualdad de los sexos. Nuestra aptitud para el progreso fue la

[9] P. Chaunu, *De l'histoire à la prospective* ["De la historia a la prospectiva"]. Laffont, París, 1975, 400 pp.

[10] Cuando yo decía esto hace cinco años, esta afirmación escandalizaba.

onsecuencia de esa elección. Esta parsimonia aparente ante la vida, jos de haber sido una desventaja para Europa, le valió un crecimiento ciertamente moderado, pero mucho más sostenido, sin pérdidas; por lo tanto, un crecimiento conservador de los logros. A avés de la modernización de las Luces, el despegue de la Revoción Industrial y las tres primeras fases de la sociedad industrial, ta estructura se había adaptado para mantenerse mejor. La ruptura se produjo. La hemos vivido y prosigue. En efecto, nada permite firmar que estemos saliendo del túnel.

XX. LOS CARACTERES DE LA RUPTURA

La ruptura que nunca se había producido acaba de suceder y no nos dimos cuenta. Ésa es una de las características de las enfermedades más graves. Cuando el cáncer se manifiesta, suele ser demasiado tarde.

El nuevo incremento general de la natalidad de 1937-1942 a 1960-1964 disimula la realidad, constituyendo una reserva de niños, luego de adolescentes y hoy en día de jóvenes. Cuando el fenómeno comenzó, ni siquiera se manifestó en la curva de los nacimientos; ¿quién se hubiera quejado de que un número mayor de jóvenes en edad de procrear tenían menos hijos? Para los que temían un aumento de las cargas escolares y de las cargas de educación, fue incluso una feliz sorpresa. El leve incremento de la fecundidad en Francia de 1960 a 1964 después del evidente estancamiento de los años 1951-1959, había provocado incluso una serie de jeremiadas: los 880 mil nacimientos de 1964 fueron acogidos casi como una catástrofe por todos aquellos a los que molestaba esa ruptura. Con el aumento del número de los adultos, Francia iba a alcanzar pronto ese millón de nacimientos al año, objetivo que se había fijado en 1945 cuando, al salir de la pesadilla y al empezar a reedificar sus ruinas, se había puesto a reflexionar acerca de las causas de la decadencia. Ese desfase se produjo más temprano en los Estados Unidos que, de 1957 a 1960-1961, tiene cada año casi el mismo número de niños, cuando debería tener más. Lo característico de los fenómenos demográficos radica en esos desfases que tienen el espesor mínimo de una vida humana, y es raro que conservemos durante mucho tiempo la memoria de lo esencial. Solzhenitsin lo dijo en su gran discurso, en Harvard, el 8 de junio de 1978: "tenemos el derecho de no dejarnos atiborrar de mensajes inútiles el alma que Dios nos dio. Es un derecho que la revolución de las comunicaciones no siempre nos permite afirmar".

A los demógrafos les tocaba señalar esa ruptura y lograr que el mensaje fuese tomado en cuenta por los medios de comunicación masiva que tienen el poder de informar. La postración de los demógrafos es uno de los elementos del drama que va a tener lugar.

Durante los primeros años, la caída de la fecundidad ni siquiera repercute en la natalidad, pasa inadvertida. Y el mensaje, cuando se transmite, se traduce burdamente así, en la prensa y en los medios de comunicación masiva. El aumento de la natalidad en los Estados Unidos, en Gran Bretaña, etc., fue un poco menos fuerte de lo que podía temerse, en China, por desgracia. ¡Uf!, una cuna menos, un féretro más, no está mal después de todo. La mecánica del gran aporreamiento estaba lista. En realidad, la rendición en cuerpo y alma de los medios de comunicación masiva a los amos del neomalthusianismo predicador desde el centro nervioso estadunidense era algo consumado a partir de 1955-1957. El fenómeno comenzó con un bloqueo de la información. Podemos darnos cuenta de esto por simple comparación. El nuevo incremento de la natalidad, el *baby boom,* fue acogido de manera favorable, y comentado en forma inmediata y masiva. Incluso se celebró durante los primeros años como lo que fue en realidad: un factor altamente propicio. Pero, a partir de 1952, el comentario comienza a cambiar en los Estados Unidos. La creación en 1951 del *Population Council* y la movilización de las grandes fundaciones estadunidenses (Rockefeller, Ford. . .) en torno al plan de limitación de los nacimientos se sitúan en ese momento. En tanto que se reúnen capitales para perfeccionar el arsenal anticonceptivo, el *lobby* obtiene casi de inmediato un cambio de rumbo de los medios de comunicación masiva. El año de 1952 en los Estados Unidos, y el de 1957 en Francia (creación del movimiento para el *Planning* familiar francés),[1] marcan la vuelta malthusiana. El hundimiento de la natalidad, la guerra, las leyes de Nuremberg y el genocidio nazi, la diversión, en el sentido

1 1955-1957 constituye efectivamente el viraje ideológico. En Francia, el Partido Comunista, poco sensible al cambio brusco que acababa de producirse en el Este, resistía valientemente al embate de la cuarta ola del malthusianismo predicador. Jacques Derogy, actualmente periodista del *Express,* escribía en ese entonces en *Libération,* satélite progresista del PC. A partir de una campaña efectuada en Inglaterra, Derogy publicaba un panfleto de título translúcido: "Hijos a pesar nuestro". Se refiere a esos hijos no deseados sino aceptados, esos hijos que hoy en día son rechazados y asesinados, cuyo rechazo explica el círculo implosivo que nos reduce y que quizá nos va a aniquilar.

El comité central del PCF, en la primavera de 1956, gracias al impulso de Maurice Thorez y de Jeannette Vermeersch, denuncia la trampa del *Birth*

etimológico, que representa la lucha por la vida provocan de 1935 a 1951-1952 una puesta entre paréntesis del malthusianismo predicador en los países anglosajones. Durante diez años, el nazismo había monopolizado los temas convirtiéndolos en un arma de guerra; resultaba difícil volver a lanzarlos por cuenta propia mientras los supervivientes de la matanza conservaran su recuerdo. Recordamos, aun hoy en día, las recomendaciones del doctor Wetzel redactadas a petición de Himmler con respecto a las poblaciones de los territorios rusos que se conquistarían en el Este. Es una teoría del genocidio de retardo. Se podía leer, en lo que constituye una buena teoría de esto que se está llevando a cabo ante nuestros ojos, palabras como éstas: "Debemos seguir en esas regiones del Este una política demográfica conscientemente negativa", inversamente simétrica de aquélla, por lo demás muy torpe, que la Alemania nazi aplicaba en los territorios alemanes:

> Se debe inculcar a la población rusa por todos los medios de la propaganda, en particular por la prensa, la radio, el cine, los volantes, folletos y conferencias, que un gran número de hijos no representa sino una carga pesada. Hay que insistir en los gastos que ocasionan los hijos, en las buenas cosas que podrían tenerse con el dinero que se gasta en ellos. Se podría asimismo aludir a los peligros que para la salud de la mujer pueden representar los partos[...]. Al mismo tiempo, se debe establecer una propaganda amplia y poderosa a favor de los productos anticonceptivos. Se debe crear una industria apropiada con este objeto. La ley no castigará ni la difusión, ni la venta de los

Control en términos quizá arcaicos pero vigorosos. En 1956, el PCF se une a la Iglesia católica contra la planificación salvaje del malthusianismo predicador, mientras que la URSS impone el aborto en sus Repúblicas y en todos los países del Este siguiendo la línea kruschevista. En 1978, el PCF sostiene el neomalthusianismo, exige nuevos abortivos, en tanto que los países del Este echan marcha atrás, restringen el aborto y fomentan la natalidad mediante largos descansos prenatales y posnatales.

Pensemos tan sólo en el debate de 1956 en el seno de la izquierda francesa que opone un PC aún natalista a un socialismo y un progresismo adictos a las tesis del neomalthusianismo hedonista (*cf.* Pierre Daix, *La crise du PCF*. Le Seuil, París 1978, 250 pp., pp. 40-41). Pierre Daix es favorable a Derogy. Y sin embargo, a la luz de los acontecimientos ulteriores previsibles, Maurice Thorez era quien tenía razón, cualesquiera que hayan sido sus motivos.

productos anticonceptivos, ni tampoco el aborto. Habrá que facilitar la creación de intituciones especiales para el aborto, entrenar respecto a esto a parteras o enfermeras. La población acudirá con más frecuencia a los servicios de abortos si éstos son efectuados con cuidado. Los médicos deben participar sin que eso atente contra su honor. La propaganda debe recomendar igualmente la esterilización voluntaria.

El texto del doctor Wetzel no es un texto aislado, la academia de derecho alemán, las S.S. y el ministerio para los territorios ocupados del Este trabajaron en proyectos análogos. Sólo faltó el tiempo para permitir algo más que un esbozo de ejecución. A falta de poder planificar el genocidio diferido, los nazis tuvieron que contentarse con un comienzo de genocidio directo.

Quise recordar ese texto porque me parece que establece muy bien la unión entre el neomalthusianismo predicador de los años 1920-1935 y el que se apoderó de los medios de condicionamiento de las opiniones a partir de 1957-1960. En realidad, es importante no olvidar el relevo nazi para comprender el camino seguido por las ideas.

En todo caso, una cosa es segura: el resurgimiento de la ideología neomalthusiana contribuyó a ocultar un fenómeno que hubiera debido contar con los proyectores de la información. Para percibir el movimiento en sus inicios, cuando una acción a nivel de la información y de la política hubiese podido ser eficaz sin tener que movilizar medios enormes, se necesitaba un mínimo de discernimiento. Lo que sucedió en los Estados Unidos y en Canadá de 1958 a 1961, en Francia de 1964 a 1967, en Alemania de 1966 a 1969 era tanto más interesante cuanto que la brusca disminución de la fecundidad se debía no a un cambio en la formación de las familias de las generaciones de más de 25 años de edad, sino a la entrada en escena de los más jóvenes. A edades iguales, los recién llegados tenían de pronto menos de la mitad de la descendencia de la generación que les había precedido diez años antes. Como traté de explicarlo en aquel momento, si eso se confirmaba (y se confirmó), se estaba preparando un temblor de tierra bajo nuestros pies. Repito que el silencio de los demógrafos[2] ante un fenómeno de esa impor-

[2] Silencio o dulce murmullo. En todo caso, nada se percibió.

tancia sigue siendo para mí uno de los elementos más curiosos y finalmente menos explicados de la crisis.

Los demógrafos saben muy bien desde siempre que las generaciones se suceden y que no se parecen. La generación nacida en 1931 fue en Francia mucho más fecunda que la nacida en 1902.[3] Y ese ritmo de treinta años se ha observado casi en toda Europa. Ese ritmo se percibe sobre todo en los largos periodos de estabilidad relativa. Por eso, en el siglo XX, ese ritmo se percibe con más facilidad en el Oeste que en el Este. Las poblaciones de la vieja Europa industrial del oeste ya habían ajustado su fecundidad a la reducción profunda y antigua de la mortalidad. Mientras que el Este está en plena fase de transición. Pero las oscilaciones eran muy moderadas, la diferencia de actitud ante la vida, de una generación a otra, era del orden del 10, 15, a lo sumo 20%. Era fácil ver que lo que sucedía a mediados de la década de 1960 era de índole muy diferente. Actualizada durante veinte años, la actitud ante la vida de la generación que surgía en la edad de la reproducción iba a provocar una disminución a la mitad de la fecundidad, la aparición de natalidades del 9 ‰, en una palabra, el colapso que apenas acaba de empezar. Una encuesta realizada en 1960[4] y que fue ocultada con púdico silencio,[5] proporcionaba desde 1960 todos los elementos que permitían prever la continuación. Esas encuestas fueron utilizadas por el *marketing* de los nuevos anticonceptivos, para lanzar las enormes inversiones requeridas por la industria del nuevo arsenal anticonceptivo y antinatal.

Pero la vacilación no dura mucho tiempo. A partir de 1961 en los Estados Unidos y en Canadá, de 1966 en Alemania y en Gran Bretaña, en los Países Bajos, en los países escandinavos, la caída es vertical. A media pendiente, se produce siempre un breve tiempo de detención (Estados Unidos, 1968-1970; Alemania, 1971, Francia, 1977), luego la caída prosigue y nada permite afirmar que hemos llegado a la parte inferior de la ola.

[3] Chantal Blayo, *Natalité Fecondité* ["Natalidad Fecundidad"], pp. 51-80. *Population*, 1974, núm. 3 y R. Pressat, F. Marchal y O. Rabat, *Population*, 1972, núm. 4-5, pp. 805-874.

[4] P. Chaunu, *La Mémoire et le Sacré*, pp. 58-60.

[5] Algunos elementos se filtraron, pero la advertencia no fue tomada en serio.

Se trata efectivamente de una ruptura: Lo que vivimos no tiene precedente y, si no logramos controlar la implosión, esta ruptura será única, sin mañana, ya que en verdad no habrá mañana.

En ciencia social, cuando aparece un nuevo fenómeno, y ese fenómeno, por su amplitud, su ritmo, sus características, es nuevo, hay que buscar el laboratorio.

Es evidente que el laboratorio, es Alemania. Véanse las gráficas, véase la pirámide de las edades de las dos Alemanias. Los Estados Unidos y Canadá preceden, pero la República Federal de Alemania lleva el fenómeno más rápidamente y más lejos.

Alemania del Oeste gozó de una enorme transferencia de adultos. El milagro alemán significa la absorción de 15 millones de alemanes del Este, de los cuales 10 millones eran adultos. Hasta el muro de Berlín en 1961, la República Federal disfrutó de la llegada al mercado, cada año, de gran número de jóvenes adultos que no tuvo que formar. Y de adultos que hablan su lengua, de adultos política y culturalmente adictos al modelo de sociedad que los acoge, vacunados contra la tentación del comunismo por la experiencia de opresión y de miseria que habían recibido de él. Todos los índices económicos muestran que hay dos fases en el milagro alemán: la de la explosión alegre hasta 1958 y como máximo 1961 y una segunda fase donde Alemania utiliza los logros realizados de 1948 a 1961. Los años 1948-1961 en la historia de Alemania corresponden en el pasado de los Estados Unidos al maná de la inmigración masiva de los jóvenes europeos educados de 1870 a 1905. A pesar de los recortes de las guerras, la pirámide de las edades alemana es compacta a nivel de los adultos. Ahora bien, a partir de 1961 Alemania deja de recibir el maná de los hombres que no hay que hacer, moldear, educar. Alemania tiene ante sí veinticinco años de una fabulosa renta de situación. La Alemania industrial, culpada, desarraigada, la Alemania buena alumna de la democracia, la que escuchó de 1933 a 1945 un lenguaje "eugenésico" que constituye en cierta medida, como lo hemos visto, un puente a través del buen doctor Wetzel, entre el neomalthusianismo predicador de 1930 y el neomalthusianismo representante de los productos farmacéuticos de 1964-1966, la Alemania excesiva y ordenada... va a aplicar metódicamente la eugenesia de la muerte.

En 1977 hubo 580 mil nacimientos, de los cuales 76 mil se pro-

dujeron en familias extranjeras. Hubo, pues, 500 mil nacimientos alemanes, lo cual reduce la fecundidad de las mujeres alemanas a 1.30, el coeficiente neto de reproducción en 0.61, el más bajo de toda la historia de la humanidad, ¡inferior al de Leningrado durante el sitio de la ciudad!

En 1978, el déficit causado en la base de la pirámide de las edades por la subnatalidad supera los dos millones, o sea un poco más de las 2/3 partes de las pérdidas de la segunda Guerra Mundial, una vez y media las pérdidas de la primera Guerra Mundial.

Con una natalidad del 9.5 ‰ y 121 mil fallecimientos más que nacimientos, ninguna señal, no de restablecimiento sino al menos de simple estabilización, es aún perceptible.[6]

RFA	*Nacimientos*	*Descendencia reducida por mujer*	*Número de nacimientos necesarios para asegurar el remplazo*	*Déficit*
1961	1 012 700	2.46	885 000	
1962	1 018 600	2.44	885 000	
1963	1 054 100	2.52	895 000	
1964	1 065 400	2.55	910 800	
1965	1 044 300	2.51	890 300	
1966	1 050 300	2.53	888 300	
1967	1 019 500	2.49	876 100	
1968	969 800	2.39	868 400	
1969	903 500	2.21	873 200	
1970	810 800	2.02	860 500	50 000
1971	778 600	1.92	867 100	89 000
1972	701 400	1.71	873 700	172 000
1973	635 600	1.54	881 300	246 000
1974	626 600	1.51	882 000	256 000
1975	600 500	1.43	881 400	281 000
1976	602 800	1.457	881 300	279 000
1977	582 000	1.39	883 400	303 000
				1 676 000
				Déficit total acumulado

[6] La caída se aceleró aún más en 1978.

Además, ¿cómo podría ser de otra manera? El círculo implosivo que describí por primera vez en 1977 funciona en forma perfecta. Como por el momento nada ha intervenido, podemos prever una descendencia reducida cada vez más cercana al hijo único y, a partir del año 2000, la aniquilación irreversible de un cuerpo social kafkiano con cuatro veces más fallecimientos que nacimientos, 50% de más de 55 años de edad, y posiblemente un levantamiento de los alógenos importados de manera masiva para tratar de hacer funcionar un aparato de producción inutilizable a falta de brazos y sobre todo de cerebros.

Esto debe entenderse bien. No hay causas alemanas de la situación alemana. Hay causas generales que son las de la ruptura y luego la implosión del mundo industrial. Sólo hay causas alemanas que hacen que este país, rico, poblado, frágil, traumatizado por un pasado reciente del cual tiene vergüenza con razón, brinde menos resistencia que las demás naciones industriales y que Alemania tan sólo anticipa. En una palabra, el mundo industrial es, en el peor de los casos, una Alemania en potencia.

Si se observa la curva de los Estados Unidos y de Canadá, se puede comprobar que la caída es aún más vertiginosa. Si bien los Estados Unidos y Canadá están un poco menos abajo, con 1.7[7] nacimientos por mujer en vez de 1.39, esto se debe únicamente a que Canadá estaba a cuatro en 1958 y los Estados Unidos a 3.7 en 1957. Menos de cuatro a 1.7 de 1958 a 1976 y de 3.7 a 1.7 de 1957 a 1976, la caída en 18 años es más considerable que la caída alemana de 2.25 a 1.39. Esas cifras perfectamente anunciadas por el círculo implosivo[8] prueban que aún le queda un buen margen de caída a Alemania para alcanzar el nivel de reducción estadunidense en veinte años y a los Estados Unidos para tratar de emparejarse con Alemania en torno al nacimiento único. Las campañas en pro de la no paternidad muestran, como sabemos, que esa hipótesis de genocidio a muy corto plazo no puede, en adelante, ser totalmente descartada.

[7] Pero 1.6 en 1978.
[8] *Cf.* más adelante, p. 218 y ss.

XXI. EL CÍRCULO IMPLOSIVO

TODO ESO era previsible desde 1960. Los expertos que no previeron o que no dijeron nada después de haber visto, que es lo más frecuente, cargan con una gravísima responsabilidad.

En 1960,[1] se realizaron encuestas en todo el mundo industrias entre jóvenes parturientas. La pregunta era anodina: ¿ha deseado usted ese hijo? En todas partes, 50-52% de sí se oponía a 50 o 48% de no. Después de esa primera pregunta seguía otra: si hubiese tenido la posibilidad de evitar ese hijo, ¿lo habría usted evitado? Como la pregunta no precisaba el cómo y en vista de que una parturienta es un ser dotado de razón, la respuesta era lógica en el 99% de los casos. El 48% de las mujeres había respondido: si hubiera podido evitar ese nacimiento, lo habría hecho. ¿Es acaso necesario precisar que ese esfuerzo de información no era puramente desinteresado y que se trataba de sondear —antes de lanzar por el mundo la peligrosa píldora de Pincus puesta en venta en 1960 en los Estados Unidos después de un periodo de pruebas totalmente insuficiente de tan sólo tres años— el mercado eventual? La respuesta que hubiera debido poner en movimiento a los poderes públicos, reconfortó en forma evidente a los inversionistas involucrados en la producción industrial del material genocida.

Como había que "vender" el producto, la píldora de Pincus fue colocada como nunca lo había sido ninguna pasta dentífrica o desodorante. La ganancia permitía un gigantesco esfuerzo. La cuarta generación neomalthusiana tenía el producto milagroso, la poción mágica: una píldora, la píldora de la felicidad. "Entrad al paraíso de la píldora" exclaman, con la convicción del místico, los héroes de John Updike. El hecho de que las mujeres que toman anticonceptivos orales tengan (*The Lancet,* 8 de octubre de 1977), después de 15 años de progresos, una mortalidad en promedio seis veces superior a la de las mujeres de la misma edad y de la misma condición que no recurren a la droga milagrosa, es un detalle insignificante que los vendedores han logrado disimular hasta hace poco.

[1] Jean Bourgeois-Pichat, *Population,* 1976, núm. 6, p. 1076.

mpo. En un mundo que celebra con razón el culto del medicamen- la píldora del placer sin temor y del amor sin vergüenza iba a er a su servicio un magnífico ejército de hipócritas.

En 1960, cuando los franceses tenían 2.8 hijos, los alemanes y Francia natalidades del 16.5 ‰ y 18 ‰, se podía prever ndo los milagrosos productos estuviesen suficientemente difun- os, natalidades del 9 ‰ que sorprendieron a Tartufo y a los ertos, cuando aparecieron quince años después en Alemania.

sabe qué pasó después. A partir de 1960, se vuelven a hacer da año las mismas encuestas. Cualquiera que sea el nivel de di- ión del arsenal antinatal y el nivel de la natalidad (20 ‰ al incipio, 12 y 9 ‰ actualmente), las respuestas son siempre las smas, uno de cada dos niños sigue sin ser positivamente deseado. to quiere decir que aplicadas a la letra, las respuestas actuales rmitirían esperar descendencias inferiores a la unidad y natali- des del 7, 6, 5 ‰.

Estas respuestas son tanto más sorprendentes cuanto que, por ra parte, el deseo de descendencia, tal como se anuncia en los ndeos de opinión, sigue siendo muy grande.

Tomemos a Francia en el año 1960. Los franceses dicen desear 2.8 a 3 hijos, y su descendencia oscila entre 2.7 y 2.9. Esto sido así desde hace décadas. Los europeos lograron obtener, *osso modo,* la descendencia que querían. Tienen el número de jos que desean, con la condición de no tenerlos cuando lo desean.

De 1960 a 1975, el deseo de hijos disminuyó de 2.9 a 2.4, y esde 1972 el número de hijos nacidos disminuye más rápidamente. e 1975 a 1977, el deseo de hijos anunciado pasó de 2.4 a 2.7. os franceses recibieron el mensaje, comprendieron que el peligro no estaba donde creían, y los nacimientos acumulados pasaron de .83 a 1.86. Disminuyen de nuevo desde entonces. En 1978 1.81 1.74 en agosto y septiembre de 1978).

He aquí la ruptura.

Desde 1965-1968, el deseo de hijos expresado está totalmente disociado del número de hijos nacidos.

La antigua contracepción, la contracepción difusa, natural, per- mitía ajustar la descendencia del cuerpo social al deseo de descen-

dencia. La nueva contracepción logró una proeza: ya no permite las parejas realizar su deseo profundo de descendencia. Y esto, p una razón muy simple. Al hacer pasar la procreación y la sexu lidad del dominio del hipotálamo al córtex del instinto de la cla conciencia, se rompe un equilibrio antiguo. Tenemos dos cerebr como tenemos dos memorias. El discurso neomalthusiano exalta libertad. Si mañana tuviéramos que asumir el mando de las sísto del corazón y el funcionamiento del páncreas, no alcanzaríamos súmmum de la libertad sino que habríamos reducido nuestra liber tad, en una palabra, ¡nos habríamos convertido en lo que dejam de ser desde más de un millón de años, unas ostras¡

El discurso acompañante de los anticonceptivos orales, el di curso de la cuarta generación del neomalthusianismo predicador el causante de esa ruptura. La píldora de Pincus, colocada en el ra dal de las nuevas farmacopeas, introducida con las etapas, l pruebas y las prudencias habituales, hubiera podido ser un elemen sumamente positivo, como todos los logros de la tecnología cien fica. Al forzar las etapas y las cadencias, al hacer en torno a contracepción oral y el dispositivo intrauterino una fabulosa inve sión financiera y afectiva, se provocó la ruptura y el estallido d un equilibrio vital de nuestra cultura.

En la antigua concepción, la fecundidad permanecía en el ord de la naturaleza; para evitar las consecuencias normales del coit había que querer, hacer. Había que decidir no querer, bastaba co *aceptar o al menos no querer* para que bajando la guardia de man ra progresiva llegara la concepción, no deseada, pero más o men fácilmente aceptada.

Y como se suponía que el cuerpo social no sabía lo que de hech sabía, se precipitaba en torno a los esposos y les traía las felicit ciones que acababan por reconfortar a la pareja en su aceptació hasta tal punto que ya no sabían a ciencia cierta qué era lo q habían querido y qué era lo que aceptaban. Las encuestas han mo trado que esos hijos no positivamente deseados, pero aceptados s demasiadas dificultades, eran los más felices y los más amados. S le exige demasiado al hijo deseado, la proporción de los niños má tires es mayor en esa categoría que en la segunda. En la vida, ha forzosamente una parte que escapa a la decisión clara.

Por lo general, el primer hijo se deseaba de manera positiva,

gundo y los siguientes eran aceptados. Ésta es la clave de la res-
esta a las encuestas y de la permanencia de esa misma respuesta.
entras más penetra el discurso en los espíritus, más culpa a la
gunda actitud, que es, sin embargo, la actitud natural.

En una palabra, en la antigua contracepción, la fecundidad per-
necía en el orden de la naturaleza, la esterilidad era un hecho
sajero de la cultura; a partir de la revolución contraceptiva, la
erilidad pertenece a la supranaturaleza del civilizado. La concep-
ón es un acto violento que deriva de una decisión grave, que
brá que justificar ante la sociedad civil, casi un delito, en todo
so una acción vergonzosa que se sospecha nos dejamos imponer
r ignorancia o fidelidad a una ideología del pasado, oscurantista,
¡oh colmo!, por egoísmo. La respuesta de las italianas a un son-
o a principios de 1978 es reveladora. Una parte considera que el
orto es un crimen, pero otra parte más importante aún estima que
se puede decidir dar a luz a un hijo en un mundo semejante.
mo se podría en forma deliberada privar de trabajo a un desem-
ado, arrebatar su taza de arroz a un campesino de Bangladesh,
otar los recursos de la naturaleza, contaminar la atmósfera de
ciudades y privarse de un fin de semana en el campo.

Ya instalado este discurso perverso, resulta difícil de extirpar.
ogramado desde la infancia, se establece prácticamente a nivel
l inconsciente. Las actitudes ante la vida se forjan entre los 4-5
los 12-13 años de edad y duran toda la vida. Todo hace pensar
e esa generación está perdida. La que tenía 10 años en 1960
que almacenó, a nivel de sus células cerebrales, el gran miedo
la vida y la mentira de la liberación que es liberación de la
a, de la herencia, de la cultura, de todo lo que nos vuelve hom-
s en la misteriosa sucesión de las generaciones.

Como la píldora pronto se tolera mal y es peligrosa después de
35 años, como el rechazo a la vida es un derecho, la contra-
pción oral debe completarse forzosamente con el aborto, que en
principio pretendía abolir. Y como el aborto no puede efectuarse
repetirse sin daños, le sigue la esterilización... 40 millones de
erilizados en edad de procrear a finales de 1978.

El círculo implosivo del nuevo discurso se dotó de nuevos me-
os. Habrá que precisarlos, marcar bien las etapas. El análisis de
curvas confirmará. La ruptura es enorme, absoluta, sin prece-

dente. No se puede contener un torrente con una cuchara, apag
un incendio con un dedal.

Los ciudadanos del mundo industrial siguen queriendo en el fond de su alma la continuación de la vida. La trampa en la que ha caído los condena a no querer lo que quieren. Desbaratar el mec nismo de la máquina, aprender a controlarla, obtener del cuerp social el esfuerzo que permitirá pasar nuevamente del deseo acto: ésa es la finalidad de nuestro esfuerzo.

Y en primer lugar, comprender bien el mecanismo de la ruptur

XXII. LA RUPTURA. ¿HASTA DÓNDE?

DESDE hace diez años, los expertos esperan que hayamos alcanzado el fondo. Habían previsto primero un estancamiento como el que separa, en casi toda Europa, el punto culminante de la inmediata posguerra, del restablecimiento de los años 1957-1964; luego, un regreso a los niveles de los años treinta. Desde 1972-1973, los récords de la gran crisis económica han sido superados, Alemania[1] incluso se instaló desde hace cuatro años en la fecundidad que había alcanzado Francia en 1916, cuando seis millones de hombres se hallaban lejos de sus hogares y un millón de soldados se relevaban en Verdún, en un país que la invasión había reducido a 34 millones de habitantes.

Ése es el problema, esos niveles nunca alcanzados. ¿Cómo podría conservarse el recuerdo de un nivel de fecundidad que provoca en equilibrio cuatro fallecimientos por un nacimiento, una reducción en la proporción de cuatro a uno en un siglo y 50% de más de 50 años? Ninguna sociedad de ese tipo ha podido sobrevivir porque es, en el sentido propio, insoportable, y porque las sociedades que se instalan en tales niveles implotan. A partir de un nivel que ciertos países vecinos habrán alcanzado quizá pronto, el fenómeno se acelera. ¿Para qué dar a luz niños si es para sumirlos en el infierno hacia el cual nos encaminamos? Yo mantengo que un país no puede permitirse durante diez o quince años los niveles alemanes, que quizá sean los nuestros mañana. La prueba es que no hay la más mínima señal de restablecimiento. Ciertamente, el tono de los medios de comunicación masiva ha cambiado, se han adoptado medidas. En julio de 1978, Alemania Federal decide un aumento masivo de los subsidios familiares, inimaginable hace apenas un año. Sin embargo, por el momento no se percibe todavía ningún indicio tangible.

De todas maneras, la ruptura está consumada. El hueco que se formó en la pirámide de las edades de la cuarta parte más inteli-

[1] Varias grandes ciudades alemanas asisten al establecimiento del *0.8, nueva (¿y última?) etapa.*

gente del mundo no tiene precedente. Aun si todo regresara al orden el año próximo, la perturbación provocada por esa mutilación de la carne de una cuarta parte del mundo supera, y con mucho, las pérdidas provocadas por las dos grandes guerras mundiales. Esa muesca que se ve en las pirámides de veinte naciones marca la ruptura. El después nunca volverá a parecerse al antes.

Tenemos otra prueba de esto. Véanse las gráficas de los países del Este.[2] Seis países, 108 millones de almas, un conjunto tan diverso como Alemania del Este y Polonia, Checoslovaquia y Hungría, Rumania y Bulgaria. Tres países eslavos, un país germánico, uno difícilmente clasificable (Hungría), un país latino bizantino (Rumania).

Dos países son de tradición ortodoxa, se vinculan al cristianismo autocéfalo del Este. Hungría es de cultura latina con una fuerte marca protestante. Checoslovaquia es católica con una influencia husita que vincula a las *élites* del país al mundo protestante. Polonia es fieramente católica y la República Democrática Alemana es el país de Lutero. En todas partes, salvo en Bulgaria, el régimen es importado. Hungría y Checoslovaquia han protestado. Rumania se dotó de una forma de comunismo nacional que es a la vez "estaliniano", en el interior y en el límite de la disidencia en sus relaciones con Moscú. Polonia practica un comuno-catolicismo realmente único. En cuanto a Alemania del Este, es felizmente inimitable. Gran potencia industrial, cuyas *élites* son siempre aspiradas por el Oeste, vive en el sistema de hierro de un comunismo eficaz por ser alemán, un comunismo de cruz gamada que el ejército rojo omnipresente vigila muy de cerca. Rodeados de fronteras alambradas como las púas electrificadas de un inmenso campo de concentración, esos países del pacto de Varsovia se detestan y se vigilan.

Esos países fueron los primeros y los más duramente afectados. El hundimiento de la fecundidad se produjo muy temprano. Este hundimiento apareció a raíz de las medidas tomadas en 1955, en base a una consigna de Moscú en pro del aborto. La era krutscheviana impuso el aborto como un remedio o una compensación a las dificultades de abastecimiento y a la penuria de productos de

2 Gráfica 7, p. 301.

primera necesidad. Salvo la República Democrática (2.38) y Bulgaria (2.41), esos países tenían en 1955 una fecundidad (en nacimientos reducidos por mujer) de países en transición. Checoslovaquia (2.81) y Hungría (2.81) estaban por encima de la mayoría de los países del Oeste (la República Federal, 2.14; Francia, 2.68; Gran Bretaña, 2.22; Bélgica, 2.38), con la salvedad de los Países Bajos (3.63). Rumania (3.15) y Polonia (3.61) conservaron niveles que eran los de la Europa Occidental antes de 1914, debido a que la mayoría de las poblaciones eran agrícolas. En este contexto se instalan los hospitales abortivos... y el Este europeo pasa bruscamente a estar abajo del Oeste, cuya fecundidad vuelve a aumentar a partir de 1956-1958. El movimiento de restablecimiento en el Oeste fue notable, sobre todo en Gran Bretaña.

Gran Bretaña, después de la recuperación de la posguerra, modesta y rápida, se empareja con Francia de 1961 a 1964. Durante ese tiempo, la Europa del Este se hunde. Por vez primera, el Este queda por debajo del Oeste. Durante quince años, de 1959 a 1973, Hungría se mantendrá siempre por debajo del nivel de remplazo. La caída más espectacular fue la de Rumania, de 3.15 en 1958 a 1.80. Sólo Bulgaria logra evitar sacudidas demasiado bruscas. En cuanto a Polonia, salvo durante dos años (1969 y 1970, 2.20 y 2.20) en los que la generación apenas se renovó, a pesar de una caída cruel (de 3.61 en 1955 a 2.20 en 1969 y en 1970), logró mantenerse por encima de la línea de supervivencia (2.41 y 2.36, 1976 y 1977).

Así, la Europa del Este experimentó con anterioridad una caída que ponía en peligro la vida del cuerpo social, seguida de un restablecimiento realmente apreciable. Esto significa que esos países son hoy en día los únicos que no están amenazados en forma inminente. Con excepción de Alemania del Este que permanece, con 1.83 en 1977 a pesar de un restablecimiento espectacular, muy por debajo de la supervivencia.

Esos movimientos tienen mucho que enseñarnos. En toda la historia, fuera de las guerras, en la época de los inmensos ejércitos de conscripción (1914-1918; 1939-1945), no hallamos nada comparable. Esas líneas quebradas que dislocan las pirámides de las edades, hacen aumentar el costo de las inversiones y el peso unitario de la educación, pertenecían a las secuelas de las guerras, al costo

difícilmente apreciable que significaron. Aquí en cambio fueron producidas casi en forma gratuita por decisiones de una incalculable ligereza. La liberalización inconsiderada del aborto provocó una caída de la fecundidad de cerca de la mitad; véanse las curvas casi paralelas de Rumania y de Hungría. ¿Acaso el viraje del Partido Comunista soviético y de los partidos comunistas satélites por conminación de Moscú en 1955[3] refleja una presión de la opinión pública? ¿Una evolución del aparato o una decisión de arriba, sin más motivo que un error de juicio sobre una mala información? Lo inquietante es el eco estadunidense de 1958 a 1960, y luego de Occidente después de 1964. En 1958, la muerte de Pío XII hunde a la Iglesia católica en un clima de descompresión que, a consecuencia de algunos gigantescos errores de juicio, aniquilará, ¿durante cuánto tiempo?, la mayor estructura de orden del mundo. La muerte de Stalin en 1953 provocó también en el mundo soviético una onda de descompresión que se concentró en el aborto, recurso contraceptivo, y permitió huir del presente mediante un rechazo de descendencia. El aborto como medio de paliar la ausencia de bienes de consumo.

La primera lección es que el Este es el primero en perder la principal característica de la demografía europea, el hilado homogéneo de las curvas. En adelante entramos a una nueva era de caos que Occidente seguirá en el mejor de los casos. Al optar por el restablecimiento drástico de la curva mediante acciones masivas (casi supresión del aborto en Rumania, control del aborto más estricto y largos descansos prenatales y posnatales en otros países), los gobiernos del Este escogieron la única política posible. En realidad, la instalación por debajo del nivel de remplazo implica tales desgracias que todo vale más que la continuación de la peor elección. Por otra parte, sólo un choque, una conciencia dramática puede modificar el curso del destino y arrancar el cuerpo social del aniquilamiento insidioso, pero resulta evidente que esos desniveles originan dificultades ulteriores. El caso de Rumania es en particular característico. Quizá sea el menos malo, gracias a una política a largo plazo de inversiones: 1964, 1.96; 1965, 1.91; 1966, 1.80; 1967, 3.66; 1968, 3.63; 1969, 3.19. . . haciendo trampa un poco, logra

[3] En Francia, en 1956, como lo vimos, el PCF no obedece a la nueva línea.

extenderse más fácilmente en corto plazo. Reaccionando pronto y con vigor, los países del Este escogieron la solución menos mala para limitar los efectos del error ya cometido. La segunda lección del Este es, pese a todo, una lección de esperanza: sí se puede actuar, una política es posible y, siempre que sea masiva, puede ser eficaz.

La distorsión que acaba de producirse entre el número de hijos anunciados y el número de hijos realizados muestra que una iniciativa sensata debe poder, *a priori,* permitir que las parejas realicen sus deseos. También tenemos la prueba de que el deseo de las parejas de tener hijos obedece a la información y a la presión ideológica del ambiente. Si ganamos el combate en los medios de comunicación masiva, podemos verdaderamente esperar una modificación en la mentalidad de los futuros genitores.

¿Lo que es posible en el Este lo es en el Oeste? De la respuesta que se dé a esta pregunta depende ahora el destino del mundo.

XXIII. LA FRANCIA DEL CENTRO. UN PASADO DIFÍCIL

FRANCIA al borde del abismo en 1939 había hecho primero lo que el Este acaba de realizar con éxito logrando luego sobreponerse de manera realmente ejemplar en 1945. Las gráficas de los países del Este muestran que la ruptura no les quitó posibilidad de acción a los poderes públicos, con la condición de que éstos existan y consideren que la supervivencia del cuerpo social del que están provisionalmente a cargo forma parte de la política.

Dos obstáculos se yerguen ante nosotros. O bien diluir la particularidad nacional en el gran todo. La ruptura nos insta a esto. La fragmentación demográfica del mundo en dos universos por el momento antitéticos, como lo prueban las pirámides de las edades, la extraña similitud de los movimientos en las gráficas que parecen obedecer a un misterioso director de orquesta.[1] Esta actitud estaba muy difundida durante los años 1975-1976 en los círculos responsables de los medios de comunicación masiva y del poder político. Cuando se está agobiado por las preocupaciones cotidianas, sentirse en medio del pelotón de las naciones industriales, decir, como respecto a la inflación, que después de todo no cometemos más tonterías que las demás, es una actitud a corto plazo excusable. Basta con esperar la autorregulación del sistema.

Por desgracia, el sistema ya no es autorregulable. La *retroacción correctiva* tan esperada cedió su lugar a la *retroacción acelerativa.* Hemos atravesado la barrera del sonido del cambio de naturaleza. El signo de menos se volvió signo de más. Anteriormente, los efectos se anulaban en forma parcial en un polígono de fuerzas, hoy en día los efectos se suman en una desbandada incontrolable.

La segunda actitud prevaleció durante mucho tiempo. Consiste en encerrarse en el marco nacional. Todo insta a eso: el acceso a las fuentes, la mejor comprensión de lo que nos afecta, la sensación de colocarnos en el terreno de lo accesible y de la acción posible. De esta manera, Francia primero, Francia sola. Con toda razón, esta

[1] *Cf.* gráficas 1 a 8, pp. 295-302.

actitud irrita. Provoca la sonrisa de los escépticos, el encogimiento de hombros cómplice de los inteligentes. Nadie podrá acusarnos de dejarnos encerrar en el marco nacional y el corto plazo. Eso sería tanto más irrealista cuanto que el desarrollo de la política de integración europea y la inserción en la comunidad atlántica industrial ha restringido un tanto, desde hace treinta años, nuestras posibilidades de acción.

Sin embargo, el mundialismo puro es aún más peligroso que el nacionalismo estrecho. La acción sigue siendo nacional, la política se decide en el marco de las naciones, y el cuerpo social, todavía hoy en día, percibe más nítidamente las realidades en el marco de la nación. Después de todo, lo que está en juego es su destino y el de sus hijos.

Paradójicamente, la mundialización de la crisis nos lleva a acciones más estrechamente nacionales. De 1890 a 1940, Francia pudo ignorar la situación particular en la que se había instalado con imprudencia, porque constituía la excepción de un mundo feliz. Gracias a la absorción de una pequeña parte de los excedentes de sus vecinos, pudo fabricar franceses a partir de adultos, tener niños sin darlos a luz. Esta situación ya no está vigente. La fuente de la emigración italiana y española se ha agotado. Los portugueses pronto dejarán de acudir. Quedará por algún tiempo el mundo musulmán en plena explosión: los turcos que invaden Alemania, los magrebinos y los habitantes de un Tercer Mundo más lejano. Es evidente que hemos alcanzado en todas partes el nivel donde la inserción ya no se logra, y el rechazo se prepara. El colapso del conjunto industrial vuelve a actualizar, en forma paradójica, las soluciones nacionales. Pronto no tendremos nada que esperar de los demás; mejor dicho, la descomposición de Alemania a partir de 1985-1990 ejercerá tensiones y torsiones en sus vecinos, esencialmente en Francia. De nuestros vecinos que nos habrán precedido por poco en la desgracia, no podremos esperar nada más que la desgracia. Si nada se produce, si nada llega a romper el círculo implosivo cuando aún estamos a tiempo, por muy poco tiempo, así sucederán las cosas.

Por último, el contagio existe en los dos sentidos. Una vez más, un rayo de esperanza nos llegará del Este. La desgracia en los países del bastión oriental de Rusia había llegado de allí en 1955. La liberalización del aborto había sido concedida a las multitudes para

ocultar el fracaso económico de Kruschev y de su equipo. La decisión de restablecimiento fue tomada únicamente por Rumania. En rechazo y con ayuda del nacionalismo, esta política surgida en Rumania se impuso a todo el bloque del Este. Incluso acabó por ser adoptada, pero sin gran éxito, por la URSS y Alemania del Este.[2] Una acción emprendida en el buen sentido, en un marco nacional, se impone por contagio a las naciones vecinas.

El caso de Francia es excepcional en más de un sentido. Francia no se destaca sino que escribe con su propia acentuación una historia común. La revolución del mundo lleno y del sistema regulador del matrimonio tardío partió, en la Edad Media, de los 150 mil km² entre Loira y Somme, en el corazón de la cuenca parisiense. En el centro del mundo lleno, el espacio francés fue durante mucho tiempo el más poblado de Europa. La densidad francesa del siglo XII al siglo XIII es sensiblemente igual a la de Italia, el doble de la de Inglaterra, de Alemania, de España; el norte del reino está en igualdad con los Países Bajos, el eje renano y la llanura del Po. Apretujada en el centro de Europa, Francia vivió la experiencia de un mundo relativamente lleno. Así, los franceses le sacaron partido a todos los recursos reguladores del sistema del mundo lleno, de un sistema que sus antepasados habían inventado y que habían llevado hasta un punto de perfección.

Esta perfección les resultará contraproducente. La presión demográfica fue el motor de la Revolución Industrial. Respecto a esto ya no queda ninguna duda. La habilidad para valerse de todos los recursos del sistema permite a Francia evitar el golpe. En tanto que toda Europa se duplica en el siglo XVIII, Francia, unánime, responde con un crecimiento de un tercio. Mientras que Europa se triplica entre 1800 y 1910, Francia aumenta por envejecimiento e inmigración un nuevo tercio. Entre 1700 y 1910 Francia se duplicó, Inglaterra se octuplicó, Alemania se sextuplicó, Europa se cuadruplicó en su territorio, exportó cincuenta millones de hombres y europeizó el 40% de las tierras emergidas. Francia logró evitar casi todo el crecimiento debido al retroceso de la mortalidad infantil. Este logro le costó su

[2] Éxito mediocre en Rusia, éxito indudable aunque modesto en Alemania del Este.

lugar en el mundo. En 1680, Francia representaba el 25% de Europa y el 5% de la población mundial. En 1978 representa el 8% de la población europea y el 1.2% de la población mundial, o sea un tercio de su parte relativa en el seno de Europa y un cuarto de su parte relativa en el seno del mundo. No hay indicador cultural independiente de la ley implacable del número. El francés o un dialecto cercano al francés es hablado en 1680 por uno de cada cuatro europeos, un tercio de lo impreso en el mundo es francés; en 1978, el francés es la lengua materna del 5% de los que se expresan en una lengua materna de tronco europeo, el 4% de lo impreso en el mundo es francés.

El milagro, o el contramilagro francés consistió en autorregular solamente, sin tratar de abrir una "frontera" espacial o tecnológica. Todo eso, por supuesto, es relativo. Francia no se eclipsó de un solo golpe, durante mucho tiempo tuvo la impresión de que compensaba por la calidad y las rentas la situación del prestigio de un largo e incomparable esplendor que la sacrificaba, deliberadamente, en peso y en poderío. Los franceses no se dieron cuenta en seguida del efecto de piel de zapa. Durante mucho tiempo tuvieron tendencia a practicar una política que excedía sus posibilidades. Tomaron el efecto por la causa. Rara vez se les ocurrió acometer el mal en su raíz. Luego tuvieron tendencia a pasar del exceso de soberbia al exceso de resignación. Los pueblos viejos no tienen más proyectos que los ancianos que aplastan en la cúspide sus pirámides de edades afiladas en la base.

Francia no había remplazado la generación en el momento de la crisis de 1846-1850. El segundo Imperio había tenido un balance apenas positivo. El ajuste se había hecho con muy poco margen, con tan poco, que el menor error exponía al país a sumirse por debajo de la línea de supervivencia. Eso es lo que va a suceder durante la tercera República. A partir de 1885,[3] Francia dejó de remplazar la generación. Todavía hacen falta más de tres hijos por mujer, y los nacimientos acumulados pasan de 3.3 a 2.95 en unos cuantos años. El fin del orden moral, la llegada al poder de los republicanos, el retroceso de la influencia de la Iglesia, marcaron una primera resquebrajadura. En el mal clima de 1890, Francia

[3] Gráfica 15, p. 309.

alcanzó el coeficiente de 0.95. Luego la situación mejora nuevamente. ¿Cómo cabría inquietarse, además? Se conoce mal la demografía; ni siquiera existe la palabra misma. Tan sólo importa el balance nacimientos/fallecimientos; ahora bien, éste aún es positivo, gracias al envejecimiento. La población de Francia crece lentamente, la escolarización fabrica niños mejor educados, la expansión colonial les reditúa a los franceses compensaciones de amor propio, la mancha rosa se extiende al continente africano y a la Península indochina. Sobre todo intervienen dos factores. Francia anticipa. Al restringir el tamaño de las familias, es decir, yuxtaponiendo una mayoría de familias muy estrechas a una minoría de familias numerosas, los franceses podían tener la sensación de modernidad. Tan sólo anticipaban lo que se estaba llevando a cabo en otra parte.

Además, después de la violenta ruptura de 1885 a 1890, el tamaño de las familias francesas se estabilizó de 1890 a 1905 un poco por debajo de tres, en tanto que la revolución pasteuriana (el suero antidiftérico sobre todo) reduce la mortalidad infantil. Por eso, Francia recupera el equilibrio en 1902 y 1903. Pero no por mucho tiempo.

En efecto, antes de la guerra de 1914 se produce el primer verdadero cataclismo. De 1880 a 1902, los buenos años del orden moral borraron los efectos de los malos años de la República, y Francia había cometido un leve error de tiro en el ajuste malthusiano. Bastaba con mantener la familia francesa de tres y el equilibrio quedaba asegurado. Además, desde 1885 Francia comienza a abrirse a la inmigración de los judíos de Europa Central y Oriental y de los italianos[4] en el sur del país. Esta inmigración, junto con el clima de reducción de las familias, provoca la gran llamarada xenófoba de los años del *affaire.*[5] Toda brusca disminución de la fecundidad vuelve a una población inepta para la asimilación de un cuerpo extraño y desencadena inevitablemente un mecanismo de

[4] Pierre Baillet, *La Population étrangère dans l'économie nationale* ["La población extranjera en la economía nacional"]. Sorbona, París, tesis multigrafiada, 1977, 3 vols. 881 pp. + 500 pp.

[5] Zeev Sternhell, *La Droite révolutionnaire. 1885-1914. Les origines françaises du fascisme* ["La derecha revolucionaria. 1885-1914. Los orígenes franceses del fascismo"]. Le Seuil, París, UH, en 8º, 1978, 442 pp.

rechazo contra los inmigrantes cuya llegada fue provocada por la disminución de los nacimientos.

La verdadera ruptura[6] se sitúa en la década que precede la guerra con la luz intermitente de los primeros excedentes de los féretros respecto de las cunas. ¿Cómo comprender esa ruptura? Por primera vez, Francia alcanza el segundo signo de alerta, el coeficiente neto de 0.90 en 1911. Los excedentes de fallecimientos son menos importantes, tan sólo significan que Francia comienza a presentar una pirámide excepcionalmente vieja y que las reservas del buen siglo XIX se han disipado (antes de 1846 y durante el orden moral).

La ruptura de 1905 a 1910 parece resultar de la superposición de varios fenómenos. Una considerable pérdida de influencia del catolicismo. La agresión combista. La separación se abate sobre una Iglesia enferma, en plena crisis del americanismo.[7] La curva de las ordenaciones está en estrecha correlación con la curva de la fecundidad. En Bretaña, en el Finistère, en Plozévot,[8] estudios recientes han mostrado que el abandono de la práctica religiosa de los primeros años del siglo XX se acompaña de una importante reducción de familias muy numerosas en el campo; esto también es cierto en particular en la cuenca aquitana, en la cuenca parisiense, allí donde se superponen la influencia de la pequeña propiedad, y una descristianización cuyas raíces se remontan al siglo XVIII y fueron reveladas por la rotura de la Revolución.

Segundo factor, la superposición de dos malthusianismos. Al malthusianismo rural tradicional, se añade un malthusianismo urbano. Una parte del campo francés era poco fecunda. Las tierras de la Mediana Garona, Normandía, las grandes planicies de la cuenca parisiense practicaban el malthusianismo del retiro masculino. La motivación provenía del rechazo de repartir la herencia. Las regio-

6 A corto plazo, la curva de la salud demográfica relativa de Francia es la de la salud relativa del catolicismo: el orden moral, Méline, la República de la Adhesión, la cámara azul horizonte. Los huecos corresponden hasta 1930 a los éxitos de la izquierda.

7 Paul Vigneron, *Histoire des crises du clergé français contemporain* ["Historia de las crisis del clero francés contemporáneo"]. Tequi, París, 1976, gr. en 8º, 500 pp.

8 André Burguière, *Bretons de Plozévet* ["Bretones de Plozévet"]. Flammarion, París, 1977, en 8º, 395 pp.

nes de pequeña propiedad y de antigua descristianización se vieron en particular afectadas. Son comunes las raíces de ese rechazo a la vida y del gran mapa violentamente contrastante de la práctica religiosa, tal como las encuestas de Le Bras y del canónigo Boulard las habían dibujado antes de la gran desbandada conciliar.

A partir de 1900, la industrialización y la urbanización reducen la población rural, y las poblaciones urbanas son aún menos fecundas que la vieja Francia rural media. Los años 1905-1914 marcan en todas partes un claro retroceso de la natalidad. De 1900 a 1905, la natalidad pasa en los Estados Unidos de 30 a 27 ‰. De 1900 a 1914, el clima cambia en Alemania: el coeficiente de reproducción pasa de 1.55 en 1898 a 1.30 en 1914, el ritmo se acelera de 1908 a 1914 (de 1.47 a 1.30 en seis años). Francia se ve afectada por el aire de fuera. De 1900 a 1914, exactamente como de 1964 a 1978, a una estructura francesa se superpone una acción externa. El primer gran congreso internacional para el control de los nacimientos, inspirado por el neomalthusianismo predicador anglosajón y germánico, se celebra en París en 1900 (el segundo en Lieja en 1905, el tercero en La Haya en 1910 y el cuarto en Dresde en 1911). Al malthusianismo campesino del retiro masculino, cuyo secreto se transmite en el fondo de las alcobas y que está fundamentalmente motivado por el deseo de no fragmentar la herencia, se añade un malthusianismo (de preservativo masculino) que está motivado por las condiciones de vivienda mediocre en las grandes ciudades y por el temor de las cargas que representa el hijo. En tanto que el malthusianismo campesino acepta uno o dos hijos, el urbano es a menudo más radical, rechaza toda descendencia. Lo que se reduce es la carga del hijo.

Las poblaciones urbanas vienen del campo. Una parte de los empleados, de un medio campesino relativamente acomodado y en general poco fecundo. Ese medio de funcionarios y empleados está acostumbrado, por tradición familiar, al malthusianismo tradicional del *coitus interruptus*. Con frecuencia mantuvo pura y simplemente la tradición y como el medio campesino acomodado, se apega a la herencia. La herencia, las malas condiciones de la vivienda, rara vez el trabajo de las mujeres, son las motivaciones. Cuando la vieja técnica no basta, ese medio puede entreabrirse a los métodos mecánicos. El pesario penetra difícilmente. Es un recurso de prostitutas,

el aseo íntimo de doble fin, higiene y contracepción, es en cambio un recurso *más* o *menos* eficaz de la burguesía.

Una cosa es segura: de 1901 a 1914, la fecundidad francesa disminuye al igual que la fecundidad alemana. El paralelismo en los dos países es asombroso, Alemania pasa de 1.52 a 1.30 y Francia de uno a 0.90. De 1908 a 1914, Alemania pasó de 1.46 a 1.30 y Francia de 0.95 a 0.90. Un espíritu superficial hará notar que el reflujo alemán fue más importante, una vez y media más rápido de 1901 a 1914, dos veces más rápido de 1908 a 1914 que el reflujo francés, pero entre 1.30 y 0.90 la diferencia no es de grado, es de naturaleza, la diferencia que hay entre la vida y la muerte.

El frágil equilibrio en el decrecimiento fue roto por la guerra de 1914-1918. Alfred Sauvy calculó la incidencia de la guerra; es considerable: en pérdidas totales y en déficit de nacimientos no recuperados, es del orden de 2 900 000.[9] Francia llega a la cabeza, inmediatamente después de Serbia, en cuanto a las pérdidas de guerra. La guerra de 1914-1918 equivale a una anticipación de veinte a veinticinco años siguiendo el impulso de los malos años del periodo anterior a la guerra. La guerra no crea la ruptura, tan sólo la revela.

Una cosa es indudable: a partir de 1920, hay una doble particularidad francesa. Por cierto, los años 1920-1941 son francamente malos. No sólo Francia, aun en 1920, no logra alcanzar el punto de equilibrio (0.98), y a pesar de una inmigración masiva (dos millones), vuelven a aparecer a partir de 1933 los excedentes de los fallecimientos respecto de los nacimientos de antes de 1914, sino que por primera vez, en tiempos de paz, en 1933, en 1935, 1936 y 1937 con 0.89, 0.88, 0.89 está por debajo del coeficiente de 0.90.

Como de 1901 a 1914, la Francia de 1920 a 1940 obedeció al ritmo de los grandes países industriales.

Su situación parece peor, la pirámide de las edades más recortada, porque la proporción de extranjeros es más elevada (se aproxima al fatídico 10%), porque aparecen los excedentes reveladores de fallecimientos respecto de nacimientos, de los cuales Francia tiene el único y poco envidiable privilegio en tiempos de paz. Sin embar-

[9] Alfred Sauvy, *Histoire économique de la France entre les deux guerres* ["Historia económica de Francia entre las dos guerras"]. Fayard, París, 1965, 564 pp.; 10.5 hombres muertos o desaparecidos por cada 100 hombres activos.

go, la situación francesa es en profundidad menos mal de lo que las apariencias dan a creer.

Más vieja, más frágil, la población francesa comienza a defenderse. Se ha dado cuenta del peligro. La ley votada en el Parlamento en 1920 lo demuestra. Se propone poner un dique a la ola del neomalthusianismo predicador. Esta legislación, que fue objeto de ataques incesantes de 1957 a 1967, traducía perfectamente la especificidad francesa. El rechazo a la vida pertenece al secreto de las familias. Sólo se acepta si se paga con una frustración del placer. Hay cosas que se hacen, aunque no se esté muy orgulloso de hacerlas, pero que no se dicen. Francia sigue siendo campesina y se refugia en su forma específica del malthusianismo tradicional, no está de acuerdo con que se le imponga de fuera el neomalthusianismo predicador y sus *gadgets*. Acepta el preservativo masculino, so pretexto de higiene, porque se sitúa en la línea del retiro masculino del onanismo tradicional, rechaza los preservativos femeninos que transforman a la mujer en un objeto pasivo de placer. La legislación de 1920 es señal de un sentimiento de culpa.

Sobre todo, Francia se da cuenta cada vez más del peligro. Sabe que estuvo a punto de sucumbir en 1914, sabe a qué precio arrancó, con la victoria, el derecho a sobrevivir. Ahora bien, el excedente de los nacimientos en Alemania (3.4 millones de 1920 a 1930; 3.5 de 1930 a 1939), debido únicamente al envejecimiento, disimula, por suerte, el hecho de que tanto Alemania como Inglaterra están en peor estado que Francia. De 1920 a 1935, Alemania e Inglaterra tienen un coeficiente neto inferior al mal coeficiente francés. La Europa del Este y la Europa Meridional siguen manteniendo, aun en el peor momento de la crisis de 1933 a 1935, al conjunto europeo por encima del nivel de remplazo, pero en el conjunto más industrial —Alemania, Francia e Inglaterra—. Francia no es la que está en peor estado de 1930 a 1935. Ya no lo está y felizmente no lo sabe, pues tanto en 1935 como en nuestros días, las poblaciones no reaccionan en la fuente, en la fecundidad, sino en el equilibrio de las cunas. Frente a los excedentes alemanes de 300 mil nacimientos, Francia presenta un excedente de 30 a 35 mil fallecimientos. Es el único país en el mundo que tiene ese estigma de muerte. Eso se sabe, eso se publica. En las líneas de la prensa, en publicaciones, discursos, mensajes de radio, horas de enseñanza en

las escuelas, en una palabra, en ese difícil pronunciamiento global que me esforcé en definir,[10] el mensaje pasó. Todos los franceses saben que su país se convirtió en el de las tumbas, saben que es un país de ancianos, y los pequeños franceses del periodo entre las dos guerras sufren al sentirse como aplastados y perdidos en un mundo de adultos un poco triste. Los franceses saben todo eso, no les produce ningún orgullo; en el fondo de sí mismos, desean otra cosa.

El sistema francés del periodo entre las dos guerras, a diferencia del que ahora hemos instaurado, era autorregulable. En primer lugar, por una razón muy sencilla, conservaba reservas que se han perdido definitivamente. Dejemos la reserva de la inmigración italiana y polaca. Un estudio reciente[11] mostró la suerte que representó para Francia la inmigración polaca. Ninguna otra población se integró tan rápidamente y en forma tan total a la población francesa. Los polacos y los italianos formaban el ejército de reserva. El catolicismo constituía el cemento. En tanto que los italianos atraídos por la Aquitania rural se volvían muy pronto tan poco prolíficos como los franceses, los polacos resistían mejor y engrosaban el grupo de las familias numerosas.

Cuando se compara la situación actual con la de la minicrisis del periodo entre las dos guerras, conviene tener en cuenta una diferencia fundamental. En las generaciones nacidas entre 1892 y 1916 en Francia, las mujeres tuvieron en promedio 2.26 hijos, cuando hacían falta 2.45 para asegurar el remplazo de la generación. Así, entre 1920 y 1940, Francia se sitúa por debajo del nivel mínimo con un coeficiente neto de tan sólo 0.90. Pero con 2.26 hijos, con la condición de que se mantuviera la fecundidad a ese nivel, se podía esperar alcanzar el nivel mínimo reduciendo aún más la mortalidad infantil. Mientras la fecundidad permanezca por encima de 2.10-2.15 hijos, Francia podría esperar bastarse un día sin mayor modificación. Y ésa es la primera y capital diferencia. Era el primer elemento de autorregulación posible. Quedaba una reserva de reducción de la mortalidad infantil. Por debajo de 2.10 ya no hay reserva práctica ni teórica.

Otros factores podían tener implicancia. Una considerable disper-

10 Pierre Chaunu, *De l'histoire à la prospective* ["De la historia a la prospectiva"]. Laffont, París, 1975.

11 Pierre Baillet, *op. cit.*

sión en el tamaño de las familias. Volvamos a la generación de mujeres nacidas entre 1892 y 1916. Por cada 100 mujeres, contamos 222 nacimientos, cuando habrían hecho falta 245 para remplazar la generación. Si esos nacimientos se hubiesen repartido entre un número igual de familias de dos y tres hijos, habría habido pocas oportunidades de regulación positiva. Felizmente, no fue así. El 16.5% no tuvo hijos. Esta cifra es superior al nivel actual, lo que implica para el 5 o 6% un rechazo total y exitoso de la descendencia. El 24.9% tuvo un hijo único. El 41.4% no tuvo prácticamente descendencia; el 23.8%, dos hijos; el 14.5%, tres hijos; el 8.2%, cuatro hijos; el 4.7%, cinco hijos; y el 7.4%, seis hijos y más.

El 68% de los hijos de las generaciones nacidas entre 1920 y 1940 provenía de un tercio de las familias de tres hijos y más; el 48% de los hijos, de un quinto de las familias de cuatro hijos y más; y el 23% de los hijos, de las familias de seis hijos y más. El 41.1% de los adultos de esa generación, casi uno de cada dos franceses, tuvo poco más de un décimo de la descendencia global. El 7.4% de los adultos produce el cuarto de la generación siguiente. Una de cada cinco familias criaba la mitad de los niños. En la segunda generación, la Francia del hijo único en edad de procrear provenía de una cuarta parte de familias de seis hijos y más. Los hijos únicos se encuentran en minoría. Basta incluso con un bajo coeficiente de continuación para que esa generación sea más fecunda que la que la había engendrado. De una generación a otra el paisaje había cambiado profundamente. La generación que va a repoblar Francia después de 1945 provenía en su mayoría de familias numerosas. La historia ilustra de manera constante la antiparadoja de Princeton: sí, en verdad la esterilidad no es hereditaria. Un poco antes de 1939, se sentía incluso entre los jóvenes una especie de hostilidad, comparable a la que se manifestará en 1968, en un sentido muy diferente, entre la generación ascendente y la generación declinante mucho más parsimoniosa ante la vida.

Después de haber actuado contra la vida, como lo vimos entre 1900 y 1914, las transformaciones de la sociedad contribuirían a una forma de autorregulación correctiva que ya no podemos esperar ahora.

El malthusianismo ascético campesino era un malthusianismo de la herencia. Lo vimos implantarse en la pequeña burguesía urba-

na. La inflación y el crecimiento industrial contribuirán a reducir la herencia. Las tasas de crecimiento de más del 5% de la posguerra, las tasas de inflación de más del 10% y las exigencias de calificación reducen el malthusianismo campesino de conservación del patrimonio. En realidad, las viejas obsesiones que culpan la sexualidad se disipan lentamente. El malthusianismo ascético del *coitus interruptus* frustador del placer pierde terreno poco a poco. La adhesión progresiva de la Iglesia católica al método Ogino (muy paulatina de 1930 a 1951, hasta la declaración del 29 de octubre de 1951 de Pío XII en la Asociación Católica Italiana de Parteras, que lo avala como método católico de regulación de los nacimientos) fue un factor favorable. Practicado con mayor o menor rigor, el método Ogino resultó muy conveniente para la constitución de familias medianas de tres y cuatro hijos bastante espaciados, las familias de hijos aceptados, no positivamente deseados. Este menor rigor ofrecía un objetivo más aceptable y propició un nuevo aumento de los coeficientes de escucha de la Iglesia católica en jóvenes provenientes en su mayoría, en función de la fecundidad diferencial de las parejas, de las familias católicas.

Factores análogos intervinieron en casi todos los países industriales de manera más o menos rápida y más o menos profunda. Si se exceptúan los casos de Alemania y de Noruega afectadas más pronto, el restablecimiento se inicia realmente en 1942.

XXIV. LA FRANCIA DEL CENTRO. DE UNA CRISIS A OTRA

SI OBSERVAMOS detenidamente la curva francesa, advertimos que el restablecimiento se inició desde 1936-1937. El año 1935 marca el punto más bajo: la menor fecundidad que corresponde a la edad media en la última maternidad de las mujeres nacidas entre 1900 y 1902, las menos fecundas. En 1939, se inicia el restablecimiento.

Como lo prueba paradójicamente el hueco de 1941. Con 1.84 hijos por mujer y dos millones de prisioneros, 1941 es quizá el año del restablecimiento. En 1916, en condiciones análogas, se habían observado 1.21 hijos por mujer. Si se eliminan las parejas deshechas por la guerra, advertimos que Francia volvió a subir muy por encima de la línea de supervivencia entre 1941 y 1942.

Ese restablecimiento no se habría producido a ese ritmo y con ese éxito sin la acción de los poderes públicos. El restablecimiento de la fecundidad se acompañó en Francia, Italia y Alemania de una acción del Estado.

Alemania se derrumbó entre las dos guerras. Tenía un coeficiente neto de reproducción que oscilaba entre 1.3 y 1.55 de 1870 a 1914. La caída iniciada en 1908 fue vertiginosa. Con una natalidad que desciende de 26 ‰ (1920) a 14.7 ‰ (1933) y vuelve a subir a 20 ‰ (1939), Alemania alcanza el coeficiente de 0.9, llega incluso hasta 0.7 en 1933 para volver a subir a 0.98 y uno en 1939 y 1940. Alemania hizo en 25 años lo que Inglaterra en un siglo y Francia en dos siglos.

La situación italiana es parecida y diferente a la alemana. En tanto que la mortalidad italiana pasa de 19 ‰ a 14-15 ‰ (de 1920 a 1939), la natalidad disminuye de 32 ‰ a 23 y 24 ‰. A pesar de esta modernización, el margen para el aumento, el envejecimiento y la emigración es considerable. Atento al prestigio y a la seguridad que confiere una población joven e importante y temiendo una evolución comparable a la evolución francesa o alemana,[1] el gobierno fascista se contenta de 1927 a 1937 con una po-

[1] Y asombrado por el ejemplo del Piamonte y de las grandes ciudades del norte de Italia muy por debajo del remplazo.

lítica muy moderada de apoyo indirecto. En 1937, Italia adoptaba un régimen de subsidio familiar parecido al que Francia comenzaba a imaginar.

Así, el restablecimiento francés, que es el único que nos ocupa aquí, estaba acompañado. La década de los años treinta es en la historia de la población, antes del hundimiento actual, la década capital, aquélla de la cual tenemos más que recibir si sabemos leerla. En realidad, marca efectivamente el final de la transición. En todos los países de tronco europeo la fecundidad se emparejó con la mortalidad. Incluso en varios países la generación no es remplazada. Tan sólo el envejecimiento mantiene la masa global que, sin la reserva de las altas fecundidades de antes de 1914, comenzaría a declinar. Es asombroso el caso de Alemania de 1911 a 1931, la proporción de los menores de 20 años pasó del 43.7% al 32.5%. Alemania se había convertido, según la expresión de F. Burgdörfer, en un pueblo sin juventud, en el sentido propio.

Ante esta situación general y peligrosa, van a surgir dos actitudes colectivas: una actitud de indiferencia en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, otra de intervención en el continente, en Francia, Alemania, Italia y Bélgica. En realidad, todo depende de las estructuras. En los Estados Unidos víctimas de la crisis, el fenómeno de no remplazo es momentáneo. Ninguna modificación peligrosa es de inmediato aparente. Ninguna amenaza exterior pende sobre los Estados Unidos, acostumbrados a recibir el espacio y los hombres sin esfuerzo. Inglaterra, patria del neomalthusianismo predicador, conoció el desempleo y el hacinamiento. País de emigración, sabe que el crecimiento puede provocar el desgarramiento psicológico. Inglaterra, por último, está protegida por su insularidad. En un país cuya población acaba de multiplicarse por ocho y que dio su lengua al tercio del universo, los efectos del envejecimiento son más difíciles de discernir. Ni los Estados Unidos ni Inglaterra tienen la tradición de un Estado fuerte que toma a cargo el destino de la nación; una parte de los medios de comunicación masiva en los Estados Unidos y en Gran Bretaña siguen siendo controlados por las redes del neomalthusianismo predicador bien introducidas en las Iglesias multitudinistas protestantes liberales.

Otra cosa sucede en el continente. En Francia, la conciencia del peligro es antigua y la autorregulación está bien asegurada; los pode-

res públicos han actuado bajo la presión de la opinión, acompañaron el apoyo eficaz para luego ponerse a la cabeza, el efecto fue multiplicador. La evidencia del peligro era tal en un país raído que el consenso de 1939 a 1955 fue total, sin falla en todos los relevos de la opinión y del poder.

En Italia, la evidencia es menor. El país se ve afectado por la emigración que desorganiza las comunidades, mutila las familias; la acción del gobierno es global: exalta los valores familiares, nacionales, tradicionales, y tiende a reducir la emigración. La acción del Estado fascista, poco eficaz de 1927 a 1937, eficaz en los años 1937-1940 (el coeficiente neto que había caído a 1.10 vuelve a subir a 1.20), es acogida favorablemente, a partir de los últimos años del fascismo y de la paz, cuando cobra el aspecto de una política social coherente, contra las plagas tradicionales de la sociedad italiana de la preguerra: el subempleo, la miseria de los campesinos sin tierra y la emigración lejana (ultramar en Argentina, en los Estados Unidos). El apoyo del Estado le evitó a Italia una mutación demasiado brutal, los efectos perjudiciales de la evolución a saltos que experimentó Alemania.

Lo que caracteriza a Alemania es la fantástica brutalidad de la evolución de 1908 a 1933. Alemania casi evolucionó como el Japón. No es una casualidad que Alemania sea hoy en día la provincia del mundo industrial que arrastra a todo un continente hacia la implosión aniquiladora. Semejante reflujo, que aún se ve muy claramente en la pirámide de las edades de la República Federal o de la República Democrática en la que, cincuenta años después, las personas de 70 años siguen siendo mucho más numerosas que las de 60 y 50 años, no pudo pasar inadvertido. El demógrafo Burgdörfer que lanza un grito de alarma es anterior al nazismo, y los temores que expresa están cargados de sentido común. La angustia de la crisis, el malestar existencial que expresa un coeficiente neto por un momento extraviado (0.71 en 1933, durante un año), la vaga sensación de un enorme peligro a cierto plazo, explican el empuje de agresividad explotado por el nazismo y la relativa eficacia de las medidas tomadas de 1934 a 1940, que hacen que Alemania recupere el equilibrio un poco antes que Francia. Al parecer, Alemania alcanzó el equilibrio en 1940, tan sólo gracias a las anexiones (Sudetes, Austria) de franjas que habían vuelto a ser más prolíficas, y

Alemania propiamente dicha permaneció en 0.98 o 0.99. En el restablecimiento de los años 1934-1940, resulta difícil distinguir entre el aspecto social positivo de las medidas (bastante limitado, fuera de la resorción masiva del desempleo) y la exaltación debida a los temas nacionales y agresivos. Algo parece claro: el efecto autorregulador que pudimos estudiar en Francia parece dudoso. Alemania era más masivamente urbana que Francia, la introducción del malthusianismo había sido demasiado brutal, demasiado masiva, demasiado general, para que pudiera llevarse a cabo la corrección por la selección de las familias. Por tanto, en el caso de Alemania, los factores autorreguladores debieron intervenir muy poco; prueba de ello es la diferente evolución de Francia y de Alemania en la inmediata posguerra. El autoequilibrio de la población alemana fue breve, tan sólo de 1955 a 1966, y la brutal ruptura, la total solución de continuidad ulterior muestran cuán frágil era el terreno, Alemania habrá constituido un terreno destacado para el neomalthusianismo predicador y la experimentación *in vivo* de todas las posibilidades del nuevo arsenal antivida.

La política nazi de 1934 a 1944 habrá contribuido quizá al debilitamiento de la resistencia alemana: asociando el legítimo temor por la desaparición del cuerpo social y de su fragmentación por el no remplazo de la generación con una experiencia política legítimamente aborrecida. Hubo que esperar a julio de 1978 para que el gobierno del canciller Schmidt (padre de una hija única) tomara, con el pretexto de una reactivación económica, un conjunto de medidas no ridículas para enfrentar un peligro de muerte inmediata. Basta con leer la prensa alemana para medir el malestar que dejó el nazismo, el temor de un intervencionismo en la elección de las familias que traería malos recuerdos. Pero el nazismo preparó con sutileza el terreno alemán para la cuarta ola de embate del neomalthusianismo esterilizador, por el lado supuestamente eugenésico y racista. Aun si las campañas de esterilización y de exterminio de los indeseables y de los judíos son sinceramente condenadas, éstas acostumbraron a los alemanes a una total disociación del acto sexual y de la procreación. Ahora bien, hemos visto que el sistema del mundo lleno se oponía a una disociación total. Cualesquiera que puedan ser los progresos de la ciencia, la disociación completa es peligrosa. En nuestra civilización individualista, donde la tradi-

ción de la supervivencia del linaje no aporta una motivación personal fuerte para la adquisición de una descendencia, la motivación más segura que insta a la sucesión proviene de la realización de la pareja en un acto que no cobra su dimensión total más que si es susceptible, algún día, de prolongarse en la vida.[2] El "eugenismo" nazi (tan poco eugenésico) fue una escuela, al igual que el aborto en cadena hoy en día, una escuela de desprecio de la vida. Hay heridas de las que uno no se cura fácilmente.

Francia está en el centro. El despegue es más lento que en Alemania. En 1936, Francia tiene un coeficiente de 0.89 con un excedente de fallecimientos; Alemania, 0.93 con un excedente de nacimientos (—40 mil por un lado, + 400 mil por otro). La diferencia si sitúa en los hombres y las mujeres de treinta años. Sin embargo, Francia se restablece y atraviesa la guerra de 1939-1945 mejor que la guerra de 1914-1918 y mejor que Alemania. El hueco francés se sitúa en 1941 y es modesto, la recuperación es evidente desde 1942, a pesar de la ausencia de un millón y medio de jóvenes alejados de sus hogares.

El nuevo ascenso de la fecundidad francesa fue la gran sorpresa de la posguerra. Francia no había tenido 850 mil nacimientos desde el principio del siglo XX, no había tenido 2.9 y tres hijos por mujer (nacimientos acumulados) desde 1890, nunca había tenido el coeficiente neto de reproducción de 1.2-1.3 desde 1760-1770, los últimos buenos años del Antiguo Régimen.

Los medios de comunicación, los relevos de la opinión, los poderes públicos, celebraron la divina sorpresa. La superposición de las curvas la coloca en su justo valor. El movimiento es comparable en Inglaterra, en los Países Bajos, en los Estados Unidos, en la mayoría de los países afectados por la guerra.

La fecundidad francesa se sitúa a medio camino entre Gran Bretaña que está por debajo y los Países Bajos que están por encima. Alemania no recupera el hueco del final de la guerra, es la excepción, la recuperación se hizo antes, es una recuperación parcial de los nacimientos faltantes de la crisis.

Nos encontraremos en presencia de tres tipos de reactivación:

—La reactivación francesa, que es fuerte y sólida. Con dos pun-

[2] Esta verdad de sentido común y de derecho natural es la que expresa perfectamente en su gran obra *Amor y responsabilidad* Karol Wojtyla.

tas, 1946-1948, un estancamiento y un nuevo ascenso, 1962-1964, la punta principal sigue siendo la de la inmediata posguerra.

—La reactivación inglesa y alemana, con la variante australiana: es progresiva y tímida. Después de una punta sin espesor, simple modificación del calendario, Inglaterra recupera un coeficiente positivo, luego sube de manera continua y se coloca en posición ventajosa de 1958 a 1967; o sea en nacimientos acumulados: 2.52, 2.54, 2.67, 2.76, 2.83, 2.85, 2.89, 2.81, 2.74, 263. Los buenos años en Inglaterra fueron diez y son tardíos. Es, en más modesto, la situación de la República Federal, 1957-1967: 2.33, 2.32, 2.40, 2.37, 2.46, 2.44, 2.52, 2.51, 2.53, 2.49. La ruptura se sitúa después de 1968, es fantástica y continua, sin que ninguna remisión se manifieste realmente.

Australia constituye una variante, con un punto de rebote tardío en 1971 solamente.

—Por último, los Estados Unidos y Canadá son un caso diferente, un ascenso y un descenso en una pendiente. La reactivación de la guerra, primero modesta, sube de continuo hasta 1957, en que se alcanza, en nacimientos acumulados, un poco por encima de 3.5 en los Estados Unidos y cerca de cuatro en Canadá; desde entonces, el descenso es prodigioso, de un solo golpe hasta 1976[3] con una reducción de más de la mitad de la fecundidad. Estados Unidos y Alemania, la parte más rica del mundo industrial, terreno de predilección y de arraigo del neomalthusianismo predicador, nos muestran la amplitud de la rotura. Provoca una caída de más de la mitad de la fecundidad. Se despliega en América en un periodo de por lo menos veinte años. Las mujeres alemanas tienen 1.20 hijos después de sólo diez años de disminución. ¿Hasta dónde se llegará? Hoy en día, nadie lo puede decir. Las grandes ciudades de Alemania del Norte están entre 0.8 y uno. Tan sólo se puede decir una cosa: a ese nivel, ya no hay posibilidad de autorregulación del sistema.

Hay que comprender bien los mecanismos de la autorregulación que se produjo en Francia entre 1937 y 1948; tenía de su lado varios elementos que la nueva ola de la ruptura echó totalmente por tierra. Un grupo de familias numerosas apoyadas en una fuerte motivación religiosa, un poco más de dos hijos por mujer en promedio

[3] Pausa en 1977, recaída brutal agravada en 1978.

y una reserva de mortalidad infantil que se podía esperar comprimir. Una conciencia general de los peligros del envejecimiento cuyos estigmas no estaban ocultos como lo están ahora en Francia. La sensación de una amenaza. Como Alemania después de 1920, Francia no verá antes de 1985-1990 los efectos más negativos del envejecimiento. Un arsenal eficaz en 100% y cuyo acceso no se ve obstaculizado por ninguna traba financiera, legal, ideológica y religiosa (el derrumbe del catolicismo se lee en la curva de las ordenaciones, en 8% del nivel de antes de la guerra). El Tercer Mundo queda lejos, es una excusa, una coartada, un modelo poco envidiable. Cada país industrial se reconforta con el pensamiento de que en otras partes el asunto es todavía peor.

Sin embargo, se requirió un extraordinario cúmulo de circunstancias y una criminal inconciencia a todos los niveles de la responsabilidad irresponsable para llegar a eso. La ligereza con que tantos y tantos se encarnizaron contra la Francia del equilibrio recuperado sumirá mañana (si es que existe un mañana) en el asombro a los historiadores de nuestra desgracia.

XXV. LA FRANCIA DEL CENTRO. DEL DESCENSO A LA RUPTURA

De 1976 a 1978, Francia pudo parecer en una posición relativamente favorable. En realidad, está en el centro, en Europa, en el mundo industrial, en medio de la cuarta parte del mundo amenazada hoy en día por un nuevo fenómeno que nunca se produjo a semejante escala, el círculo implosivo. El círculo implosivo que ya no permite, para cualquier previsión humana razonable, la constitución de una retroacción correctiva como la que, de 1937 a 1948, había arrancado a la Francia malthusiana y envejecida de lo que no era sino un lento decaimiento.

Francia está en el centro, y eso es lo que me inquieta. En efecto, no es posible quedarse a media pendiente, no se puede esperar reemprender, con 1.8 hijos por mujer, el camino tranquilo del decaimiento y de la decadencia en un mundo industrial en ruinas. O bien, como las repúblicas socialistas del bloque del Este hace diez años, nos damos cuenta y nos restablecemos, con la esperanza de arrastrar tras de nosotros, como lo hizo Rumania en el este, una parte de Europa Occidental (lo cual sigue siendo posible teóricamente, debido al bloque mediterráneo, a la posición francesa y a los recursos financieros de Alemania), o bien alcanzaremos a Alemania en el camino ya no de la decadencia y del empobrecimiento paulatino y casi tranquilo, sino en el camino de la fragmentación y de la disociación.

Lo que se produjo en Francia se produjo en otras partes. Pero Francia tenía menos excusas, pues ninguna comunidad nacional posee una experiencia comparable a la nuestra en cuanto a los peligros del no remplazo de la generación. Francia, además, se había dotado en 1945 de una legislación familiar que le bastaba con mantener. De haberse conservado al nivel del 22% del PBN *per capita* por joven de menos de 18 años (5.4% en 1976), el choque del exterior habría sido absorbido sin demasiados daños. Bastaba con quererlo y, en particular en 1957, con imponer durante la negocia-

ción europea el alineamiento a la política de justicia familiar que los demás nos envidiaban sin tener el valor de imitarnos.

El descenso se efectuó en dos tiempos: caída moderada de 1964 a 1973, hundimiento y ruptura más allá. Hay que mirar las cosas con un poco más de perspectiva. La verdad es que el malthusianismo trae consigo su propia perseverancia. Claro, la generación de las hijas e hijos de las familias más numerosas que vuelven a darle vida a la Francia de los años 1946-1955 están muy decididos a construir familias normales (el modelo es de tres a cuatro hijos), pero se toparán con resistencias que llegan de todas partes y de fuera. Entre 1950 y 1955 es cuando los niños de la posguerra acuden a la escuela. Esos niños piden clases, maestros, lugar, departamentos y casas más amplios que el equipo estrecho de la generación anterior no provee. Es entonces cuando el discurso cambia imperceptiblemente de tono. Las últimas cartillas de alimentación fueron emitidas en 1949. En 1951, el recuerdo de la guerra se disipa, la prosperidad sucede a la reconstrucción. La fecundidad baja de 2.9 a 2.65 hijos, el efecto de recuperación de la posguerra se esfuma. La fecundidad se estabiliza y esa estabilidad sorprende. Se es escéptico, se espera con la prosperidad el regreso de los malos hábitos, entonces la alegría empieza a ceder su lugar a la inquietud. Los maestros, que hubieran debido regocijarse, y que tan sólo son zarandeados en su rutina, van a convertirse en los ecos y luego en los propaladores benévolos de un neomalthusianismo predicador que llama a nuestra puerta. En 1957, el neomalthusianismo se implanta, infringiendo la ley de 1920, con la creación del primer *Planning* familiar.[1] *Planning*... la palabra dice bien lo que quiere decir. En primer lugar la marca del extranjero, el primer *planning* importa los pesarios a la antigua moda, que el nuevo arsenal aún no ha relevado. La píldora de Pincus acaba de ser perfeccionada en 1957. Se la experimenta apresuradamente con las infelices mujeres conejillas de Indias de Puerto Rico. Pronto los mercaderes de la nueva baratija tendrán en el continente un ejército de colocadores tontos y motivados.

Los inicios son modestos. Se trata de pasar inadvertido, de no

[1] Los socialistas y los radicales están en el poder. Sólo los comunistas, como lo vimos, respingan.

alarmar; el recuerdo de las desgracias todavía está cercano, las leyes existen y el cuerpo social rechazaría el mal injerto si se actúa con demasiado apresuramiento. Además, la fecundidad vuelve a subir lentamente a partir de 1957, se espera que el número de nacimientos pase por debajo de 800 mil y, sin embargo, sube hasta 880 mil de 1957 a 1964. Después de veinte años de elevada fecundidad, se podría creer que Francia adoptó defintivamente la vida.

Pero eso sería subestimar la potencia de los múltiples ataques que van a arrastrar a la sociedad francesa a una posición muy inferior a la preguerra. En 1952, en el momento de la estabilización Pinay, se había asestado una primera cuchillada a la política de las transferencias. El frente republicano en 1956-1957 había tenido la veleidad de un enjuiciamiento de la legislación de 1920, que el restablecimiento de la natalidad (*sic*) ya no justificaba, y de enjuiciamiento del cociente familiar. Una vigorosa intervención de Alfred Sauvy detenía el venenoso proyecto del socialista Leenhardt a quien escandalizaban las familias en adelante relativamente numerosas de las profesiones liberales. Para ese socialismo pequeñoburgués, las familias numerosas eran algo bueno para los pobres; pero para los acomodados, los instruidos, que no tienen la excusa de la ignorancia, eran un escándalo. Así, la victoria de un nuevo estilo familiar, con un mayor número de familias medianas (dos hijos en vez del hijo único y tres hijos en vez de los dos hijos considerados un tanto estrechos), más la parte habitual del 20% de las familias de cuatro y más hijos, provocaba la rabia de quienes se sienten tranquilizados por el ladrido de los perros pero no aguantan los gritos de los niños.

En 1962, las guerras coloniales terminan, la tensión Este-Oeste cede su lugar al relajamiento. El Occidente es rico y se aburre. El proyecto Apolo de desembarco en la Luna sólo interesa a los lectores de Julio Verne. En ese momento nos llega el neomalthusianismo desde los Estados Unidos, con los pechos desnudos y los nuevos *gadgets*. Después del automóvil y del refrigerador, el paraíso de la píldora. A falta de un gran proyecto, para una clase de esparcimientos desmultiplicados, la gran orgía y todo un modo de empleo. La explosión demográfica del Tercer Mundo y por lo tanto, la píldora a las estudiantes de Nanterre para frenar el crecimiento de Bangladesh. Una justificación vagamente mundialista de un anti-

guo deseo, inhibido durante mucho tiempo y que se despliega a plena luz. Freud se reúne con Marx y Wilhelm Reich le disputa al *Che* Guevara el primer lugar en la fila de los ídolos. Añádase a eso el Concilio, la Iglesia católica a remolque, vía el ecumenismo oficial, de las grandes iglesias protestantes liberales de Estados Unidos, la caída de la práctica, la desaparición de las vocaciones, la estupefacción de los curas y de los obispos... en una palabra, la gran rotura ideológica tan a menudo descrita, rara vez analizada[2] de todo el Occidente, en la que participa Francia, sin prisa, sin exceso, con calma, pero lo suficiente como para poner en juego su destino, a la francesa, o sea en su centro. Francia había tenido 877 mil nacimientos en 1964, 865 mil en 1965 y 1966, 836 mil en 1968, pero nuevamente 877 mil en 1972. Pero ese restablecimiento después de una disminución ocultaba un gran trastorno. En 1964, 877 mil nacimientos correspondían en nacimientos acumulados por mujer a 2.90 hijos; en 1972, tan sólo a 2.40.

En 1964, las mujeres más fecundas, en edad de procrear, habían nacido entre 1932 y 1945; por lo tanto, pertenecían a generaciones cuyo efectivo medio era de 635 mil personas nacidas justo antes de la guerra y durante el periodo de restablecimiento, pero de restablecimiento oculto por los hogares disociados por la guerra. A partir de 1965-1966, las clases numerosas nacidas después de la guerra llegan paulatinamente a la edad de la procreación. Si la fecundidad se hubiese mantenido, el simple efecto de arrastre mecánico habría debido incrementar en forma lenta el número de nacimientos hasta el nivel del millón, que el general de Gaulle había propuesto a Francia en 1945. Sin embargo, el nivel de los nacimientos disminuyó en 1967 y 1968, luego volvió a subir de 1969 a 1972 para volver en 1971 y 1972 el nivel aparente de 1964. Tan sólo aparente.

En 1972, el efectivo anual promedio de las generaciones en edad de procrear había pasado de 635 mil personas a 740 mil para 877 mil nacimientos. Con fecundidad igual, se hubieran debido contar, por lo tanto, 982 mil nacimientos.

Dicho de otro modo, la disminución de la fecundidad fue disimulada al cuerpo social por el constante aumento del efectivo

[2] P. Chaunu, *Le Refus de la vie*, 1975, *La Mémoire et le sacré*, 1978, y *Le Sursis*, 1978.

de las mujeres jóvenes en edad de procrear, infinitamente más de lo que las cifras globales lo muestran. Además, el mantenimiento de una cifra elevada de nacimientos se debía al comportamiento de las parejas de más de 30 años. La generación que había entrado en el periodo activo de la vida familiar y sexual hacia 1960-1962, seguía como la generación anterior. La ruptura del comportamiento no provenía de los de más edad sino de los más jóvenes. Una superposición de los comportamientos hacia los 20-25 años de edad a diez años de intervalo, probaba de una manera irrefutable que, sin un esfuerzo inmediato, duradero, masivo, el vuelco que se estaba llevando a cabo nos arrastraría muy rápidamente, muy lejos, muy por debajo del nivel necesario del remplazo de la generación. La disminución de 2.90 a 2.40 en ocho años, o sea 0.062 hijos por mujer al año es relativamente lenta. Las generaciones siguen siendo remplazadas, pero se puede prever un vuelco cuando los de más edad aún fecundos hayan cedido su lugar a los jóvenes que fueron condicionados por el nuevo discurso de los años sesenta sobre las ventajas de la esterilidad voluntaria.

Todo esto era perfectamente visible desde 1966. La enorme campaña que desembocó a fines de 1967 en el voto de la ley Neuwirth (violada aun antes de haber sido votada), el rebajamiento constante de las transferencias a favor de las familias, su enjuiciamiento perpetuo en el momento del voto de cada presupuesto, las desvergonzadas campañas sobre la sobrepoblación del planeta, mezclando a sabiendas Europa y el Tercer Mundo, todo lo que podía acelerar un peligroso resbalón, manifiestan por parte de sus autores una inconciencia inimaginable. Se comprende que algunos hayan creído descubrir en esto algunas manos malintencionadas. La codicia de las transnacionales comprometidas en la producción del arsenal anticonceptivo y antinatal, el poder de corrupción del dinero, la suficiencia y la estupidez de algunos hombres políticos de segundo plano en pos de una popularidad, la vacuidad de los medios de comunicación masiva en busca de sensacionalismo, la norteamericanomanía, en el momento del *desafío norteamericano,* que copia a los Estados Unidos, demoliendo su política y traicionando sus intereses, en una palabra, la estupidez gruesa, esencial, trascendental, la soberana estupidez basta. La maldad se da por añadidura.

A partir del otoño de 1972, todo irá muy rápido. Es cierto

que, en torno a Francia, el mundo se derrumba. De 1971 a 1972, Alemania, que ya no remplaza la generación desde 1970, pasó de 1.92 a 1.72 (se necesitan 2.14 en Alemania para el remplazo de la generación); los Estados Unidos, de 2.24 a 1.98; Canadá, de 2.19 a 2.02; Suecia, de 1.92 a 1.74. El año 1972 es el de crecimiento cero. Todo eso en frío. En plena prosperidad, sin que se pueda invocar la sombra de la crisis. Se trata de un vuelco de la vida, que precede y que, como lo habíamos previsto, no dejaría de atascar la economía.

El neomalthusianismo predicador ignora las leyes de la demografía. Le hace falta el crecimiento cero en seguida. Algunos extremistas de la ecología reclaman la disminución de la población, el gran asilo de ancianos y los pajaritos.

En nuestra época, las actitudes ante la vida reflejan los grandes flujos de la psicología colectiva. Las impresiones más profundas, las que acompañan al hombre durante toda su existencia, vienen de la pequeña infancia. El discurso de los años sesenta fue un discurso del mundo lleno, de la sobrepoblación, del peligro de fragmentación y de asfixia del planeta, ilustrado por las imágenes de la televisión, la televisión que saturó la infancia. Ustedes han escuchado a esas niñitas de diez años que son interrogadas, con el micrófono en la mano, sobre la manera (*sic*) en que perciben los grandes problemas (*sic*) del mundo de hoy en día (*sic*) y que balbucean, mirando con formalidad a su maestra, la lección sobre el hambre y la contracepción. Lo que vamos a vivir ahora es la actualización de esas obsesiones. Dudo que esta generación logre superar el miedo a la vida que le fue tan profundamente inculcado.

Tras la fachada de una natalidad mantenida, de una fecundidad declinante, el terreno minado por la estupefacción de la generación ascendente se derrumbaría. Hasta el otoño de 1973, todo se mantiene en su lugar. La primavera y el verano de 1973 son el apogeo de la tremenda campaña por el aborto. El machaqueo es continuo, la movilización de los medios de condicionamiento es colosal. La rápida disminución de la natalidad comienza en septiembre de 1973. El otoño de 1973 nos regresa nueve meses atrás.

El año de 1972 fue el año en que las usuarias de contraceptivos orales, después de una campaña de *marketing* bien conducida (con el tema: sólo las retrasadas y las viciosas no utilizan el excelente

producto tal), rebasan el millón, lo cual corresponde a cerca del 15% de las mujeres fértiles sometidas al riesgo de embarazo. Noviembre de 1972 también es la operación preparada y orquestada del proceso de Bobigny, que termina con un sobreseimiento que equivale a una no pena, anticipadora del aborto. A partir de entonces, unas oficinas encaminan abiertamente a las mujeres embarazadas indecisas hacia los abortorios de Londres y Amsterdam. Los efectos acumulados de esa propaganda, de esos esfuerzos convergentes hacen disminuir de manera brusca la fecundidad de 2.35 (mediados de 1973) a 2.10 (mediados de 1974), o sea una baja de cerca de 10% en un año.

Con 857 mil nacimientos en 1973 (todo el retroceso se debe a las cifras del otoño), Francia asegura por última vez, desde 1946, el remplazo de la generación, y 800 mil nacimientos en 1974 (coeficiente neto de 0.99).

Este vuelco se debe al doble movimiento de retroceso de la natalidad y de aumento del número de mujeres en edad de procrear, o sea una generación media de 800 mil en 1974. El nivel de remplazo alcanzará 880 mil en 1974. En efecto, hay que tomar en cuenta a los inmigrados y los refugiados de África del Norte que se añadieron a las generaciones relativamente numerosas de la posguerra.

La primera ruptura está relacionada con el enorme esfuerzo de propaganda antinatal que preparó el terreno para el voto de la ley "sobre la interrupción" (*sic*) del embarazo.

Después de una primera pendiente en 10%, un corto escalón en 2.6%, el segundo trimestre de 1975 marca una disminución de 2.6% con respecto al segundo trimestre de 1974 (205 448 y 210 818).

La segunda ruptura se debe a la aplicación de la ley que autoriza y alienta el aborto por conveniencia personal. La ley del 17 de enero de 1975 era aplicable a las concepciones posteriores al 9 de noviembre de 1974, por lo tanto incluía, partos posteriores al mes de agosto de 1975. Como estaba previsto, la no pena totalmente oficial en una sociedad donde en adelante la ética tiende a confundirse con lo legal, acaba de derribar la barrera, tan antigua como la civilización, del respeto por la vida inocente, la vida del niño por completo ser humano, plenamente humano en el vientre

de su madre. El asesinato recibe un estímulo. Julio de 1975 está en 4.9% por debajo de julio de 1974. En agosto y septiembre de 1975, la incidencia prevista siempre observada (en Alemania del Este, en Inglaterra, en todas partes) se presenta fiel a la cita: 67 548 nacimientos en agosto de 1974, 60 598 en agosto de 1975 (—10.3%). La diferencia es máxima en septiembre y octubre de 1975 (—13.5%). En septiembre de 1974, 65 449 nacimientos; en septiembre de 1975, 56 642. Alrededor de nueve mil niños no deseados, que habrían sido aceptados y que habrían vivido haciendo felices a aquellos que, aprovechando una ley insensata y alentados en un momento de debilidad, en vez de contenerse, se convirtieron en los asesinos de ellos mismos.

El efecto de muerte se alcanzó plenamente. Del guiño al estímulo oficial, poco más de cien mil nacimientos, poco más de cien mil niños asesinados. El nuevo escalón muy provisional —el resbalón continúa— nos lleva a 1.83 hijos.

En total, la disminución de la fecundidad desde mediados de 1973 alcanza —25%. De septiembre de 1973 a septiembre de 1975, la diferencia es de 0.55 hijos por mujer en dos años. A título de comparación, recordaré que semejante disminución de fecundidad corresponde a la diferencia observada en veinticinco años entre 1889 y 1914.

De 1964 a 1973, la diferencia también había sido de 0.55 hijos por mujer, pero habían sido necesarios nueve años para pasar de 2.90 a 2.35.

En 1973,	por tanto,	857 mil	nacimientos	y 2.30	hijos	por	mujer
En 1974,	—	801 mil	—	y 2.10	—		—
En 1975,	—	745 mil	—	y 1.91	—		—
En 1976,	—	720 mil	—	y 1.83	—		—

De 1964 a 1973, la caída de 2.90 a 1.83 fue de 1.07. Una pérdida de 1.07 hijos por mujer corresponde a la evolución de la fecundidad francesa de 1890 a 1936. En una época en que además esa disminución de 3.4 a 2.1 había sido colmada en parte por el retroceso de la mortalidad infantil. Ese recurso ya no existe. Todo lo que se aparta del nivel mínimo de 2.1 corresponde a un incompresible. A partir del final de 1976, el escalón relativo de un año

no corresponde a un nuevo ascenso de la fecundidad (imperceptible de 1.83 a 1.86 y 1.81 en 1978) sino al efecto mecánico, a menudo señalado del aumento del número de los reproductores. Una información apresurada[3] del director del INED fue utilizada por el presidente de la República. Mal interpretada, esta declaración desató en el otoño de 1976 una ola de comentarios poco afortunados en la prensa que hicieron creer en un restablecimiento de la natalidad francesa. En tres meses se perdieron dos años de esfuerzos por alertar a la opinión pública, a tal grado es indesarraigable la ingenua creencia de que se pueden llenar los abortorios, expoliar a las familias y poblar las cunas. El director del INED se creyó obligado a justificar sus afirmaciones imprudentes en un larguísimo artículo en *Le Monde*,[4] cuyo título y subtítulo, *La reactivación de la natalidad en Francia. Demasiado ruido en torno a las cunas*, lo único que se lee y se retiene, contradecían el contenido y eran o una mentira positiva (la reactivación), o una solicitud de censura contra el hilillo de informaciones que un puñado de investigadores independientes habían logrado hacer pasar a sus expensas. Éstos habían perturbado las declaraciones terroristas sobre la explosión del Tercer Mundo, tratando de dar a conocer la mayor noticia de este tiempo y quizá de todos los tiempos, a saber, que la cuarta parte más inteligente del planeta había decidido bruscamente desaparecer y que según las últimas noticias el proyecto iba por buen camino de ejecución. *Demasiado ruido en torno a las cunas* vacías corría un evidente peligro de perturbar el sueño de los adultos y de incitarlos a pedirles cuentas a aquellos que los ciudadanos pagan para que los informen acerca de lo esencial.

Por supuesto, esta pausa en la baja no podía durar mucho tiempo. A principios de 1978, la fecundidad reanudó la caída. Para los primeros cinco meses del año no hay sino 0.8% de nacimientos suplementarios, cuando, con fecundidad constante, se habrían necesitado 1.3% más, puesto que el efectivo en edad de procrear aumentó en el intervalo en esa proporción. Desde junio de 1978, se observa un nuevo descenso que se confirma con los meses, los últimos siete meses de 1978 cuentan 4% de recién nacidos menos que

[3] P. Chaunu, *La Mémoire et le Sacré*, pp. 53-54.

[4] Gérard Calot, "Trop de bruits autour des berceaux", *Le Monde*, 2 de diciembre de 1976.

los meses análogos de 1977, 1.81 en 1978 (1.74 al final del verano). Todo deja pensar que estamos al borde de un tercer descenso considerable.

Un factor de importancia, la baja constante y rápida de la nupcialidad, muestra que el fenómeno de reflujo de la vida en Francia dista mucho de haberse estabilizado. En 1972 se habían celebrado 417 mil matrimonios, frente a 367 mil en 1977, o sea una baja del orden de 2 a 3% al año. En realidad, el reflujo de la nupcialidad es mucho más importante. En razón a la estructura por edad que, como para los nacimientos, debería llevar a un aumento por simple efecto mecánico.

Segundo factor desfavorable. La proporción más elevada del segundo o tercer matrimonio, evidentemente muy poco fecundo.

Después del resbalón, la ruptura. Entre los cinco primeros meses de 1978 y los primeros meses de 1977, la disminución de los matrimonios es de 9%. Esto significa a las claras que Francia se alínea de manera rápida con los modelos del Norte (—40% en diez años en Suecia). La unión libre, consecuencia de la difusión de los contraceptivos y de la política de estímulo al aborto, es mucho menos fecunda que la unión consagrada por el matrimonio.

En el periodo de transición de los años cincuenta y sesenta, un gran número de parejas tenían relaciones antes del matrimonio y se casaban en el momento de la primera concepción. Cuando se comienza la vida común con contraceptivo oral, no hay ninguna razón de emprender ese doble proceso violento del encargo de un hijo y de la perpetuación de la unión. Además, las inconsecuencias actuales de la legislación desfavorecen en el aspecto fiscal al matrimonio.

La estructura que se establece es totalmente incompatible con una fecundidad de 1.83/1.86/1.81, lo que implica el paso rápido, en una primera etapa, a los 1.4 de la actual transición alemana.

Estamos al borde de una segunda ruptura. Francia está en medio del vado. O bien modifica la trayectoria, o bien, con el resto del mundo industrial, rodará a los abismos. Las nubes que se amontonan en el horizonte anuncian más bien la tempestad.

XXVI. LA FRANCIA DEL CENTRO. LAS DIFERENCIAS REGIONALES

EL TORRENTE del rechazo a la vida echa abajo todas las resistencias; de la Francia viva, de la Francia rejuvenecida de los años cincuenta y sesenta, ya no queda nada. Antes de 1939, y antes de 1914, las actitudes ante la vida eran fuertemente contrastadas. Había regiones que morían, pero había otras que vivían.

Tomemos la Francia de 1903. Treinta y seis departamentos tienen un excedente de fallecimientos: las grandes ciudades, la cuenca parisiense, el mediodía mediterráneo y el sudoeste. El norte, el este, el macizo central, la Bretaña... colman una parte de los vacíos que se forman en otros sitios.

En 1936, la Francia viva perdió terreno. Cincuenta y nueve departamentos (dos de cada tres) (631 mil nacimientos, 642 mil fallecimientos, nacimientos reducidos 2.07, necesarios para el remplazo 2.35, coeficiente neto 0.88) tienen un excedente de fallecimientos, y 10 regiones. Normandía pasó del lado de la vida, pero el mediodía y el centro forman un enorme bloque deficitario. La Francia viva es extrañamente periférica, desde el Poitou hasta el Jura pasando por Bretaña, Normandía, el norte y el este.

De 1950 a 1964, la vida ganó. Sólo la Creuse y la Ariège conservaron un excedente de fallecimientos. En 1973, 15 departamentos tienen de nuevo un excedente de fallecimientos, el mediodía y el macizo central pasaron al campo de los féretros. En 1976, 28 departamentos.

En realidad, después del rejuvenecimiento de estos últimos años, lo que en verdad cuenta es la fecundidad. Ahora bien, la fecundidad nos muestra una Francia mucho más achatada que la de antes de la guerra, donde las posibilidades de una autorregulación positiva son mucho menores. Sin embargo, la garlopa no ha eliminado del todo las antiguas disparidades.

Hay una Francia del Norte, en 1.90, a causa del gran peso muerto de París y sus alrededores, una Francia del Sur, de tradición mortícola en 1.70. Bien abajo, los Alpes Marítimos, la Alta Garona, el

Gers, cuyas situaciones (1.43, 1.47, 1.48) son alemanas; en pésima posición, París, la Alta Viena, los Alpes de Alta Provenza, los Altos Pirineos, el Hérault, el Ariège, las Bocas del Ródano, de 1.50 a 1.59... Tan sólo cuatro departamentos aseguraron el remplazo de la generación: la Vandea, la Mayenne, las Ardenas, el Maine y Loira (2.24, 2.21, 2.19, 2.18); cuatro están en el límite entre 0.99 y 1.01, el norte, el Loira Atlántico, el Morbihan y el Paso de Calais.

No sé qué hay que admirar más. El profano tendería a las permanencias; el historiador, al achatamiento de las diferencias. Del lado de las permanencias, encontramos el mediodía, que se había vuelto estéril a principios del siglo XIX y que ya era poco fecundo (Media Garona, Dordoña) a finales del siglo XVII.

De lado del cambio, por achatamiento de la diferencia, veremos retrocesos espectaculares: el de Alsacia (1.77, 0.84), tragada por la espiral implosiva del espacio cultural alemán, Lorena (1.87, 0.88) el retroceso más importante, Bretaña (1.97, 0.93) y el norte (2.11, 0.99).

En forma manifiesta, el hundimiento de Alsacia, Lorena, Bretaña y el norte traduce la crisis del catolicismo. O sea la suspensión de las prohibiciones. El clero francés no sigue en absoluto las directivas romanas y, de todas maneras, su capacidad de influir en los comportamientos es prácticamente nula. La ruptura del frente de las generaciones es en particular sensible en el catolicismo antaño ultramontano. En todas las regiones en que la influencia del clero es la influencia dominante, el viraje fue muy rara vez rápido.

Más allá de la pérdida de influencia, se pudo observar un fenómeno de inversión. En varios sectores de los movimientos de juventud cristiana, se asistió a una adhesión (tercermundista, ecológica e izquierdista) a los temas más radicalmente agresivos y subversivos del neomalthusianismo predicador. Amor libre, rechazo de la descendencia, el catolicismo de izquierda pasó del natalismo del siglo XIX al antinomismo sectario del siglo primero. Se comprende que las caídas más espectaculares hayan sido observadas en los medios, todavía ayer, más fecundos.

En realidad, ésa es la gran lección de los mapas y de los cuadros

cf. pp. 310-313 de la documentación departamental y regional.[1] Más que la Francia aún diversificada debido a las memorias diferentes del pasado, escojo la Francia limada por la gran revolución-igualación, en el *Refus de la vie* ["Rechazo de la vida"], del hilo roto, de la memoria destruida para siempre.

Uno de los elementos que permitió la autorregulación del sistema, en la Francia sin embargo desgastada por medio siglo de coeficiente levemente negativo, era la yuxtaposición de regiones fecundas y de familias fecundas, en medio de las familias y de las regiones estériles. Así fue como la Francia joven y niña de 1938 pudo volver a acometer la vida. Los "escasos supervivientes" de la contracepción, abrumados desde la infancia por el peso de los adultos que envejecen, no me parecen ser portadores de la promesa de un nuevo milagro.

Los milagros se producen rara vez en cadena. Hay que merecerlos un poco. Una buena estrategia se esfuerza por brindarles un terreno propicio.

[1] G. F. Dumont, P. Chaunu, J. Legrand, A. Sauvy, *La France ridée* ["La Francia arrugada"]. Pluriel, París, 1979, 480 pp.

XXVII. LOS MEDIOS DEL RECHAZO

Ese terreno propicio no está al alcance de la mano. El problema del rechazo implosivo de la vida ya no se sitúa a nivel de las voluntades sino a nivel de los medios. La primera sorpresa, como ya lo vimos, viene de los sondeos de opinión. Consultados en Francia, consultados en otras partes, los ciudadanos y ciudadanas de la cuarta parte del mundo más industrial, más inteligentes, más creativas en el campo de la ciencia y de la técnica, no parecen haber cambiado. Vamos, en verdad, de sorpresa en sorpresa.

Primera sorpresa: el fantástico machaqueo-condicionamiento no cambió el deseo de hijos. La campaña del neomalthusianismo predicador fue: *no, a hijos no deseados*. En primer lugar, impidámosles que vengan a nosotros sin saberlo. Y si por descuido, del acto del amor se forma un hijo no expresamente deseado, matémoslo. Faraón dejaba, por lo menos, una de dos posibilidades: "Si es niño hacedle morir, si es una niña, dejadla con vida"[1] (Éxodo, 1. 16). Ahora bien, como lo prueban las encuestas, el deseo de hijos está por encima del nivel mínimo en todas partes. Por lo tanto, el proyecto de neomalthusianismo predicador no es incompatible con la supervivencia de la especie. Y todo iría a pedir de boca en el mejor de los mundos contraceptivos posibles, si... el granito de arena, como lo vimos, estriba en el calendario. Las respuestas son incoherentes. Por una parte, deseamos más de dos hijos, por lo general tres más que dos. Por otra parte, una de cada dos veces estamos declarando desde hace veinte años, que el hijo que llegó no fue deseado, cualquiera que sea el nivel de difusión de los medios contraceptivos.

La supervivencia de la especie implica el *redescubrimiento de algunas verdades biológicas* sumamente simples. Ninguna sociedad puede contentarse con los hijos deseados, necesita, primero y sobre todo, los hijos aceptados. El hijo deseado no es el hijo más amado. No se desea un hijo como se desea un automóvil, un vestido, un *gadget*; por una razón muy sencilla: uno no se separa de un hijo como de un objeto. La relación que nos liga a él durará durante

[1] *Cf.* el círculo implosivo, pp. 218-222.

toda la vida. Se sabe que la vida consta de muchos riesgos. Eso es lo que le da su sabor. Una vida, en que cada instante se desarrollara según el proyecto del comienzo, sería más triste que la muerte. En realidad, sería una muerte eterna, la condenación eterna. El riesgo de vivir incluye el riesgo de transmitir la vida, y esto requiere la aceptación del riesgo. Hace aproximadamente mil millones de años que las cosas son así, desde la aparición de la sexualidad. Si no se acepta ese riesgo, hay que regresar a la escisiparidad de la célula primitiva, del alga azul, de la bacteria más rudimentaria. Al dar nacimiento a un hijo, se corre un riesgo mucho mayor que ante la elección de un programa. Por eso hay algo contradictorio en la palabra misma de *planning,* aunque se asocie con la palabra familiar. La planeación implica la previsión total, el rechazo del riesgo. Por eso el único proyecto coherente del *planning* familiar es la esterilidad total. El *planning* niega el riesgo. Ahora bien, en el hijo que va a nacer todo es nuevo, es un poco de uno mismo, un poco de la persona que se ama y un ser totalmente diferente, sin comienzo y sin fin como uno mismo, una chispa de eternidad. La ausencia de riesgo, de imprevisto, de libertad, prohibe la aventura de la retransmisión sexual de la vida. La asociación del *planning* con la familia no es sino un juego de palabras incoherentes e inconsecuentes. Es la razón por la cual el mal es profundo. La contradicción está en los términos. Nunca se tendrá un número suficiente de hijos deseados al grado que de tanto superarlos se acabará por detestarlos. Claro está, hay en ese campo, como en otros, auténticos héroes, el padre y sobre todo la madre de la pequeña Louise Brown, concebida *extra útero* y nacida en julio de 1978, pertenecen a esta categoría. Debemos respetarlos, admirarlos y tratar de imitarlos. Pero no se construirá una sociedad con semejante exigencia de heroísmo. Si la transmisión de la vida hubiera estado sometida a tales condiciones, hace 2 500 millones de años que la aventura se hubiera detenido en un planeta mineral.

Los medios con que se dotó la cuarta generación del neomalthusianismo predicador son totalmente incompatibles con el mantenimiento de la vida, porque son totalmente eficaces. Y, por lo tanto, hacen pasar la retransmisión de la vida de la aceptación a la decisión positiva. Ahora bien, todo el discurso acompañado del perfecto vendedor radica en el dogma de la decisión clara contra la

aceptación. Para convenceros de recurrir a la píldora eficaz y peligrosa, al dispositivo intrauterino eficaz, peligroso y molesto, es importante convenceros de que la vida no puede, no debe ser aceptada, que debe ser escogida. Por lo tanto, para que el *planning* familiar sea coherente con su proyecto, tendría que poder prometeros igualmente una elección sin riesgos en cuanto al hijo. Cuando se comienza una campaña en pro del aborto, se insiste en el horror del hijo anormal, el atrasado profundo, y se propone el aborto como la protección contra el más intolerable de los riesgos. Pero, en última instancia, el genio es un riesgo; Beethoven, niño de alto riesgo y genio infeliz, habría sido eliminado por un aborto terapéutico y, muy simbólicamente, la humanidad del *planning* planificante habría sido castrada del himno a la Alegría. Decidme, en verdad, ¿dónde se podría encontrar todavía un lugar para la alegría en vuestra fábrica de placeres? La alegría soporta la infelicidad, pero cohabita difícilmente con los placeres tarifados, clasificados, planificados. El *planning* será coherente cuando os haga escoger entre 15 y 20 modelos estándar, en espera del modelo único de ese buen señor Ford, uno de los padres fundadores del trabajo en cadena y del *planning* familiar (la Fundación Ford, junto con la Rockefeller, se lanzó a fondo en la aventura), que brindaba al cliente la elección del color siempre que fuera el negro. Ese *planning* del hijo pedido con planos como un departamento de viviendas de renta limitada, podría ser compatible con una forma de vida, pero una forma de vida que se puede preferir a la muerte. Como aún no estamos en ese punto, y nunca lo estaremos, la supervivencia de la especie, al menos de la más alta cultura, parece difícilmente compatible con la utilización sin regla y sin freno del arsenal anticonceptivo y antinatal perfeccionado desde 1960, en base a un gran proyecto concebido en 1950. Porque la psicología que insta al perfeccionamiento, a su utilización sin regla y sin freno es incompatible con la aceptación del riesgo indisociable de la libertad. Y por la vida humana no puede prescindir del riesgo ni del oxígeno. En 1950, nos dotamos de un armamento que no es compatible con la supervivencia de la especie. En 1960, la píldora de Pincus y la cadena de medios que derivan de ella son más peligrosos que la bomba termonuclear. Así como se almacenan bombas y fusiles, convendría almacenar el arsenal contraceptivo sin recurrir a él.

La ruptura proviene de los medios. No se vive con la máquina como con la herramienta, del modo de vida agropastoral como de la recolección de frutas. La revolución agropastoral exigió tres milenios; la revolución industrial, dos siglos. El neomalthusianismo predicador quiso imponer en diez años la revolución contraceptiva. Las astucias de la vida y de la cultura son considerables. Aún no es seguro que la partida esté perdida. Una cosa es segura: ninguna legislación social aislada, ninguna modificación del discurso nos permitiría cambiar el rumbo, si no logramos convencernos a tiempo de que hay que escalonar. El paso a la última etapa de la civilización contraceptiva que sería, lo cual es difícilmente concebible, la de la vida más ampliamente consciente, todavía no podrá efectuarse de un solo golpe. Por el momento, tenemos en las venas más veneno de lo que nuestro organismo puede asimilar.

Es inútil disociar. No existe la contracepción, el aborto y la esterilización, sino un todo que se eslabona en forma ineluctable. Así como el amor, la sexualidad y la procreación constituyen un conjunto de realidades relativamente autónomas y sin embargo no del todo disociables, la contracepción artificial, el aborto y la esterilización son las tres etapas de un mismo plan familiar.

Los países escandinavos hacen hincapié en la contracepción, los Estados Unidos en la contracepción y la esterilización, el siniestro gobierno de Indira Gandhi, barrido en 1977, en la esterilización (7.2 millones de mutilaciones impuestas en nueve meses). Los países del Este insisten en el aborto. Francia, como siempre en el centro, se inclina, como Italia, por el par contracepción/aborto con cada vez más tendencia a la esterilización, que se practica, a pesar de la ley, a razón de varias decenas de miles de mutilaciones femeninas irreparables al año.

Desde hace veinte años, el plan se desarrolla siempre según la misma lógica esquizofrénica. Para evitar el aborto, que es un mal, una calamidad denunciada con indignación, hay que mejorar la difusión de las técnicas contraceptivas, difundir, alentar, abrir el acceso a una libre información, proporcionar en la escuela una educación sexual. Francia pasó por esa fase en el momento del voto de la Ley Neuwirth (1967).

Ya obtenido el fortalecimiento de la contracepción para suprimir la calamidad del aborto clandestino, se exige en seguida el dere-

cho al aborto. En unos cuantos días, se asiste a una modificación del lenguaje.

El aborto ya no es un mal, no es la destrucción de una vida que no pudo desarrollarse todavía; lo que constituye la naturaleza del crimen, el mal, radica en la clandestinidad. Poco importa el destino del niño —¿quién se preocupa por él?—: véase la ley francesa del 17 de enero de 1975 que ni siquiera toma en cuenta la opinión del padre. La calamidad radica en las condiciones del crimen. Pero si la matanza se lleva a cabo en un marco hospitalario, bajo control médico, por médicos perjuros al juramento de Hipócrates, todo está perfecto.

Del mismo modo se pasa a la esterilización. No se puede soportar toda una vida la contracepción hormonal o el dispositivo intrauterino, no se puede abortar indefinidamente sin dejar en ello la salud y la vida; queda, pues, la esterilización (40 millones en cinco años) que destruye el organismo mucho más profundamente y que suprime) toda apetencia sexual. Se cierra el ciclo destructor.

Sin embargo, el aborto constituye la pieza maestra de la empresa. La contracepción es algo antiguo. De una u otra forma, fue admitida y practicada. La esterilización está en el extremo de la cadena. La legislación del aborto, que es el asesinato total, el infanticidio con larga premeditación, la erradicación absoluta de un ser que no puede ni defenderse ni expresarse, constituye el viraje. Cuando se ha atravesado esa puerta, se cortan todas las raíces con el pasado, ya no puede haber ni derecho ni justicia, todo es mascarada, palinodia.

La campaña por la legislación del aborto siempre comienza con una mentira enorme. Se exagera de manera voluntaria el fenómeno del aborto clandestino. En Francia, la mentira fue de 200 mil a 1 500 000.[2] Está perfectamente probado que no había más de 100 mil abortos en Francia antes de 1960.

En Inglaterra, antes de la ley del 27 de abril de 1968, se habló de 200 mil. Está probado que el nivel no superaba los 15 o 20 mil. Italia, nuestra buena hermana latina, antes de callar, en 1978, dejó publicar cifras más grotescas aún, de 500 mil a dos

[2] Pierre Chaunu, *De l'histoire à la prospective*, pp. 350-351.

millones.[3] Esos procedimientos son tan miserables que deshonran menos a los que los emplean que a los que aceptan dejarse engañar.

El aborto sólo existe en gran escala a partir del momento en que se lo estimula. Se puede estimar que en el periodo industrial, con la excepción de Alemania y Austria de los años treinta, nunca superó el 10% del número promedio de nacimientos.

Aumenta cuando se lo libera de la culpa y de la pena, lo que provoca una multiplicación por cuatro o cinco en el volumen de los abortos. Hay por lo tanto tres niveles. El nivel de antes de la campaña es multiplicado por ésta por dos o por tres; la aplicación de la ley y el aparato lo multiplican nuevamente por tres o por cuatro. Al final nos encontramos con un nivel diez veces mayor respecto al registrado antes de la denuncia del escándalo. Es decir que tenemos, como lo probaron recientemente los demógrafos ingleses, y como los húngaros y los rumanos lo habían observado, un nivel de daño genético en la población femenina de dos a tres veces superior[4] al nivel de antes de la campaña "liberadora", a pesar de las mejores condiciones de higiene. Este esquema tiene en adelante el rigor de una ley científica. El desolador ejemplo de Italia acaba de probar que la desgracia de uno no sirve para la instrucción de otro. Como en Francia, la trivialización del aborto se marcó en Italia, mucho antes de su legalización, por una caída de la natalidad de 40 mil nacimientos de 1976 a 1977. Cabe esperar una disminución de 100 mil para el año entrante. Italia, que estaba a 1.91 en 1977, se encontrará por lo tanto el año próximo al mismo nivel que Francia. El sistema es implacable, no admite ninguna excepción. Se puede medir realmente la naturaleza de la elección efectuada por nuestras sociedades si se piensa que, al mismo tiempo, con un potencial económico tres veces superior al de los años de la inmediata posguerra, cinco millones de desempleados en Europa y 20% del potencial económico no empleado o subempleado, el volumen de las transferencias a favor de los niños

[3] C. B. Goodhart, "On the incidence of illegal Aborption", *Population Studies*, julio de 1973, núm. 2, pp. 207-233.

[4] Fundamentalmente J. H. Soutoul, *Conséquence d'une loi. Avortemente an II* ["Consecuencia de una ley. Aborto año II"]. Mesa Redonda, París, 1977, 280 pp.

oscila, para Francia, entre la tercera y la cuarta parte, respecto al PNB, de lo que se adjudicó de 1945 a 1950, en el momento en que había que asegurar la reconstrucción, hacer frente a la penuria de mano de obra, de divisas y de materias primas.

Lo burdo de los argumentos, la falsificación caricaturesca de la información, constituyen un elemento capital de esta manipulación. El contraste es flagrante con la calidad de nuestras redes y la solidez de los elementos estadísticos a nuestra disposición. Oscuramente, nuestra sociedad opta por matar al hijo que no quiere criar, con la secreta esperanza de que el Tercer Mundo le proporcionará, dentro de veinte años, los trabajadores ya criados que vendrán a pagar las jubilaciones de nuestras parejas estériles en pleno envejecimiento. Las legislaciones sobre el aborto están hechas para reducir la carga del hijo. Su objetivo no es ni la libertad de la pareja ni la salud de las mujeres, están hechas para matar. Antaño se cubría el rostro del parricida con un velo negro. Pero la ejecución capital era excepcional, era obra del verdugo. En nuestras sociedades industriales, se mata a través del velo de la carne materna, y los verdugos ejercen la profesión de médico, que era respetable cuando se dedicaba únicamente a la vida. La legislación del aborto fue en 1919 un regalo de la revolución bolchevique. La legislación del aborto es contemporánea al nacimiento del *gulag* suprimida en 1936, reapareció en 1955.

Fue admitida por los nazis en el arsenal contra las razas inferiores e impuesta por la ley llamada eugenésica de 1949 en el Japón bajo la presión del vencedor. El anhelo del doctor Wetzel para Ucrania y los territorios rusos ocupados era realizado, en el Japón, por los Estados Unidos victoriosos. Este acto no fue sancionado por ningún tribunal de Nuremberg.

Desde 1919, un cálculo rápido muestra que las diferentes legislaciones "liberales" añadieron 160 millones de asesinatos a los 40 millones que habrían tenido lugar de todas maneras, o sea un total de 200 millones de asesinatos aproximadamente. Esos 200 millones de asesinatos evitaron un poco más de 120 millones de nacimientos. Bouthoul y Varrère [5] evaluaron, al cabo de veinti-

[5] Bouthoul y R. Carrère, *Le défi de la guerre* ["El desafío de la guerra"]. PUF, París, 1976, 224 pp.

cinco años de investigaciones, 88 millones de muertos las pérdidas debidas a la guerra a través del mundo desde 1740 hasta 1974.

En el lapso de una generación, en tan sólo una cuarta parte del planeta —los pueblos del Tercer Mundo aún no conocen esta forma de negación de sí mismo—, la legislación del aborto provocó un volumen de pérdidas dos veces superior al de las pérdidas de guerra en el mundo entero, durante dos siglos esos 160 millones de vidas destruidas no habrían agravado la explosión demográfica, habrían permitido que la parte más rica del mundo mantuviera firmemente en el timón que se le escapa para desgracia de todos.

En ese siniestro concierto, Francia tiene ya su lugar. Al lado de las hecatombes del Japón, Rusia y Hungría, la parte de Francia es modesta. Para sus medios, es demasiado elevada, y para su honor, insostenible.

La conciencia universal, la ciencia positiva a la luz de la razón y la escritura en que judíos y cristianos reconocen desde siempre la palabra de Dios, emiten sobre la humanidad del embrión un juicio que ningún sofisma puede refutar. El niñó por nacer es un ser humano que ha recibido de la herencia genética por lo menos el 80% de sus virtualidades. Quitarle la vida a un ser que aún no ha vivido constituye un crimen mucho más grave que quitársela a un ser que ya ha utilizado una parte de su destino. Decimos esto simplemente. Dios construye la Eternidad a partir de los instantes que nos presta en este tiempo; matar a un niño antes de que nazca es borrarlo de la Eternidad. La incitación al aborto por conveniencia personal constituye por lo tanto el mayor crimen concebible contra el hombre y contra Dios. Es lo que los cristianos llaman, en el sentido etimológico, el pecado contra el Espíritu Santo, el pecado que el propio Dios no puede perdonar según la letra del Evangelio, la incitación, la planificación, no el asesinato mismo, que no es sino un crimen trivial entre muchos otros, que dictan, de generación en generación, el egoísmo, la cobardía y el miedo.

Al lado de ese absoluto, en torno a la conciencia en que se funda nuestra identidad que une incesantemente el pasado con el presente, la finalidad reconocida de la legislación era sacar de la sombra lo que, por naturaleza, debía permanecer en ella. Ahora

bien, la administración en Francia —la confesión involuntaria tiene su valor— se ingenia en no contar. Se comprende que semejante cómputo repugne naturalmente a quienes no habían escogido en un principio la muerte como oficio.

Según la información parcial que se puede conseguir con dificultad, las cifras oficiales (del aborto no clandestino) para 1977 estarían en progresión de 12 a 15% respecto a las de 1976. Por lo tanto, hay que contar de 150 a 160 mil abortos legales (IVG = interrupción voluntaria del embarazo) en 1977 frente a 134 mil en 1976. Francia no escapa a la regla común. En todos los lugares donde el aborto pasó a ser una simple formalidad cubierta por la ley, su número no deja de aumentar año con año. El aborto, de todas maneras perjudicial para la salud física y moral de la mujer, se vuelve un simple recurso, entre otros, para reducir la carga de hijos.

Cada interrupción voluntaria del embarazo debe consignarse en una ficha cuya recolección hubiera debido hacerse regularmente. Si bien los servicios de los hospitales que aceptaron esta tarea se someten a la formalidad administrativa, no sucede lo mismo con las clínicas privadas, a las que nadie en verdad se preocupa por obligarlas a cumplir este trámite. Según confiesa la propia dirección del INSEE[6] [Instituto Nacional de Estadísticas y Estudios Económicos], la recolección de las cifras en 1977 no será mejor que en 1976 (es tan sólo más lenta) ante el fallo de los establecimientos privados, que se niegan, en numerosas regiones, a llenar correctamente las boletas estadísticas previstas con ese fin.

En realidad, tanto en Francia como en otras partes, la ley, aun desde este punto de vista, es un fracaso en cuanto a los argumentos invocados. No ha hecho salir de la sombra lo que permanece en ella. Sencillamente trivializó, multiplicó la calamidad que pretendía combatir liberándola de la culpa y aumentando el número de los beneficiarios del fructuoso tráfico. Ni siquiera se puede probar que las operaciones sean efectuadas, en promedio, mejor que antes. El aborto es en sí mismo un acto violento, mortal para el niño que se propone matar, perjudicial y peligroso para la mujer cómplice, pues la naturaleza cuida la finalidad esencial de la trans-

6 Nota de la dirección general (10-4-1978).

misión de la vida. La ayuda médica sólo interviene después. Ahora bien, la ayuda médica nunca faltó. Por lo tanto, con un volumen multiplicado por cinco, seis a diez, el daño en la población femenina únicamente aumentó de manera considerable. Los estudios existen para Inglaterra, pero aún no están hechos para Francia. Nunca lo estarán, probablemente. La red de todos aquellos que, a títulos diversos, participaron en esa cruel operación es por cierto demasiado poderosa. Establecida en nombre de una falaz necesidad de luz, la operación vuelve a la sombra.

Mientras que la ley votada en el otoño de 1974, promulgada el 17 de enero de 1975 para un periodo probatorio de cinco años, debe ser reexaminada en el otoño de 1979, el problema ni siquiera fue rozado durante la interminable campaña electoral iniciada en 1976 y que terminó en marzo de 1978. En resumen, los que saben callan y los que no saben no tratan de saber.

En 1976, el porcentaje de los abortos respecto a los nacimientos iba del 43.1% de la Sena (un aborto por cada dos nacimientos) al 0% no significativo de la Lozère. Debido al carácter incompleto de la estadística, hay que razonar por región. Lo esencial significativo va del 26.5% del Languedoc-Roussillon y del 24.2% de la región parisiense al 10% del norte-Paso-de-Calais gracias a la actitud valiente del cuerpo médico.

En las regiones en que el aborto se implantó más rápidamente, sigue progresando, y en las que el respeto natural de la vida y el sentimiento lo obstaculizaban, la barrera se rompe y la calamidad se impone por imitación.

Así, el Lemosín, la región de menor fecundidad y de menor natalidad (1.59 hijos por mujer, tasa de remplazo de 0.75), 10 nacimientos por mil habitantes, casi la situación alemana, se situaba en el tercer lugar en 1976 y en el segundo en 1977 para la cifra de los abortos comparados con los nacimientos (26 abortos por 100 nacimientos).

El aumento es de 10% para el conjunto de la región y de 25% para la Alta Viena. A principios del siglo XX, esta región, una de las más fecundas de Francia, había poblado París y sus alrededores; con 14 féretros por 10 cunas y 26 abortos por 100 nacimientos, está en vías de desaparición.

El Languedoc-Roussillon llegaba a la cabeza de la larga lista de la

matanza de los inocentes en 1976, con 1.62 hijos por mujer, o sea un coeficiente de reproducción de 0.77, colocándose en uno de los peores lugares dentro de los índices de la vida y en una situación igual a la alemana. Se observa que las cifras de los abortos oficiales siguen progresando, pues se han verificado 29 abortos por 100 nacimientos en 1977 en vez de 26.5 en 1976. En el Hérault se cuentan 39 abortos por 100 nacimientos en 1977 y, por primera vez desde 1934-1948, este departamento se sumó a la lista de los que cuentan más féretros que cunas.

La Auvernia, que es la región de Francia donde la natalidad ha disminuido más de 1972 a 1977 (caída del 21%, promedio nacional 15%), se situaba, en la estadística de aborto de 1976, en el promedio nacional (18.4% de los nacimientos, Francia entera 18.7%). Los abortos progresaron masivamente en 1977, dando un salto adelante del 31%. Un departamento como el Cantal, que pertenecía a la franja de fuerte práctica religiosa, registra en 1977 un aborto por tres nacimientos, signo concreto de la descomposición del catolicismo posconciliar.

El norte-Paso-de-Calais se encontraba en la parte inferior de la escala. Tanto la derecha como la izquierda amaban la vida en esa región, y dos tradiciones, la tradición católica social y la tradición humanista socialista, se apoyaban y se completaban oponiéndose. Con ayuda de la resistencia del cuerpo médico, la región había logrado mantenerse en el límite extremo del remplazo. Las presiones ejercidas desde fuera vencieron parcialmente esa resistencia. De 1976 a 1977, los abortos cubiertos por la ley aumentan 38%. Se comprende que, después de un leve ascenso de la natalidad (2%), esta última disminuye de nuevo de manera considerable en 1978. Se podrían multiplicar los ejemplos.

En Francia —se sabe por diversos conductos— el número de los abortos registrados no abarca la mitad de los abortos realizados: 300 mil-350 mil. Se puede dudar. De todas maneras, la ley no se aplica. No se puede poner un freno en semejante pendiente. Tan sólo los países del Este lo logran, fijando el número de abortos tolerados en un sistema hospitalario médico íntegramente controlado por el Estado. En Occidente, ¡es todo o nada. No se puede decidir matar un poco. Se mata o no se mata.

¿Cual es la parte que le corresponde al aborto en la espiral implosiva? Es importante. En Francia, no cabe duda alguna, los 150 mil abortos legales responsables de los 300 mil-350 mil abortos totales (con la antigua legislación, aun muy mal aplicada, estaríamos en 100 mil clandestinos) representan el número que nos separa de la línea de remplazo de la generación.

El aborto no es sino una etapa, pero una etapa importante. Crimen absoluto contra el individuo, lleva al crimen absoluto contra la especie. Con 40 millones de esterilizaciones en el mundo, y un aumento de ocho a diez millones de éstas al año, ya hemos abordado la última etapa.

El aborto no es sino una etapa, pero una etapa importante. Es la del desprecio y del odio.

Ante la transgresión de lo absoluto, todo parece vil y miserable. No vemos muy bien qué otra cosa se podría condenar. Como prueba de esto, ni siquiera hubo debate sobre la esterilización. Se esteriliza contra la ley o con la ley, y no se alza ninguna protesta. Como lo habíamos previsto, en Francia los partidarios de la muerte del niño reclamaron el derecho de ayudar a morir a los adultos y a los ancianos. No vemos en nombre de qué podríamos oponernos al senador Caillavet, que trata de reglamentar la muerte, como otros, con su apoyo, permitieron la matanza de los niños. Ciertas indignaciones me hacen sonreír. Me parece justo que la amenaza no se limite al hombrecito antes de su nacimiento. Es normal que se mate a los ancianos después de haber matado a los niños. La espiral del rechazo a la vida radica en el rechazo a todo riesgo. Ha habido un riesgo en dar la vida; sin embargo, subsisten otros riesgos, el riesgo del fracaso, el de la enfermedad y de la muerte.

Es el único riesgo que todos los *plannings* de la Tierra nunca podrán eliminar. No pudiendo evitar la muerte, nuestra civilización, enferma de no saber el sentido de la muerte, ni de la vida, ni del ser, escogió, a falta de algo mejor, *la muerte.*

XXVIII. ACTUALIDAD SIN FUTURO

HEMOS escogido la muerte. Desde 1960, el mundo se ha metido en un atolladero. Para una cuarta parte del planeta, el hilo que, de evolución en evolución, mantenía un mínimo de coherencia, se rompió. El *collapsus* que acaba de esterilizar a la parte más rica del universo puede extenderse todavía. No quiero dar sino un ejemplo de esto, el de una pequeña Francia indolente que sonríe bajo el sol tropical. De 1967 a 1977, en diez años, sometida, es cierto, a presiones enormes, la fecundidad en Guadalupe y Martinica descendió de 5.5 a 2.4 hijos por mujer. En 1978, es probable que Martinica pase por debajo del coeficiente neto de reproducción. Es importante frenar; una caída de más de la mitad en diez años es estúpida, peligrosa, casi criminal. El alineamiento hubiera podido producirse en medio siglo, pues además la Francia continental brindaba a esa Francia gentil de las islas un terreno vacío que habrá que tratar de ocupar con los supervivientes cada vez más lejanos de la implosión contraceptiva. El ejemplo desafortunado de las Antillas francesas (la Reunión y la Guayana también se ven afectadas, pero a menor escala; en la Guayana totalmente vacía se cuentan ya 10 abortos por 100 nacimientos, y algunas guayanesas van a abortar a Paramaribo) muestra que la estupefacción del sistema, como yo lo había previsto,[1] no se limita a las fronteras del mundo industrial, sino que el encadenamiento puede alcanzar cualquier lugar. Zonas enteras del Tercer Mundo pueden pasar sin transición de la estructura explosiva a la implosiva, de la fiebre del heno al cáncer generalizado. Todavía no es éste el peligro número uno, nada prueba que esa extensión no constituya, a largo plazo, el peligro más grave que pende sobre la especie.

La contracepción es tan antigua como el hombre. Pero la revolución contraceptiva, entendida como el discurso perverso que invierte la relación fundamental entre el impulso de vida y la clara voluntad, que puede restringir su flujo y someter su ritmo a reglas de

[1] Pierre Chaunu, *Le refus de la vie*. Calmann-Lévy, París, 1975, y *Les terreurs de l'an 2000* ["Los terrores del año 2000"]. Hachette, París, 1976.

razón, no tiene veinte años. En adelante sabemos bastante sobre esto. Lo suficiente como para comprender que estamos en el umbral de lo imposible. Lo que hemos construido desde hace quince años no es generalizable, no puede de ningún modo proyectarse en el tiempo.

Ayer, las proyecciones servían para prever lo que quizá ocurriría; hoy en día, las proyecciones (veremos algunas de ellas al final de este libro) describen lo que no corre peligro de producirse.

Volvamos a la implosión y supongamos —hipótesis optimista— que la epidemia se limite a las fronteras actuales. Cada día trae su afán. Admitamos, pues, por un momento, que el peligro no desborda. Aun limitado a la cuarta parte más rica de la humanidad, basta para poner en peligro al conjunto.

Kant había planteado una regla simple de conducta para los individuos. Les aconsejaba plantearse esta pregunta: ¿es acaso generalizable? Se puede, *a fortiori,* aplicar la regla a una comunidad. Para la comunidad de los hombres que se inserta en el tiempo, la prueba de la generalización es el *test* de la duración. ¿La cadencia que hemos adoptado es generalizable a través del espacio-tiempo? Es la única pregunta. Lo que nos queda de razón y una buena regla de cálculo (ni siquiera hace falta la gran computadora) nos darán la respuesta.

Las actuales pirámides de las edades son el fruto del pasado; como el cielo estrellado, recapitulan la historia; en este caso, la historia de otras actitudes y para toda Europa, la historia de una generosidad ante la vida que es la de antes de la implosión contraceptiva.

Llegará un día en que los hombres y las mujeres de antes del círculo implosivo ya no vivirán. Antes de veinte años, todos los genitores habrán nacido después de 1960. Supongamos, como hipótesis benévola, que el resbalón se detenga; veríamos aparecer pirámides en estado permanente que ayer, algunos anhelaban de todo corazón. Nada es más fácil de calcular, nada es más ineluctable. Podemos desde ahora prever la consecuencia de nuestros actos. Por lo tanto, podemos saber qué elección de sociedad implícita estamos haciendo.

Hoy en día, ningún país industrial de cierta amplitud alcanza la tasa de remplazo de 0.90. Es por lo demás la tasa del conjunto

en 1976, gracias al nuevo ascenso de los países comunistas. Francia estaba en 0.87 en 1977, 0.83 en 1978. En 0.90 y por debajo de 0.90, los de más de sesenta años son más numerosos que los de menos de veinte años, con la esperanza de vida actual. Si la esperanza de vida se alargara, la proporción de los de más de 60 años aumentaría y la de los de menos de 20 años disminuiría otro tanto.

Supongamos que el resbalón se detenga o que conservemos el 0.87 que habíamos alcanzado al principio de la espiral implosiva, 0.87, es el promedio de Europa y el promedio del mundo occidental. Francia, pues, con el nivel de 1977, arrojaría en estado permanente: natalidad, 11.36‰; mortalidad, 16.5‰; disminución anual, 5.15‰; tres fallecimientos por dos nacimientos, 550 mil nacimientos al principio del estado estacionario, 825 mil fallecimientos, 23.3% de menos de 20 años, 25.1% de más de 60 años en 2040, 51.6% de adultos de 20 a 59 años. Esta hipótesis de un mundo triste, estrecho, declinante, debe excluirse prácticamente. Ningún país se ha mantenido en el coeficiente de remplazo de 0.87. Es una corta transición. En 1978, Francia pasó muy por debajo de ese nivel. Varios departamentos franceses ya se han emparejado con Alemania y los demás se alinean.

Veamos la hipótesis de 0.74: es Inglaterra, Escandinavia (1.57 hijos), la mitad sur de Francia, el Lemosín, el mediodía-Pirineos, el Languedoc-Roussillon, Alemania en 1972. En estado permanente, la natalidad se establece en 8.8‰, la mortalidad en 20‰, la población de más de 60 años representa 30%, los de menos de 20 años 19%, etc. La población decrece 1.1% al año.

He aquí, por último, las dos únicas hipótesis verosímiles siguiendo el impulso actual: una es la de Alemania, incluidos los extranjeros, la otra es la que aparece para la población de tronco alemán de las grandes ciudades de la República Federal de Alemania.

Primera hipótesis (República Federal, 1977): 1.33 hijos por mujer, coeficiente 0.62, natalidad 6.7‰, mortalidad 24.5‰, el decrecimiento es de 1.8% al año, un nacimiento por cuatro fallecimientos, y una población que decrece en la proporción de cuatro a uno por siglo. El 38.4% de más de 60 años y el 15.1% de menos de 20 años. Esta realidad es la que fabricaba ayer para el porvenir la República Federal de Alemania, curiosamente citada como referencia por la mayoría de nuestros hombres políticos.

Pero eso era demasiado bello. Esa Alemania es una Alemania arcaica, con la cual todos nos alinearemos con mayor o menor prisa, en tanto que la propia Alemania se habrá emparejado con lo que realiza desde ahora en Berlín, en Hamburgo, en ese asombroso laboratorio del fin del mundo que son las grandes ciudades alemanas (y algunas ciudades estadunidenses). Puesto que fueron ellas las que dieron la tendencia y brindaron los modelos, tomemos en serio este cuarto modelo; en realidad, es el bueno, aquel que sólo una reacción profunda en los próximos diez años logrará apartar:

Coeficiente 0.5		1.07 hijos por mujer
0 — 19 años	—	11.07%
20 — 59 años	—	46.40%
> 60 años	—	42.53%
> 55 años	—	50.59%
Promedio de edad	—	52.2 años
Tasa de natalidad		4.4 ‰
Tasa de mortalidad		30.0 ‰

Tasa de disminución anual 26 por 1 000 al año
Reducción de 7 a 1 en un siglo.

Eso es lo que preparan, desde hoy, sociedades enteras. Ese mundo imposible, ese mundo del final con un presente sin porvenir, está al borde de la revolución contraceptiva tal como fue deseada y tal como fue emprendida en 1960. Ya se ha realizado en una parte de Alemania, en numerosas ciudades rusas y en algunas ciudades estadunidenses. Ya está superado.[2]

Recapitulemos, pues, nuestras modestas certezas:

No es posible detenerse durante mucho tiempo ni en el escalón uno ni en el escalón dos. Se llega sin falta al tres y éste implica casi fatalmente el cuatro. Nada impide teóricamente imaginar más allá del cuatro un cinco aún más radical. En realidad, pocos hombres y mujeres, teniendo todavía los medios de la sociedad contraceptiva, aceptarían traer al mundo un hijo en el infierno de ese rechazo general de la vida. Allí radica la irreversibilidad del sistema. Más allá de un umbral que no se puede fijar con absoluto rigor pero

[2] En el otoño de 1978, el nivel más bajo fue superado. Vemos aparecer 0.8 hijos por mujer, el coeficiente neto de 0.35/0.40.

que ya fue rebasado aquí y allá, se alcanza el punto en que toda retroacción cambia de sentido, todo regreso del sistema sobre sí mismo no incita, como en 1938 con el coeficiente de 0.90 y la existencia de familias numerosas, al regreso al equilibrio por sobreequilibrio, sino a la aceleración destructiva.

Lo que sigue caracterizando al sistema en el que la mayor parte del mundo se ha sumido es su total imprevisibilidad.

Primera certeza y única certeza.

El sistema no puede dar una estructura permanente, puesto que nada interviene todavía en el sentido de un equilibrio aún declinante.

El 1.8 da rápidamente 1.5, que desemboca en 1.2 y 1 y sin duda en menos de 1, hoy en día 0.8, ¿mañana 0.?; por lo tanto, es una sociedad que muere sobre sí misma.

A partir de ese momento, el destino se ventila fuera del sistema. Por lo tanto, hay que contemplar las reacciones en ese chancro del resto de la humanidad. Y aquí es cuando la previsión es prácticamente imposible.

De nuevo, remito a las gráficas. Pongamos frente a frente Alemania y el Magreb. Supongo esos dos mundos, en forma provisoria, en circuito cerrado. Alemania, 61 millones de habitantes, permaneciendo por milagro a cubierto y en el nivel actual (insisto en que eso es un milagro, puesto que la fecundidad sigue y debe seguir disminuyendo): en el año 2080, Alemania cuenta 106 mil nacimientos al año, 18 millones de habitantes, 50% de más de 55 años, etc. Alemania, con el nivel de los nacimientos de 1978, contaría con 10 millones de habitantes.

Supongo que el Magreb (44 millones) que está hoy en día en siete hijos por mujer pasa rápidamente a 2.2 hijos, en el equilibrio; hacia 2080, en población estable, el Magreb está en 180 millones de habitantes, según una hipótesis, 245 millones si el ajuste requiere unos cuantos años más.

Frente a esos 240 millones, que podrían ser 300 millones con una reducción lenta y más verosímil de la natalidad, la Europa de los nueve, estabilizada milagrosamente en el nivel de 1977 (hipótesis absurda, puesto que la fecundidad implota), arrojaría 150 millones de habitantes, de los cuales 30% de más de 60 años. En 2080, pues, 190 millones de habitantes (mínimo) en el Magreb, 18 o 10 en Alemania y 150 en la Europa de los nueve.

A escala planetaria, si la estabilización se hace con nueve mil millones en 2080 (es una hipótesis corrientemente admitida, la hipótesis tranquilizadora), el Tercer Mundo sigue frenando el ritmo actual y por un milagro, el mundo industrial se detiene a media pendiente. De cuatro a nueve mil millones en un siglo, el mundo desarrollado pasó del 25% al 8.8%. El mundo industrial más China, del 47% al 24%.

Ninguna de esas hipótesis puede producirse. En efecto, implican una serie de milagros. A saber, que la caída se estabilice en Europa, en Japón, y en Estados Unidos, al nivel actual en medio de una pendiente, sin razón, y que el Tercer Mundo acepte tal situación.

En realidad, habrá corrientes migratorias cada vez más fuertes y los territorios del mundo industrial se volverán otras tantas Irlanda, Israel, Sudáfrica y Rodesia, como se puede imaginar.

Se pueden construir dos argumentos. Uno con un rechazo severo hacia la inmigración extranjera, pero es la miseria, la decadencia, la imposibilidad de hacer funcionar la máquina económica. No hay creatividad ni milagros tecnológicos. Un mundo, pues, donde las jubilaciones no podrán mantenerse, y el nivel de vida de los ancianos y de los jóvenes retrocederá.

Otro, con el ingreso masivo de los extranjeros. Siguiendo el impulso actual, Alemania Federal contaría (si decidiera el mantenimiento de su población y por lo tanto de su actividad) con 35% de extranjeros hacia 2005, originarios de Turquía, del Magreb, de Pakistán y de zonas más remotas del Tercer Mundo, con una minoría de alemanes en el nivel de la población escolar (debido a la fecundidad diferencial). Por lo tanto es vano, en semejante hipótesis, esperar el funcionamiento de un *melting pot* cualquiera.

La actividad del mundo industrial sólo se mantendrá más allá de 1985 aquí, de 1990 allá, implantando en una parte del planeta estructuras de guerra civil.

Imaginemos un Magreb de 150-200 millones de habitantes, una Turquía de 120 millones de almas, un conjunto India/Pakistán de 1 500 millones, indiferentes a los disturbios provocados por el enfrentamiento de minorías de 50, 60, 70 millones de trabajadores más o menos explotados en el espacio europeo. Ésta es, con el perfil actual, la hipótesis más verosímil. Y esta situación es para

la dédaca 1990-2000. Antes del año 2000, empezaremos a cosechar los primeros venenos de la implosión.

A menos que la previsión del peligro nos arranque a tiempo del torpor que nos ha vuelto incapaces de prever, de comprender, de reaccionar.

XXIX. ROMPER EL CÍRCULO

TODAVÍA nos queda un poco de tiempo. A esta generación delantera que está al mando le toca hacer un esfuerzo suplementario de memoria y de imaginación.

Aquí y allá, hubo esfuerzos por construir modelos de la población declinante. Por imaginar cómo se administraría la crisis de la civilización contraceptiva. Los institutos de estudio demográfico se volvieron cementerios de modelos superados. Las previsiones resultan irrisorias aun antes de que los cálculos estén terminados, puesto que la implosión prosigue y nadie puede prever cuándo se detendrá, mientras que todo hace pensar, que ya no puede detenerse.

La gran imprudencia consistió en olvidar que teníamos dos memorias, que una no podía sustituir del todo a la otra, que había un ámbito del instinto que era necesario respetar. Al querer instaurar el parentesco total e individualmente responsable, creamos un monstruo. Esta civilización es un híbrido estéril. Ahora bien, la esterilidad no es hereditaria.

Como esto quizá ya se produjo, pero nunca en esta escala, la memoria cultural logró destruir la memoria biológica sin la cual deja de ser transmisible. Si la cepa está muerta, ya no se podrá realizar el injerto.

Lo que se produjo a la altura de los años sesenta es una revolución. Antes, en un antes millonario en años, había evoluciones rápidas, a veces demasiado rápidas.

No se trata en absoluto de condenar la ciencia y en particular las ciencias de la vida. El arsenal hormonal debe utilizarse, como la energía atómica, con determinación, firmeza y prudencia.

Como lo habíamos pedido vanamente a las autoridades responsables de Francia, había que avanzar prudentemente, con lentitud y corrigiendo, poco a poco, por retoques sucesivos, los efectos de los nuevos recursos. Apuntar los proyectores sobre el número de los nacimientos acumulados y dosificar las incitaciones a nivel de los nuevos medios. No soltar el freno sino después de haber verificado que se podía alimentar el motor.

La sociedad contraceptiva puede ser soportable, pero con varias condiciones. La primera exige apresurarse realmente, o sea de manera lenta. No se inyectan de un solo golpe todos los venenos al mismo tiempo. Se prueba, se somete a *test* progresivamente. La segunda regla es la del justo discernimiento. Lo que la fe religiosa había enseñado, la razón confirmado, la ciencia explicado; a saber, que la vida humana está enteramente dada en proyecto en el embrión y debe respetarse.

El aborto y la esterilización, crímenes contra la naturaleza, la moral, la razón, la especie, deben proscribirse. La esterilización debe ser una prohibición absoluta. El aborto, cuando ya se atravesó la línea, puede ser objeto de un repliegue estratégico por etapas. Dando por sentado que, en un lapso lo más corto posible, el derecho a la vida debe ser restaurado nuevamente del todo y en todas partes.

Ya restaurado el derecho a la vida, habrá que aprender a vivir con el nuevo arsenal contraceptivo. Esto implica, como lo he escrito a menudo, un gigantesco esfuerzo. Si no os creéis maduros para el esfuerzo que exige el precio de la libertad, entonces adoptad la solución de la neutralización de esas nuevas armas. Construid silos de contraceptivos al lado de los silos de cohetes termonucleares y vigilad los silos de contraceptivos, son mucho más peligrosos que las armas termonucleares. Si os sentís lo suficientemente fuertes, entonces hacedlo y hacedlo pronto.

En adelante, la elección de la vida no deberá ser castigada. El peso del niño que Francia cubría en 1945 en cerca de la mitad y que hoy cubre en una octava parte, deberá alcanzar rápidamente el 100%. Tenemos dos caminos. Uno es más atrayente. Consiste en permitir la generalización del modelo dos-tres hijos, haciendo un enorme esfuerzo en el segundo y tercer hijos.

El otro es más seguro. Los cálculos de Jean Legrand lo muestran. Consiste en pagar, a nivel de la remuneración media, una carrera de familias numerosas. Restaurar mediante un enorme esfuerzo financiero el 20% de familias de cuatro a siete hijos. Ya asegurada esta base, no tendréis nada que temer de la total libertad. La mayoría puede escoger entonces sin temor entre uno y dos hijos. Obténgase por un modo de incitaciones adecuadas el 20% de familias

de cinco hijos, lo cual, por supuesto, incluirá una remuneración completa con jubilación a nivel de ejecutivo medio para las mujeres que optaron por este camino, y el resto de la nación puede organizar su plan familiar según el modelo de las ciudades alemanas, con familias que tengan uno y dos hijos. Además, se habrán restaurado las condiciones de una autorregulación del sistema comparable a la que se produjo, un poco en toda Europa, al final de la década de 1930 y durante los años 1940-1950.

En el punto en que estamos, no podemos jugar más que una sola carta. Tenemos que abatir el conjunto del juego:

—Movilizar los medios de comunicación masiva, en torno a la única gran noticia, el "pronto vamos a morir".

—Bloquear al máximo el arsenal antinatal.

Ya no permitir ningún rebasamiento. Comenzar por aplicar las leyes detestables con las que nos hemos dotado, hacer intervenir los frenos que habían sido previstos y que hoy en día tan sólo son los testigos de la mala fe de quienes los propusieron. Esos frenos habían sido evocados para atrapar los votos y cubrir las conciencias de aquellos cuya valentía —son numerosísimos— no está a la altura de la lucidez. Esos frenos, hay que utilizarlos.

—Inventar esa política de vida, cuyo plan a menudo describí.

Esta política de vida constará de dos etapas. En primer lugar, el descanso parental de tres años remunerados según la tarifa de un salario medio. Y la posibilidad de una carrera realmente completa para las madres de familias numerosas. Esta política asociaría el plan uno y el plan dos. Su finalidad sería hacer pasar cierto número de familias de uno a dos hijos y promover el 20% de familias numerosas reequilibradoras. En segundo lugar, prever toda la actividad en función de la vida; por lo tanto, remodelar el espacio, el tiempo, el trabajo, en función de ese único imperativo de nuestra supervivencia.

Acercar el trabajo al hombre en un espacio acondicionado, utilizar al máximo el arsenal del mando a distancia, de la electrónica y de la informática, a fin de que quienes escojan dar la vida puedan gozar plenamente de ella. No se traen niños al mundo para el Estado, ni siquiera para la sociedad civil, sino por la alegría que confiere la vida maravillosa desde el primer movimiento en el vientre

de la madre hasta la plenitud del hombre cabal, que viene a recibir la bendición de nuestra mano en el atardecer de nuestra efímera existencia.

A menudo abogué por esta causa. Hemos redactado proyectos, hemos calculado los costos, conocemos, casi con certeza, la incidencia de semejantes medidas, y sabemos que durante diez o quince años la supervivencia de nuestras naciones está al alcance de la mano. Las medidas existen, son onerosas pero tenemos los medios para aplicarlas, sólo nos falta en realidad una cosa, la voluntad de la esperanza y la esperanza de la voluntad. El círculo de la revolución contraceptiva no nos cayó del cielo, nosotros lo construimos metódicamente a partir de nuestras obsesiones, de nuestros miedos, de nuestros rechazos; es el de la muerte preferida a la vida, del instante contra la duración, del placer contra la alegría. *Small is beautiful* también fue la divisa de los Estados Unidos de la cruzada de Pincus. Una vida unida, planificada, sin riesgo, sin sorpresa, la vida en una palabra, del discurso que acompaña a los técnicos del arsenal antinatal, no vale la pena como para ser transmitida voluntariamente.

Está escrito: "¡Es tremendo caer en las manos de Dios vivo" (Heb. 10, 31); es algo terrible introducir en el mundo una conciencia dolorosa y alegre de sí bajo la mirada de la muerte. Es algo tan terrible que la naturaleza (la *natura naturata,* la naturaleza naturada de los cristianos, o la *natura naturans,* la naturaleza naturante de Spinosa y de los gnósticos) lo había confiado al instinto. Aquello que transmitía la vida era una inteligencia oscura, una inteligencia que participa en la inteligencia del mundo. Nuestra civilización en la época del mundo lleno había logrado, como Prometeo, arrebatar un poco de ese fuego al cielo. Habíamos conseguido un poco de fuego del cielo, pero la fuente permanecía fuera de nuestro alcance. Sabemos dónde está, sabemos apagar el fuego de la vida, aún no sabemos cómo encenderlo. Prometeo corre el peligro de morir antes de descubrir el último secreto.

Los años sesenta pudieron ser los más hermosos de la historia humana. Teníamos todo al alcance de la mano. Nos faltó un poco de esperanza. Las sonrisas del destino no se vuelven a alcanzar

jamás, al igual que el tiempo, que se nos escapa desde hace cuarenta mil años.

En adelante, cada año que pase, sin que nada deje prever que vamos a romper por fin la espiral de la implosión contraceptiva, nos acerca al momento en que sabremos que esta hermosa civilización está muerta, y que ya nada podrá hacerla revivir.

Por supuesto, lo que está en tela de juicio no es la supervivencia de la especie. Al igual que todos somos, hoy en día, los cuatro mil millones de vivientes, los descendientes de padres de hombres y mujeres que quisieron, o lo cual es más bello aún, que aceptaron la vida; mañana, la tierra, aunque empobrecida, seguirá siendo poblada por los descendientes de quienes habrán corrido el riesgo de proseguir la aventura.

Entonces, muchísimo más tarde, la aventura volverá a empezar.

Sin embargo, la tercera llamada del destino aún no ha sonado. Todavía podemos enderezar el timón, todavía podemos ganar un poco de tiempo. Y en ese poco de tiempo, encontrar en nuestras diversas herencias suficiente sentido a la vida para tener la curiosidad de la continuación.

CONCLUSIÓN

No ME tocaba a mí describir aquí en detalle la gran política de vida que todavía podríamos construir, si tan sólo tuviéramos el deseo de hacerlo. En realidad, el deseo, ése es el problema. El deseo de vivir, de luchar, de perseguir, de volver a emprender el camino empinado de nuestras rudas conquistas; por ahora, es en realidad la única cosa que nos falta. Por lo tanto, basta con que sepamos que el remedio existe y que cada hora que pasa reduce su eficacia y aumenta su costo.

Hemos llegado al punto en que se cierra toda previsión, al punto de la prospectiva imposible. Una cosa es segura: la prolongación de las tendencias actuales llevaría a la pérdida total de la memoria cultural, a la no programación del saber en los países industrializados, puesto que las franjas del Tercer Mundo más transculturado se ajustan rápidamente al modelo del rechazo implosivo de la vida hacia la perdición, en uno o dos siglos, de casi toda nuestra capacidad científica y técnica. Después de eso... la vida podría empezar de nuevo como lo hizo en la cuenca del Mediterráneo, después de la noche de las grandes invasiones, en la ansiosa espera del año mil.

Pero ese modelo lento es imposible, debido al desfase entre el mundo industrial y el Tercer Mundo. Por lo tanto, lo que aparece casi ineluctablemente en las gráficas previsionales República Federal de Alemania —Magreb,[1] es el enfrentamiento entre la descendencia del mundo industrial y la descendencia de los Terceros Mundos.[2]

Según toda probabilidad, si dejamos que las cosas sigan, éstas no llegarán hasta su término. Y los medios de destrucción que nos quedan no permiten esperar la apagada perspectiva del gran asilo de ancianos benévolamente mantenidos por los trabajadores inmigrados del Tercer Mundo.

Una sola pregunta vale todavía la pena de plantearse: ¿quién romperá el círculo implosivo? ¿La pérdida de la memoria, los cohetes

[1] *Cf.* gráficas 27 y 28, pp. 321-322.
[2] *Cf.* gráficas 29 y 30, pp. 323-324.

o la acción voluntaria, la alianza del poder de hacer saber y del poder de regir la ciudad movida por una oscura curiosidad de la continuación?

Nada prueba que la más antigua y la más brillante civilización que jamás se haya actualizado en el espacio-tiempo deba estar definitivamente condenada. Todo hace pensar incluso que aún nos queda una pequeñísima posibilidad de salir del apuro.

Sí, la esperanza está en el prado, corre pronto hacía ella, corre pronto, que se va.

APÉNDICE I

NOCIONES DE DEMOGRAFÍA

El problema fundamental de la Vida, es el del remplazo de las generaciones.

Es posible circunscribirlo mediante cuatro nociones o indicadores esenciales.

1. *La descendencia final de una generación*

Sólo se conoce con certeza cuando todas las mujeres pertenecientes a esa generación tuvieron su menopausia.

Así, en Francia, las mujeres de 50 años de edad, nacidas en 1929, dieron a luz en promedio 2.63 hijos. La generación femenina nacida en 1896, muy afectada por la guerra de 1914-1918 (muchos hombres de la misma edad murieron en el frente, y muchas mujeres quedaron solteras por las circunstancias), tan sólo había dado a luz 1.99 hijos.

Las generaciones nacidas desde la guerra (promociones 1946 y siguientes) tendrán sin duda menos hijos todavía, pero como su periodo de fecundidad aún no ha terminado, no es posible conocer con certeza el número de hijos que traerán al mundo. Ciertos acontecimientos (guerras, desempleo) tienen por efecto diferir por lo menos momentáneamente la llegada al mundo de los hijos. Se observa entonces ulteriormente una "recuperación" que sólo puede ser forzosamente parcial cuando las causas inhibidoras han desaparecido.

En Alemania, las mujeres nacidas en 1876 dieron a luz en promedio 3.78 hijos (Francia, 2.56). La diferencia era del 31% entre ambos países. La situación se invierte a partir de 1895 en que las mujeres nacidas en Francia tienen más hijos que las mujeres alemanas.

Para las mujeres nacidas en 1920: Francia, 2.50; Alemania Federal, 1.90; o sea una diferencia del 24% en sentido inverso.

2. *La tasa bruta de reproducción*

En todas partes nacen en promedio *de 105 a 106 varones por cada 100 niñas;* la generación femenina francesa nacida en 1929, al menos sus representantes aún con vida en 1979, dieron a luz 2.63 hijos. Así, esa generación fue una de las más fecundas de Francia.

Cien mujeres nacidas en 1929, aún con vida en 1979, dieron a luz en Francia 128 niñas y 135 niños (263 hijos en total). Si toda la mortalidad fuera suprimida hasta los 50 años, las 100 mujeres nacidas en 1929 habrían sido remplazadas por 128 niñas. Asimismo, 100 mujeres nacidas en 1896 dieron a luz en Francia 97 niñas y 102 niños (199 hijos en total) y habrían sido remplazadas por 97 niñas (en ausencia de toda mortalidad hasta los 50 años).

Se dice que la *tasa bruta de reproducción* de la generación femenina nacida en 1929 fue de 1.28; la de la generación nacida en 1896, de 0.97.

Tasa bruta de reproducción $= \dfrac{\text{Descendencia final}}{2.06}$ (para una generación o también tasa bruta de reproducción = Descendencia final "*niñas*".

En Alemania Federal, la tasa bruta de reproducción 1.83 para las mujeres nacidas en 1876 que tuvieron 3.78 hijos pasa por debajo de la unidad para las mujeres nacidas a partir de 1893. Cae a 0.92 para las mujeres nacidas hacia 1900 y hacia 1920 (1.9 hijos en la República Federal de Alemania), y sólo se vuelve superior a la unidad para las mujeres nacidas entre 1929 y 1940. En Francia, la tasa bruta es superior a uno o cercana a uno; sólo las generaciones nacidas entre 1891 y 1898 presentan tasas un poco inferiores a uno (debido a la guerra de 1914-1918).

3. *Los nacimientos reducidos*

El inconveniente del indicador "descendencia final" es que sólo se conoce cuando todas las generaciones de una misma generación han dejado de ser fecundas. De hecho, sólo se conoce aproximadamente la descendencia final para las generaciones de más de 35 años de edad cuya descendencia está formada en 95%.

Sin embargo, es posible definir otros indicadores que permiten tener una visión más instantánea de la situación.

Los 2.63 hijos de la generación femenina francesa nacida en 1929 nacieron a todo lo largo de la vida fecunda de esas mujeres. Así, 0.77 de esos niños nacieron cuando la mujer tenía de 20 a 24 años (de los cuales 0.192 a los 24 años de edad, edad en que la fecundidad era la mayor). De ahí la idea de calcular, por ejemplo en 1978, cuántos hijos ha dado a luz en promedio cada mujer de 24 años o cuántos hijos tuvo un número dado de mujeres de 20 a 24 años de edad.

De ese modo, se nos ocurre la idea de sumar esos números de hijos. Cada una de las mujeres corresponde, por cierto, a una generación di-

ferente; así, las mujeres nacidas en 1954 tuvieron 24 años en 1978, las mujeres nacidas en 1944, 34 años...

Así, se suman las fecundidades relativas de *diferentes generaciones,* pero obtenidas *el mismo año.*

Se define de ese modo la noción de "nacimientos reducidos" *Nr*

$$Nr = \sum_{i\,min}^{i\,max} \frac{ni}{Fi}$$

ni = hijos nacidos de una madre de edad (o por simplificación nacida el año (x — i) si X es el año en que se calculan los nacimientos reducidos.

Fi número total de las mujeres de edad i (o nacidas el año (x — i) por ejemplo para 1978 i = 24 n_{24} = número de nacimientos de hijos cuya madre nació en 1954; F_{24} = número de mujeres que residen en Francia nacidas en 1954

i min = edad de la pubertad (14 años), i max = edad de la menopausia (50 años)

de donde resulta $N = \frac{n\,14}{F\,14} + \ldots + \frac{n\,24}{F\,24} + / \ldots + \frac{n\,50}{F\,50}$

(los primeros y últimos términos de la serie son muy pequeños). En 1978 se encuentra N = *1.81 hijo por mujer.*

Hubo aproximadamente 732 mil nacimientos en 1978; habría habido 1 019 000 con la fecundidad de las generaciones nacidas entre 1929 y 1931, las que tuvieron más hijos.

La noción de "nacimientos reducidos" define una *proyección transversal* que se puede oponer a la *proyección longitudinal* que consiste en estudiar la fecundidad de una generación a todo lo largo de su vida fecunda. Los "nacimientos reducidos" definen una proyección "instantánea" o "transversal" de la fecundidad. Si las tasas de fecundidad parciales $\frac{ni}{Fi}$ en cada edad permanecieran constantes, la *descendencia final* se alinearía a cierto plazo con los "*nacimientos reducidos*".

Esto significa que si las mujeres residentes en Francia se comportan en el futuro del mismo modo que en 1978, su descendencia final será de 1.81 hijos, o sea una tasa bruta de reproducción de $\frac{1.81}{2.06} = 0.88$. O sea que 100 mujeres sólo tendrían 88 hijos.

Añadamos que el indicador "nacimientos reducidos" es independiente de la estructura por edad, ya que cada término de la serie *ni* se relaciona con el efectivo *Fi* de las mujeres de edad.

Así como se definió una tasa bruta de reproducción para una generación, en el *enfoque transversal* se puede decir que la tasa bruta (instantánea) es igual a los "nacimientos reducidos niñas", o sea tasa bruta = *nacimientos reducidos* = 0.485 nacimientos reducidos y por ende una tasa 2.06 bruta de 0.88 en 1978, para Francia (la tasa bruta era de 1.41 en 1964).

En 1977, la tasa bruta era de 0.67 en la República Federal de Alemania (1.22 en 1965).

4. *Tasa neta de reproducción = remplazo de las generaciones*

No todas las niñas nacidas en 1929 están con vida en 1979, cierto número falleció entretanto, así como no todas las niñas nacidas en 1978 estarán con vida en 2028 al final de su vida fecunda.

Los nacimientos reducidos y la descendencia final siempre conciernen a una generación reducida a un número constante de mujeres, o sea sin ningún fallecimiento hasta la edad de la menopausia.

Hoy en día, de 97 a 98% de las niñas nacidas en 1978 pueden esperar (en ausencia de conflicto armado futuro) alcanzar la edad media de la maternidad (26 años), en los países desarrollados. La proporción es muy inferior a ese valor en los países actualmente en desarrollo.

Por tanto, conviene considerar ya no el número de niñas nacidas de una madre de edad i, sino el número de mujeres surgidas de esas niñas que alcanzarán la edad i, cada uno de los términos de la serie $\frac{ni}{Fi}$ se multiplica por un coeficiente de la supervivencia Qi. O sea $\frac{ni}{Fi}$ Qi.

En el enfoque del remplazo de una generación por otra, esto equivale a formular la hipótesis de que la niña nacida será madre cuando alcance la edad que tenía su madre cuando ella nació.

Así como la *tasa bruta* de reproducción era igual a los *nacimientos reducidos niñas, la tasa neta* de reproducción es igual a los *nacimientos reducidos mujeres* y se puede razonar tanto en enfoque longitudinal como transversal (instantáneo).

En realidad, en los países desarrollados en que el estado sanitario es excelente, de 97 a 98% de las niñas nacidas en estos últimos años alcanzarán quizá la edad media de la maternidad.

De donde resulta sensiblemente:
Tasa neta de reproducción =
0.97% × *Tasa Bruta* = Nacimientos reducidos "mujeres".

Por lo tanto, se necesitan en nuestros países, según la proporción de nacimientos femeninos y el estado de higiene, 2.09 a 2.19 hijos por mujer para asegurar una tasa neta de remplazo igual a la *unidad* en Francia; hubieran sido necesarios 846 mil nacimientos en 1978 y se necesitarían 860 mil en 1980 para alcanzar ese resultado.

En 1978, con 732 mil nacimientos y 1.81 hijos por mujer, la *tasa neta de remplazo es de 0.86*, y la diferencia 846 mil — 732 mil = 114 mil nacimientos traduce el déficit de las generaciones.

Tasa neta en Francia (enfoque transversal) en 1978 =

$$\frac{1.81}{2.06} \times 0.975 = 0.86$$

Tasa neta en Francia (enfoque longitudinal) para la generación femenina nacida en 1929

$$\frac{2.63}{2.06} \times 0.96^{1} = 1.225$$

En la República Federal de Alemania, la tasa neta para 1977 (1.39 nacimientos reducidos) es de $\frac{1.39 \times 0.965}{2.06} = 0.65$

(se necesitan 2.14 hijos por mujer en la República Federal de Alemania para asegurar el equilibrio) y hubieran sido necesarios 890 mil nacimientos en vez de 580 mil para asegurar el remplazo de las generaciones, de donde resulta un déficit de 310 mil nacimientos. En el pasado, se necesitaban mucho más de 2.1 hijos por mujer para asegurar el mantenimiento de la vida.

Era necesario entonces que cada pareja tuviese en promedio de 8 a 9 hijos en el paleolítico, de 7 a 8 en el neolítico, de 5 a 6 en la Edad Media y hasta principios del siglo XVIII. El nivel necesario para la supervivencia disminuyó poco a poco debido al alargamiento medio de la vida. En Francia, se necesitaban 5 hijos por mujer (promedio 1740-

[1] El estado sanitario era menos bueno al principio del periodo de fecundidad de esa generación hacia 1950.

1760), 4 hijos (1801-1805), 3 hijos (1890-1900), 2.5 hacia 1930, 2.35 (1936-1939), 2.20 (1951), 2.15 (1956), 2.10 desde 1972.

Hay que decir que si bien la *tasa bruta* de reproducción ha disminuido mucho, la tasa neta, en cambio, ha variado mucho menos debido al ajuste progresivo de la descendencia a las condiciones de vida del momento (esto ya no es cierto en absoluto, lo hemos visto desde la revolución contraceptiva que provocó que las tasas netas tendieran a los niveles suicidas que se sabe...).

en	1964	tasa neta en Francia	1.37
	1972		1.14
	1978		0.86
en	1965	tasa neta en la RFA	1.15
	1977		0.65

Así como el indicador *nacimientos reducidos* permanece constante, la descendencia final se vuelve igual a los nacimientos reducidos; asimismo, si la tasa neta de reproducción o tasa neta de remplazo del momento (enfoque transversal) permanece constante durante mucho tiempo, se vuelve igual a la tasa neta (longitudinal).

— Cualquiera que sea la tasa de remplazo, si ésta permanece constante, la población tiende hacia una estructura por edad constante, cualquiera que sea la estructura en un principio

— si la tasa de remplazo es superior a la unidad, la población crece.

— si la tasa de remplazo es inferior a la unidad, decrece.

— si la tasa de remplazo es igual a la unidad, se tiende hacia una población constante.

— En el caso de Francia, la restauración del equilibrio (860 mil nacimientos al año, 73 años de promedio de vida) llevará a la Francia del equilibrio de 63 millones de habitantes hacia 2040 con el equilibrio de los nacimientos y de los fallecimientos.

— Conviene señalar la importancia del promedio de edad en la maternidad o intervalo entre generaciones.

Decir que la tasa de remplazo de Francia es de 0.86 significa que, si esa tasa permaneciera constante durante varias generaciones, la población de Francia disminuiría 14% cada 26 años, o sea 0.6% al año.

Cuando la tasa neta de reproducción es constante durante varias generaciones, la relación nacimientos/fallecimientos es sensiblemente igual al cubo de la tasa neta de reproducción.

Esta ley, conocida con el nombre de ley del cubo,[2] traduce el hecho

de que la esperanza de vida es igual aproximadamente a tres veces el promedio de edad en la maternidad en los países más desarrollados:

$$\frac{\text{Nacimientos}}{\text{Fallecimientos}} = \text{(Tasa neta) } 2.7$$

(Esperanza de vida = de 71 a 73 años, promedio de edad en la maternidad de 26 a 28 años según los países, de donde resulta $\frac{72}{27} = 2.7$.)

[2] Véase Chaunu, Dumont, Legrand, Sauvy, *La France ridée,* Pluriel, París, 480 pp.

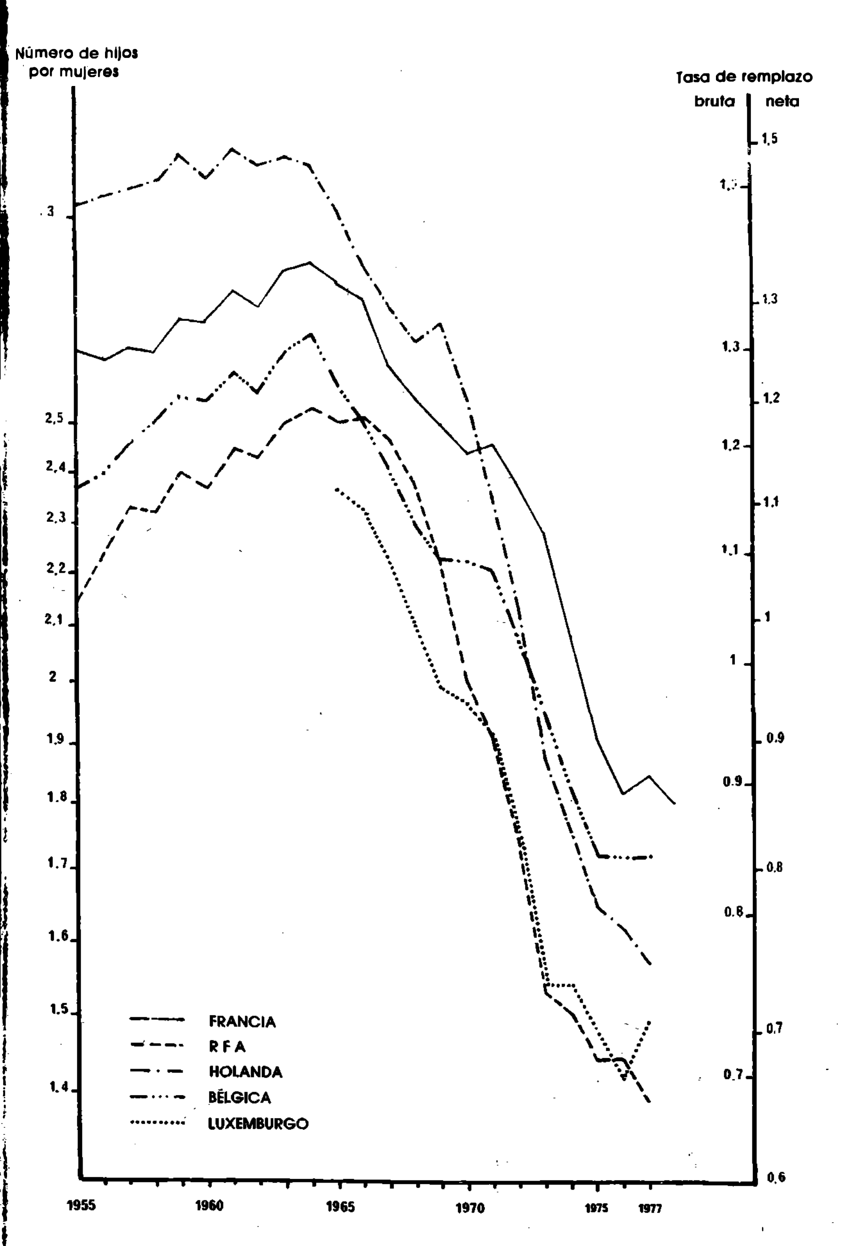
APÉNDICE II

OJEADA AL PRESENTE Y RECONSIDERACIÓN

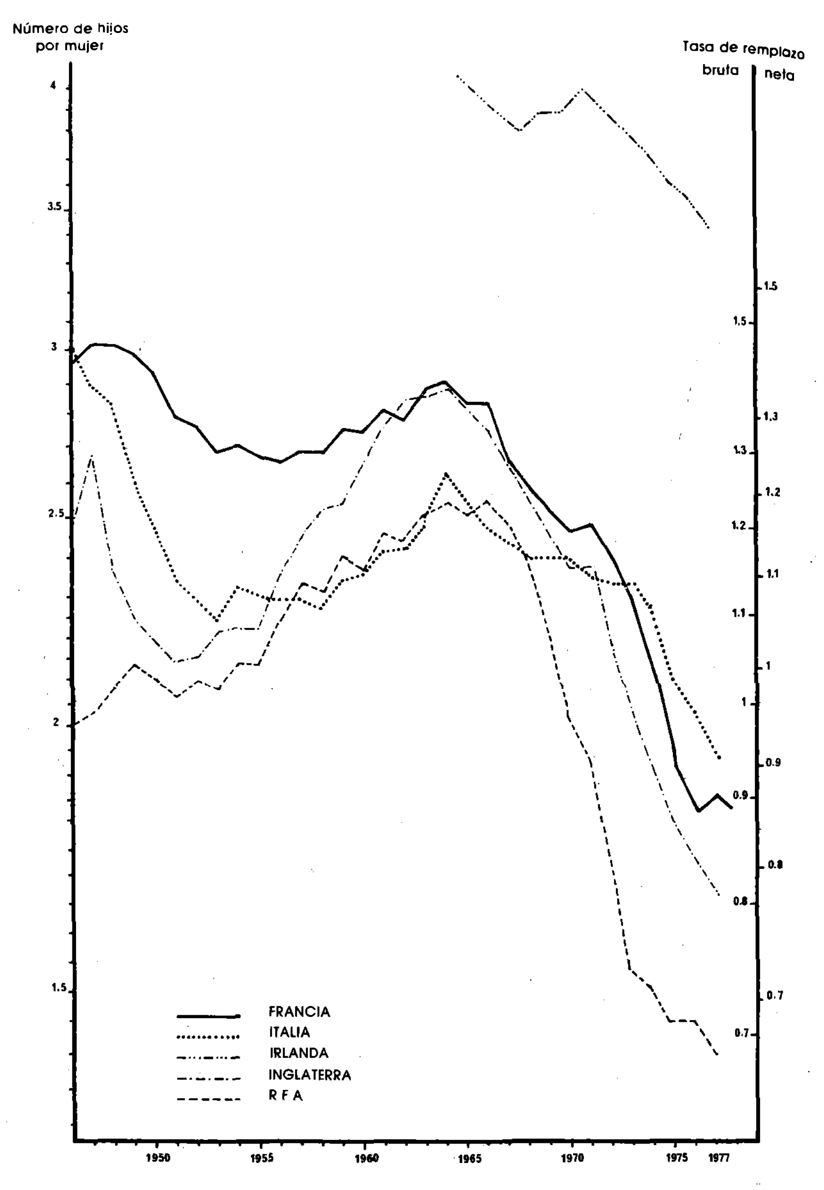
He aquí en unas cuantas imágenes el gran hundimiento de la vida de 1955-1960 a 1977.

A la izquierda, en ordenada, el número de hijos por mujer; a la derecha, los coeficientes netos y coeficientes brutos de reproducción.

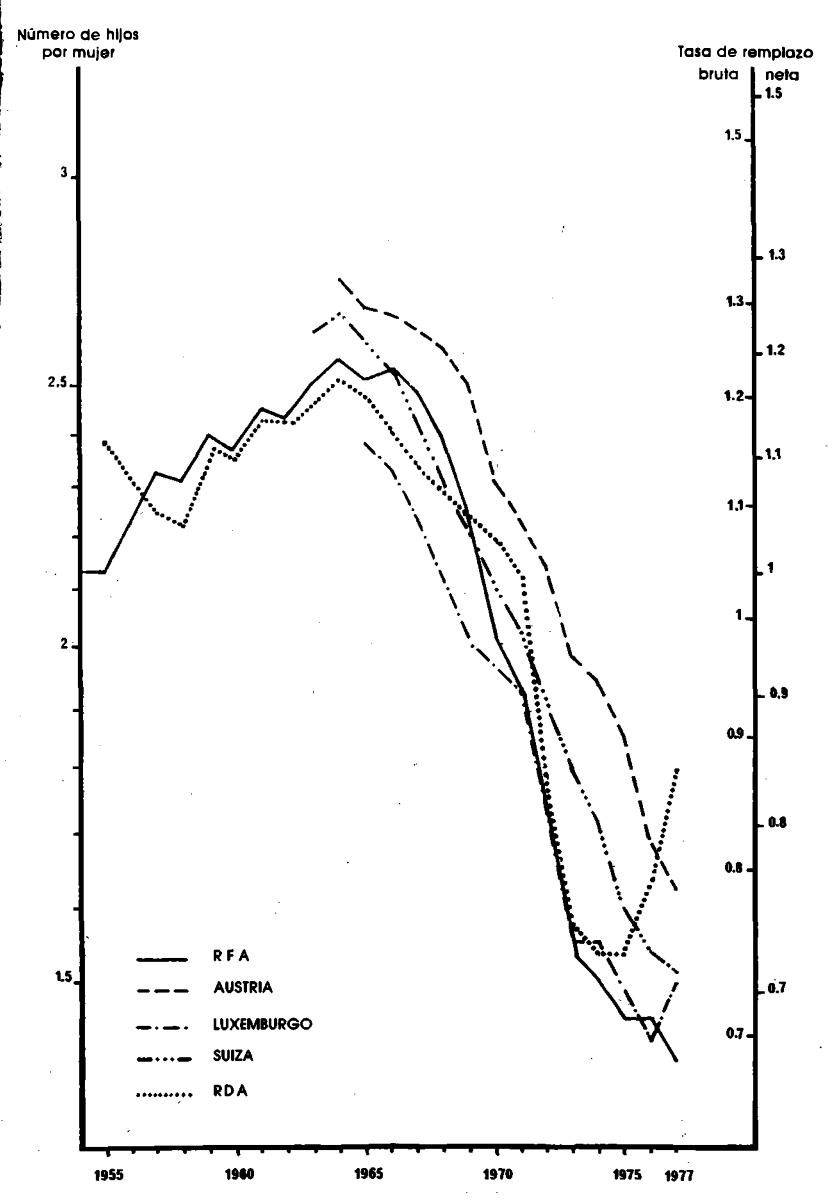
La reducción es de la mitad en quince años. Nada indica una disminución de la velocidad. En todas partes los niveles de 1978 son muy inferiores a los de 1976-1977. La regla no admite, hasta la fecha, ninguna excepción.



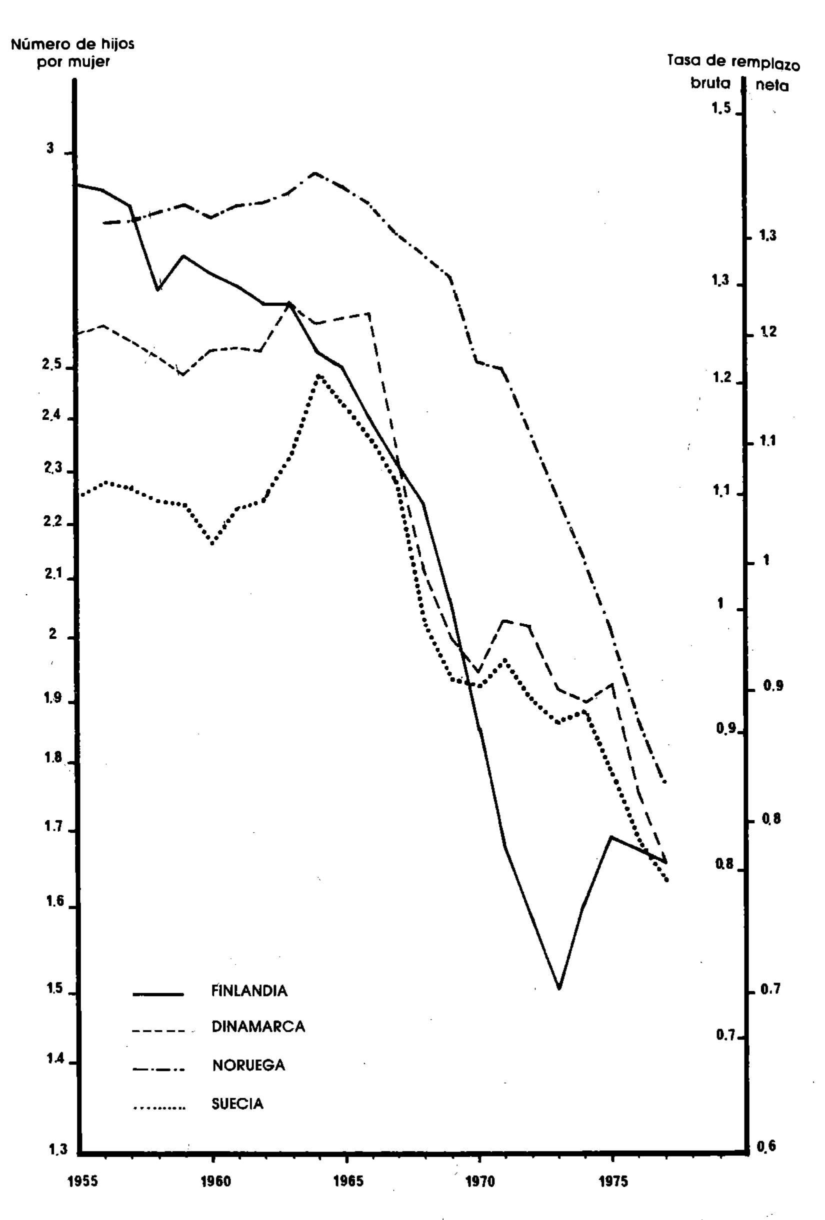
GRÁFICA 1. *He aquí a Francia y sus vecinos: Francia, RFA, Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo.*



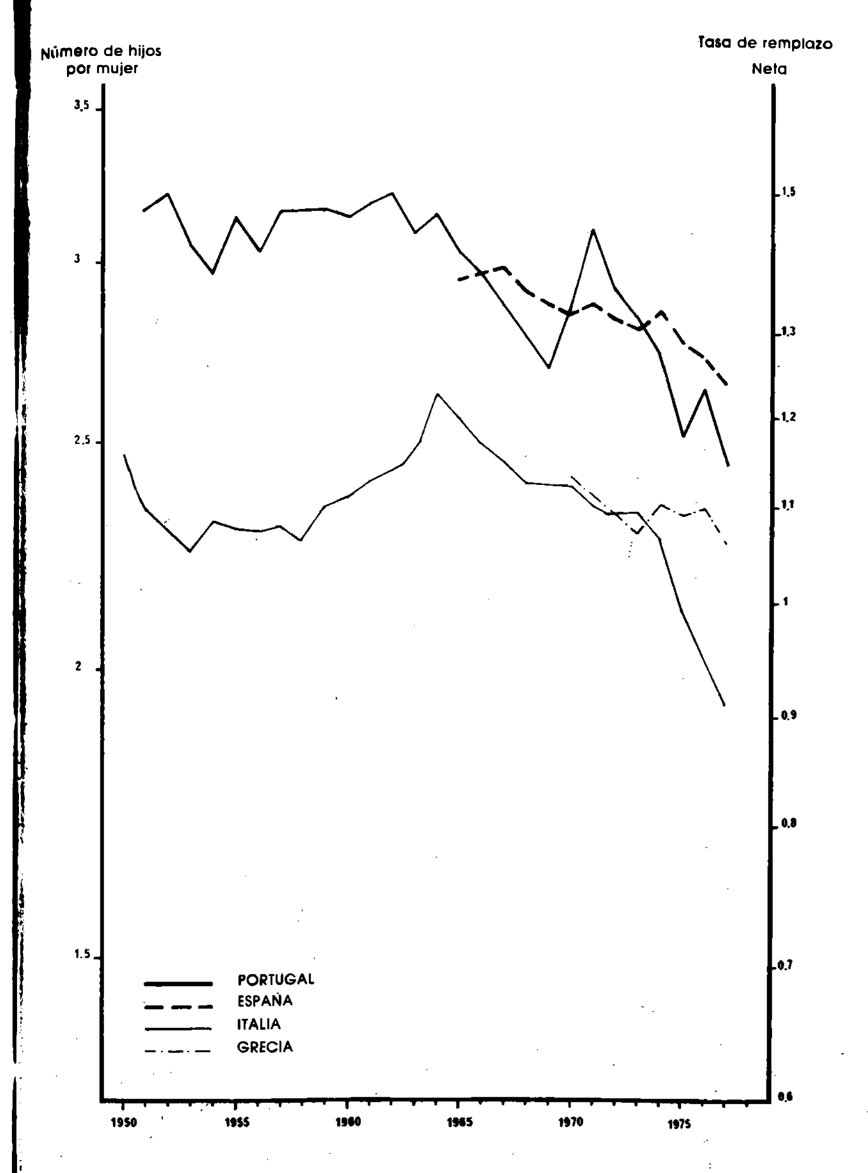
GRÁFICA 2. *He aquí una vez más a Francia y a otros vecinos: Francia, Italia, Irlanda, Inglaterra, RFA, Irlanda está arriba, pero la tendencia es la misma. También baja.*



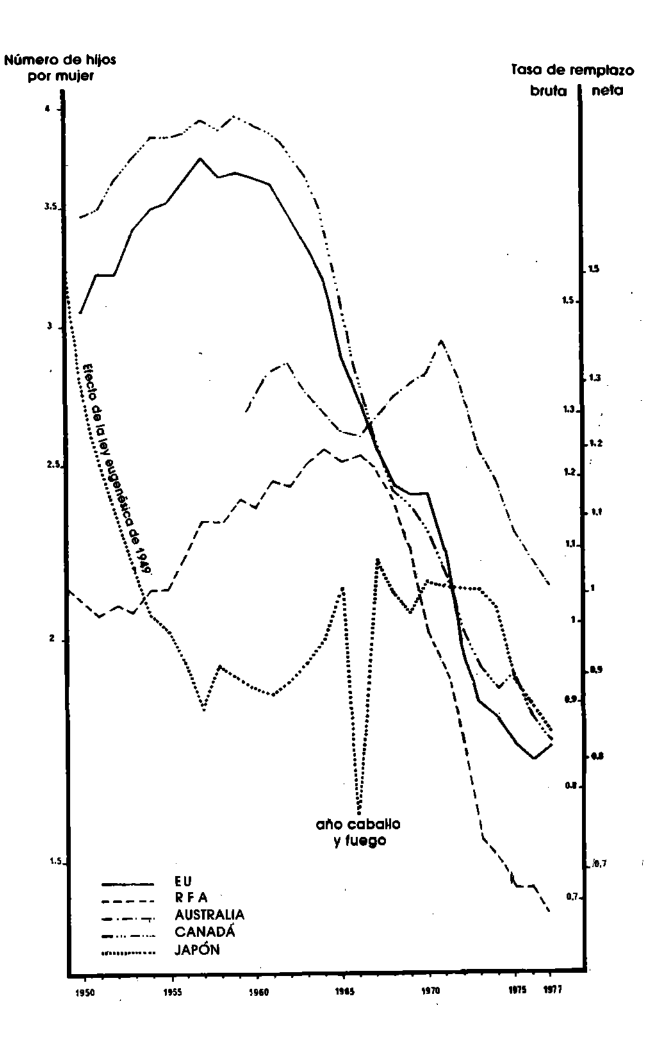
GRÁFICA 3. *He aquí a Alemania Federal en medio de los países de lengua alemana: RFA, Austria, Luxemburgo, Suiza, RDA. Es el hundimiento, pero la RDA se restablece por una política voluntarista.*



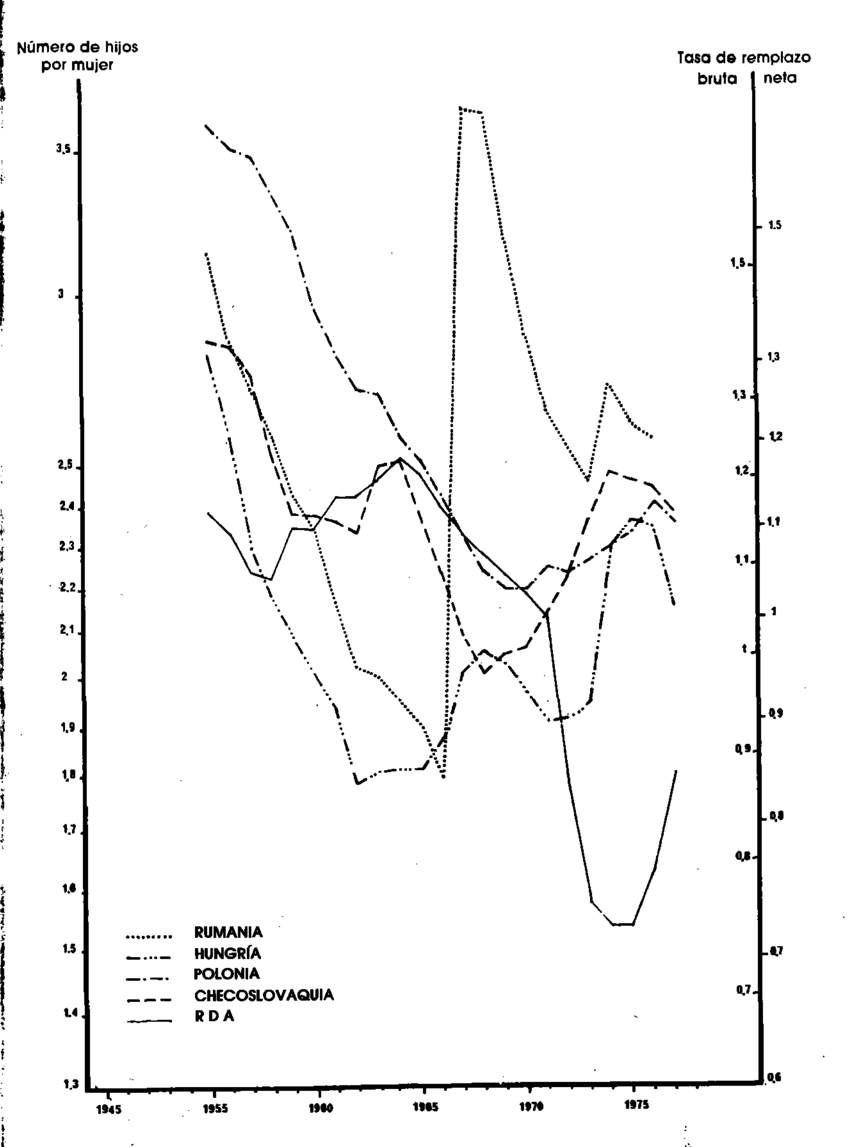
GRÁFICA 4. *He aquí el Norte: Finlandia, Dinamarca, Noruega, Suecia. Descenso y niveles muy bajos, casi como en Alemania.*



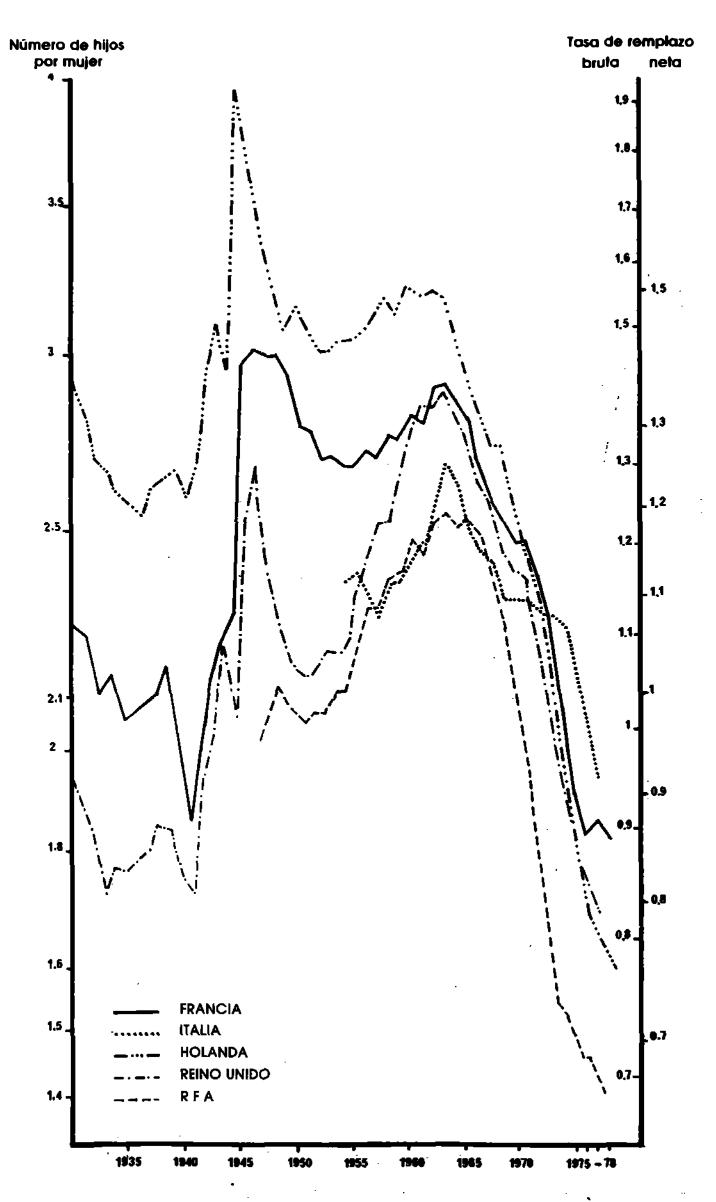
GRÁFICA 5. *La Europa mediterránea: Portugal, España, Italia, Grecia... La salvación no vendrá del Mediterráneo y de la tradición católica u ortodoxa. La Europa del sol ya no es la excepción. No podrá colmar los huecos de la Europa más antiguamente industrial.*



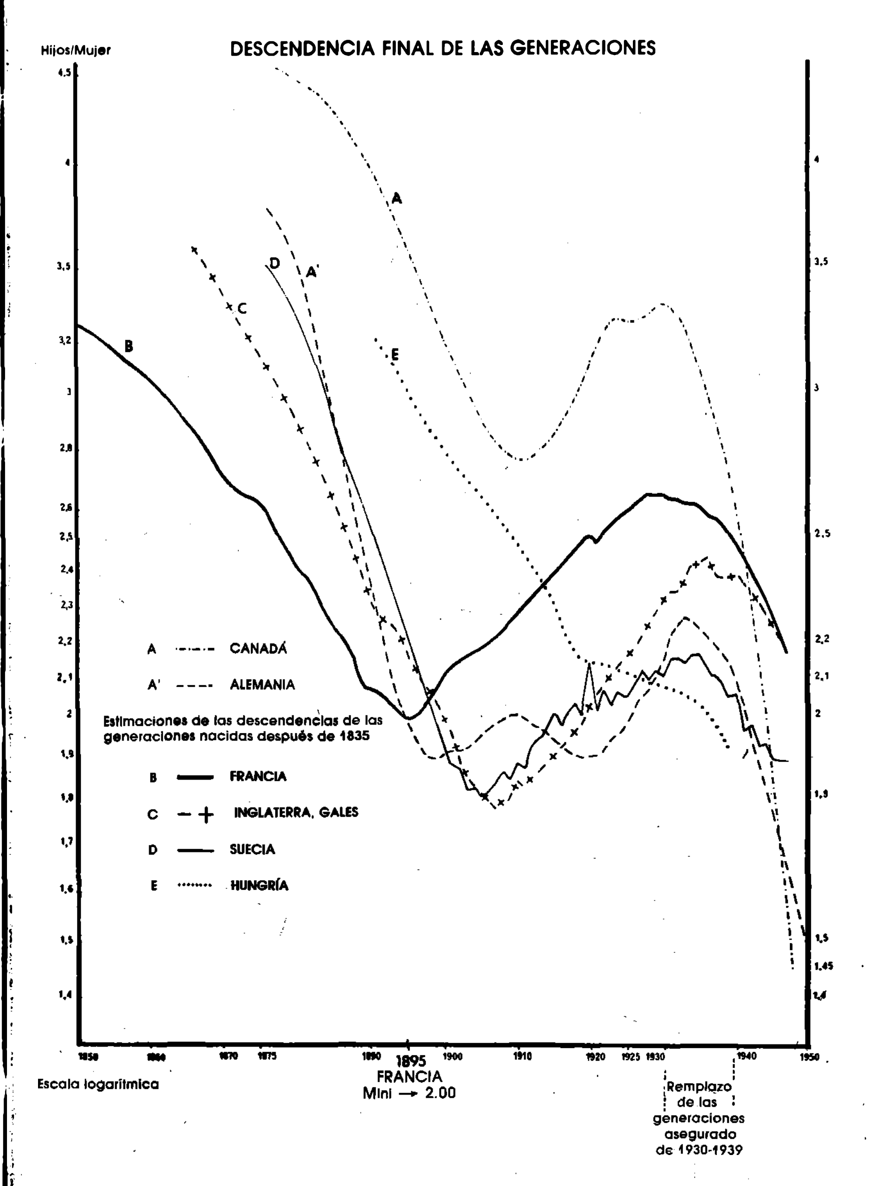
GRÁFICA 6. *Los colosos con los pies de arcilla. Los Estados Unidos, Canadá, Australia, el Japón, y Alemania. En esta gráfica se encuentra el 60% del potencial económico del mundo. Los Estados Unidos y Canadá pasan de 1957 a 1960 de 3.8/4 hijos por mujer a 1.6 en 1978. Ni el espacio ni la riqueza (Australia está vacía, el Japón sobrepoblado) modifican la caída. El recorte del Japón en 1966 se explica por una antigua superstición. El año caballo y fuego hace que las niñas sean feas y desabridas, más vale evitar los nacimientos bajo un horóscopo tan malo. Alemania y los Estados Unidos tienen en 1978 niveles peores que el Japón en 1966.*



GRÁFICA 7. *La Europa del Este (Rumania, Hungría, Polonia, Checoslovaquia, RDA) muestra que la voluntad política puede ser eficaz. El trazo dentado de Rumania es célebre. Hoy en día, las repúblicas socialistas del Este son los únicos estados industriales (la URSS europea se alínea con la RFA y los Estados Unidos) que han logrado romper el círculo implosivo.*



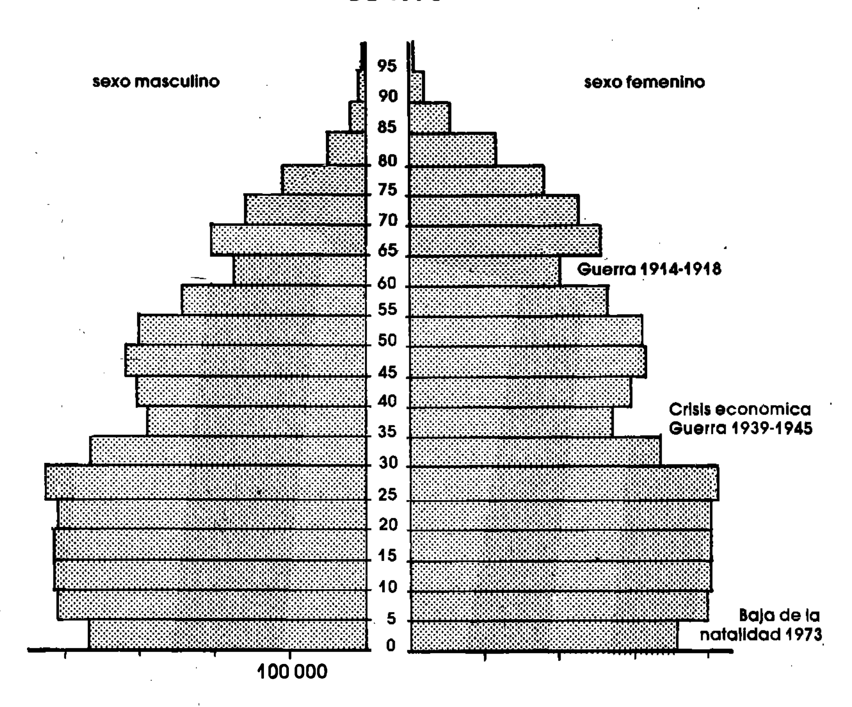
Gráfica 8. *Las dos crisis (Francia, Italia, Países Bajos, Reino Unido, RFA). He aquí la fecundidad de 1930 a 1977. La gráfica muestra claramente que el hueco de antes de 1940 no puede compararse con el abismo que nos traga.*



GRÁFICA 9. *Un accidente sin precedente. He aquí la descendencia acumulada de las mujeres nacidas de 1850 a 1950. La gráfica muestra los ritmos anteriores, el famoso ritmo de treinta años y el descenso sin precedente de nuestros días. Para Canadá, Alemania, Francia, Inglaterra, Suecia, Hungría.*

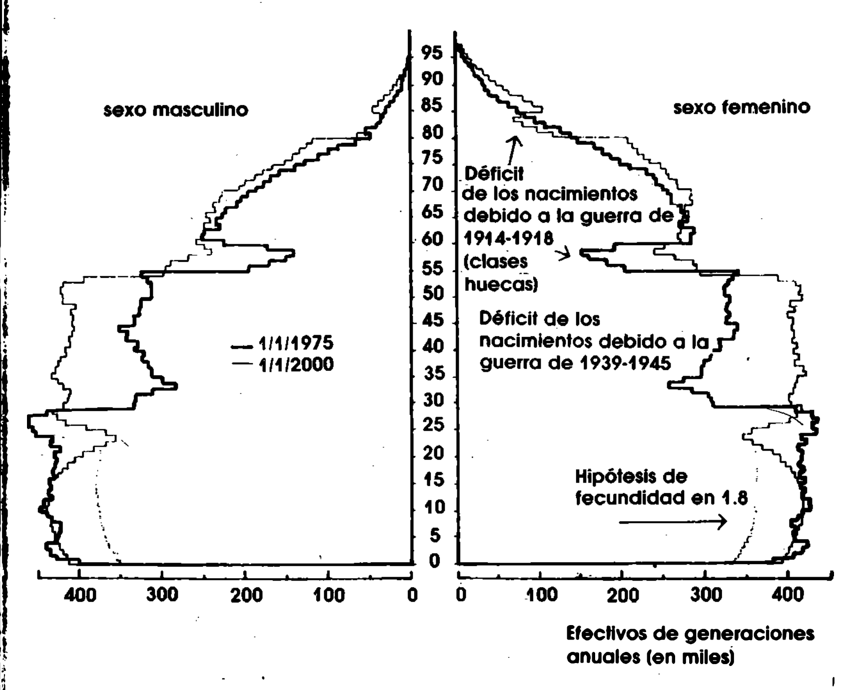
APÉNDICE III

FRANCIA

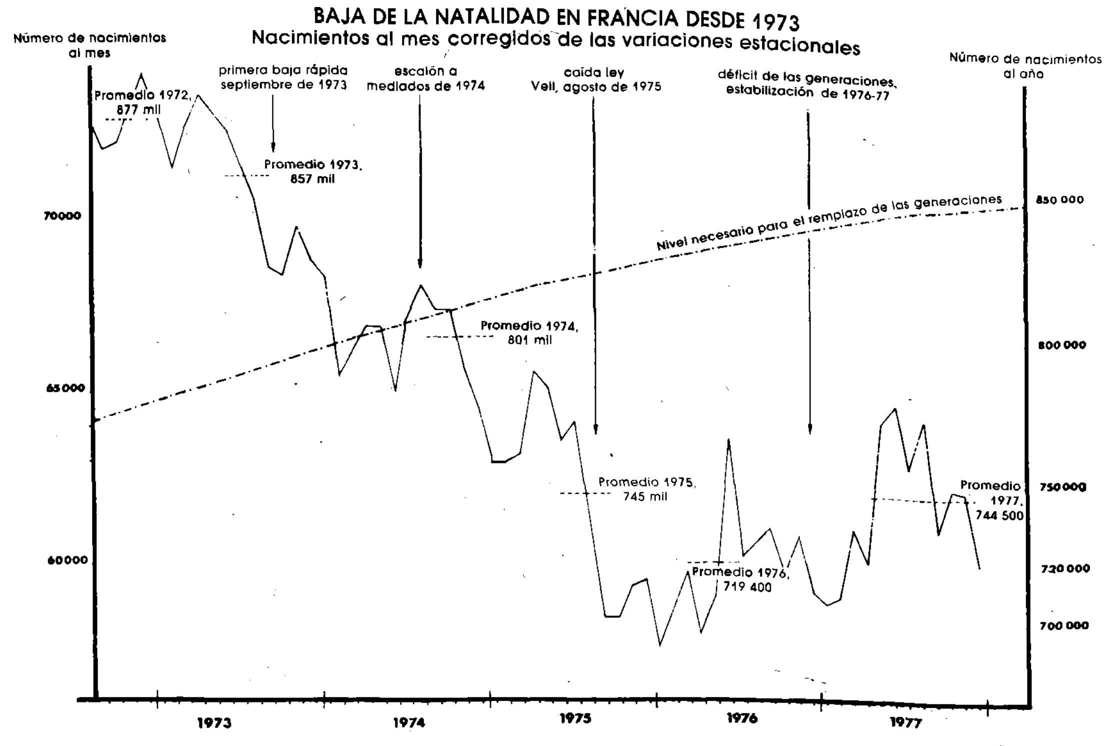


GRÁFICA 10.

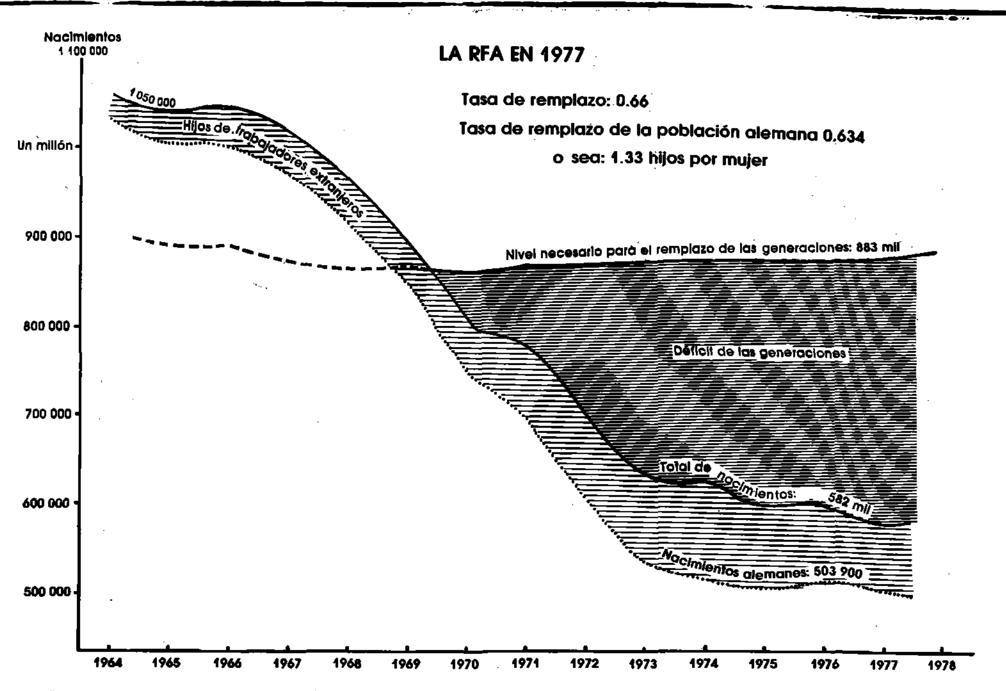
PIRÁMIDE DE LAS EDADES EL 1º DE ENERO DE 1975 Y EL 1º DE ENERO DE 2000



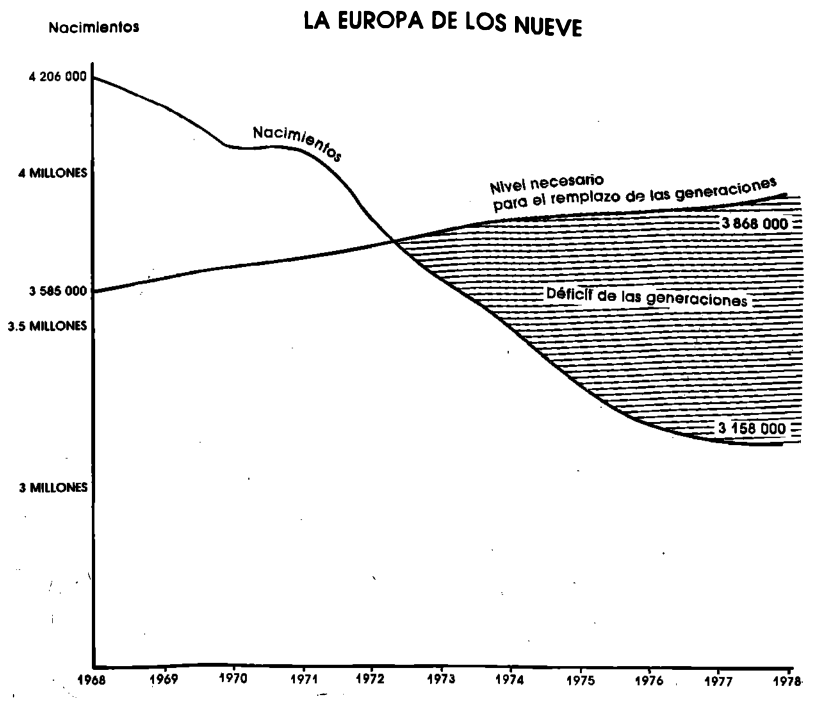
GRÁFICA 11. *La pirámide de las edades de Francia en movimiento. En superposición, he aquí la pirámide el 1° de enero de 1975 y lo que habría arrojado la fecundidad 2.2 y 1.8. Ambas hipótesis están ahora superadas.*



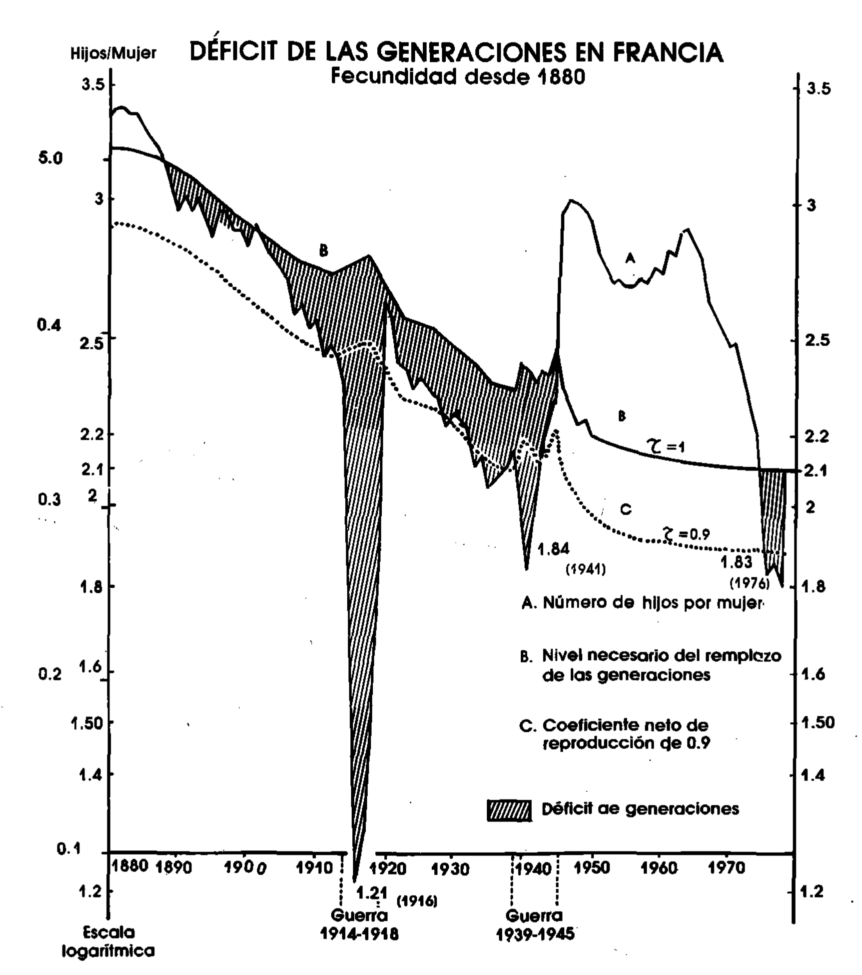
GRÁFICA 12. *La baja de la natalidad en Francia mes tras mes, desde el 1° de enero de 1972 hasta principios de 1978. Punteado el nivel necesario para remplazar la generación.*



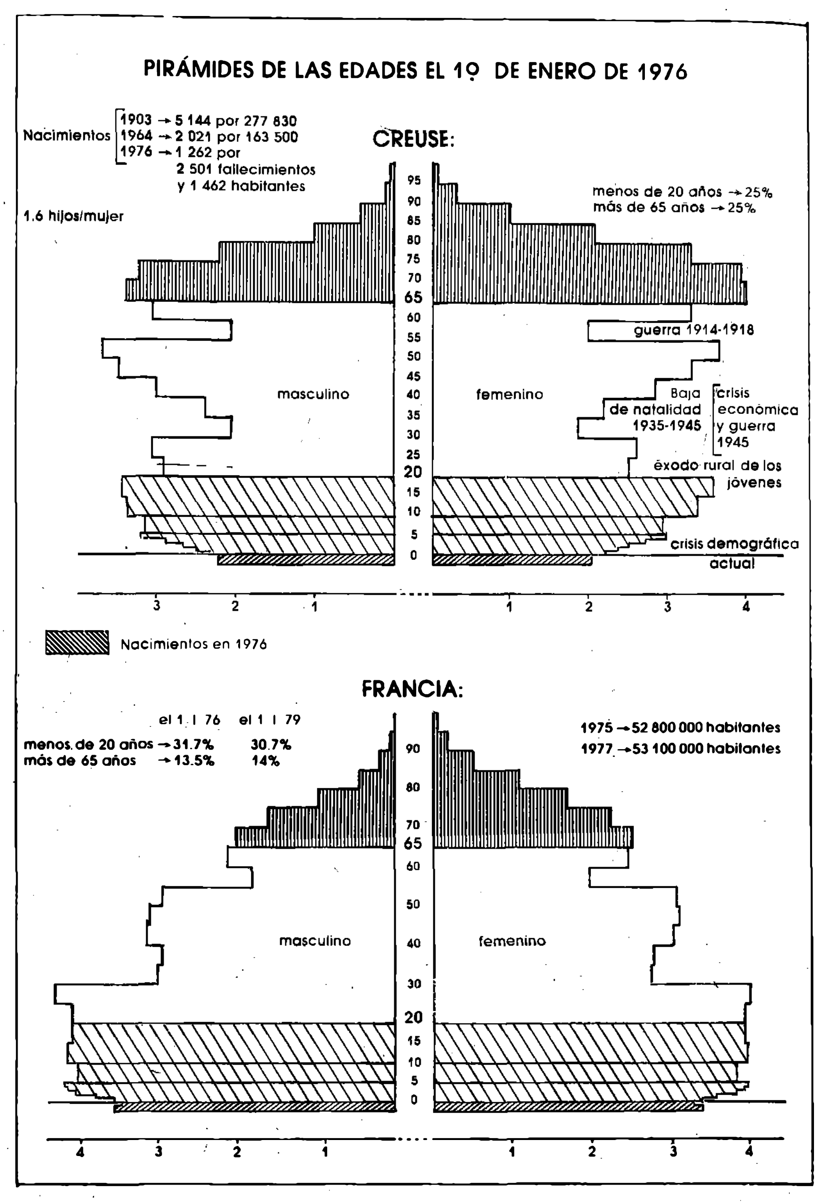
GRÁFICA 13. *La baja de la natalidad en la RFA de 1963 a 1978 y el déficit de las generaciones. Aproximadamente 300 mil nacimientos faltaron en 1977 para asegurar el remplazo de la generación que nace por la que procrea. A finales de 1978, el déficit de los nacimientos acumulados es de dos millones de recién nacidos. Dentro de 100 años, la RFA contaría con 35 fallecimientos por 10 nacimientos y 18 800 000 habitantes, de los cuales la mitad tendría más de 50 años, incluyendo a los extranjeros.*



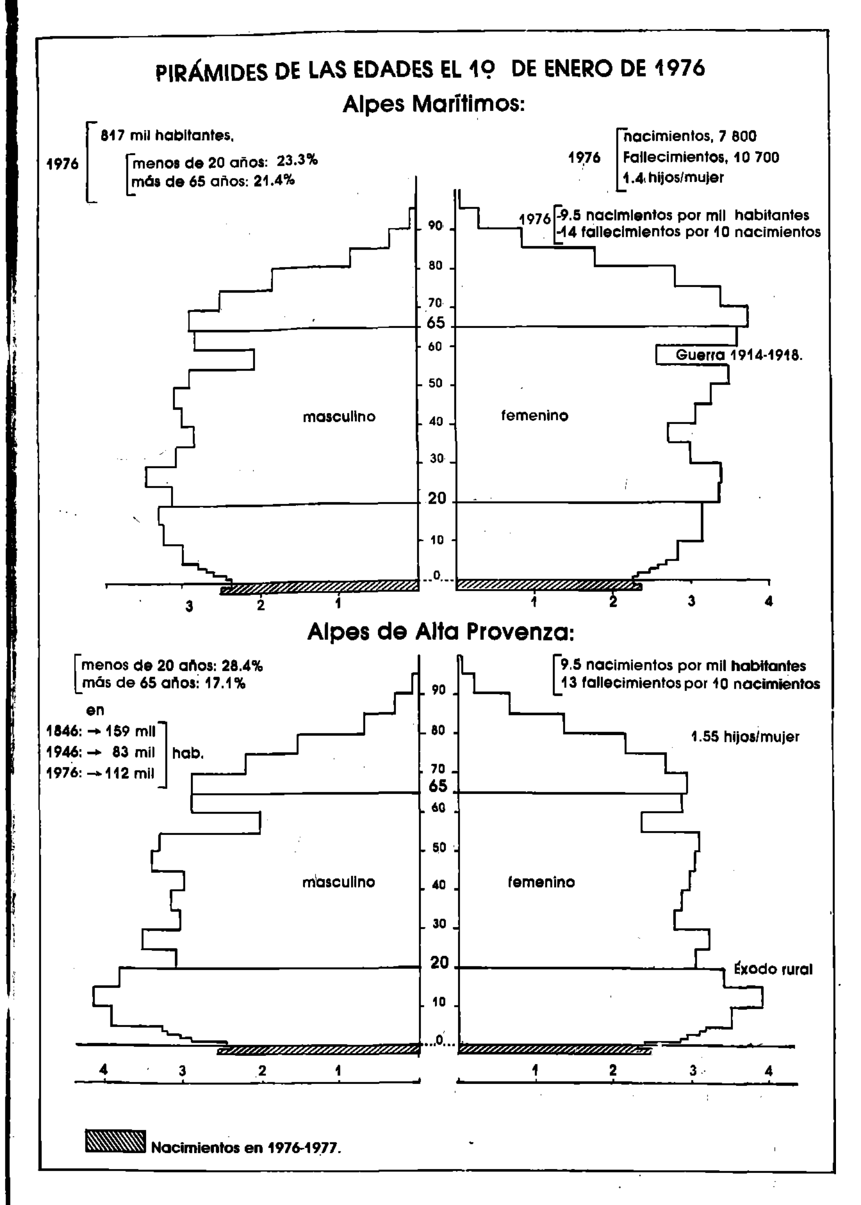
GRÁFICA 14. *La baja de la natalidad en la Europa de los nueve de 1968 a 1976 y el déficit de las generaciones. Nacimientos-mujer: en 1964, 2.65; en 1968, 2.50; en 1977, 1.72. Tasa de remplazo: 0.815. En 1977, el déficit de las generaciones alcanzó 710 mil recién nacidos. A finales de 1978, el déficit acumulado es superior a los tres millones de niños. En 10 años, cuando el número de mujeres en edad de procrear aumentaba en 8%, los nacimientos disminuyeron 25%. El año de 1972 es el último en que se aseguró el remplazo.*



GRÁFICA 15. *Esta gráfica es la más importante. Muestra la diferencia entre antes de 1940 y la situación del mundo industrial de hoy. En la Francia de antes de 1914 y aun de 1940 se podía considerar que la fecundidad anticipaba la reducción previsible de la mortalidad. Pero 2.1 hijos por mujer constituye el muro por debajo del cual nunca se podrá descender. Hija enferma de un Europa sana, Francia es arrastrada hoy en día por la implacable implosión del mundo industrial. Un presente sin referencia en el pasado, y por lo tanto, sin futuro.*



GRÁFICA 16. *La Creuse. Departamento enfermo y desgastado y Francia el 1° de enero de 1976 y el 1° de enero de 1977.*



GRÁFICA 17. *Los Alpes Marítimos y los Alpes de Alta Provenza.*



PIRÁMIDES DE LAS EDADES EL 1º DE ENERO DE 1976

Alto Garona:

menos de 20 años: 28.6%
más de 65 años: 13.9%

1.47 hijos/mujer en 1976

778 mil habitantes, 9 288 nacimientos domiciliados en 1976,

11.9 nacimientos por mil hab.

masculino

femenino

inmigración jóvenes adultos

crisis de la natalidad

Maine y Loira:

menos de 20 años: 36%
más de 65 años: 12.3%

2.18 hijos/mujer en 1976

630 mil habitantes, 10 464 nacimientos domiciliados en 1976

16.6 nacimientos por mil hab. (mejor tasa de natalidad)

masculino

femenino

Uno de los cinco o seis departamentos que apenas renuevan sus generaciones

Nacimientos en 1976-77

GRÁFICA 18. *La Alta Garona y el Maine y Loira.*

PIRÁMIDES DE LAS EDADES EL 1º DE ENERO DE 1976

PARÍS:

2 229 000 habitantes en 1976

menos de 20 años: 18.7%
más de 65 años: 7.2%
1.5 hijos/mujer

masculino

femenino

guerra 1914-1918

Nivel de los nacimientos si esta población no hubiera abandonado París

Nacimientos domiciliados en París

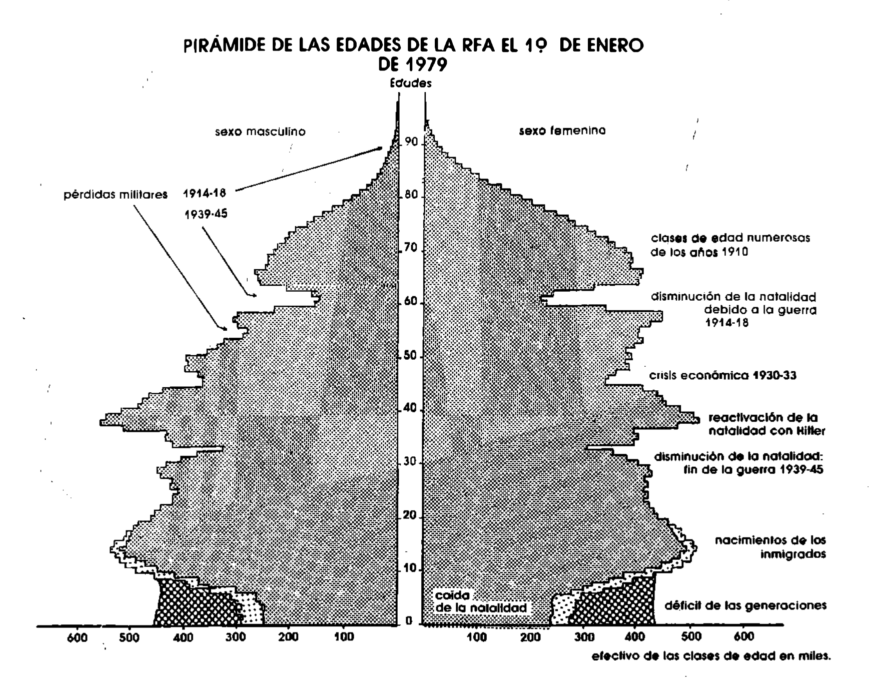
1967-69	→	38 213
1973	→	36 864
1974	→	33 181
1975	→	31 160
1976	→	30 520

Éxodo de los hogares que tienen niños pequeños.

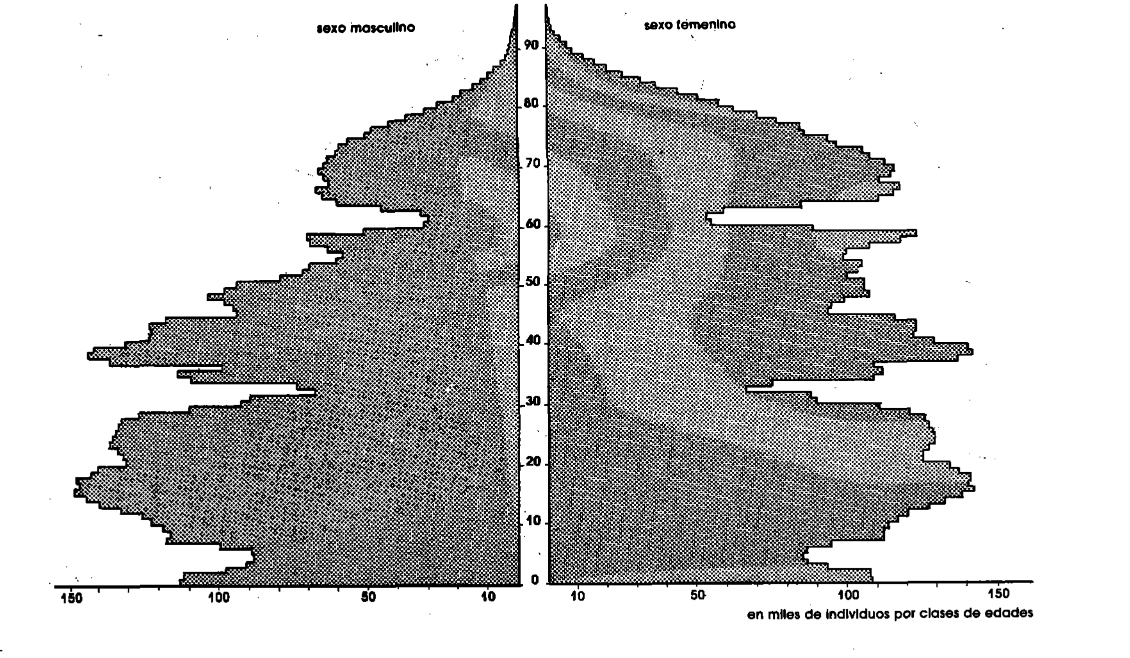
GRÁFICA 19. *París. Una ciudad sin niños.*

Apéndice IV

ALEMANIA ES NOSOTROS



Gráfica 20. ***Alemania (RFA) el 1° de enero de 1979 (inmigrados y déficit de las generaciones). Al pie de la pirámide, los nacimientos extranjeros, y en reticulado, el déficit de las generaciones.***

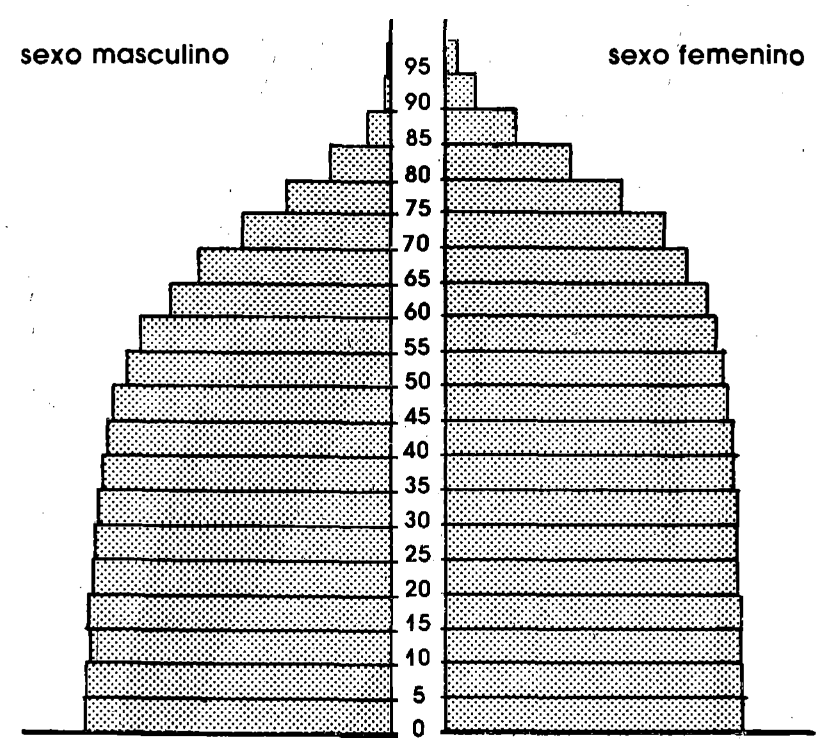


Gráfica 21. *Alemania del Este (RDA) el 1° de enero de 1979. Con el esbozo de una reactivación debida a una política familiar activa.*

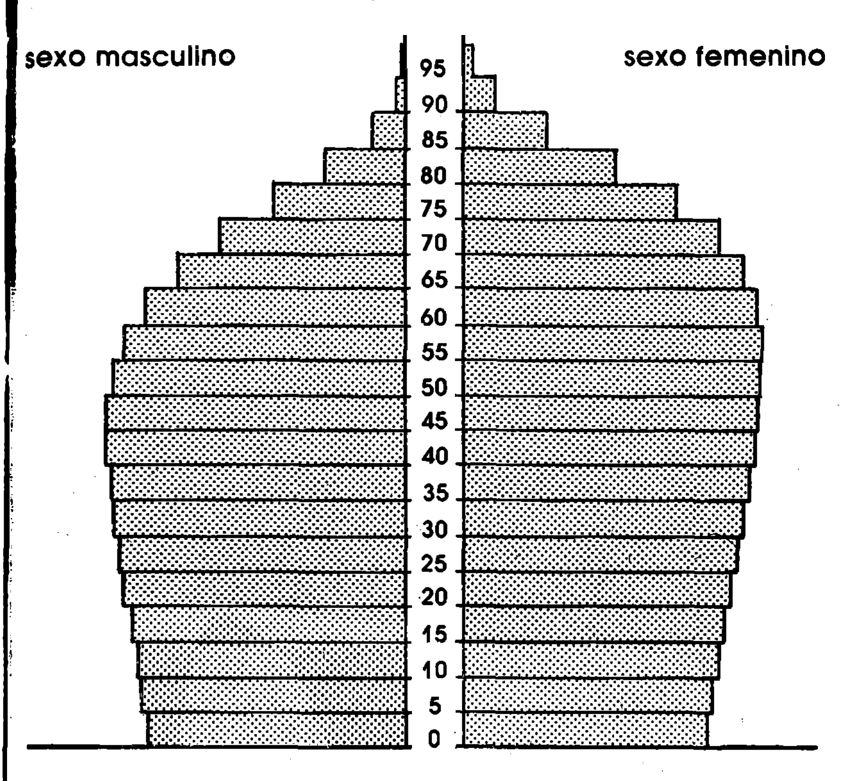
APÉNDICE V

EL FUTURO QUE NOS PREPARAMOS

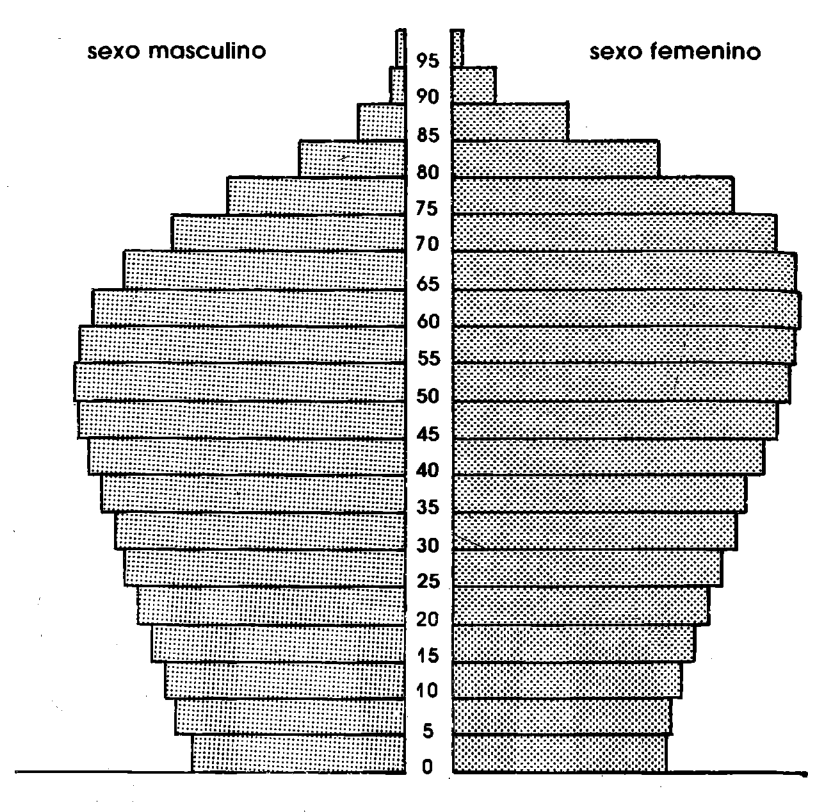
En situación de equilibrio, he aquí el perfil de las pirámides de las edades en cierto número de hipótesis.



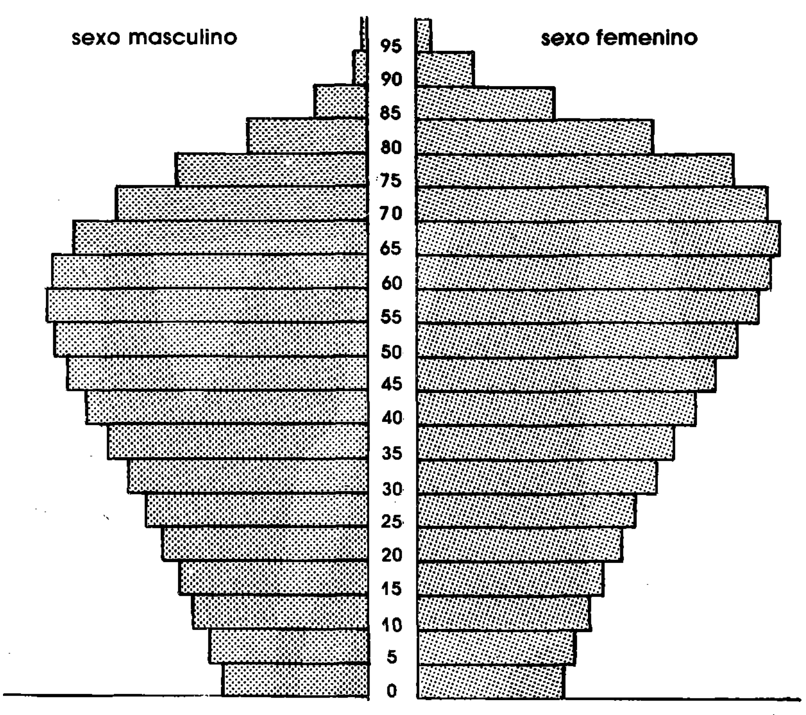
GRÁFICA 22. *Coeficiente 1. Francia en 1973. Estado permanente de una población que apenas renueva sus generaciones: 215 hijos por 100 mujeres. Esperanza de vida, 77 años. Natalidad, mortalidad, 14‰. Más de 60 años, 21%. Menos de 20 años, 27%. Más de 65 años, 15.8%. Según esta hipótesis, el 1° de enero de 1974 Francia habría alcanzado 63 millones de habitantes y el equilibrio con 860 mil nacimientos y 860 mil fallecimientos hacia el año 2000. El verdadero crecimiento cero.*



GRÁFICA 23. *Pirámide de las edades y equilibrio decreciente con un coeficiente de 0.87; intervalo entre las generaciones: 27 años. 100 mujeres, 187 hijos. Natalidad, 11.36‰. Mortalidad, 16.51‰. Disminución, 5.15‰. Menos de 20 años, 23.3%. 20-59 años, 51.6%. Más de 60 años, 25.1%. Disminución de —13% cada 27 años. Es la Francia de la pequeña reactivación, la de 1977, celebrada con bombo y platillos.*



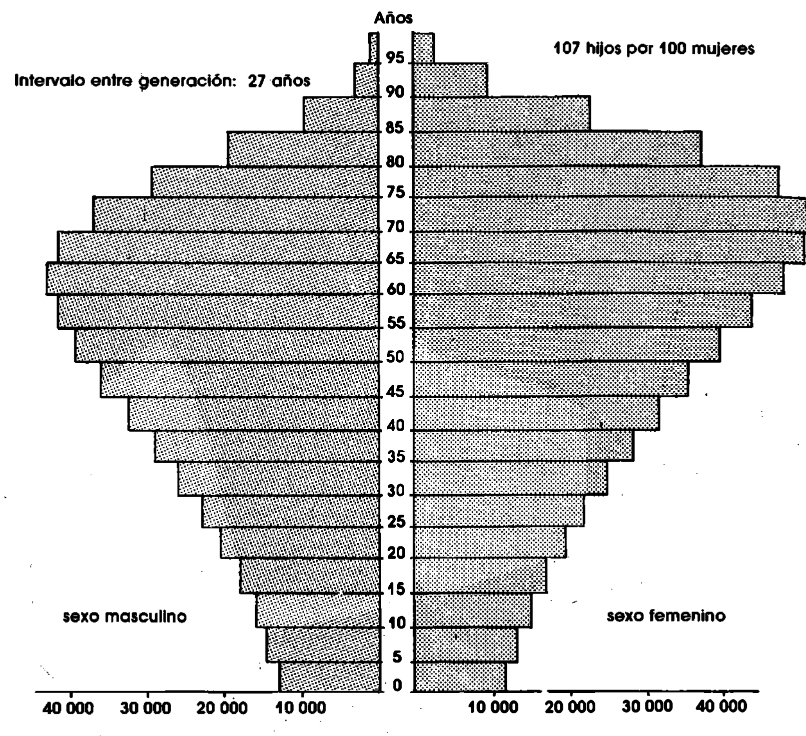
GRÁFICA 24. *C = 0.74 en equilibrio decreciente. El Lemosín, el mediodía-Pirineos, el Languedoc Roussillon, Inglaterra. 100 mujeres, 157 hijos. Natalidad, 8.8‰. Mortalidad, 20‰. Más de 60 años, 30%. Menos de 20 años, 19%. Disminución anual de 1.1%.*



GRÁFICA 25. *C = 0.62 en equilibrio decreciente* ***(Alemania Federal en*** *1976). 100 mujeres, 133 hijos. Natalidad, 6.76.‰* ***Mortalidad, 24.35‰.*** *Tasa de disminución, 17.59%. Caída de 38% en 27 años.* ***Promedio de edad*** *48 años. Menos de '20 años, 15.10%. De 20 a 59 años,* ***49.39%.*** *Más de 60 años, 35.41%.*

PIRÁMIDE DE LAS EDADES DE UNA POBLACIÓN CUYA TASA DE REMPLAZO ES DE 0.5.

Ciudades de más de 100 mil habitantes de la RFA en 1977



Escala válida por 100 mil habitantes

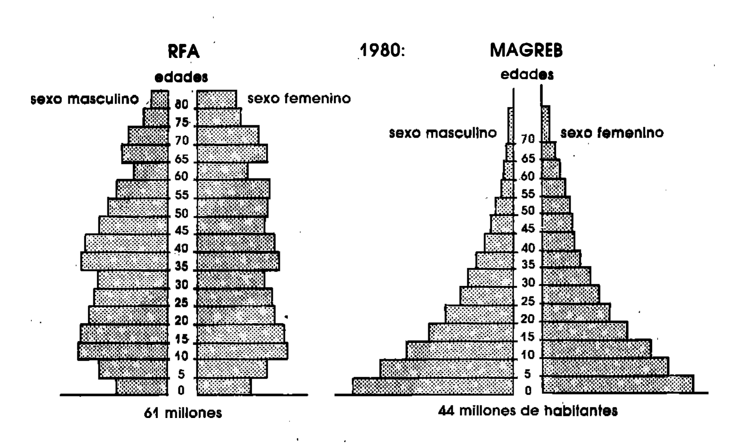
0-19 años	11.7%	Promedio de edad, 52.2 años
20-59 años	46.40%	
60 años	42.53%	
55 años	50.59%	

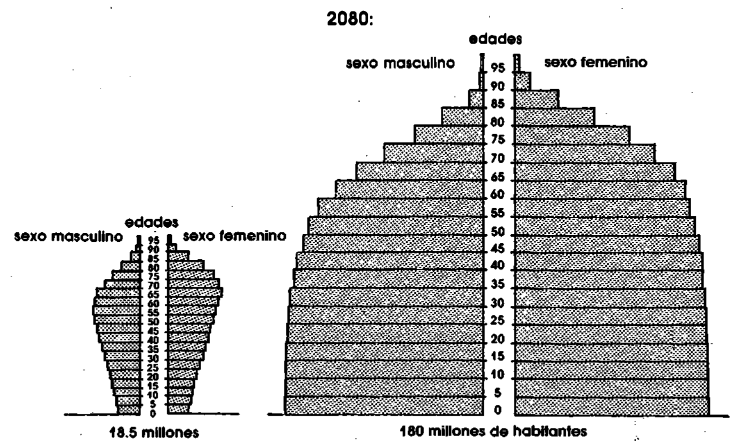
Tasa de natalidad, 4.4 por mil (un nacimiento por siete fallecimientos)
Tasa de mortalidad, 30.0 por mil
Tasa de disminución, 26 por mil/año (50% en 27 años=una generación)

GRÁFICA 26. *C = 0.50. 100 mujeres 107 hijos. Promedio de edad, 52.2 años. La caída de la población es del 50% en 27 años. Se observa un nacimiento por siete fallecimientos. Esta situación es la de la mitad norte de Alemania Federal, de las ciudades alemanas de más de 100 mil habitantes, de las grandes ciudades rusas y de algunas ciudades estadunidenses. Esta situación ya ha sido superada, en particular en Hamburgo.*

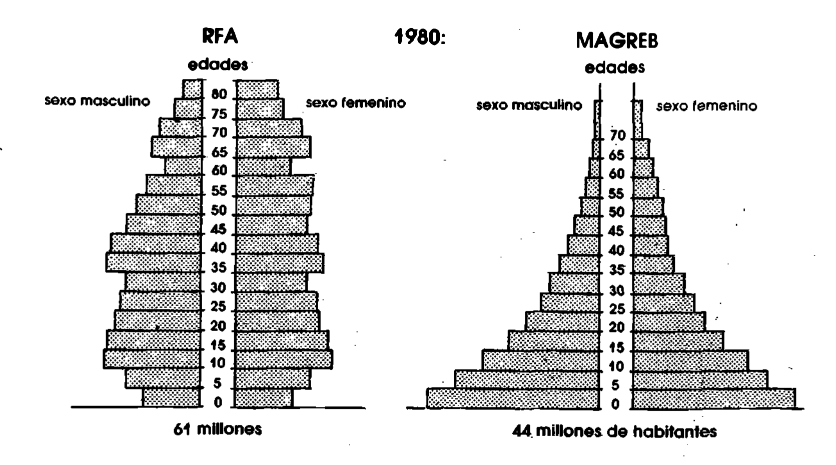
APÉNDICE VI

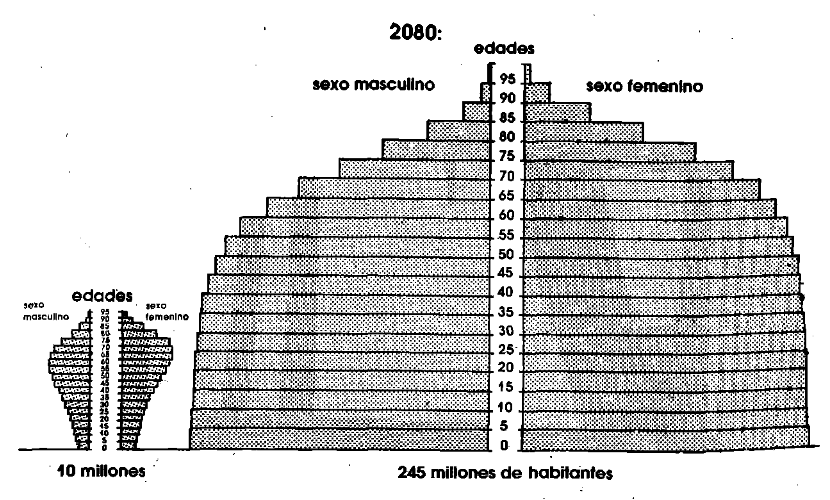
EL KRIEGSPIEL DE LO ABSURDO



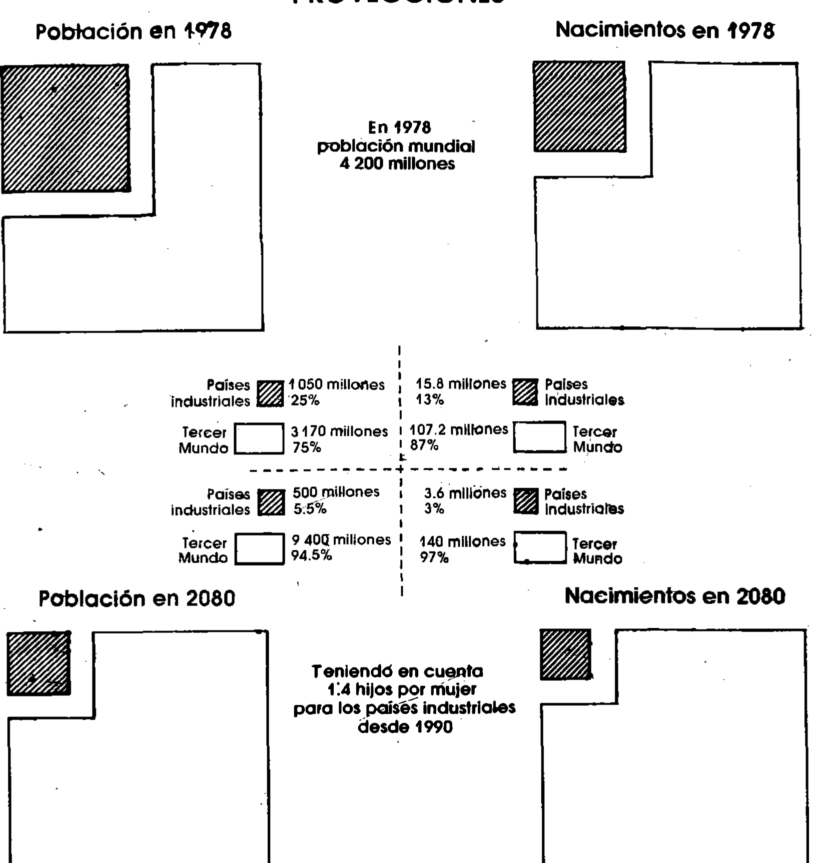


GRÁFICA 27. ***Las descendencias comparadas. RFA, Magreb. La RFA en la hipótesis de la fecundidad de 1976 y una reducción muy rápida de la natalidad en Marruecos, en Argelia y en Túnez.***

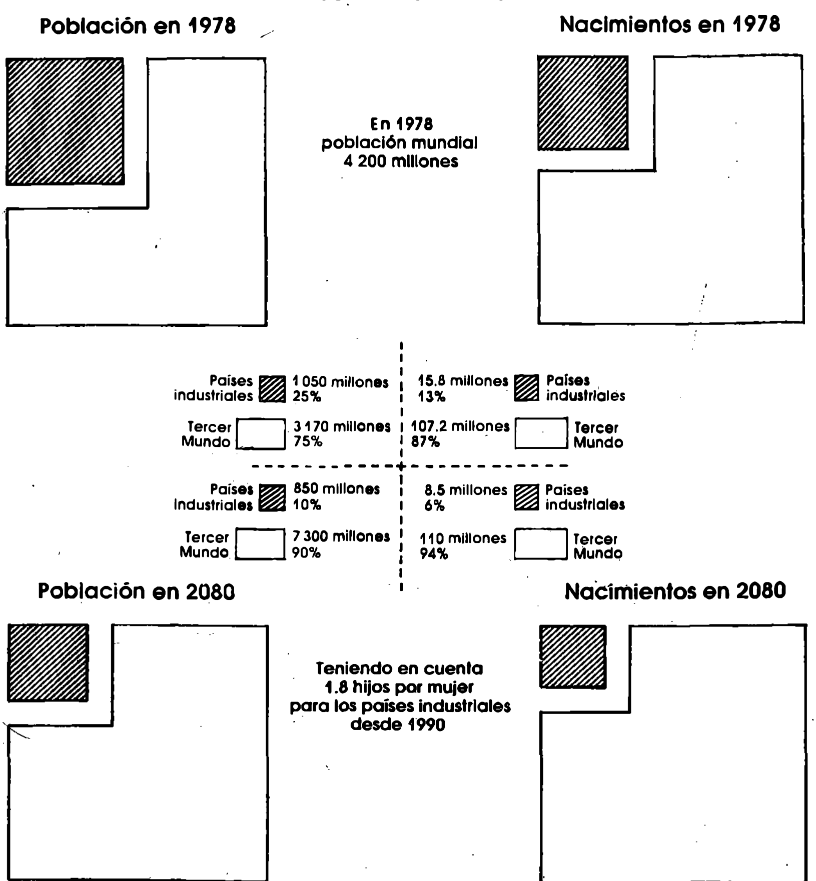




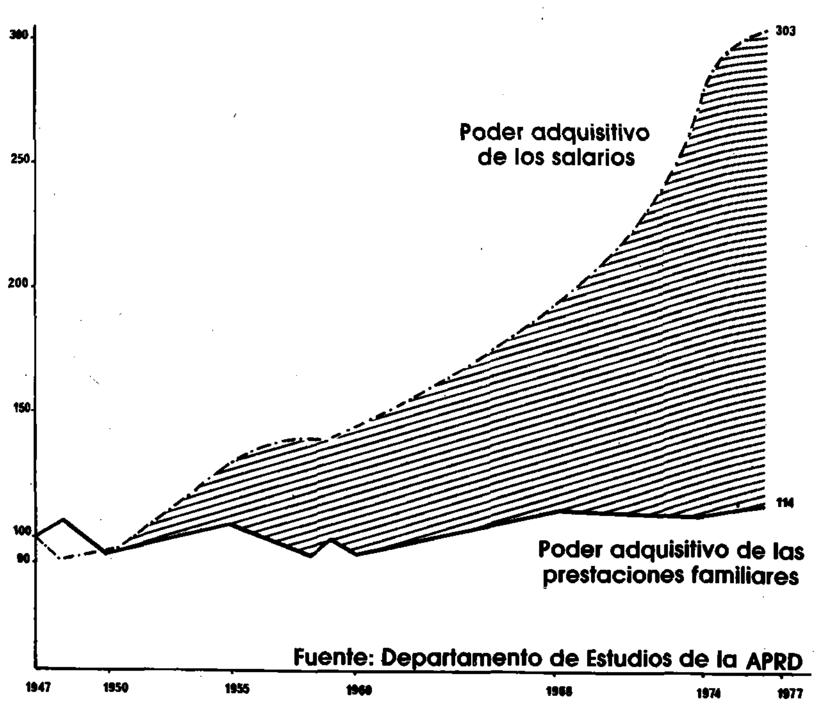
GRÁFICA 28. *RFA, Magreb. La RFA se estabiliza en la tasa de la mitad norte en 1977-1978 y el Magreb alcanza el equilibrio en 1990.*



GRÁFICA 29. *En la hipótesis del alineamiento del mundo industrial en 1990 con la tasa alemana de 1976 y de la reducción más comúnmente admitida como la más verosímil de la natalidad del Tercer Mundo.*



GRÁFICA 30. *Mundo Industrial/Tercer Mundo. En la hipótesis de una estabilización en el nivel 1976 para el mundo industrial y de una reducción muy rápida de la fecundidad del Tercer Mundo.*



GRÁFICA 31. *Los niños fueron los olvidados del crecimiento en Francia.*

I- PERFIL DEL FENÓMENO HUMANO

Miles de millones 10
8
6
5
4
3
2
1 5
1
Millones 800
600
500
400
300

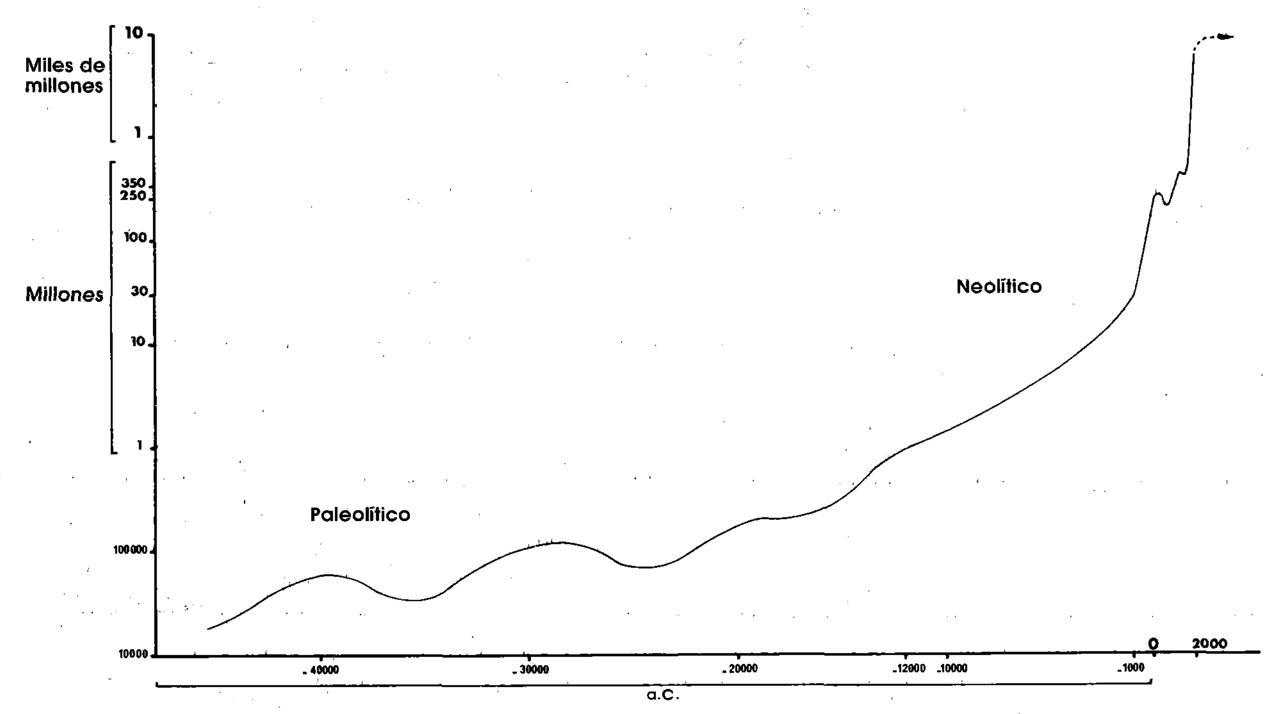
Peste negra

1200 1300 1350 1400 1500 1520 1560 1600 1630 1670 1700 1800 1900 2000 2100

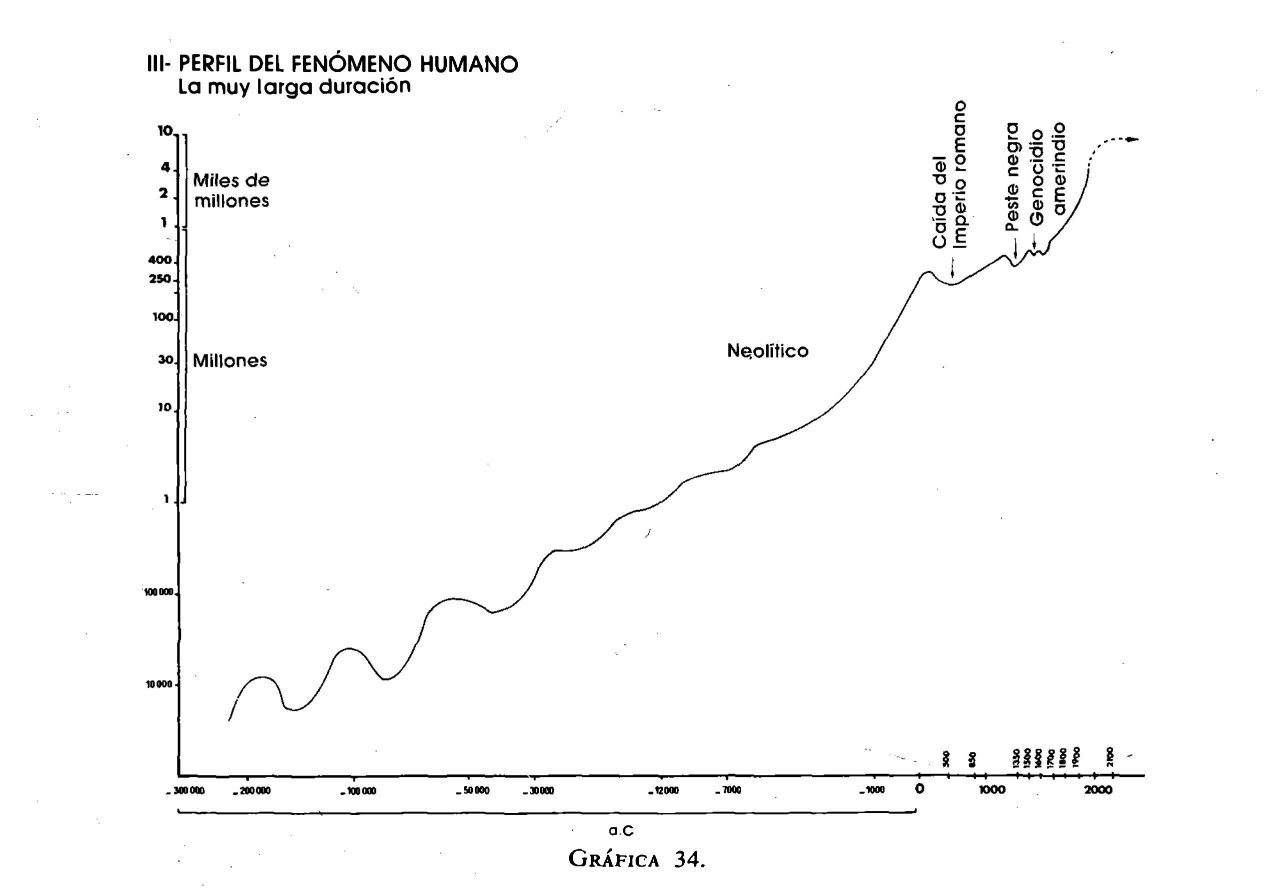
GRÁFICA 32.

II- PERFIL DEL FENÓMENO HUMANO

El hombre realmente hombre desde la primera tumba



GRÁFICA 33.



III- PERFIL DEL FENÓMENO HUMANO
La muy larga duración
10
4
2
1
Miles de millones
400
250
100
30
10
1
Millones
100 000
10 000
Neolítico
Caída del Imperio romano
Peste negra
Genocidio amerindio
- 300 000
- 200 000
- 100 000
- 50 000
- 30 000
- 12 000
- 7000
- 1000
0
500
850
1000
1330
1500
1600
1700
1800
1900
2000
2100
a.C

GRÁFICA 34.

Apéndice VII

Cuadro I. *Abortos "oficiales" en Francia**

	Abortos	*Nacimientos vivos*	*Abortos por 100 nacimientos vivos*
París	15 982	37 067	43.1
Sena y Marne	742	9 584	7.7
Yvelines	1 616	15 762	10.3
Essonne	2 482	9 910	25.1
Altos de Sena	3 982	22 622	17.6
Sena-Saint Denis	3 694	19 494	19.0
Valle de Marne	3 281	16 636	19.7
Valle de Oise	2 617	10 885	24.0
Región parisiense	34 396	141 960	24.2
Ardenas	236	4 390	5.4
Aube	544	4 027	13.5
Marne	1 093	8 562	12.8
Alta Marne	556	2 955	18.8
Champaña Ardena	2 429	19 934	12.2
Aisne	1 499	7 611	19.7
Oise	1 266	8 022	15.8
Somme	44	8 226	0.5
Picardía	2 809	23 859	11.8
Eure	1 301	5 654	23.0
Sena Marítima	3 654	17 798	20.5
Alta Normandía	4 955	23 452	19.4
Cher	490	3 083	15.9
Eure y Loir	893	4 820	18.5
Indre	80	2 856	2.8
Indre y Loira	1 558	6 657	23.4
Loir y Cher	942	3 247	29.0
Loiret	1 626	6 902	23.6
Centro	5 589	27 565	20.3
Calvados	1 776	9 113	18.8
Mancha	1 360	6 232	21.8

* Según Chantal Blayo, *Population*, julio-sept. 1977, pp. 982-989.

	Abortos	*Nacimientos vivos*	*Abortos por 100 nacimientos vivos*
Orne	772	4 199	18.4
Baja Normandía	3 848	19 544	19.7
Costa de Oro	1 635	6 597	24.8
Nièvre	665	3 058	21.8
Saona y Loira	943	7 054	13.4
Yonne	334	3 584	9.3
Borgoña	3 577	20 293	17.6
Norte	5 272	42 337	12.5
Paso de Calais	998	20 549	4.9
Norte	6 270	62 886	10.9
Meurthe y Mosela	973	10 545	9.2
Meuse	457	2 577	17.7
Mosela	1 477	14 356	10.3
Vosgos	257	5 730	4.5
Lorena	3 164	33 208	9.5
Bajo Rin	2 449	11 679	21.0
Alto Rin	1 783	8 558	20.8
Alsacia	4 232	20 237	20.9
Doubs	1 281	8 262	15.5
Jura	657	2 976	22.1
Alta Saona	373	2 348	15.9
Terr. de Belfort	632	2 313	27.3
Franco Condado	2 943	15 899	18.5
Loira Atlántico	3 053	14 475	21.1
Maine y Loira	588	11 433	5.1
Mayenne	520	4 043	12.9
Sarthe	1 603	7 243	22.1
Vandea	1 007	5 994	16.8
País de Loira	6 771	43 188	13.7
Costas del Norte	1 801	6 661	27.0
Finistère	1 934	10 567	18.3
Ille-et-Vilaine	2 045	10 836	18.9
Morbihan	897	7 969	11.3
Bretaña	6 677	36 033	18.5

	Abortos	*Nacimientos vivos*	*Abortos por 100 nacimientos vivos*
Charente	619	4 294	14.4
Charente Marítima	1 152	5 842	19.7
Dos Sevres	1 017	4 222	24.1
Viena	1 239	4 709	26.3
Poitou Charentes	4 027	19 067	21.1
Dordoña	493	3 264	15.1
Gironda	2 936	14 119	20.8
Landas	752	2 727	27.6
Lot y Garona	339	3 427	10.0
Pirineos Atlánticos	1 249	6 687	18.7
Aquitania	5 769	30 224	19.1
Ariège	418	1 092	38.3
Aveyron	306	2 896	10.6
Alta Garona	1 363	9 771	14.0
Gers	316	1 161	27.2
Lot	338	1 514	22.3
Altos Pirineos	257	2 399	10.7
Tarn	601	3 961	15.2
Tarn y Garona	333	1 924	17.3
Mediodía-Pirineos	3 932	24 718	15.9
Corrèze	626	2 724	23.0
Creuse	371	1 023	36.3
Alta Viena	833	3 966	21.0
Lemosín	1 830	7 713	23.7
Ain	295	3 749	7.9
Ardèche	442	2 252	19.6
Drôme	1 029	4 948	20.8
Isère	1 223	11 555	10.6
Loira	2 853	11 107	25.7
Ródano	4 662	22 130	21.1
Saboya	1 421	4 048	34.8
Alta Saboya	1 312	6 888	19.1
Ródano-Alpes	13 217	66 710	19.8
Allier	900	4 426	20.3
Cantal	468	1 995	23.5

	Abortos	Nacimientos vivos	Abortos por 100 nacimientos vivos
Alta Loira	66	1 822	3.6
Puy-de-Dôme	1 433	7 310	19.6
Auvernia	2 867	15 553	18.4
Aude	383	2 684	14.3
Gard	1 221	4 924	24.8
Hérault	2 928	8 205	35.7
Lozère	—	755	0.0
Pirineos Orientales	744	3 308	22.5
Languedoc Roussillon	5 276	19 876	26.5
Alpes de Alta Provenza	355	1 046	33.9
Altos Alpes	425	1 187	35.8
Alpes Marítimos	1 683	7 853	21.4
Bocas del Ródano	3 446	20 065	17.2
Var	2 017	7 117	
Vaucluse	1 021	5 383	19.0
Provenza Costa Azul	8 950	42 651	21.0
Córcega	378	2 357	16.0
Toda Francia	133 926	716 927	18.7

LA EXTENSIÓN DEL ABORTO EN FRANCIA EN 1977

Los departamentos rurales y montañeses son los más afectados

Tardíamente difundidas, las cifras de los abortos "legales" practicados en 1977 muestran el incremento sensible de la cifra de los abortos en ciertas regiones.

Aproximadamente 152 mil abortos legales en 1977 frente a 135 mil en 1976 (+ 13%).

De hecho, las cifras exactas parecen difíciles de conocer y subsisten numerosas anomalías tanto en 1976 como en 1977. Los abortos practicados en el sector público parecen mejor registrados que los practicados en el sector privado. Esto nos explica en parte las cifras elevadas alcanzadas en los departamentos rurales (Alpes de Alta Provenza, Altos Alpes, Ariège, Creuse, Jura), porque en otras partes la disimulación fue más fuerte (Meurthe y Moselle en 1976, etc.).

Por último, existen grandes diferencias según las fuentes, debido a los envíos tardíos de boletas.

998 abortos legales en el Paso de Calais en 1976, cifra que luego ascendio a 1 240.

— 3 033 abortos en 1977 en Auvernia según el Ministerio de la Salud.

— 3 768 según el INSEE.

De 1976 a 1977 hay curiosas variaciones, la Meurthe y Moselle pasa de 973 abortos declarados en 1976 a 2 963 en 1977 (27.3% de los nacimientos) lo cual quiere decir que los establecimientos que habían efectuado abortos en 1976 habían omitido declararlos.

Ciertos departamentos registran pocos abortos.

En este caso, quizá se deba o a las reticencias del cuerpo médico (Lozère, Indre, Somme), o a que no se respeta la ley por parte de los establecimientos que practican el aborto contabilizado en otros rubros (K 30). Éste es el caso de la Meurthe y Moselle en 1976 y también de la Isère (1 226 abortos declarados en 1976 frente a 2 206 en 1977). Según un médico de Grenoble presente en las jornadas de la contracepción en 1977, tan sólo la mitad de los abortos se declaraban en ese lugar.

Por último, el conocimiento de las cifras de 1976 ventiladas según el domicilio de la mujer y no según el lugar en que fueron practicados aporta numerosas enseñanzas.

Si bien las cifras domiciliadas son cercanas a las cifras registradas a nivel regional, hay en cambio fuertes distorsiones a nivel departamental.

París contaba aproximadamente 16 mil abortos registrados en 1976, tan sólo 10 095 concernían a parisienses, o sea 33.1 abortos domiciliados por 100 nacimientos domiciliados (30 520 nacimientos domiciliados).

Por tanto, en lo que se refiere a las cifras "domiciliadas" con respecto a los nacimientos, se obtienen los resultados para 1976.

		Abortos
1) Alpes de Alta Provenza		34.6 por 100 nacimientos
2) París Saboya Hérault		33 — —
5) Altos Alpes		32.5 — —
6) Ariège		30 — —
7) Creuse		28.4 — —
8) Loir y Cher		27.6 — —
9) Costa de Oro Var		26 — —
luego Landas, Loira, Costas del Norte	25 a	26 — —
Corrèze, Cantal, Pirineos Orientales, Eure	24 a	25 — —

Promedio nacional 19 para 100 nacimientos en 1976.

En lo que se refiere a las regiones, tanto en 1976 como en 1977, tenemos por orden:

1) Languedoc Roussillon	28.5 abortos por 100 nacimientos en 1977
2) Lemosín	25.8
3) Región parisiense	25

En 1977, en lo que se refiere a los departamentos (cifras registradas):

1) Altos Alpes	497 abortos por	1 163 nacimientos	43 por 100 nacimientos
2) Hérault	3 221	8 373	38.5
3) París	15 012	39 413	38
4) Saboya	1 566	4 334	36.1
5) Alpes de Alta Provenza	413	1 159	35.6
6) Var	2 299	7 390	31.1
7) Cantal	636	2 104	30.3
8) Jura	898	3 060	29.2

Algunos departamentos rurales y despoblados en los primeros lugares y

los *Alpes del Sur* (Altos Alpes, Alpes de la Alta Provenza) cuentan más de cuatro abortos por diez nacimientos, lo cual es, hablando con propiedad, *pavoroso*. Los Alpes del Sur están realmente despoblados por el aborto, y allí, de cada tres embarazos, uno termina con aborto; cada uno de esos departamentos tiene de 400 a 500 nacimientos menos que en 1964, y los Alpes de Alta Provenza ya no tienen sino una tasa de fecundidad de 1.55 hijos por mujer. Esto no es sorprendente. Esto nos indica que el aborto, poco practicado antes en medio rural, se ha convertido en el principal factor de la disminución de la natalidad.

Esto nos explica que la fecundidad de ciertos departamentos rurales sea en adelante igual e incluso inferior a la de la ciudad de París. Tal es el caso de los Alpes de Alta Provenza, del Gers, de la Alta Viena, etcétera.

Por tanto, el nivel de los abortos pudo alcanzar el punto culminante de 40 para 100 nacimientos en los departamentos más afectados. Debe situarse entre 30 y 35 abortos por 100 nacimientos en 1977 para el conjunto del país, o sea entre 200 mil y 250 mil abortos reales en vez de los 162 mil contados. Por lo tanto, habría que suponer 100 mil abortos "no oficialmente conocidos", según las propias palabras del ministro de Salud, en la revista *L'Expansion* de julio-agosto de 1977. El problema delicado de zanjar es, por lo tanto, el del factor multiplicativo (de 1.3 a 1.8 variables de un departamento a otro) que permite pasar de la cifra oficial a la cifra real. Según Pierre Longone, el coeficiente no sería sino de 1.25, lo cual arrojaría aproximadamente 200 mil abortos, o sea un poco más de 25 por 100 nacimientos. La gama razonable se sitúa, pues, entre 200 mil y 250 mil reales, lo cual implica de todas maneras una multiplicación por siete u ocho respecto al nivel de antes de la ausencia de culpa.

Así, se pueden atribuir cerca de 150 mil nacimientos evitados a la incidencia del proceso de Bobigny y de la ley del 17 de enero de 1975 en la caída de la natalidad francesa, o sea, aproximadamente, la distancia que nos separa de los 2.10 nacimientos por mujer y de los 850 mil nacimientos que le faltan a Francia para el horizonte de la supervivencia.

CUADRO II. *La fecundidad en Francia por departamento y por región*

Descendencia reducida o hijos por mujer

Para los nombres propios de las regiones y departamentos franceses, véase cuadro I [T.].

	Hijos por mujer		*Hijos por mujer*
París	1.54	Mancha	2.09
Sena y Marne	1.90	Orne	1.97
Yvelines	1.93	Baja Normandía	1.99
Essonne	1.81	Norte	2.12
Altos de Sena	1.68	Paso de Calais	2.10
Sena-Saint Denis	1.87	Norte Paso de Calais	2.11
Valle de Marne	1.74	Costa de Oro	1.81
Valle de Oise	1.80	Nièvre	1.77
Región parisiense	1.74	Saona y Loira	1.91
Ardenas	2.19	Yonne	1.91
Aube	1.89	Borgoña	1.85
Marne	1.87	Meurthe y Mosela	1.83
Alta Marne	2.03	Meuse	2.05
Champaña Ardena	1.97	Mosela	1.87
Aisne	2.02	Vosgos	1.98
Oise	1.98	Lorena	1.89
Somme	2.02	Doubs	1.98
Picardía	2.00	Jura	1.95
Eure	2.00	Alta Saona,	2.07
Sena Marítima	1.91	Terr. de Belfort	2.01
Alta Normandía	1.93	Franco Condado	2.00
Cher	1.71	Bajo Rin	1.73
Eure y Loir	1.94	Alto Rin	1.84
Indre	1.88	Alsacia	1.77
Indre y Loira	1.87	Loira Atlántico	2.11
Loir y Cher	1.92	Maine y Loira	2.18
Loiret	1.83	Mayenne	2.21
Centro	1.84		
Calvados	1.95		

	Hijos por mujer
Sarthe	1.99
Vandea	2.24
País de Loira	2.14
Norte de Francia 68.5% de nacimientos	
Sur de Francia 31.5% de nacimientos	
Costas del Norte	1.99
Finistère	1.91
Ille-et-Vilaine	1.94
Morbihan	2.19
Bretaña	1.97
Norte de Francia 13 regiones	1.90
Charente	1.81
Charente Marítima	1.77
Dos Sevres	1.97
Viena	1.67
Poitou Charentes	1.80
Dordoña	1.63
Gironda	1.72
Landas	1.70
Lot y Garona	1.68
Pirineos Atlánticos	1.68
Aquitania	1.69
Ariège	1.58
Aveyron	1.84
Alta Garona	1.47
Gers	1.48
Lot	1.69
Altos Pirineos	1.56
Tarn	1.75
Tarn y Garona	1.72
Mediodía-Pirineos	1.60
Allier	1.66

	Hijos por mujer
Cantal	1.78
Alta Loira	1.87
Puy-de-Dome	1.67
Auvernia	1.71
Ain	1.85
Ardèche	1.77
Drome	1.80
Isère	1.81
Loira	1.91
Ródano	1.82
Saboya	1.76
Alta Saboya	1.80
Ródano Alpes	1.82
Corrèze	1.67
Creuse	1.66
Alta Viena	1.51
Lemosín	1.59
Aude	1.60
Gard	1.62
Hérault	1.57
Lozère	1.70
Pirineos Orientales	1.74
Languedoc Roussillon	1.63
Alpes de Alta Provenza	1.54
Altos Alpes	1.79
Alpes Marítimos	1.43
Bocas del Ródano	1.61
Var	1.72
Vaucluse	1.70
Provenza Costa Azul	1.60
Córcega	1.76
Sur de Francia 9 regiones	1.70
Toda Francia 22 regiones	1.83

CUADRO III. *La caída de la fecundidad en Francia 1964-1967 y 1969-1976* *

	1964	*1967 1969*	*1976*	*Baja 1964 1976 %*	*Baja 1967 1969 1976 %*
París	2.00	1.83	1.54	23	16
Sena y Marne	3.01	2.70	1.90	37	30
Yvelines		2.48	1.93		22
Essonne		2.58	1.81		30
Altos de Sena		2.10	1.68		20
Sena-Saint Denis		2.42	1.87		22.7
Valle de Marne		2.30	1.74		84.3
Valle de Oise		2.48	1.80		27.4
Región Parisiense	2.37	2.19	1.74	26.4	20.4
Ardenas	3.71	3.22	2.19	41	32.0
Aube	3.02	2.69	1.89	37.4	29.7
Marne	2.94	2.83	1.87	36.4	33.9
Alta Marne	3.55	3.15	2.03	42.8	35.6
Champaña Ardena	3.24	2.94	1.97	39.2	33.0
Aisne	3.35	2.98	2.02	40	32.2
Oise	3.40	3.00	1.98	42	34.0
Somme	3.23	3.06	2.02	37.5	34.0
Picardía	3.33	3.01	2.00	40	33.2
Eure	3.32	2.99	2.00	39.8	33.1
Sena Marítima	3.15	2.83	1.91	39.4	32.5
Alta Normandía	3.19	2.87	1.93	39.5	32.8
Calvados	3.13	2.85	1.95	37.7	31.6
Mancha	3.35	2.99	2.09	37.6	30.1
Orne	3.27	2.91	1.97	39.8	32.3
Baja Normandía	3.24	2.91	1.99	38.6	31.6
Cher	2.77	2.64	1.71	38.3	35.2
Eure y Loir	3.06	2.87	1.94	36.6	32.4
Indre	2.97	2.67	1.88	36.7	29.6
Indre y Loira	3.06	2.75	1.81	40.9	34.2

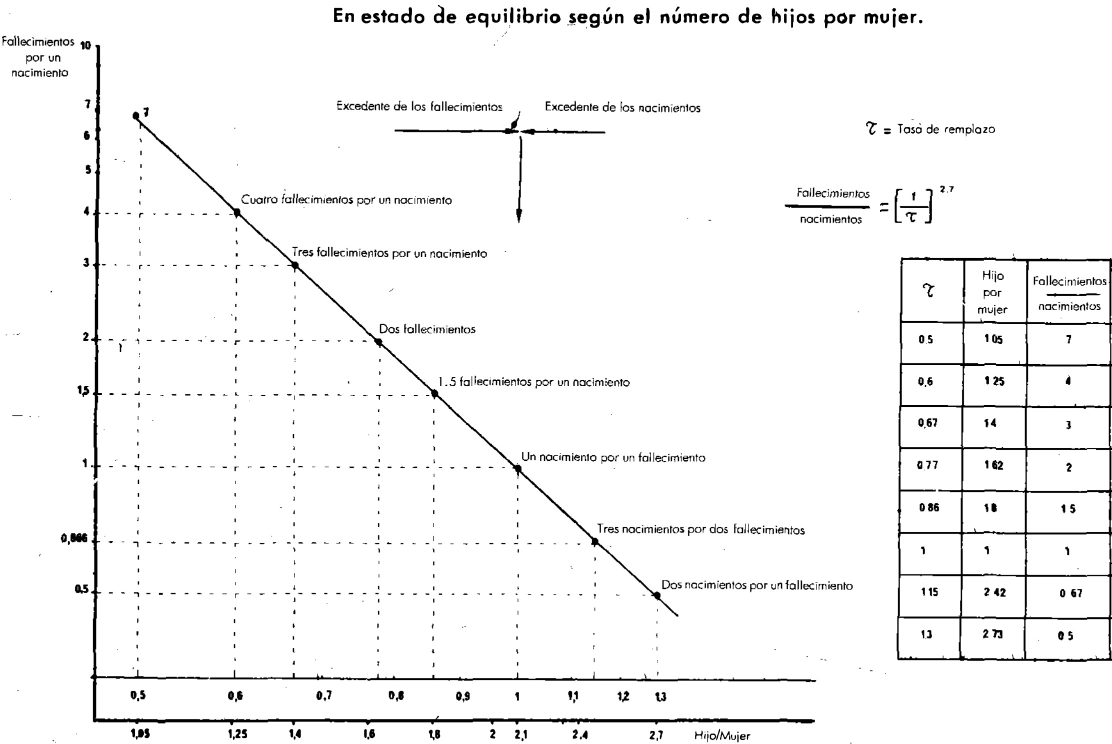
* En 1964, estimación APRD. En 1967-1969 fuente INSEE. En 1976, estimación APRD.

	1964	1967 1969	1976	Baja 1964 1976 %	Baja 1967 1969 1976 %
Loir y Cher	3.01	2.75	1.92	36.2	30.2
Loiret	2.93	2.69	1.83	37.6	32
Centro	2.96	2.73	1.84	37.8	32.6
Charente	2.91	2.67	1.81	37.8	32.2
Charente Marítima	3.13	2.72	1.77	43.5	34.9
Dos Sevres	3.25	2.95	1.97	39.4	33.2
Viena	3.00	2.60	1.67	44.3	35.8
Poitou Charente	3.08	2.73	1.80	41.6	34.1
Dordoña	2.71	2.39	1.63	40	31.8
Gironda	2.59	2.36	1.72	33.6	27.1
Landas	2.90	2.55	1.70	41.4	33.3
Lot y Garona	2.80	2.45	1.68	40	31.4
Pirineos Atlánticos	3.00	2.58	1.68	44	34.9
Aquitania	2.75	2.44	1.69	38.6	30.7
Ariège	2.50	2.32	1.58	36.8	31.9
Aveyron	2.70	2.50	1.84	31.9	26.4
Alta Garona	2.55	2.19	1.47	42.4	32.9
Gers	2.70	2.37	1.48	45	37.6
Lot	2.78	2.41	1.69	39.2	30.0
Altos Pirineos	2.80	2.40	1.56	44.3	35.0
Tarn	2.70	2.38	1.75	35.2	26.5
Tarn y Garona	2.90	2.51	1.72	40.7	31.5
Mediodía-Pirineos	2.67	2.33	1.69	39.7	30.9
Ain	2.95	2.67	1.85	37.3	30.7
Ardèche	2.93	2.66	1.77	39.6	33.5
Drome	2.97	2.70	1.80	39.4	33.3
Isère	2.90	2.53	1.81	37.6	28.5
Loira	2.80	2.64	1.91	31.8	27.7
Ródano	2.73	2.49	1.82	33.3	26.9
Saboya	2.87	2.56	1.76	38.7	31.2
Alta Saboya	2.92	2.59	1.80	38.4	30.5
Ródano-Alpes	2.84	2.57	1.82	35.0	29.2

	1964	1967 1969	1976	Baja 1964 1976 %	Baja 1967 1969 1976 %
Costa de Oro	2.94	2.70	1.81	38.4	33.0
Nièvre	2.90	2.52	1.77	39	29.8
Saona y Loira	3.06	2.81	1.91	37.6	32.0
Yonne	3.04	2.88	1.91	37.1	33.7
Borgoña	2.99	2.74	1.85	38.1	32.5
Norte	3.28	3.00	2.12	35.4	29.3
Paso de Calais	3.37	3.05	2.10	37.7	31.2
Norte Paso de Calais	3.31	3.02	2.11	36.2	30.1
Bajo Rin	3.20	2.72	1.73	46	36.4
Alto Rin	3.10	2.69	1.84	40.6	31.6
Alsacia	3.16	2.71	1.77	44	34.7
Meurthe y Mosela	3.12	2.67	1.83	41.3	31.5
Meuse	3.65	3.02	2.05	43.8	32.1
Mosela	3.60	2.95	1.87	48.0	36.6
Vosgos	3.22	2.94	1.98	38.5	32.7
Lorena	3.38	2.86	1.89	44.1	33.9
Doubs	3.25	2.88	1.98	39.1	31.2
Jura	3.22	2.82	1.95	39.5	30.9
Alta Saona	3.35	2.96	2.07	38.2	30.1
Terr. de Belfort	3.18	2.69	2.01	36.8	25.3
Franco Condado	3.23	2.86	2.00	38.1	30.1
Loira y Atlántico	3.20	2.81	2.11	34.1	24.9
Maine y Loira	3.41	3.08	2.18	36.1	29.2
Maynne	3.16	3.03	2.21	30.1	27.1
Sarthe	3.39	3.00	1.99	41.2	33.7
Vandea	3.38	3.04	2.24	33.7	26.3
País del Loira	3.31	2.96	2.14	35.3	27.7
Costas del Norte	3.22	2.97	1.99	38.2	33.0
Finistère	3.17	2.90	1.92	39.4	33.8
Ille-et-Villaine	3.00	2.83	1.94	35.3	31.4

	1964	1967 1969	1976	Baja 1964 1976 %	Baja 1967 1969 1976 %
Morbihan	3.35	3.09	2.12	36.7	31.4
Bretaña	3.15	2.93	1.975	37.5	32.8
Corrèze	2.63	2.35	1.67	36.5	28.9
Creuse	2.55	2.52	1.66	34.9	34.1
Alta Viena	2.42	2.18	1.51	37.6	30.7
Lemosín	2.51	2.29	1.595	36.5	30.4
Allier	2.69	2.43	1.66	38.3	31.7
Cantal	2.93	2.81	1.78	39.3	36.6
Alta Loira	2.66	2.59	1.87	29.7	27.8
Puy-de-Dome	2.59	2.41	1.67	35.5	30.7
Auvernia	2.66	2.49	1.71	35.7	31.3
Aude	2.64	2.36	1.60	39.4	32.2
Gard	2.85	2.50	1.62	43.2	35.2
Hérault	2.50	2.27	1.58	36.8	30.4
Lozère	2.98	2.63	1.80	39.6	31.6
Pirineos Orientales	2.75	2.46	1.74	36.7	29.3
Languedoc Rousillon	2.63	2.39	1.63	39.2	31.8
Alpes de Alta Provenza	3.00	2.52	1.54	48.7	38.9
Altos Alpes	2.95	2.49	1.79	39.3	28.1
Alpes Marítimos	2.22	1.90	1.43	35.6	24.7
Bocas del Ródano	2.60	2.33	1.61	38.1	30.9
Var	2.75	2.43	1.72	37.5	29.2
Vaucluse	2.90	2.59	1.70	41.3	34.3
Alpes de Provenza	2.61	2.29	1.60	38.7	30.4
Corse	2.64	2.39	1.76		26.4
Francia	2.90	2.59	1.83	36.9	29.3
Guadalupe	5.57	5.28	3.3	41	37.5
Martinica	5.48	5.01	3.05	44	39.1
Reunión	6.77	5.87	4	41	31.9

SOCIEDAD INDUSTRIAL: RELACIÓN NACIMIENTOS/FALLECIMIENTOS
En estado de equilibrio según el número de hijos por mujer.

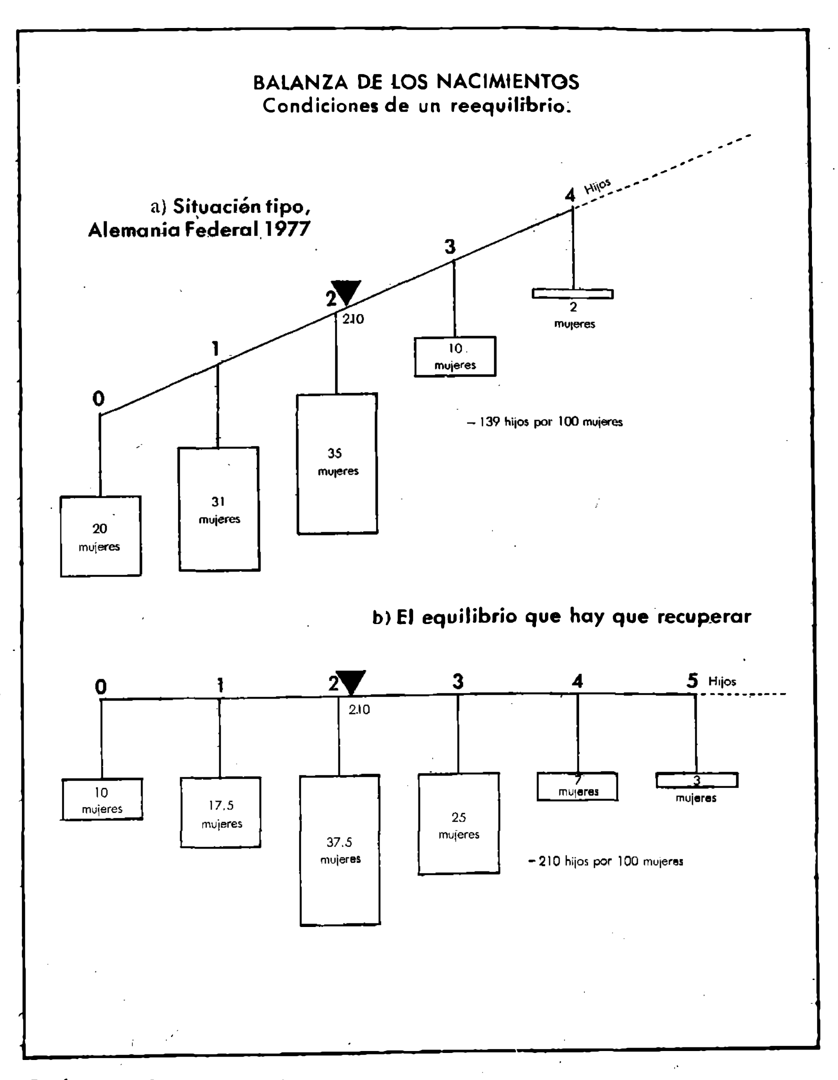


τ = Tasa de remplazo

$$\frac{\text{Fallecimientos}}{\text{nacimientos}} = \left[\frac{1}{\tau}\right]^{2.7}$$

τ	Hijo por mujer	Fallecimientos / nacimientos	
0 5	1 05	7	Ciudades RFA
0,6	1 25	4	Mujeres Alemanas RFA
0,67	1 4	3	RFA
0 77	1 62	2	Suecia Austria 1977
0 86	1 8	1 5	Francia 1978
1	1	1	
1 15	2 42	0 67	Francia 1971
1 3	2 73	0 5	Francia hacia 1960

GRÁFICA 35.



GRÁFICA 36. *El equilibrio demográfico es el equilibrio de una balanza cuyo contenido se coloca en la división 2.10 hijos. **a)** Los pesos alineados dispuestos a lo largo del astil representan las mujeres en función del número de hijos. **b)** Se tendría que reequilibrar el astil hacia la derecha (familias de tres, cuatro y cinco hijos) para restablecer el equilibrio.*

ÍNDICE

Primera Parte

UN PASADO OLVIDADO

Segunda Parte

UN PRESENTE SIN PORVENIR

Este libro se terminó de imprimir el día 27 de julio de 1982 en los talleres de EDIMEX, S. A., Calle 3, núm. 9, Alce Blanco, Naucalpan, Edo. de México. El tiro fue de 3 000 ejemplares.

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

HISTORIA

Bakewell, P. J. *Minería y sociedad en el México colonial.*
Benítez, Fernando. *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana. (El Porfirismo).* I.
Benítez, Fernando. *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana. (El Caudillismo).* II.
Benítez, Fernando. *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana. (El Cardenismo).* III.
Brading, D. A. *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810).*
Braudel, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II.* (2 vols.)
Cardaillac, Louis. *Moriscos y cristianos.*
Corti, Egon Caesar Conte. *Maximiliano y Carlota.*
Costeloe, Michael P. *La primera república federal de México (1824-1835).*
Cumberland, Charles Curtis. *La Revolución Mexicana.*
Curtis, Lewis Perry. *El taller del historiador.*
Duby, Georges, y Robert Mandrou. *Historia de la civilización francesa.*
Dulles, John W. F. *Ayer en México.*
Fagen, Patricia W. *Transterrados y ciudadanos.*
Gaos, José. *Historia de nuestra idea del mundo.*
García Cantú, Gastón. *Utopías mexicanas.*
Gerbi, Antonello. *La naturaleza de las Indias Nuevas.*
Gómez Ciriza, Roberto. *México ante la diplomacia vaticana.*
Gooch, George. *Historia e historiadores en el siglo xix.*
Hadley, P. A. *Minería y sociedad en el centro minero de Santa Eulalia, Chihuahua (1709-1750).*
Hamnett, Brian R. *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú.*
Hanke, Lewis, *Cuerpo de documentos del siglo xvi.*
Hanna, Alfred Jackson, y Kathryn Hanna. *Napoleón III y México.*
Huizinga, Johan. *El concepto de la historia.*
Israel, Jonathan I. *Razas, clases sociales y vida política en el México colonial.*
Jaldún, Ibn. *Introducción a la historia universal.*
Kahler, Erich. *Historia universal del hombre.*
Lafaye, Jacques. *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México.*
Macune, Jr., Charles W. *El estado de México y la Federación Mexicana.*
Morison, S. E., H. S. Commager y W. Leuchtenburg. *Breve historia de los Estados Unidos.*
Nassar, Nassif. *El pensamiento realista de Ibn Jaldún.*
Nieto, José C. *Juan de Valdés y los orígenes de la Reforma en España e Italia.*
Pirenne, Henri. *Historia de Europa. De las invasiones al siglo xvi.*
Powell, P. W. *Capitán mestizo: Miguel Caldera y la frontera norteña.*
Powell, P. W. *La guerra chichimeca.*
Preston, Paul. *España en crisis.*
Rama, Carlos M. *La crisis española del siglo xx.*
Randall, R. W. *Real del Monte: una empresa minera británica en México.*
Ranke, Leopold von. *Historia de los papas.*
Ranke, Leopold von. *Pueblos y Estados en la historia moderna.*
Rodríguez O., J. E. *El nacimiento de Hispanoamérica.*

Roeder, Ralph. *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz.* (2 vols.)
Roeder, Ralph. *Juárez y su México.*
Sarrailh, Jean. *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo xviii.*
Scholes, W. V. *Política mexicana durante el régimen de Juárez, 1855-1872.*
Schrecker, P. *La estructura de la civilización.*
Sepúlveda, Juan Ginés de. *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios.*
Simpson, L. B. *Muchos Méxicos.*
Sims, Harold D. *La expulsión de los españoles de México (1821-1828).*
Symonds, John Addington. *El Renacimiento en Italia.* (2 vols.)
Tibón, Gutierre. *Historia del nombre y de la fundación de México.*
Torre Villar, Ernesto de la. *La expansión hispanoamericana en Asia. Siglos xvi y xvii.*
Turner, Ralph Edmund. *Las grandes culturas de la humanidad.* (2 vols.)
Voltaire. *El siglo de Luis XIV.*

ANTROPOLOGÍA

Aguirre Beltrán, Gonzalo. *Cuijla. Esbozo etnográfico de un pueblo negro.*
Barth, Fredrik. *Los grupos étnicos y sus fronteras.*
Beattie, John. *Otras culturas.*
Bock, Philip K. *Introducción a la moderna antropología cultural.*
Caso, Alfonso. *El pueblo del Sol.*
Caso, Alfonso. *Reyes y reinos de la Mixteca.* I.
Caso, Alfonso. *Reyes y reinos de la Mixteca.* II.
Castiglioni, A. *Encantamiento y magia.*
Clark, Sir Wilfred. *El testimonio fósil de la evolución humana.*
Códice Borgia y *Comentarios* de Seler.
Cone, Cynthia A., y Pertti J. Pelto. *Guía para el estudio de la antropología cultural.*
Dittmer, Kunz. *Etnología general.*
Eliade, Mircea. *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis.*
Forde, Cyril Darryl. *Mundos africanos.*
Foster, G. M. *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos.*
Foster, G. M. *Tzintzuntzan.*
Friede, Juan. *Los andakí, 1538-1947.*
Gonçalves de Lima, Oswaldo. *El maguey y el pulque en los códices mexicanos.*
Grimes, Ronald L. *Símbolo y conquista.*
Haberland, Wolfgang. *Culturas de la América indígena.*
Herskovits, Melville Jean. *Antropología económica.*
Herskovits, Melville Jean. *El hombre y sus obras.*
Hole, Frank, y Robert F. Heizer. *Introducción a la arqueología prehistórica.*
Jensen, A. E. *Mito y culto entre pueblos primitivos.*
Krickeberg, Walter. *Las antiguas culturas mexicanas.*
Krickeberg, Walter. *Etnología de América.*
Krickeberg, Walter. *Mitos y leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiscas.*
León-Portilla, Miguel. *Toltecáyotl: aspectos de la cultura náhuatl.*
Lévi-Strauss, Claude. *Mitológicas.* I. *Lo crudo y lo cocido.*
Lévi-Strauss, Claude. *Mitológicas.* II. *De la miel a las cenizas.*
Lewis, Oscar. *Antropología de la pobreza.*
Linton, Ralph. *Estudio del hombre.*

Lowie, R. H. *Historia de la etnología.*
Mason, J. Alden. *Las antiguas culturas del Perú.*
Morley, Sylvanus Griswold. *La civilización maya.*
Murdock, George Peter. *Nuestros contemporáneos primitivos.*
Nadel, S. F. *Fundamentos de antropología social.*
Pendlebury, John. *Arqueología de Creta.*
Piggott, Stuart. *Arqueología de la India prehistórica hasta el año 1000 a.C.*
Piña Chan, *Chichén Itzá.*
Piña Chan, Román. *Historia, arqueología y arte prehispánico.*
Piña Chan, Román. *Quetzalcóatl, serpiente emplumada.*
Rodríguez Vallejo, José. *Ixcátl, el algodón mexicano.*
Shapiro, Harry L. *Hombre, cultura y sociedad.*
Smith, W. R. *El sistema de fiestas y el cambio económico.*
Soustelle, Jacques. *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista.*
Swadesh, F. J. *Los primeros pobladores.*
Tibón, Gutierre. *El ombligo como centro cósmico.*
Tibón, Gutierre. *La tríade prenatal.*
Vaillant, George C. *La civilización azteca.*
Velásquez Gallardo, Pablo. *Diccionario de la lengua phorhépecha.*
Vermeule, Emily Townsend. *Grecia en la Edad de Bronce.*
Vogt, Evan Z. *Ofrendas para los dioses.*